LA VIDA Y LA MUERTE SE UNEN EN SUS MANOS

EL FORENSE



RICCARDO BRACCAIOLI

Riccardo Braccaioli

EL FORENSE

La vida y la muerte se unen en sus manos.

First published by EDITORIAL ESCRITOR TOKENIZADO 2024

Copyright © 2024 by Riccardo Braccaioli

All rights reserved. No part of this publication may be reproduced, stored or transmitted in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording, scanning, or otherwise without written permission from the publisher. It is illegal to copy this book, post it to a website, or distribute it by any other means without permission.

This novel is entirely a work of fiction. The names, characters and incidents portrayed in it are the work of the author's imagination. Any resemblance to actual persons, living or dead, events or localities is entirely coincidental.

Depósito legal: 2405268096907

First edition

This book was professionally typeset on Reedsy
Find out more at reedsy.com



…a Eva y a su magia.
Por hacer que la soledad del escritor desaparezca.

El mundo no será destruido por aquellos que hacen mal, sino por aquellos que observan sin hacer nada.

Albert Einstein.

Lo que los lectores dicen sobre Riccardo Braccaioli:

“☆☆☆☆☆ Gracias por escribir tan bien, eres de los grandes, el nuevo Michael Connelly”

“☆☆☆☆☆ Esta súper bien, no puedes dejar de leer, te lleva con la intriga hasta el último momento, muy recomendable.”

“☆☆☆☆☆ Es de los libros que mantienen la atención y las ganas de seguir leyendo. Ahora estoy esperando para leer el siguiente libro de la saga.”

“☆☆☆☆☆ No puedes dejar de leer, te atrapa desde la primera línea. Enorme. Espero continuar con toda la serie en breve.

“☆☆☆☆☆ Soy seguidora de este escritor y me gustan sus obras, pero en esta se ha superado, desde la primera página he estado enganchada con un ritmo trepidante y sobre todo inesperado.”

“☆☆☆☆☆ Lo empecé a leer sin mucha expectativa, pero conforme iba pasando por sus páginas te vas encaminando a una historia que termina por volarte la cabeza, no sabes en qué momento pasaron tantos acontecimientos, lo recomiendo.”

“☆☆☆☆☆ No hubiese pensado nunca en cómo acaba siendo todo….

Me ha encantado, no he podido parar de leer hasta terminarlo.”

“☆☆☆☆☆ Lenguaje sencillo, directo, fácil de comprender.

He pasado dos semanas leyendo los 6 libros de Alex Cortés y he disfrutado muchísimo de la trama y la historia de cada personaje.”

Entre la obra de Riccardo Braccaioli, destaca:

Serie Álex Cortés

El Sastre del Diablo (Gratis en este link)

El Hedor de la Verdad

Asesino a Bordo

El Diablo Nunca Duerme

Cuando Barcelona Perdió la Cordura

El Vampiro de Barcelona

El Último Criptograma

Un Cadáver en Llamas

Serie Bruno Malatesta

La Muerte del Mentor (Gratis en este link)

Asesinato en el Rally Costa Brava

El Plan Mónaco

Los Secretos del Coleccionista

Malatesta Contra Malatesta

El Secuestro Ferrari

Festival de Muerte

Última Salida

Serie Gildo Falcone

Muerte en Roma

“Escribir sobre la muerte, para hablar de la vida.”

Riccardo Braccaioli

REGALO EXCLUSIVO:

Al final de este libro te regalaré la primera novela de mi saga Álex Cortés, ***El Sastre del Diablo,***
El primer thriller del inspector de la policía investigativa, ambientado en Barcelona.

Esta novela es un trabajo de ficción. Cualquier parecido con la realidad, con nombres de personas o enfermedades, es una pura coincidencia.

Bienvenido al Universo Akeron

Este no es un lugar donde estar cómodos.

Akeron es una ciudad en la que nadie viviría por placer, pero muchos necesitan quedarse aquí. Es como una silla de madera con espinas en medio del desierto: si te sientas, es por necesidad.

Tú estás invitado, pero ten cuidado, porque este lugar te atrapará por su misterio y violencia; por sus adversidades y retos.

Aquí la justicia a duras penas consigue prevalecer sobre el mal y la corrupción. No será un recorrido fácil, pero seguramente será emocionante.

De modo que te invito a entrar en Akeron City, pero recuerda que, una vez que cruces el umbral, no serás la misma persona.

1

Akeron City.

Algunos años antes.

La primera bala cruzó los doscientos metros de distancia, haciendo estallar el cráneo de su objetivo. Cayó al suelo, junto a su paraguas de color lila y su alegría. Todo sucedió en un abrir y cerrar de ojos. Desde que el gatillo accionó el primer disparo hasta dejarla sin aliento. Cayó rígida, en medio de un charco de lluvia que no tardó en mezclarse con su propia sangre.

Pocos instantes antes, el asesino lo había preparado todo.

La habitación del lujoso hotel estaba lista. Había colocado una mesa delante de la ventana. Una caja llena de alargadas balas estaba lista. Era una noche fría en Akeron City, y muy lluviosa.

El asesino se secó el sudor con su propia toalla. Llevaba unos guantes negros de látex y un gorro de ducha que le recogía el pelo corto.

Miró el reloj; faltaba poco para las ocho de la tarde.

Estaba sentado en posición de loto, encima de una toalla apoyada en el suelo, extendida sin una sola arruga.

De los auriculares salía una música de meditación, con viento suave entre bambús para evitar que disparase su frecuencia cardíaca.

Su único pensamiento era lo que tenía que hacer desde esa habitación del hotel.

Nada más ocupaba su mente, entrenada a eliminar el ruido y focalizarse en su objetivo.

Su reloj sonó y abrió los ojos: era la hora.

Dio una profunda respiración.

Se levantó de la toalla y la enrolló, metiéndola después en su mochila.

Se acercó a la ventana y con una punta de diamante hizo un agujero en el cristal, a la altura de la cintura. El rascacielos tenía acristalamiento que iba desde el techo hasta el suelo.

Sujetó la primera circunferencia de cristal con la ventosa y la dejó en la cama.

Luego repitió la operación con el segundo cristal de la ventana. Al quitarlo, entró el aire del exterior.

Un viento de tormenta penetró en la habitación.

La lluvia salpicaba la moqueta y la punta del arma preparada.

Apoyó el ojo en el visor y vio al otro lado a su objetivo.

El reloj emitió un segundo sonido. Faltaba un minuto.

La cruz del visor telescópico estaba desenfocada. Fue ajustándola hasta que tuvo un blanco nítido.

Al otro lado de la plaza, azotada por la lluvia, estaba el polideportivo de la ciudad. La luz de las farolas iluminaba la cola de acceso al concierto. Tocaba un grupo local, que hacía furor entre los jóvenes.

Los paraguas cubrían las caras de la gente. Desde la altura del rifle, solo se veía una estela de paraguas que serpenteaba por la enorme plaza.

Respiró profundamente.

En pocos segundos habría comenzado su trabajo.

Volvió a mirar por el visor. Fue buscando su primer objetivo: un paraguas sujetado por un extraño. Seguramente un joven que solo estaba luchando contra las inclemencias del tiempo para ver a sus ídolos musicales.

Rojo, verde, a topos o a rayas. El azar iba enfocando uno u otro sin sentido, sin ningún orden de coherencia de decisión.

Quitó el seguro.

Entonces la tercera alarma sonó y apretó el gatillo sobre el paraguas lila.

En el tiempo que tardó en caer el primer objetivo, el asesino quitó el casquillo e introdujo la siguiente bala.

«Uno», pensó.

Buscó al azar otro paraguas, este de color verde, y apretó el gatillo de nuevo. El objetivo cayó.

Sacó el casquillo y metió otra bala en la recámara.

«Dos», pensó.

Luego buscó otro paraguas, uno negro. Sin embargo, para entonces ya se había desmontado la fila casi militar del público y el caos se había desatado. Los paraguas, como átomos enloquecidos, se dispersaron en todas direcciones.

Otro paraguas azul, otro rojo y otro.

«Seis», pensó.

Miró la hora y se secó la frente.

Siguió con los paraguas atrapados en el centro de la cola, los primeros en llegar al concierto y los últimos en poder escapar.

Un paraguas a rayas, luego uno blanco y otro estampado.

«Nueve», pensó.

Apuntó a un paraguas transparente, y bajo este, un hombre que corría fue atravesado por un proyectil. La clara lona se manchó de rojo, salpicada de sangre. Luego el hombre cayó, obstaculizando la huida de los que iban detrás.

«Diez», pensó.

Retrocedió al primer paraguas lila, donde una señora estaba agachada junto a la muchacha tendida en el suelo, bajo la lluvia. El asesino le colocó la cruz en la cabeza y apretó el gatillo.

«Once», pensó.

Seguía buscando su próximo objetivo en medio del caos, cuando sonó la cuarta alarma.

Abrió el ojo cerrado y se separó del visor: era la hora. Habían pasado solo un par de minutos desde el primer disparo, pero tenía que abandonar ese lugar.

El asesino había calculado el tiempo de reacción de la policía de Akeron. Tenía que marcharse y dejarlo todo tal y como estaba.

Bajó de la mesa. La apartó hasta la marca que había hecho antes, alejándola de la ventana.

Agarró el fusil y lo desmontó pieza a pieza. Colocó las tres partes en una bolsa de lona. Se secó el sudor por última vez y metió la toalla en la maleta. Enrolló el paño sobre el que se había tumbado y lo guardó.

Plegó la mesa, la introdujo en un armario y buscó los casquillos.

Uno, dos, tres.

Los fue contando y metiendo en un bolsillo del bolso.

Entonces sonó la alarma, la quinta.

Nueve y diez, los guardó.

Miró a su alrededor, faltaba uno.

Levantó las sábanas de la cama, debajo no estaba.

Siguió buscando.

Otra alarma; tendría que haber salido por la puerta hacía unos segundos.

Sus pulsaciones se dispararon. Miró a su alrededor otra vez, pero no lo encontró.

Decidió irse.

Arrojó lejía con un espray por toda la estancia. Agarró la maleta, sacó un sombrero de pescador y un chubasquero barato y salió por la puerta, colándose por la salida que había preparado.

La gente corría por los pasillos de un lado al otro. Él cogió el ascensor y bajó a la planta principal.

Las primeras ambulancias llegaban a la plaza. El caos se había expandido por la ciudad. El tráfico se había detenido en los alrededores y las patrullas de policía justo llegaban, con las sirenas encendidas.

Le dio tiempo justo de dar la vuelta al edificio, y después los agentes entraron en masa en el hotel.

Siguió bajo el agua hasta llegar al primer aparcamiento de motocicletas.

Levantó el sillín y cogió el casco del portaequipajes. Una vez colocado se sentó y encendió el ciclomotor.

Enganchó las asas de la bolsa en la anilla, al lado de los pies y se fue entre el caos, en dirección contraria a la plaza de la masacre.

Recorrió un par de avenidas llenas de coches y semáforos. La lluvia azotaba Akeron City una noche más.

Llegó hasta el puente Reynolds y aparcó el ciclomotor. Dejó el casco y se volvió a colocar un sombrero verde de pescador. Agarró el bolso de lona y se fue hacia el otro lado del río. Comprobó que no viniera ningún barco y cuando estuvo justo a la mitad del puente, arrojó la maleta al río Caronte. Esta tardó décimas de segundo en desaparecer entre las negras y profundas aguas.

Siguió hasta el otro lado y caminó hasta la entrada de metro más cercana. Entró y desapareció entre la muchedumbre que habitualmente cogía ese medio de transporte para moverse por la ciudad.

El asesino desapareció sin dejar rastro, dejando a su paso una masacre de jóvenes vidas y de preguntas que, aparentemente, carecían de respuestas.

2

Hoy en día.

Rompió el estuche azul de los instrumentos quirúrgicos.

Sacó el bisturí y todos los otros utensilios que necesitaba. Los colocó sobre la mesa de manera pausada y ordenada: siempre igual, siempre en el mismo orden. De forma maniática, como si fueran cubiertos de una mesa en un restaurante con tres estrellas Michelin.

Pero esa mesa no era para comer, sino para analizar cadáveres: para abrirlos y determinar por qué habían muerto.

Ese día tenía delante el cuerpo inerme de un joven desafortunado. Alguien que había muerto antes de hora. Eso, en Akeron City, no era una excepción. Morir entre bandas o por sobredosis era un caso normal para la policía. La violencia en las últimas décadas se había incrementado hasta niveles difíciles de controlar. Las últimas elecciones dieron paso a candidatos a la alcaldía que hacían cada vez menos.

Esa tarde la morgue estaba silenciosa. Todos los otros forenses lo habían dejado solo ante una urgencia.

Fosco Merrell era el forense jefe de la policía judicial del distrito. En sus hombros recaía la responsabilidad de esa autopsia y del grupo de investigación médica.

Encendió el viejo tocadiscos. Levantó el cabezal y apoyó la aguja en las primeras estrías del disco negro. Comenzaron a salir las primeras notas musicales.

Fosco cerró los ojos. Esos instantes eran los mejores, cuando las notas inundaban el ambiente de riguroso luto. Era La Tosca, de Puccini, interpretada por un joven Pavarotti.

Esperó unos minutos y abrió los ojos; ya podía comenzar.

Las flautas y los violines sonaban de fondo en la estancia.

Se colocó los guantes y rotó el cuello. A pesar de la fría temperatura de la morgue, Fosco sudaba. Llevaba el equipo de trabajo, un mono blanco de plástico que lo cubría completamente.

Miró al chico en la mesa de análisis con compasión; perder la vida tan joven era una tragedia.

Para Fosco, la muerte de alguien a esa edad era como un naufragio. En cambio, cuando un anciano moría, lo veía como una llegada a puerto.

Fosco a sus cincuenta, todavía conservaba su buena presencia y su mirada profunda, aunque las arrugas demostraban el paso de muchas desdichas por su vida y las incontables autopsias que llevaba sobre sus hombros. Las ojeras delataban las pocas horas que dormía para dedicarse a su trabajo. Su vida personal, desde hacía unos años, había pasado a un segundo plano.

Sus compañeros le decían que era adicto al trabajo, pero él se definía a sí mismo como un apasionado de su profesión

Las primeras arias de Luciano se difundieron por la morgue.

Fosco se colocó delante del chico y, como era su costumbre, se dispuso a pedir permiso al muerto antes de estudiar su caso.

No era religioso, a pesar de que sus progenitores lo hubiesen sido, pero sabía que había algo más allá de la vida. Algo que no podía describir con palabras. Él, un hombre empírico y científico, no se dejaba embaucar por las creencias, pero gracias a su experiencia había llegado a la conclusión de que había algo más que la ciencia no podía explicar.

Apoyó la mano en su frente.

Le pidió permiso, con los ojos cerrados.

No era magia; era tan solo un hombre respetuoso y metódico que pedía permiso antes de profanar un cuerpo.

Dijo el nombre del chico y usó las palabras acostumbradas.

Luego abrió los ojos y se quedó mirándolo atentamente.

«¿Quién eres?», le preguntó en sus adentros, a pesar de creer saber la respuesta.

«¿Dónde has muerto? ¿Quién te ha hecho esto?», añadió, aunque era consciente de que nadie, aparte de su estudio, le daría esas respuestas.

«¿Cómo has muerto?», pensó por último y comenzó la inspección.

Apretó el botón de la vieja grabadora que llevaba en el bolsillo, con el micrófono en la solapa, y comenzó.

—Fosco Merrell, autopsia número 342953-FR, individuo de raza blanca, se sospecha la identidad y la autoría de los hechos —dijo la hora y el día y que procedía a operar—. El

individuo ha sido encontrado en un coche abandonado en medio de un incidente múltiple en el puente Reynolds. No sabemos quién conducía la furgoneta —dijo y se detuvo mirando las muñecas y los brazos—. Debe rondar los veinticuatro años. Tenemos que averiguar la causa de la muerte.

El cadáver se encontraba en unas condiciones pésimas, menos el rostro, que parecía estar en mejores condiciones. El resto del cuerpo se encontraba lleno de livideces.

Abrió el torso con el bisturí y luego con la sierra. Inspeccionó todos los órganos internos, valorando sus condiciones, y luego lo cerró.

Hizo lo mismo con la cabeza; el procedimiento normal para el forense. Acostumbrado en sus inicios a una sierra manual, hacerlo con una eléctrica era mucho más sencillo.

Analizó las posibles lesiones cerebrales y cerró el cráneo.

Las notas de la ópera seguían al fondo, aunque el médico había dejado de escucharlas debido a la concentración. Llevaba un buen rato encerrado en esa estancia; cogió un chicle de nicotina y comenzó a masticarlo. Era el único remedio que había encontrado a tantas horas sin fumar.

Buscó restos de ADN en el cuerpo, pelos que no fueran suyos y cualquier otro indicio que pudiese llevarlo a descubrir más. Seguidamente le extrajo sangre para un rápido análisis y comenzó a redactar el informe.

Cuando llevaba pocas líneas escritas en su monitor, la secretaria de la morgue lo llamó por el telefonillo interno.

—¿Fosco? —preguntó la mujer al otro lado.

—Dime —respondió seco.

Al otro lado del auricular, la mujer se quedó en silencio. A menudo escuchaba la música y, en base a la ópera que había de fondo, adivinaba el estado de ánimo del forense.

—Lamento interrumpirte —dijo rápidamente—. Pero…

—¿Ya han llegado? —preguntó Fosco.

—Sí.

El forense suspiró.

—Dame cinco minutos y hazlos pasar —replicó y colgó.

Guardó el fichero, apagó la pantalla y se levantó. Fosco colocó al cadáver un gorro parecido a uno de ducha, que disimulara la abertura en la frente. Luego, cogió una sábana limpia y la extendió sobre el cadáver.

Desde la puerta se oyó la señal. Se abrió y apareció la mujer que antes lo había llamado. Seguidamente pasaron dos personas: primero una mujer y luego un hombre.

—Buenas noches, acérquense —dijo el médico—. Lamento la situación, pero les pido fuerza —dijo mientras les estrechaba la mano.

Los presuntos padres del que estaba bajo esa sábana acababan de aparecer. El cuerpo había aparecido sin documentación, pero la policía había deducido que ese individuo podía ser John Méndez. Un exconvicto, metido siempre en numerosos trapicheos y robos. A pesar de su joven edad, su historial era más largo que el río Caronte que cruzaba la ciudad.

Los padres le estrecharon la mano.

—No será una imagen fácil, pero necesitamos que lo reconozcan —dijo Fosco y se acercó a la mesa con el cadáver cubierto.

Solo asomaban los pies y, del pulgar izquierdo, sobresalía un cordel con un cartón colgando. En él había un código alfanumérico y una fecha.

—¿Estás segura, cariño? —preguntó el hombre a la esposa

.

Fosco se percató de que los dos llevaban alianza. La señora tenía el rostro hinchado y los ojos rojos de tanto llorar. Parecían personas de un cierto poder adquisitivo, que no daban la impresión de tener dificultades económicas. Una familia acomodada y sin problemas; excepto uno: un hijo que no habían conseguido educar.

Ella asintió mirando al hombre y luego se giró hacia el médico, que estaba al otro lado de la mesa de autopsias.

Fosco apretó las mandíbulas mientras masticaba el chicle de nicotina.

Levantó una solapa de la sábana y la dobló a la altura del cuello, dejando descubierta solo la cabeza.

La mujer gritó en un llanto desenfrenado y se giró hacia el marido, que la abrazó.

Luego, el forense descubrió los brazos llenos de tatuajes, dejando el torso cubierto.

—¿Lo reconocen? —preguntó el forense.

Los padres asintieron.

—Sí, es John, nuestro hijo —confirmó el padre.

La madre se quedó abrazada al marido un buen rato, mirando a su hijo tumbado, con los ojos cerrados.

—¿Algo más? —preguntó el padre. Miró al forense, que negó con la cabeza—. Mejor nos vamos —dijo y tiró de su mujer hacia la puerta.

Ella dio un paso, pero luego se deshizo de los brazos de su marido y regresó frente a su hijo. Apoyó la mano en su frente y levantó la mirada.

—Doctor, dígame, ¿ha sufrido? —dijo la madre llorando, casi hiperventilando.

Fosco le cogió la mano.

—Señora, quédese tranquila, su hijo no ha sufrido. No se ha enterado de nada —dijo y esbozó una sonrisa tímida.

En ese momento, la mujer suspiró y al acto su expresión se suavizó. Asintió más tranquila y se fue con su marido.

En cuanto salieron, el médico cubrió el cuerpo. Suspiró recordando a la mujer. Se sintió mal; no solía mentir en su trabajo, pero creyó que, si hubiese sido él, habría sabido sobrellevar mejor el luto sabiendo que su hijo no había sufrido. El dolor hubiera sido más llevadero.

No se sintió orgulloso, pero se pasó las manos por el pelo y regresó al escritorio. Encendió la pantalla y siguió con el informe forense.

Al terminarlo lo agregó a un correo electrónico, añadió el email de la inspectora y escribió el texto.

«Olivia, te paso el informe que necesitabas urgentemente. Los padres acaban de irse, han reconocido el cuerpo. Se trata de John Méndez, como te esperabas. Seguramente, cuando leas este correo el informe dactilar también lo confirmará. Las analíticas del ADN más completas me llegarán en unos días. Te adelanto lo que leerás en el informe: el chaval presenta hematomas por haber sido golpeado y brutalmente apaleado. Pero la muerte ha sido provocada por una hemorragia interna que le causó el accidente. Parece que el chico estuvo consciente mientras lo torturaban, y el accidente le ha ahorrado más sufrimiento. Los índices de cortisol en sangre lo demuestran. No te puedo ayudar más, espero que te sirva. Nos vemos pronto. Fosco.».

El médico forense comprobó que el mensaje había sido enviado y apagó el ordenador. Era tarde; tenía que irse a casa, ducharse y arreglarse para la gala de esa noche. Cogió las llaves de su coche y las latas de sus puros con sabor a café, cuando alguien entró por la puerta.

—Maldita sea, hoy solo me faltaba esto —dijo uno de la policía judicial.

El hombre llevaba un chubasquero goteando y el compañero, que lo ayudaba a empujar una camilla, estaba en las mismas condiciones.

—Mi mujer me va a matar, si es que no me pone los cuernos con algún vecino —dijo el hombre a su ayudante mientras se rascaba el culo—. Joder, estoy empapado, que ganas de irme a

la ducha. ¿Dónde te dejo este fiambre, jefe? —gritó el policía.

Fosco arrugó el ceño: no le gustaba que entraran con esos modales a su lugar de trabajo.

—¿Quién es? —preguntó Fosco.

—No lo sabemos, jefe. Lo han encontrado bajo un puente del distrito oeste. Ahora ya es cuestión tuya —dijo el hombre mirando a su alrededor para ver dónde podía dejarlo—. El comisario dice que es urgente, ya te llamará.

El policía dio un paso.

—¿Ferdinand? —dijo Fosco llamando su atención—. ¡Quieto!

El policía se detuvo y la camilla con él. La víctima estaba envuelta en una bolsa negra con cremallera.

—Mesa cuatro —dijo Fosco tomando el control de la situación.

Ferdinand bufó.

—Sí jefe, claro —contestó y miró a su ayudante—. Venga, que es para hoy.

Se acercaron y dejaron el cadáver encima.

—Todo tuyo. Nos vamos —dijo el policía y en cuanto iba a salir al pasillo estornudó y a la vez se le escapó un sonoro pedo.

—No te rías —dijo Ferdinand a su ayudante—. Esto es la edad… —dijo y siguió hacia la salida.

—No me extrañaría que tu mujer tuviera un amante… —susurró el forense.

Miró el reloj y comprobó que llevaba demasiado retraso.

—Urgente… —dijo el forense—. Para el comisario todo lo es —dijo y justo cuando fue a abrir la cremallera se abrieron de nuevo las puertas de la morgue.

—Nos olvidábamos esto —dijo el ayudante de Ferdinand.

—¿Qué es? —preguntó el forense.

—Parece un sombrero. Estaba al lado del cuerpo. Creemos que era suyo, está manchado de sangre.

Fosco se acercó y cogió la bolsa transparente. En su interior había un sombrero de pescador manchado de rojo, aplastado y de color verde oscuro. Parecía impermeable, con las letras “L.A.” bordadas: las iniciales del equipo de fútbol de Akeron.

Algo le llamó la atención de ese sombrero, pero no supo qué. Lo dejó encima del cadáver sin abrir la cremallera. Introdujo el cuerpo en la nevera y se fue. Ya era demasiado tarde.

3

El ruido era ensordecedor.

Eso que llamaban ahora música eran sonidos taladrantes que perforaban los tímpanos, con el único propósito de no escuchar al de al lado.

Pero a la gente gustaba, y bailaban en los laterales.

Aunque Dønati pensaba que eso distanciaba mucho de bailar: eso era mover el cuerpo de una forma desacompasada, bajo los efectos de una combinación letal de fármacos, drogas y alcohol.

La barra estaba llena de gente que lo miraba. Primero pensó que llamaba la atención porque no había entrado nunca en el pub Vértigo, del distrito este. Luego, a través de un cristal, vio cómo dos se reían de su sombrero.

¿Qué le pasaba a su sombrero? ¿Qué le pasaba a esa chusma, que nunca había visto un verdadero y auténtico Borsalino italiano?

Las luces iban y venían mientras recorría la barra entre la gente, haciéndose espacio y pidiendo disculpas por pasar. No era porque el lugar fuera estrecho, sino porque estaba abarrotado.

Cuando las luces ultravioletas pasaban a través de los vasos llenos de líquido, que a un primer vistazo podían parecer transparentes, el reflejo mostraba una tonalidad lila. Nunca había probado eso, pero decían que el viaje era estratosférico, solo comparable a un viaje a la Luna o a un orgasmo múltiple femenino.

Pero eso no le interesaba a Dønati; le preocupaba más el precio a pagar, ya que, a la larga, uno se convertía en un vegetal. Él ya tenía bastante con la resaca del whisky.

Lo había llamado un tipo raro, con una voz rara y una propuesta aún más rara. Acudió a ese lugar solo porque, para demostrar seriedad, le había realizado una trasferencia de mil City Credits.

Le dijo que fuera a esa hora, a ese lugar y al fondo del local. Allí se verían. Que no se preocupara, que lo sabría reconocer.

En su corta carrera como detective privado, nunca le habían hecho una petición tan extraña. Pero la pasta es la pasta y las facturas a final de mes no perdonan.

Allí estaba, había llegado al fondo del local y se preguntó, «¿Y ahora qué?».

Entonces alguien levantó la mano. Era un hombre que estaba en la penumbra, en una mesa redonda, la única sin luz. Pensó que seguramente estaba hecha adrede.

Dønati se acercó y extendió la mano.

El hombre no se la estrechó.

—*Ziéntate* —dijo con una ese sibilina, que sonaba como una zeta.

Dønati no se lo hizo repetir. Pensó que, al final, la necesidad es más fuerte que la dignidad.

El detective lo miró cabizbajo, estudiándolo, pero la penumbra no le permitía ver nada, solo una nariz aquilina que sobrepasaba la línea de la luz.

—Aquí estoy. ¿Cuál es el trabajo?

—*Zencillo*. Tienes que encontrar la otra parte de esta carta —dijo el hombre misterioso pasándole un papel.

Dønati la fue a leer.

—No. Aquí no. Ya la leerás fuera. *Ez* una copia. Tienes que encontrar la otra parte.

—¿Por qué no lo hace usted? —preguntó el detective.

—Laz preguntaz laz hago yo —dijo el hombre.

Esa zeta que iba apareciendo en sus palabras le habría dado una cierta comicidad, si no hubiese sido por el lugar y el hombre mismo, que inspiraba bastante temor.

Se hubiera imaginado un encuentro así más bien en un bar de carretera, y con una recortada debajo de la mesa apuntando a sus pelotas.

—¿Dónde la puedo encontrar? —preguntó el detective privado.

El hombre hizo un gesto sospechoso. El único consuelo que tenía ante esa situación era que estaba en un lugar público; en caso contrario, habría temido seriamente por su salud.

—Aquí tienes lo acordado —dijo el hombre.

—¿Qué hay en ese sobre?

—Lo que acordamos. Diez mil City Credits, un informe de la persona y una dirección en el distrito sur.

Dønati se metió el sobre en el abrigo, en el bolsillo interno. Confió, a la fuerza, en que la cantidad de dentro fuese correcta. No era lugar para ponerse a contar tantos billetes, o podías salir con los pies por delante.

—Te he dicho que no tengo coche. ¿Cómo voy a llegar hasta esa dirección?

—Hay metro, *buz* y taxi. Pero tratos son tratos, en el sobre hay las *llavez* de un coche.

—¿Dónde está?

—En la calle. SUV, negro, matrícula 91LZ 4DL —dijo el hombre misterioso.

Dønati se incorporó hacia la mesa para intentar ver la cara del hombre, pero lo único que vio fue un revólver apuntándole.

—Siéntate, detective. Coge la pasta y vete. Tienes trabajo.

—Me gusta ver la cara de con quién trabajo.

—Lo único que conseguirás ver es un agujero en la frente.

—¿Por qué yo?

—Me han dicho por ahí que eres bueno. Peculiar, pero bueno.

—¿Lo dices por el sombrero?

—Lo dice tu historial, mamonazo.

Dønati arrugó las cejas.

—¿Por qué no lo buscas tú?

—¿Qué pasa, que no te gusta la pasta? Anda vete, que tienes trabajo. No tengo más tiempo y tus honorarios han comenzado. Adiós —dijo y desapareció detrás de la sombra de la mesa, como si hubiese una puerta a un submundo.

Dønati cogió las llaves del coche y se fue de esa caja de sardinas sudorosas. Encontró el Chevrolet y subió.

El habitáculo olía a nuevo. Puso música y bajó la ventanilla. Al pasar junto a unas chicas les guiñó el ojo.

—Tenéis suerte, porque si no tuviera nada que hacer, os daría una vuelta con este carro —susurró sin que nadie lo escuchara.

Subió de nuevo la ventanilla de cristales tintados y se encerró dentro.

Dønati era un bala perdida de detective, pero las claves más básicas de su trabajo las conocía.

Abrió el sobre y contó los billetes. Estaban todos.

Luego abrió el otro sobre, el de la carta. Extendió el papel y la leyó.

Arrancó el todoterreno negro y empezó la búsqueda.

4

Esa misma noche.

Fosco se había duchado después de una larga jornada de trabajo.

Le esperaba un evento importante. Cada año que pasaba, le daba más pereza ir y socializar; sonreír falsamente e interpretar un papel con el que no se sentía identificado. Desde que estaba solo, sus salidas a la civilización eran cada vez más esporádicas. Su rutina era ir de casa a la morgue y volver; únicamente se desviaba para ir al supermercado. El resto de viajes eran para levantamientos de cadáveres por la ciudad.

Una vez aseado, se acercó al armario. Como de costumbre, buscó en la parte derecha una camisa, pero el armario estaba vacío. Solo había perchas colgadas, solitarias, y en el lado izquierdo camisas desteñidas que hacía años que no usaba.

Cerró el armario y bajó al cuarto de la lavadora. Se acordó de que la colada estaba en la secadora. Sacó una de las camisas color blanco. Estaba seca, limpia, pero arrugada.

Consideró que podía servir.

La levantó e intentó estirarla con las manos. Era una misión imposible; esas arrugas llevaban más de una semana en el algodón. El reloj indicaba que no había tiempo de plancharla.

Se la puso y regresó a la habitación. Cogió la americana; esa que Fosco consideraba la “buena”, la que guardaba para las grandes ocasiones, y salió de casa.

Entró en el viejo Frontier Nomad y encendió un puro. Ese todoterreno de dos puertas llevaba con él casi desde que se había graduado.

En cuanto el coche salió del parking, la lluvia comenzó a mojar el coche y el parabrisas. El tráfico de esa noche era tremendo. Akeron no era azotada solo por la criminalidad, sino también por el tráfico. Cada vez había más coches en la ciudad y más personas que la poblaban. La ciudad necesitaba un cambio, se respiraba y los habitantes lo pedían a gritos.

Recorrió la circunvalación hasta tomar la salida número cincuenta y cuatro.

Por la fisura de la ventana salía el humo generado por la combustión del tabaco y entraban gotas que mojaban la vieja tapicería.

Esa noche no había conectado la radio. De vez en cuando se giraba hacia el asiento del copiloto, como si estuviera ocupado por una persona, pero no era más que un espectro: el recuerdo de su mujer, que siempre iba con él a la gala anual.

Ese año lo habían invitado para dar la charla inaugural y realizar la entrega de diplomas.

Unos potentes focos apuntaban al cielo, iluminando las nubes oscuras y representando la esperanza que significaba esa gala.

La Academia Lombroso de Akeron era la fábrica de donde salían los nuevos cadetes de policía: los nuevos inspectores, forenses y los detectives privados certificados por el estado.

Entrando en el complejo de la academia, Fosco recordó anécdotas de cuando él había estudiado allí, y casi consiguieron sacarle una sonrisa.

Aparcó debajo del tejadillo y un aparcacoches le cogió las llaves.

Apagó el puro en un cenicero y fue entrando. Los fotógrafos autorizados comenzaron a invadirlo de flashes, para vete a saber qué informativo o periódico de la ciudad.

La puerta con cortinas aterciopeladas rojas, que daba paso al salón de actos, estaba presidida por una señorita con vestido de lentejuelas y un caballero con esmoquin.

Al identificarse, el joven lo buscó en la lista y lo dejó pasar.

En cuanto lo vieron, fueron en masa a saludarlo. Fosco era una eminencia en ese lugar, aunque la aclamación y la fama no iban con él.

No le gustaba ser el centro de atención. Compañeros de graduación y jefes de la comisaría de policía querían charlar y hacerse un selfie con él.

Al cabo de un buen rato, consiguió llegar a la mesa de los cócteles. Cogió una copa de champán y escuchó una voz femenina que venía de atrás.

—Ya no esperaba verte —dijo.

Fosco arrugó el ceño, reconociéndola.

Se giró.

—Ya imaginaba que te habían invitado —dijo Fosco con voz seria y dio un trago a la copa del espumoso.

—Me había planteado hacerme la muerta para quedar contigo —dijo la inspectora Olivia Wolf.

Él esbozó una media sonrisa.

—Ojalá nunca pases por mi mesa… —contestó Fosco.

—Antes o después, todos pasaremos. En esta ciudad y con el trabajo que hacemos, todo es posible… —dijo ella y le acercó su copa—. ¿Chin chin?

—¿Por qué brindamos? —preguntó él.

Los dos se quedaron en silencio, mirándose. La música jazz en directo en el salón de eventos de la academia escondía los chismorreos y las charlas de los centenares de personas congregadas. En las mesas del bufé, la gente iba cogiendo comida y bebida sin freno. Todos se habían presentado en estricta etiqueta. La invitación lo dejaba claro: las mujeres debían llevar vestido largo y los hombres preferiblemente de frac, y en caso que no fuera posible, de esmoquin.

—¿Por un año más? —dijo ella.

—¡O un año menos! —replicó él.

—En fin, que seguimos aquí —dijo ella y bebió sin dejar de mirar los ojos del forense, de un tono verde, casi gris hielo.

Los dos bebieron.

—Me alegra ver que te has pasado la etiqueta por… —Ella calló para no seguir—. Los organizadores seguro que se alegrarán. Yo estoy pasando frío con este maldito vestido —dijo, mirándose su atuendo ceñido que difería mucho de la camisa color vainilla desteñida y arrugada de Fosco.

—A ver si dejan de llamarme de una vez —dijo él, y dio otro sorbo de champán—Esto es demasiado ligero como para soportar este evento.

Entonces llamó al camarero y le pidió bourbon.

—Ya ni te reconozco, Fosco… —dijo ella.

—El tiempo cambia a las personas —respondió y tomó un vaso de la bandeja—. Y los acontecimientos.

—No es importante lo que nos pasa, sino cómo reaccionamos a lo que nos pasa —dijo ella.

Fosco dio un sorbo.

—Esto está mucho mejor. Gracias, Olivia, pero ya tengo a mi hermana, que siempre me viene con discursos de crecimiento personal y su filosofía de *“happy flower”*. Desde que fue abducida por esa secta en la que bailan, gritan, y venden máquinas de agua, ya no es la misma —dijo y se giró hacia la inspectora—. ¿Me quieres vender una máquina de esas también tú?

La inspectora lo miró fijamente a los ojos. La mujer tenía unos diez años menos que el forense. Era de cuerpo esbelto y casi de la misma altura. Llevaba un vestido plateado, largo, y un

elegantísimo collar de perlas. Sus ojos eran marrones, expresivos y grandes. Esa noche llevaba el pelo suelto, a la altura de los hombros. Era rubio y liso, con flequillo. Su vestido, ceñido, demostraba que, a pesar de los muchos años en el cuerpo de policía, seguía yendo al gimnasio para hacer boxeo.

—¿Por qué no contestas a mis mensajes? —preguntó Olivia seria.

Fosco dio otro trago. Luego se pasó la lengua por los labios.

—Es mejor así, Olivia. Creo que es mejor así —afirmó sin más miramientos y cambió de tercio—. ¿Has recibido mi informe?

—Es a lo único que puedo aspirar, ¿verdad? Tener una comunicación de correos electrónicos con informes médicos forenses y nada más —dijo ella.

En ese momento apareció el director de la academia Lombroso, escoltado por su secretaria y varios rufianes profesionales que lo perseguían por varios intereses.

—Olivia —dijo el director a la mujer, inclinando ligeramente la cabeza—. Fosco, buenas noches a los dos. Gracias por acudir un año más —dijo con voz grave, casi radiofónica.

El director era un hombre de unos sesenta años, a punto de jubilarse. Debía pesar al menos ciento veinte kilos, y llevaba un frac impoluto, pelo engominado hacia atrás y pequeñas gafas redondas. Fosco siempre pensó que esa montura le daba un aire de ratón de biblioteca. Se preguntaba quién demonios lo había asesorado para que se pusiera esas lentes que hacían de todo, menos favorecer sus dos dientes incisivos sobresalidos. Siempre había pensado que, o bien tenían exceso de stock donde las compró, o le había caído mal al que las vendía y se las endosó para vengarse.

—Claudette —dijo el director a su secretaria, que iba justo detrás, sin dejar de mirar al forense—. Por favor, apúntese que, el año que viene, en la invitación del señor Fosco Merrell, quede muy explícito el tema de la etiqueta.

—Director, ya se lo… —dijo ella.

El director levantó una mano y la mujer se calló.

—En fin —añadió el director con una sonrisa algo forzada—. Disfrutad de la cena, en breve arrancamos —concluyó y sin miramientos se giró y se fue hacia otro invitado.

En cuanto estuvo a unos metros, Fosco dijo:

—Nunca cambia, el viejo director.

—Ojalá pudiera decir lo mismo de ti… —dijo ella mirándole a los ojos.

Fosco rio, pidió otro bourbon y dio un último trago al vaso que tenía en la mano.

—Te seré sincero —dijo Fosco a la inspectora—. Prefiero cien mil veces más a los muertos que a estos vivos.

En cuanto acabó de decir esas palabras, apareció un hombre con una carpeta en la mano.

—Señor Merrell, le necesitamos para el discurso de apertura —dijo él.

—Bien, ha llegado el momento —dijo Fosco—. Comienza la función.

Cogió el segundo vaso de alcohol.

—Ahora voy —dijo al hombre que lo había llamado, y luego se acercó al oído de la inspectora—. Olivia, tienes que hacer tu vida, no esperes —dijo, le dio un beso en la mejilla y se fue detrás del hombre de la organización.

5

Olivia cerró los ojos al sentir los labios del hombre en su mejilla.

Se quedó quieta, sin decir nada más.

Fosco fue cruzando el salón. El techo era una bóveda acristalada. A los lados había columnas de estilo modernista y altas plantas que resaltaban en las paredes blancas con estucado veneciano.

Mientras cruzaba ese espacio, muchos compañeros de la policía lo saludaban, sonriendo y levantando el vaso. Él pasaba fingiendo que se alegraba de tanta atención.

Dio la vuelta al escenario donde, después de unas indicaciones del personal del evento, le colocaron un micro.

En el lado contrario a la entrada, el salón de actos tenía un escenario donde estaba tocando un grupo. Cuando la música acabó, afloró el murmullo de los invitados. En pocos segundos, apareció el presentador del evento y todos callaron. Se acercó al estrado y después de probar que el micro funcionase, dio la bienvenida e invitó a la gente a que se acercara.

Sus primeras palabras fueron:

—Bienvenidos a la cuadragésimo tercera entrega de diplomas de la Academia Lombroso —dijo el presentador sonriente, con voz segura y un esmoquin que le iba ligeramente grande—. Tenemos el honor de contar con la presencia de uno de nuestros ilustres diplomados, del ramo de la medicina forense, que se ha convertido en una de las figuras más importantes de nuestra ciudad. Una eminencia y un referente. Este año tenemos el honor de que Fosco Merrell haga el discurso de inauguración —dijo y se giró, señalándolo. Fosco estaba tras el telón, donde aún no podían verlo—. Démosle un fuerte aplauso. Pasa, Fosco, por favor.

El forense suspiró y, aunque no era religioso, hizo el signo de la cruz.

En cuanto apareció, los aplausos se intensificaron. Hubo gritos y silbidos de aprecio.

Llegó al estrado y buscó algo en el bolsillo derecho. Luego en el izquierdo. Buscó en varios bolsillos sin encontrarlo. Sonrió hacia el público.

—Suerte que no he perdido la cabeza —dijo irónicamente y el público rio.

Se dio cuenta de que estaba bajo los efectos del pánico; de lo contrario, él nunca habría hecho un chiste tan idiota.

Luego metió la mano en el bolsillo interior de la americana y sacó una hoja plegada.

—Aquí está —dijo mostrando el papel recién encontrado.

Levantó la mirada y se aclaró la voz. Al fondo a la derecha estaba Olivia, y a su lado el comisario de policía y otros exalumnos de su quinta.

El comisario. De repente se acordó del cadáver que había llegado a la morgue. Ferdinand dijo que era urgente, que el comisario lo quería urgente. ¿Por qué? Tampoco lo era tanto, si no, le habría recordado la urgencia. Para él todo lo era.

Recordó el sombrero de pescador.

Se volvió a centrar.

—La verdad, no sé por qué me han engatusado así estos de la organización. Antes le decía a una compañera inspectora que prefiero estar en mi mundo. Lo siento, es la verdad. Cada día me cuesta más salir de la morgue después de… —dijo y se calló.

De repente, en la sala, el aire a fiesta se cortó en un instante al escuchar esas palabras.

—En fin, ya lo sabéis —dijo y suspiró.

El público estaba en silencio y algunos bajaron la vista. La tristeza se podía cortar con un cuchillo.

—En fin, que para mí es un honor poder presidir la entrega de diplomas de los nuevos miembros de la justicia. Tanto sean policías, inspectores, detectives o forenses. Nunca nuestra querida Akeron ha necesitado tanto de nuevas y renovadas fuerzas de la ley. Pero, sobre todo, ¡me alegra veros tan ilusionados! —exclamó y miró a todo el estrado que tenía delante, desde la derecha a la izquierda, pasando por los ojos de más personas, de personas aburridas, y cadetes emocionados—. Porque sin la convicción de que podemos hacer mucho contra el crimen y la delincuencia, nunca lo haremos. Espero que seáis tan afortunados como yo, porque nunca me ha pesado ninguna hora de mi trabajo. Cuando eres un apasionado de lo que haces, entonces disfrutas de cada momento de tu día a día —dijo y se aclaró la voz—. Me han dicho que os dé consejos, y no sé si soy la persona más indicada, pero lo intentaré. Os daré solo dos. Primero: Procurad ser curiosos. Eso os llevará a ser más creativos y pasar de lo establecido. Y el segundo:

que el dinero mancha y se engancha. Muchos de los compañeros que estaban en mi quinta cuando salí de la Lombroso, ahora están fuera de aquí, en la cárcel o, peor aún, pasaron por mi mesa de la morgue. Se dejaron corromper por el otro lado del río; por la parte mala de la ciudad y la criminalidad —dijo y estuvo unos segundos en silencio—. Las organizaciones criminales cada día son más poderosas y tienen más dinero. ¡No caigáis en sus redes! ¡No os dejéis seducir por cantos de sirena! Estadísticamente, alguno de vosotros caerá, aunque hoy, estando aquí, es difícil que lo creáis. Pero la vida es así, paradójica y ambigua cuando nos tientan.

Fosco se calló y todos quedaron en silencio.

La alegría de los asistentes, antes a son de jazz, había cambiado. Las miradas se habían entristecido cuando el forense les había recordado dónde estaban realmente y qué había fuera de esas puertas. La ciudad no era luces y lentejuelas. No era fiesta y música en directo. Akeron era un lugar de calles oscuras y delincuencia.

—No me quiero alargar —dijo ante los rostros tristes que estaban apareciendo—. En fin, no creo que el próximo año nos volvamos a ver, no me volverán a llamar como animador turístico. ¡Nuevos miembros de la Lombroso, bienvenidos! Espero que seáis nuestro futuro —concluyó y plegó el papel donde tenía las anotaciones.

Desde el fondo de la sala alguien aplaudió. A los pocos segundos, otro se añadió, y otro, hasta que todos los invitados aplaudieron.

—No me lo merezco —dijo sonrojado, sin mirar al público—. Pero gracias.

Salió del escenario justo cuando el presentador estaba entrando.

«Jamás repetiré esto. Lo he hecho fatal», pensó mientras le quitaban el micrófono detrás del telón.

Bajó del estrado y se fue de nuevo hacia la mesa de los cócteles. Algunos compañeros lo paraban para darle la enhorabuena.

Cuando llegó, Olivia estaba hablando con compañeros de la comisaría de policía. Se pidió otro bourbon, dio un trago y miró el reloj. Eran las nueve de la noche. El programa decía que después de su discurso, venían varios actos más y luego, por último, la entrega de premios. Tenía que estar allí dos horas más soportando a esa gente. Eso era más soporífero que una cámara de gas.

Acabó el bourbon y se acercó a Olivia. Le hizo una señal. La mujer se sorprendió y fue hacia él.

—¿Qué pasa, Fosco? —preguntó ella.

—Tienes que hacerme un favor —dijo él serio.

—Si puedo —respondió levantando las cejas.

—Por favor, a las once está la entrega de premios, pero yo me largo —dijo y ella lo cogió de un brazo y se lo llevó hacia la mesa de aperitivos.

—¿Estás loco? El director te va a hacer la cruz —le espetó Olivia.

Él se encogió de hombros.

—Me largo igualmente. Ojalá no me llamen más. Esto no lo aguantaré ni con toda la caja de bourbon —dijo él.

—No sabes lo que dices. Además, yo te hago compañía… si quieres —respondió ella.

—Sé lo que digo. Escúchame, cuando sea mi turno en la entrega de diplomas, ve tú en mi lugar. Diles a los de la organización que no me encontraba bien. Ellos conocen mi pasado, lo entenderán —afirmó él.

La inspectora lo miró a los ojos. Hacía demasiado tiempo que nadie miraba así a Fosco, y si ella se lo hubiese vuelto a decir con esa misma mirada, a lo mejor se habría quedado.

—A cambio de algo… —dijo ella.

Fosco resopló.

—No estás en grado de negociar —contestó con falso orgullo.

—Que un día vengas a cenar conmigo —dijo ella arqueando una ceja y alzando las manos.

Él bufó y giró la cabeza. Se lo pensó, mirando a los que estaban en la sala, concentrados en el escenario donde el presentador estaba haciendo su monólogo, con bromas absurdas y chistes de club de la comedia barato.

—¿Por qué el forense llevó una escalera al trabajo? ¡Para llegar a la “causa de muerte”! —dijo el presentador con una sonrisa forzada y el público rio—. Otro, otro. ¿Cómo se despide un médico forense? “Hasta la autopsia” —continuó y levantó la mano hacia Fosco—. Esto no va por ti amigo.

Fosco levantó la copa hacia el presentador. Ese chiste fue la gota que colmó el vaso. Luego se giró hacia la mujer.

—¿Tenemos trato? —dijo Olivia sonriendo.

—Tenemos trato. Suerte con esto —dijo Fosco.

Dejó el vaso en la mesa y se fue, sin decir nada más. Justo al pasar por la puerta, escuchó otro chiste:

—¿Por qué los detectives son tan malos en el escondite? Porque siempre aparecen revelando su ubicación.

Fosco, sin reír por respeto a los detectives, fingió que iba al lavabo.

Pidió su coche y el aparcacoches llegó a los minutos con su viejo todoterreno.

Dio una propina al chico y se fue en medio de la niebla.

Esa noche la lluvia era más intensa de lo normal. Fosco se había librado de lo peor, pero le había costado una cena con la hermosa inspectora. No era un mal trato, pero él aún no se sentía preparado para salir de cena. Fosco se detuvo en un arcén y se encendió un puro. Conectó la radio en una emisora de música clásica y regresó a casa. Optó por cruzar la ciudad. El tráfico a esa hora era más liviano.

Por las aceras céntricas había pocos transeúntes que desafiaban a la intemperie.

La casa adosada del forense estaba al final de la avenida principal de Akeron, la Grande Avenue, llena de semáforos y carteles luminosos de negocios que abrían a todas horas del día y de la noche. Flechas fluorescentes indicaban la dirección de locales nocturnos y tiendas abiertas veinticuatro horas.

Se detuvo en un semáforo y de repente se acordó del cadáver que había entrado en la morgue poco antes de irse. De repente, la opción de llegar a casa, comer un triste sándwich de queso e ir a la cama, perdió todo tipo de interés. Descansar no era una palabra que residía en su diccionario.

El semáforo se puso en verde. Accionó el intermitente a la derecha y aceleró el viejo motor de seis cilindros. Bajo el capó se despertó un sonido ronco y adelantó la fila de coches que tenía a la derecha. Giró hacia una perpendicular de la avenida. Los otros coches le pitaron, pero el forense ya estaba demasiado lejos como para oírlos.

Algo le decía que era mejor que fuera a hacer ese trabajo. Al siguiente semáforo, miró el reloj y la hora marcaba las veintiuna y veintiuno. Cuando encontraba números similares en la hora o en una matrícula, siempre lo interpretaba como una buena señal.

¿Era un presentimiento? No habría sabido explicarlo.

Optó por aparcar el coche en el subterráneo de la morgue central.

El motor y el tubo de escape crepitaron. Entró en la morgue; casi no había nadie: solo él y los agentes de turno en la comisaría.

Encendió las luces de su reino. Puso ópera y se fue a rescatar la bolsa transparente con la ropa del hombre que había llegado. Otra vez le llamó la atención ese sombrero. No sabía por qué, pero algo le decía que era interesante, incluso inquietante. Al cogerlo tuvo una sensación que no supo explicarse ni siquiera a sí mismo.

Luego lo dejó y procedió a comenzar su autopsia.

6

La punta del tocadiscos comenzó a surcar el vinilo y a emitir las notas de *Nessun Dorma.* El intérprete era un joven Pavarotti.

Fosco eligió uno de sus mejores discos esa noche y se preparó un café; la noche podía ser muy larga.

Por las ventanas de la morgue entraba el ruido de la lluvia, que el viento empujaba contra el cristal. En ciertas noches echaba de menos los tiempos cuando en las autopsias se podía fumar. La ciencia y la medicina habían avanzado, pero sus ansias no habían pasado.

Desde que Ferdinand había entrado con ese cadáver, se le había quedado dentro una incógnita que le corroía. La curiosidad era su peor enemiga y dominarla le costaba mucho autocontrol.

Extrajo la mesa cuatro de la cámara frigorífica, junto a una niebla blanca de frío.

Sacó el sombrero de pescador de la bolsa de plástico y lo dejó en otra mesa.

Se colocó los guantes y abrió la ancha cremallera hasta la altura de los pies del cadáver. Luego, con calma casi reverencial, abrió las dos alas del duro plástico.

Apareció el hombre. No lo conocía, nunca lo había visto.

Era un individuo flaco, vestido con un polo negro.

El ojo derecho aún estaba abierto, el otro con el párpado cerrado y con una herida extraña. Fosco se acercó al derecho y miró hacia el fondo de su iris. Era como un hoyo oscuro, sin final. Sin expresión.

Tenía barba de un par de días y pelo oscuro, corto. Un hombre sin más, del montón.

En un lado del cráneo había un orificio en la sien. El izquierdo presentaba una herida extraña, una lesión poco común. Todo podría apuntar que fuera una ejecución, pero Fosco era cauto, no se atrevía a conjeturar nada a pesar del estado del cadáver.

—¿Quién eres? —susurró sabiendo que no llegaría la respuesta—. ¿Quién te ha matado?

Mientras la ópera se sucedía de acto en acto, el forense desnudó al hombre y procedió a practicarle la autopsia.

Buscó en el cuerpo y en los atuendos del hombre toda sustancia que pudiera ayudarle a acercarse a la verdad. Recogió todo indicio que pudiera tener en su cuerpo: polvo, fibra o pelos.

Después se concentró en el cadáver: blanco, pálido, sin tatuajes.

Alrededor del cuello llevaba un collar, un Japamālā, también conocido como el rosario budista. Ciento ocho bolitas, que permiten al meditador contar mantras con la mano mientras los recita.

Fosco lo quitó y lo introdujo en una bolsa transparente.

Las uñas se veían cuidadas y las manos sin callos.

—¿Dónde te han matado? —preguntó mientras le revisaba la suciedad debajo de las uñas.

Luego le tomó las huellas dactilares y las añadió al informe.

Abrió el fichero de la policía, con el número de entrada en la morgue. Las fotos del levantamiento habían sido tomadas en un descampado justo a las afueras de la ciudad. Parecía un puente, seguramente uno de la circunvalación de Akeron que pasaba por encima del río. Los grandes pilares y la vegetación eran indicios. Alguien lo podía haber esperado allí o convocado para sentenciarlo a muerte. O directamente podían haberlo matado en otro lugar y luego dejarlo allí.

—¿Qué hiciste en esta ciudad para merecerte esto? —preguntó al hombre, que podía tener unos diez años menos que él.

El tiempo pasaba y la lluvia seguía, intensa. Las notas acompañaban al forense en esa noche solitaria, como le gustaba a él.

Comenzó por la cabeza.

Sacó la sierra y abrió el cráneo. Quitó la cúpula de la cabeza, una circunferencia desde la frente pasando por la nuca por encima de las orejas. Una copa de hueso y sangre pegada en el pelo corto.

Fosco buscó la bala y las posibles lesiones que había podido haber dejado el elemento metálico. Con el pasar de los minutos eso se estaba convirtiendo en un misterio: la bala no estaba.

—¿Dónde estás, maldita…? —decía buscándola entre la masa cerebral.

Cuanto más la buscaba, sus esperanzas de encontrarla se iban disipando.

La herida del ojo, el opuesto al de la sien por el que había entrado, podía haber sido la fisura por donde había salido.

«¿La bala ha entrado y salido?», se preguntó.

Una cosa la tenía clara: en la cabeza no estaba.

Seguro.

Encontrar la bala era tan importante como lo era encontrar al asesino. En ella quedaba una huella única, la de la caña del arma.

Cerró el cráneo y procedió a abrir el torso.

Cogió unos utensilios limpios y comenzó a abrir. El cuerpo se comenzaba a hinchar. La rigidez estaba en pleno desarrollo del *rigor mortis*, ese fenómeno que tanto odiaba. Una rigidez cadavérica que impedía hacer una autopsia cómoda, aunque duraba solo unos días desde la defunción.

Incidió el bisturí y luego con la sierra abrió la caja torácica. El cuerpo estaba abierto y listo para inspeccionar.

Tras un primer vistazo, todos los órganos estaban en buenas condiciones. No había hemorragias internas, ni heridas. Un hombre sano, que se cuidaba.

Profundizó la inspección en los pulmones y en el corazón; nada fuera de lo normal. Fosco ya estaba seguro de la causa de su muerte, pero la praxis marcaba su trabajo: tenía que inspeccionarlo todo y descartar todas las variantes.

Controló los órganos digestivos y se detuvo en el estómago. Lo volvió a palpar; había algo consistente.

En un primer momento no le dio mucha más importancia, podía haber comido algo duro justo antes de morir. Pero la sorpresa apareció cuando abrió en dos el órgano. Entre la poca comida que había apareció un objeto. Algo que, desde luego, no era habitual encontrar allí, y no tenía que estar: un dedal.

—Vaya, vaya. Mira lo que tenemos —dijo levantándolo, aún sucio—.

Fue a la pila y lo lavó. Lo puso a contraluz, no cabía duda; era un dedal de coser. Un objeto obsoleto y que ya casi nadie usaba.

Fosco se giró y lo miró.

—¿Por qué tenías esto en tu estómago? —preguntó al hombre—. ¿Por qué te lo han hecho tragar? —insistió.

No podía ser tarea fácil tragarse un trozo metálico tan grande. Podían habérselo hecho tragar untado de aceite, para que pudiera pasar mejor. O a lo mejor fue un error, pero le parecía muy raro.

Aparentemente, no tenía sentido. Fosco se sentó en su sillón, al lado de la entrada. Miraba el dedal a contraluz. Ese objeto se usaba al coser, para cubrir y proteger el dedo índice.

¿Tenía un significado? ¿Se lo habían hecho tragar por algo que había hecho? ¿Lo mataron al obligarle a tragarlo?

No presentaba síntomas de asfixia, así que no.

Lo apoyó en la mesa, dio el último trago al café ya frío y sacó un chicle de nicotina.

Eso era muy extraño. Entender qué hacía un dedal en su estómago era un reto, y a Fosco le encantaban los retos.

7

El dedal misterioso.

Fosco se quedó un buen rato mirando el objeto. En su larga carrera había encontrado de todo, pero jamás algo así. Ese dedal estaba envuelto en un enigma que se había propuesto descubrir.

Lo más probable era que no fuera importante, pero ese pequeño trozo de metal era una preciosa y motivadora anomalía en su trabajo.

Decidió dejarlo allí, en la mesa.

Se levantó y procedió a seguir con la autopsia del cadáver.

De momento tenía una bala que no estaba y, en su lugar, un dedal.

Por un instante pensó que la bala no era un proyectil, sino un dedal. Pero eso era casi imposible, porque eso llevaría a muchas más incógnitas y problemas técnicos.

¿Cómo podía haber llegado hasta el estómago sin crear lesiones?

Y, sobre todo, ¿cómo podían disparar un dedal?

Lo descartó.

La bala tenía que haber salido del cuerpo y debía de estar todavía en la escena del crimen. Los agentes de la policía, por la lluvia o por las prisas, no la habían encontrado.

Cerró el cuerpo y lo volvió a meter en la nevera.

Se sentó frente al ordenador; se había propuesto enviar esa misma noche el informe del cadáver.

Explicó todo lo que había visto y analizado. Bajo las uñas no había ninguna sustancia interesante, solo polvo y restos de cacahuetes. Debían de gustarle esos frutos secos, ya que tenía el estómago lleno.

No encontró nada de hematomas ni signos de violencia. Solo una bala que había entrado por la sien y, probablemente, salió por un ojo.

Escribió en el informe que había que buscar la bala.

Luego se giró y pensó en el dedal. Quiso escribir sobre él en el informe, pero entonces lo volvió a coger de la bolsa de plástico transparente. Algo le llamó la atención; algo le resultaba familiar en ese objeto obsoleto.

Se quedó hipnotizado un buen rato, hasta que el reloj de la mesa marcó las dos de la mañana.

Era tarde, tenía que irse, y al día siguiente tenía más cosas que hacer.

Envió el informe sin mencionar el dedal. Era lo más irracional que había hecho hasta entonces, lo menos profesional, pero algo en su interior le decía que algo tenía que descubrir.

Llevaba demasiados años siendo empírico y metódico. Sintió que era el momento de saltarse el protocolo. Ya había cometido suficientes errores por no escuchar su vocecita interior.

Se lo puso en el bolsillo y apagó el ordenador.

Miró el móvil; tenía dos mensajes. El primero era del comisario de la policía, que preguntaba si estaba bien, si lo podía ayudar con algo, y decía que se alegraba de haberlo visto.

El segundo era de Olivia, la inspectora:

"*Te envidio por marcharte a la francesa. Vaya tostón. Me debes una cena. No te olvides, las deudas se pagan*".

A la mañana siguiente, Fosco se despertó con la segunda alarma, la de reserva. La primera ni siquiera recordaba haberla apagado. Había dormido muy poco. Era consciente de que no era bueno para su salud, pero se justificaba con que no había otra manera y que solo sería una época breve, aunque llevase años con esa justificación.

Se preparó una cafetera.

Tenía varias. Había una con capacidad para una taza: la compró con el optimismo de hacerse una para él, pero en realidad nunca la usó y aún estaba envuelta. Luego tenía la normal, la de tres tazas. Y por último la grande, para seis personas: la que usó para ese día.

Abrió la cafetera y puso el filtro a un lado.

Vertió agua en la base hasta la válvula. Se quedó corto, añadió tres chorritos más hasta que estuviera perfectamente alineado el nivel del agua con el centro de la válvula.

Luego pesó el café, y fue añadiendo los gramos que necesitaba. En la parte interna de la puerta del armario había una nota de papel plastificado con las cantidades: "Cafetera de seis, 14,75 gramos de café molido".

Accionó el molinillo para que moliera el café. Lo pesó. Molió un poco más hasta que tuvo los gramos necesarios y los aplastó delicadamente. Luego cerró la cafetera y la puso en el fuego.

Esperó a que saliera el café mirando las noticias: Akeron TV en el canal de 24 horas de noticias.

Las elecciones del nuevo alcalde era lo más emitido. Había un nuevo candidato contra el alcalde de los últimos años. David contra Goliat.

Las noticias fueron pasando de fondo. Su mente se fue al dedal. Estaba encima de la mesa, envuelto en una bolsa de plástico.

Se quedó observándolo como hechizado, hasta que el sonido de la cafetera lo devolvió a la realidad.

Se vertió el brebaje en un tazón. La sostenía con las dos manos, para calentarse y por costumbre.

Estiró los pies. El dedal se había convertido en un enigma por descifrar. Mientras estaba dándole vueltas a cómo podía haber acabado en el estómago del hombre, se acordó de un detalle.

Arrugó el ceño.

Dejó su taza con café humeante. Salió de la cocina y se fue a una habitación donde tenía una máquina de coser: una vieja Singer. A su lado había una caja de mimbre trenzado de color rojo y blanco. Estaba tan llena que no se podía cerrar.

Al levantar la tapa vio que estaba acolchada con terciopelo rojo, con casi un centenar de agujas clavadas. Alguna aún con algún hilo colgando, como si hubieran dejado un trabajo a medio hacer. En la caja había bobinas de hilo de múltiples colores, agujas de la máquina de coser, lápices con punta blanca y negra para dibujar en tejidos y tijeras; también unas cajas de lata y varios objetos más.

Abrió la primera caja de colores, de unos caramelos de importación. Estaba llena de botones.

De repente los recuerdos afloraron en su mente. Recordó muchos momentos que rodeaban esos botones, los remiendos, las ocasiones en que no quiso tirar un par de calcetines agujereados.

¿Por qué verterlos al planeta cuando se podía coser el agujero?, se decía.

Dejó de lado la caja y siguió buscando. Sacó las bobinas, las cajas y casi todo, hasta encontrar en el fondo lo que buscaba.

Justo a un lado, allí estaba.

Tuvo un escalofrío.

Una descarga eléctrica le cruzó la espalda. El vello se le puso de punta.

No podía creer lo que tenía delante.

Primero lo atribuyó a que estaba dormido, pero se dio cuenta de que no era un sueño: eso era real.

Regresó a la cocina, colocó lo que había encontrado justo al lado del dedal del cadáver: eran iguales.

¿Cómo podía tener en el estómago un dedal igual al que había usado su mujer?

8

Fosco estuvo un largo rato mirándolo, hipnotizado.

El único movimiento que hacía, aparte de respirar y pestañear, era beber café.

Decidió llamar a la morgue.

—Buenos días, Margarita —dijo el forense—. ¿Qué tal está el patio?

—Buenos días, jefe —respondió la secretaria de la morgue—. Aquí todo tranquilo, nada urgente. He visto que te fuiste tarde anoche.

Fosco dio un trago al café.

—El comisario quería una autopsia urgentemente y decidí hacerla anoche. ¿Y Armando? —preguntó el forense

—Está trabajando en un cadáver que tenía de ayer. Los forenses jóvenes no son como tú, hacen ocho horas y al sonar la alarma sueltan el bisturí —dijo la secretaria bajando la voz.

—No seas siempre tan exagerada. Dale tiempo, es bueno. Ya lo verás —respondió Fosco—. Escúchame —dijo y respiró—. Hoy tengo un asunto personal. ¿Me puedes mirar en la ficha del cadáver que vino ayer el lugar exacto donde lo encontraron? Me ayudarías mucho.

—Claro, jefe, ¿pasa algo? —preguntó la secretaria.

—No, solo algo que se me ha ocurrido, nada más —confirmó él—. Pásamelo cuando puedas. Gracias —concluyó y colgó.

Luego Fosco dejó el móvil en la mesa y se fue a ducharse. Se puso una camisa directamente de la secadora y regresó a la habitación donde había encontrado el dedal de su mujer. Allí la veía cada vez que pasaba por delante de la puerta, cosiendo a máquina, y girándose con una sonrisa.

Un recuerdo vívido y que seguía presente en su día a día.

Aún resonaba en su mente el endiablado ruido metálico, cíclico, que hacía esa máquina, a pesar de que, desde la muerte de su mujer, no se había vuelto a utilizar.

Buscó dentro del cesto de mimbre.

Su mujer solía guardar en una cajita de cartón todos los tiques de lo que compraba. La abrió y esparció los tiques sobre la mesa de coser. Todos eran del mismo lugar: una tienda en el distrito norte, zona A.

Cogió el viejo todoterreno y se puso en marcha. Tenía la mañana libre; en la morgue todo estaba controlado y eso le daba una cierta tranquilidad.

La lluvia había cesado esa mañana. A su paso, una humedad tremenda se levantaba, generando niebla. La espesa cortina de humedad no permitiría que el sol de la mañana pudiera atravesarla y calentar la ciudad.

La Grande Avenue era un río de coches y autobuses que intentaban cruzar la ciudad. Por la zona central, todas las grandes firmas de moda y electrónica querían tener su flagship. El GPS le marcaba que, a pesar del colapso mañanero, era la mejor ruta.

Los rascacielos que tenía a los lados eran colmenas de trabajadores enfrentados diariamente a pantallas con números o palabras.

Chorros de vapor salían de las fisuras de las cloacas y de los sumideros de la metrópoli. La gente corría por las aceras con cafés en vasos desechables. Todos con prisas, sin mirarse a los ojos. Esporádicamente, alguna rata salía de agujeros pútridos y cruzaba la acera sin generar altercado entre los acostumbrados transeúntes.

Pasó una hilera de semáforos y se metió por el barrio donde su mujer iba a comprar hilos y otros materiales para coser.

Eran más de diez kilómetros en coche, un buen rato caminando para después volver en metro. ¿Por qué iba hasta allí su mujer? ¿No había un lugar más cercano? Nunca se lo había dicho.

El GPS le indicó que faltaban pocos centenares de metros. Entró en una calle con casitas adosadas, de ladrillo grisáceo, oscurecido por la contaminación. Fosco pensó que, en el momento de haberse construido, debían de ser de color rojo terracota.

Aparcó el todoterreno a unas calles. Se encendió un puro y se fue acercando al lugar.

En el bolsillo del anorak llevaba el dedal de su mujer, tocándolo como un amuleto, pasándoselo por la mano, como si estuviera absorbiendo la energía que pudiese desprender.

Llegó al lugar.

La tienda se llamaba *Mercería Los Ángeles.*

Había cinco escalones hacia abajo para acceder a los bajos de una de las casas de ladrillos. Un pequeño rótulo luminoso con una flecha de neón verde lo indicaba. Al lado, una barandilla de metal la separaba de la acera y desaparecía, como deglutida por la estructura.

Cuando entró Fosco, la puerta hizo un ruido de bisagras que necesitaban aceite. Al mismo tiempo, un indicador acústico avisó de la presencia de un cliente.

La tienda olía a ambientador barato.

Fosco dedujo que el dueño intentaba esconder olores más fuertes como la humedad o tintes del algodón.

La mercería era un oasis de luz y colores en una ciudad gris.

A Fosco le dio la impresión de que ese lugar era muy característico de su mujer. Ella era la típica persona que podía encontrarse en un lugar como ese.

Las paredes estaban llenas de bobinas de todos colores y formatos. Al fondo había una sección dedicada al patchwork detrás de un mostrador de madera, seguido de una pared con cajones con botones y un sinfín de objetos que jamás había visto.

De una puerta a la derecha, separada por una cortina de tiras de plástico, salió un anciano.

—¿Sí? —dijo el señor, que podía rondar los ochenta años.

Fosco lo miró; parecía un jubilado de los que podías encontrar en un bar o en una residencia de la tercera edad, pero no tanto en ese lugar.

Tenía las orejas grandes y el pelo que le quedaba era blanco, casi plateado.

—Me llamo Fosco Merrell. Lamento molestarle, pero venía a preguntarle sobre algo que creo que mi mujer compró aquí.

El hombre dio un paso hacia atrás.

—Pocas veces vienen los maridos. ¿En qué puedo ayudarle? —dijo el dueño de la tienda.

Fosco miró a través de la cortina de plástico y una televisión encendida iluminaba una butaca y una mesita con un sándwich mordido en un plato.

—Lamento que le haya interrumpido en su desayuno —dijo Fosco.

—Tranquilo, joven, ya entran pocos clientes, voy a cerrar pronto si sigue así. La gente cada día cose menos. Estamos en la era del microondas, todo rápido y enseguida. La gente de mi generación cosía, reparaba, reusaba, reciclaba. Ahora la gente tira y compra más. Y si necesitan algo… —dijo indicando su tienda con una mano—, lo compran por internet y se lo traen a casa en pocas horas —concluyó sacudiendo la cabeza—. El mundo ha cambiado, mi tienda no.

Fosco se lo quedó mirando perplejo, escuchándolo como si fuera un sobrino delante de una chimenea crepitante.

—Necesitaría saber si esto puede ser de su tienda —dijo el forense, sacando el dedal de su mujer y dejándolo en el mostrador.

El anciano se acercó.

—Sí —contestó seguro.

—Está muy seguro, ¿no quiere verlo bien? —preguntó Fosco.

—Hijo, ese modelo de dedal lo vendo desde que abrí esa puerta por primera vez —contestó.

—Ya —contestó Fosco—. Me imagino —concluyó volviendo a coger el dedal.

—Qué curioso… —dijo el anciano

—¿Qué es curioso? —preguntó Fosco.

—Como le decía, la gente ya no cose, menos con dedales. Ya no existe esto. Pero hace unos meses vino un señor a comprar uno igual —dijo el anciano y esas palabras resultaron una alarma en la cabeza de Fosco—. Curioso.

—Explíquese. ¿Quién vino? —preguntó Fosco aumentando su interés.

—Un hombre flaco, con pelo oscuro, gafas de sol. Un sombrero de los que usaba yo cuando de joven iba a pescar carpas al río Caronte. Cuando aún había peces, antes de que montaran la industria Stark en las orillas, a las afueras de la ciudad —dijo el hombre.

Fosco se quedó de piedra, no supo qué contestar. Arrugó el ceño y se lo quedó mirando.

—¿Todo bien? —preguntó el tendero.

—Sí. ¿Qué más compró ese hombre? —preguntó Fosco.

—Nada más. Solo eso, por eso me llamó la atención, porque no compró nada más —dijo el hombre.

Fosco decidió enseñárselo. Sacó la bolsa transparente con el dedal en su interior. Lo dejó en el mostrador.

El tendero lo señaló.

—Sí, claro, son el mismo modelo. Pero ve la diferencia; es más brillante, es nuevo, no está usado… —dijo mientras lo cogía en mano. Luego se calló, al percatarse de que la bolsa tenía el logo de la policía de Akeron City.

El anciano lo miró.

—¿Es usted…? —preguntó el anciano.

—No, no soy policía, son médico forense. Estoy investigando un caso de asesinato —dijo y el señor anciano se colocó una mano encima de la boca y dio un paso hacia atrás—. Creo que la persona que compró este dedal apareció ayer supuestamente asesinada y cumple con las semejanzas que ha descrito usted.

Hubo unos instantes de silencio. Al anciano se le veía emocionalmente afectado. El forense se dio cuenta de que las personas que no viven en una morgue no están acostumbradas al contacto con la muerte.

¿Se había insensibilizado a eso? Supuso que sí, pero siempre y cuando dependiendo de a quién le tocase morir.

—Necesito saber si tiene cámaras o si tiene un registro de las compras —dijo Fosco mientras miraba a su alrededor por si había algún dispositivo que grabase.

—No, no tengo cámaras y tampoco datáfono para cobrar con tarjeta de crédito, aquí solo se paga en efectivo —dijo el tendero y se acercó de nuevo al mostrador—. ¿Puedo? —preguntó indicando la bolsa.

Fosco arrugó el ceño.

—Claro —dijo y le acercó la bolsa.

El hombre intentó abrirla.

—¡Qué hace! No puede… —espetó Fosco.

El hombre se detuvo y lo miró casi asustado.

—¿Me lo permite ver? —dijo el anciano—. Por si de verdad es de esta tienda. Un asesinato es un tema importante, no quisiera hacerle desviar las investigaciones.

Fosco se lo pensó. De repente le entró el presentimiento de que ese hombre no quería problemas, no quería tener nada que ver con eso.

¿Por qué quería ver una pista de un asesinato tan de cerca? ¿No tenía suficiente con verlo a través de una bolsa?

Le acercó un guante de látex que tenía en el bolsillo de los tejanos.

—Póngase esto —ordenó al anciano.

Este obedeció. Eso era inútil, incluso podría contaminar las pruebas, pero Fosco no tenía nada que perder, el trozo de metal estaba ya analizado y estaba libre de huellas.

El anciano lo cogió con el mismo cuidado que se haría con un diamante.

Con la derecha lo sujetaba y con la izquierda cogió una lupa que tenía en la mesa.

—Mi vista ya no es lo que era antes —dijo y se acercó el dedal a la cara.

Al cabo de una exploración, apartó la lente.

—Sí. Es seguramente comprado aquí. Está nuevo, sin usar y la marca Baden Stagh solo la comercializo yo por la ciudad. Puede que lo haya comprado fuera, también es posible —dijo el anciano y regresó a mirar algo más.

—¡No creo! La persona que vino a comprarlo coincide con la persona muerta —afirmó Fosco.

—Caramba —dijo el anciano y dejó la lupa en el mostrador.

— Caramba, ¿qué? —preguntó Fosco.

—¿Quién es Claire? —dijo el tendero—. Lleva ese nombre grabado en su interior.

9

Claire.

Claire era un recuerdo.

Fosco la seguía viendo caminar por la casa, o sentada en la silla del comedor. En el asiento del copiloto de su Frontier Nomad, diciéndole que no corriera y que mirara adelante.

Escuchaba su voz cada vez que tosía por la mañana cuando se despertaba, «deja de fumar», resonaba en su cabeza.

Por la noche se despertaba, creyendo que había recibido un codazo de ella porque estaba roncando.

Había incluso aprendido a bajar la taza del váter, pero ya era demasiado tarde: ella ya no estaba. Tantos años insistiendo en que lo hiciera y solo supo aprenderlo cuando ya no estaba.

Se sentía culpable por no haber escuchado más esa vocecilla que a veces sentía: intuición, miedo, no sabía cómo explicarlo. Ese día que fue tan fuerte, no supo agarrarla y no dejarla ir. Se despertaba gritando, y las pesadillas ya eran habituales en sus frías y solitarias noches.

Claire.

Hacía tiempo que no lo escuchaba en boca de otras personas.

El tormento de ser un miembro de la policía y no haber defendido a su familia, su hogar, su intimidad.

La criminalidad en Akeron no tenía remedio. ¿Cómo podía ser ejemplo en la Lombroso cuando ya ni él creía en la ley, ni en la esperanza?

Veintiuno y veintiuno. La hora del salpicadero del coche cuando giró hacia la morgue la noche antes.

¿Era un mensaje?

Había escuchado una vez que los muertos mandan mensajes. Que los Maestros, o los Ángeles de la Guarda, no se acordaba bien, indicaban el camino por medio de la numerología.

Veintiuno y veintiuno.

Fue volver a la morgue para abrir el cadáver y encontrar eso: un dedal, igual al de su mujer.

Pensó que era una coincidencia, pero que dentro estuviera su nombre no podía ser fruto del azar, sino de algo mucho más poderoso; del destino.

—¿Se encuentra bien? —preguntó el tendero.

Fosco no supo qué responder. Claire ya no estaba, y solo quedaban cosas sueltas por su casa: entre ellas un dedal, que no era ese.

Apretó los labios y aguantó las emociones.

El anciano entendió y le dejó el tiempo de retomar el aliento.

—¿Quiere agua? —preguntó el anciano.

Fosco asintió.

Respiró.

Creía haberlo superado, pero a pesar de los años, seguía vívido, una herida abierta, muy abierta, demasiado.

Se acercó al mostrador, cogió otro guante de látex y con la lupa miró la incisión.

No estaba escrita ni con láser ni algo tecnológico: podía haber sido grabada con algo más rudimentario, un Dremel o un taladro muy pequeño.

Pero estaba claro: ponía Claire, el nombre de su mujer.

—Tenga —dijo el anciano acercándole un vaso.

Fosco bebió.

Se aclaró la voz.

—Gracias. La verdad es que no sé cómo no me he dado cuenta, cómo no lo he visto antes —dijo Fosco.

—Tiene usted ojeras, ¿duerme? A lo mejor, por cansancio no lo vio —afirmó el anciano.

—Puede ser —contestó Fosco mientras dejaba la lupa en el mostrador—. Necesito identificar a este hombre. ¿Se acuerda exactamente el día que vino a comprar esto?

El anciano negó con la cabeza.

—Hace tiempo que no tengo empleados ni registro alguno. No sé cómo puedo ayudarle, señor —dijo encogiéndose de hombros.

Fosco asintió y sacó del anorak una tarjeta de visita.

—Por favor, llámeme en caso de que recuerde algo —dijo con tono agradecido—. Me ha ayudado muchísimo.

El anciano guardó la tarjeta en el cajón del mostrador y le contestó con un gesto con la cabeza. No esperó a que se fuera y volvió a sentarse en la butaca delante de la tele y a retomar el sándwich por donde lo había dejado.

Fosco salió de la mercería para regresar a su coche. La niebla había avanzado. Levantó la vista mientras caminaba. Entre las casas adosadas de esa calle, las puntas de los rascacielos en el horizonte habían sido tragadas por las nubes bajas. Solo se entreveían las luces rojas intermitentes de las azoteas.

Un helicóptero cruzó el cielo entre el ruido del tráfico y de sirenas de alguna ambulancia.

Una vez sentado en el coche, miró el móvil. Entre los mensajes que había recibido estaba el de la secretaria. Le acababa de enviar la dirección del lugar donde habían encontrado el cadáver del hombre.

La introdujo en el GPS y arrancó el viejo todoterreno.

Tardó más de una hora en cruzar otra vez la ciudad. Akeron City había atraído a muchísima población de los alrededores: gente que vivía en la periferia, en las montañas cercanas y en pueblos que ya quedaban deshabitados, aparte de inmigración legal e ilegal. Con el pasar de los años, Fosco había visto transformarse esa ciudad de pocos millones de habitantes en una metrópolis de más de diez millones de personas censadas.

Tener un coche era un lujo y una pérdida de tiempo.

Fosco se planteó venderlo, pero para los reconocimientos y levantamientos de cadáveres, necesitaba uno.

Rodeó la ciudad por una de sus circunvalaciones, hasta llegar a una salida hacia la zona industrial de la ciudad, en plena periferia. Era conocida por estar llena de drogadictos y prostitutas. Pasó por delante de la fábrica Stark, acusada de contaminar tanto el río desde que se había instalado, aunque ningún alcalde ni la policía habían conseguido pruebas.

El Nomad atravesó en medio de la niebla todo el polígono hasta el punto más extremo, cerca del río.

La Stark Avenue era la calle más larga del polígono Este. Lo cruzaba entero, desde la autovía hasta el río.

Cuando llegó a su fin, el GPS le indicó que cruzase un descampado lleno de charcos y tomase un camino de tierra. Mientras cruzaba los profundos charcos, se alegró de aún tener ese viejo monstruo cuatro por cuatro.

Al final del caminito de tierra se abrió una explanada con la vista de un coche de la policía, un Frontier Titan con las sirenas apagadas y otro coche igual, pero de camuflaje.

Aparcó el coche, llamando la atención de las personas que estaban allí.

En cuanto cerró la puerta, vio que dos policías estaban pasando por la zona del crimen con detectores portátiles de metales. Estaban rastreando la zona alrededor de un pilar de cemento que sujetaba una autovía.

—O bien no nos vemos por meses, o cada día… —dijo una voz femenina que vino por detrás de Fosco.

El forense se giró y apareció Olivia. Esa mañana iba casi sin maquillaje y llevaba un traje negro con una camiseta blanca ceñida.

—Vaya. No te esperaba aquí —dijo él.

—Perdona, yo no te hacía aquí —contestó ella mientras se acercaba caminando entre los hierbajos.

—Me gustan tus nuevos zapatos de tacón, ¿es la nueva moda en la central? —dijo con un tono ligeramente burlesco mientras indicaba las botas de agua de la mujer.

—¡Ja, ja! —contestó ella—. Bromas aparte, ¿qué haces aquí?

—¿Sabes por qué el comisario tenía tanto interés en tener la autopsia del cadáver que encontraron aquí? —preguntó él.

—¿Estar tanto tiempo en tu morgue te ha hecho olvidar los buenos modales? —preguntó ella.

—¿A qué te refieres?

—A que no se contesta una pregunta con otra —respondió Olivia.

Fosco la miró de soslayo e hizo una mueca.

—No hay identidad de este tipo. Pasaba por aquí y me llamó la atención ver el lugar —dijo indicando a su alrededor.

—Pronto serán las elecciones a la alcaldía —dijo ella, y se detuvo delante del forense—. Se ve que quieren las calles limpias —concluyó encogiendo los hombros.

—Todos los semestres antes de elecciones hay movimientos extraños. Esto parece la película El Día de la Marmota —dijo Fosco mirando a los ojos a la policía.

Ella se quedó quieta mirándole, como si quisiera decir algo, como si estuviera pensando algo que no se atrevía a decir.

Se miraron a los ojos por un segundo más de lo debido y ella desvió la mirada del hombre riendo.

—Lo siento —dijo ella. Miró hacia otro lado y se sonrojó.

—No tienes que pedir disculpas por nada —dijo él con tono reconfortante—. ¿Qué buscabas allí dentro? —preguntó Fosco señalando la hierba alta.

—Nada, cualquier cosa. No me trago lo de… "pasaba por aquí…" —dijo y carraspeó la voz —. En fin, esta mañana he leído tu informe y con los chicos hemos venido a buscar el proyectil.

—¿Y? —preguntó él.

—De momento nada. Ni proyectil, ni casquillo —respondió mientras iban caminando al unísono hacia el pilón de cemento.

Dieron varios pasos en silencio.

—¿Qué tal anoche? —preguntó él.

—No te perdiste nada. Justo cuando te fuiste, el comisario hizo uno de sus discursos narcóticos. Creo que fue el momento con más demanda de alcohol de la noche —dijo riendo.

—Gracias por sustituirme, no me encontré bien, ojalá no hubiese aceptado —dijo Fosco.

—Pues me alegro de que aceptaras —espetó ella.

—¿Por qué? —preguntó él.

—Porque si no, no nos hubiéramos visto otra vez… —dijo ella en tono jovial.

En ese momento, mientras se miraban, sonó un pitido en el aparato que llevaba la policía.

—Inspectora Wolf, he encontrado algo —informó un agente.

La inspectora y el forense acudieron.

—¿Qué has encontrado? —preguntó ella.

—Hay algo aquí —indicó con el detector de metales.

Ella se buscó en los bolsillos.

—¡Mierda! He acabado los guantes —se enfadó consigo misma Olivia—. ¿Cómo se puede ser tan despistada?

—Espera, yo siempre tengo —dijo Fosco y justo cuando sacaba del bolsillo del anorak un guante, le cayó el sobre con el dedal.

Olivia se agachó más rápido que Fosco y lo recogió. Lo miró y luego se lo devolvió mientras arqueaba las cejas.

—Gracias —dijo Fosco mientras cogía el dedal y se lo volvió a meter rápidamente en el bolsillo—. Aquí tienes —dijo mientras le acercaba un guante.

Ella lo cogió, se enfundó el guante y fue a buscar entre los hierbajos lo que había hecho pitar al aparato.

Fue buscando hasta que, con cuidado, sacó un objeto metálico redondo. Podía ser la bala que había matado al hombre del sombrero de pescador. Pero no, era una chapa de la cerveza más consumida en la ciudad.

—Falsa alarma —dijo levantando la chapa de cerveza—. Es solo esto.

La expresión del policía con el detector de metales lo dijo todo.

—Jefa, ¡llevamos tres horas aquí! —dijo él.

—Hay que seguir. Tenemos que encontrar esa maldita bala, esté donde esté. Aprovechemos hoy que no llueve —dijo la inspectora y luego le dijo a Fosco que la siguiera.

Caminaron hacia los coches.

—¿Qué era eso? —preguntó ella.

—Nada, una tontería.

—¿Una tontería que lleva el número de expediente de este caso? —dijo Olivia indicando la zona del delito.

Fosco bajó la mirada y luego sacó el objeto del bolsillo.

—Es una larga historia —dijo él.

—¿Sí? —preguntó Olivia. Luego sacó las llaves de su Sedán color gris y abrió las puertas—. Sube, te invito a almorzar, así me explicas esa “larga historia” —concluyó la inspectora.

10

Olivia aparcó en una cafetería de carretera.

Era pronto para comer, pero para ella toda excusa era buena para estar con Fosco. Haber encontrado ese objeto tan extraño fue el pretexto perfecto para proponerle ir a comer algo.

La inspectora entró primera en la cafetería. De mirada segura y liso pelo rubio, despertaba interés en los hombres con tan solo pasar. El traje, la seriedad y la vista analítica delataban claramente que formaba parte de las fuerzas de seguridad.

Buscó una mesa apartada y se abrió paso. Fosco la seguía. Esa mañana llevaba un perfume diferente al de la noche anterior: más fresco, más floral. Al seguirla, se dio cuenta de cómo los hombres sentados en la barra y en las mesas se giraban. Incluso los concentrados jugadores de tragaperras despegaban su vista de la máquina para mirarla.

Ella se sentó en la silla con la espalda contra la pared y Fosco enfrente. A Olivia le gustaba controlar lo que sucedía a su alrededor.

Ella sonrió y él respondió con otra sonrisa casi forzada.

—¿Cuánto hace que no planchas una camisa? —preguntó ella.

—Planchar es una pérdida de tiempo —dijo él.

Ella subió las cejas. Fosco se fijó en que la mujer iba vestida como si saliera de una boutique de ropa.

La inspectora levantó un brazo y la chica se acercó con dos cartas. Olivia no la quiso, pero indicó que se la diera a él. Fosco la cogió.

—Hola, ¿para beber? —preguntó la camarera.

—¿Qué quieres? —preguntó Olivia.

—Una Coca-Cola.

Ella arrugó el ceño.

—Eso y un agua. Gracias.

La camarera se fue en busca de la bebida.

Olivia se quedó mirando a Fosco. Este tardó un rato en elegir entre las páginas de la carta y luego la cerró.

Olivia tenía las manos encima de la mesa.

—¿Entonces? —dijo indicando el bolsillo.

—No sé si debería explicártelo —dijo el hombre.

—Venga, no te hagas de rogar —dijo ella—. Espero que no sea una bala que nos estás haciendo buscar como tontos.

—Hablas como si no fuera de la policía… —dijo él, suspiró y sacó de nuevo el objeto metálico—. Esto lo tenía el muerto en su estómago —dijo mientras se lo daba.

—¿Cómo dices? —preguntó sorprendida—. ¿No lo llevaba encima?

—Ojalá. Se lo había tragado o se lo hicieron tragar —dijo él.

—¡Es un dedal! Me acuerdo de cuando mi abuela lo usaba… —dijo la inspectora.

Fosco se quedó en silencio.

—Y eso, por extraño que te pueda parecer, no lo es todo —dijo y apareció la camarera a la mesa.

Los dos policías se giraron.

—¿Y bien? —preguntó la camarera mientras masticaba chicle, apoyando sus manos en la barriga que sujetaban una libreta para anotar el pedido.

Fosco señaló para que pidiera la mujer primero.

—Una pechuga de pollo a la plancha con ensalada —dijo la mujer.

Fosco levantó una ceja y se giró hacia la camarera.

—Para mí una hamburguesa doble con queso y patatas fritas —dijo sonriendo.

La inspectora se giró a mirarle.

—¿Qué? —preguntó Fosco mientras encogía los hombros—. ¡Tengo hambre!

Olivia levantó las manos.

—¿Nada más? —preguntó la empleada.

—Gracias, por ahora no —respondió Olivia y la camarera se fue.

—¿Decías que lo habías encontrado dentro del cadáver? —preguntó Olivia.

—Sí —respondió y se dio la vuelta a ver que no hubiese nadie por detrás de él—. Pero eso no es lo más extraño, es que lleva el nombre de mi mujer dentro, ¡grabado!

Olivia abrió los ojos de par en par y en seguida fue a ver el interior. Encendió la linterna del móvil y buscó la inscripción.

—Eso tiene sentido —dijo la inspectora.

—No lo tendría si mi mujer no usara ese tipo de dedal y no se hubiese comprado en el mismo lugar que Claire compraba todo el material para coser —dijo y se mordió un labio.

—¿Cómo lo sabes?

La camarera volvió a aparecer y dejó manteles, cubiertos, platos y servilletas. Después de ordenarlos, se fue.

Fosco se quedó perplejo; algo no le gustó.

Cogió el mantel y estiró dos centímetros más a la derecha. Dejó el tenedor a la izquierda del plato y el cuchillo a la derecha. La servilleta la puso debajo del cuchillo. Luego movió la botella de Coca-Cola hasta la izquierda y el vaso tres centímetros más a la izquierda. Luego se quedó mirando cómo había quedado y ultimó con un movimiento del tenedor un par de milímetros más hacia la derecha.

Entonces levantó la mirada. La inspectora lo estaba observando perpleja.

—Busqué entre sus cosas. Ni me acordaba de que tenía una caja de objetos solo para coser, y en el fondo de su costurero había uno igual. Luego busqué una referencia de dónde compraba. Claire guardaba todos los tiques, desde el último trimestre, para la contabilidad. Rastreé así el lugar y fui allí. El tendero de la mercería me confirmó que un tipo, con las mismas características que nuestro hombre, había acudido hacía unos meses a comprarlo. Solo eso compró. El anciano lo recuerda perfectamente —concluyó.

—¿Has ido esta mañana? —preguntó ella.

Él asintió.

—¿Por qué no me has dicho nada? —insistió ella.

—De momento, no pensaba decirle nada a nadie —respondió él y ella cambió su expresión.

—¿Lo sabías cuando nos vimos anoche? —preguntó ella.

Él le explicó lo que había pasado cuando volvió de la gala.

En ese momento apareció la camarera con los platos, los dejó en la mesa y regresó por la mayonesa y el kétchup para las patatas de él.

Los dos policías se quedaron en silencio. La situación resultaba difícil para los dos.

—¿Y qué piensas hacer ahora? —preguntó Olivia—. Eso debería estar a disposición de la policía y aparecer en el informe, no en esta mesa.

Fosco acabó de tragar mientras miraba por la ventana que estaba justo al lado de la mesa. Había vuelto a chispear, en esa zona era normal. A veces, Fosco soñaba en dejarlo todo e irse a algún lugar exótico de arena fina, donde los únicos árboles fueran palmeras. Dejar atrás los cadáveres y las autopsias. Investigaciones y pasado. Ya nada lo ataba a esa ciudad a la que ni

siquiera se sentía que pertenecía. La misma ciudad que le había arrebatado lo único real que tenía: su familia. Lo único que hacía quedarse en esa ciudad a Fosco, era saber quién fue y por qué.

Se giró hacia la inspectora.

—Es claramente un mensaje y pienso descubrirlo —le espetó Fosco mientras miraba directamente a los ojos a la rubia, que paró de comer—. Pero lo más importante viene ahora, ¿piensas ayudarme?

11

Olivia y Fosco se quedaron mirándose a los ojos durante unos momentos.

Los ruidos de la cafetería desaparecieron. Él la acababa de invitar a ayudarle, pero ella siempre seguía las normas para todo.

En la academia de policía fue la cadete con las mejores puntuaciones. La que se quedaba con la luz encendida un viernes por la noche a estudiar cuando los demás se iban de fiesta. La niña buena de la familia y la única que había seguido los pasos del padre, policía de Akeron. Ella quiso serlo también. Luchó contra todo y contra todos, hasta lograrlo.

Olivia no era capaz de cruzar por un sitio por donde no debía; siempre por el paso de cebra. Si el gestor le decía que algo no se podía poner en la renta, no lo hacía. Nunca pasó un semáforo en rojo. Siempre era puntual y cordial. Pero en ese momento el destino le había puesto sobre la mesa una bifurcación en el momento que más había deseado: una comida con Fosco y una invitación a recorrer un camino prohibido.

—¿Me estás pidiendo que investiguemos por nuestra cuenta? —espetó Olivia cabizbaja.

Fosco dejó los cubiertos y se pasó la mano por la cabeza. Instintivamente quiso coger un puro, pero no podía fumar allí.

—Voy a pedirme unos días de vacaciones, hace años que no lo hago. Buscaré la verdad. Descubriré si es una paranoia mía o es algo… —dijo él, dio un trago de su bebida azucarada y, sin dejar de mirarla, concluyó—. Tú no tienes que hacer nada que no debas hacer.

—¡Joder, Fosco! Tienes que informar de lo que estás haciendo, por el amor de Dios —espetó con rabia—. Estás ocultando pruebas, ¿sabes que podrían echarte por eso?

Fosco encogió los hombros.

—¿Vienes o no? —preguntó él.

—Me lo tengo que pensar… —respondió ella.

—Esto no va de pensar, va de actuar. ¡Pero por todos los demonios, Olivia, despierta! —gritó Fosco y ella le dijo que bajara la voz en medio de la cafetería—. Tenéis una investigación que

está a punto de prescribir. ¿Sabes qué quiere decir eso? Que nunca se hará justicia. Un juez puede pedir que lo archiven como si nada. ¿Te das cuenta de lo que significa para mí? ¿Qué significa para todos? —dijo y zarandeó la cabeza—. Yo no pienso permitirlo.

Ella se mordió un labio y miró fuera de la ventana.

—¿Tanto tiempo ha pasado? —preguntó ella.

—No lo habías pensado, ¿verdad? —preguntó Fosco—. ¡Qué raro! Justo en el aniversario aparece esto. Las casualidades solo pasan en las películas. Necesitamos saber quién era ese tío.

Olivia cogió el móvil y no tenía ningún mensaje de la central.

—Estamos esperando la autorización del juez para poder buscar su identidad en el registro. Es cuestión de horas —dijo ella.

Siguieron comiendo. Fosco se dio cuenta que empezaba a chispear.

Se creó un silencio incómodo entre los dos.

—¿Y la bala no está en el cuerpo? —preguntó Olivia—. ¿Estás seguro?

—No te haría perder tiempo en búsquedas absurdas. Te lo prometo —dijo Fosco.

Ella dejó nuevamente los cubiertos.

—Ok, no te aseguro nada, pero hay algo que quiero de ti. Lo que más valoro en una relación interpersonal es solo una cosa, pero inquebrantable e insustituible —dijo señalándolo con el índice—. Y es la confianza. Como me ocultes algo, yo salto del barco y te quedas solo. ¿Me has entendido?

Él dejó el cuchillo y le alargó la mano.

—Entendido —dijo y se estrecharon la mano.

Acabaron de comer y volvieron a la escena del delito, donde se encontró el cadáver del hombre del dedal.

La zona había empeorado, los hombres estaban mojados por seguir buscando algo que no acababan de encontrar.

Fosco se metió en su todoterreno y cogió un paraguas. Lo abrió. Era un paraguas de una famosa marca de golf. Su diámetro era tan grande que podían caber debajo unas cuatro personas.

Fue a buscar a Olivia, que llevaba varios segundos bajo el agua. Sus mechones rubios se habían mojado, creando una cortina.

Fosco se acercó con el paraguas a la inspectora para que no se mojara más.

—Chicos, abandonamos. Idos a casa, meteos en la ducha y seguiremos otro día.

—Jefa, aquí no hay nada. Hemos estado toda la mañana y nada. Si hubiera una bala la habríamos encontrado —dijo un agente.

—Inspectora Wolf, de la misma manera que no está el cartucho puede que el asesino lo haya retirado con la bala —dijo el otro agente y señaló la columna—. Quizá rebotó contra el pilón de la autovía y lo recogió. O vete a saber si se cayó al río.

—Da igual, chicos. Idos, mañana nos vemos en la comisaría —gritó la mujer.

Fosco la acompañó a entrar en el coche camuflado de la inspectora.

—¿Juegas a golf? —dijo ella.

—¿Por? —preguntó Fosco y al segundo lo entendió—. No —respondió mientras sujetaba el paraguas chorreante—. Los que se usan para golf son los más grandes: para el jugador, el caddy y el carrito. Así que los compro allí. Para no mojarme, vaya.

Ella asintió.

En ese momento le llegó un mensaje a la inspectora a su móvil. Ella lo miró y subió la cabeza.

—Es la central. Tienen la autorización del juez —dijo mientras introducía las llaves en el contacto—. ¿Vienes? En pocas horas sabremos quién es el hombre del dedal.

Fosco suspiró.

—Sí, pero yo voy con mi coche —dijo, se subió a su viejo Nomad y siguió a la mujer.

12

El todoterreno siguió al coche camuflado de policía por las calles de la metrópolis.

Fosco deseaba llegar para saber quién era ese hombre que había acabado en su camilla de la morgue.

La identidad del hombre del dedal podía ser desvelada en pocas horas. Llevaba mucho tiempo deseando saber la verdad y, de repente, justo cuando todo podía estar perdido para siempre, la hoguera de la esperanza se había vuelto a encender.

La comisaría de policía de la inspectora Wolf se encontraba en el norte de Akeron. Un edificio moderno, de última generación, acristalado, de siete plantas, donde había calabozos, la policía de barrio, la investigativa y la científica, junto a muchos más departamentos.

Cruzaron la ciudad entrando por la autovía que llevaba desde el polígono de la fábrica Stark hasta el distrito norte. Era primera hora de la tarde. Las calles del centro estaban colapsadas; ninguna novedad.

Fosco escuchaba una emisora de música clásica mientras pensaba en el dedal, acompañado por un puro. El humo salía por una fisura de la ventanilla.

Largos autobuses amarillos circulaban por las calles, complicando el tráfico, para recoger a los alumnos de la escuela. Agentes de la policía, con chubasquero, ayudaban la labor de los semáforos en los cruces más conflictivos.

La inspectora le envió un mensaje diciendo que la siguiera y que aparcara en el parking subterráneo de la comisaría. Él obedeció; encontrar un hueco para su coche en la calle era una misión imposible.

El despacho de la inspectora estaba en la parte izquierda de la quinta planta de la comisaría norte. Era una caja de cristal en medio de una colmena de despachos iguales. La parte derecha del

mismo piso, ocupado por la policía investigativa, era un espacio abierto donde muchos agentes tenían sus escritorios y compartían espacio.

Fosco la siguió hasta la mesa de una chica joven.

—¿Tenemos la identidad? —preguntó la inspectora.

—Falta poco, inspectora, estamos con ello desde que tuvimos el acceso. En breve lo tendremos —dijo la chica.

La inspectora se separó de la mesa y miró al forense.

—Nunca había estado aquí —dijo él indicando ese despacho de cristal y ordenadores—. Aquí tenéis más luz natural que en la morgue —dijo Fosco—. ¿No sería mejor que fueras a secarte el pelo?

Ella se miró el traje y se tocó un mechón.

—Estoy acostumbrada, tranquilo —espetó la inspectora—. Venga, necesito ese nombre cuanto antes —concluyó Olivia a la otra policía.

Y sin decir nada más se fue hacia el pasillo. Fosco la siguió con la vista sin decir nada. Se quedó mirando cómo los nombres iban pasando y el sistema informático cotejaba las huellas del muerto con la base de datos nacional.

La inspectora Olivia Wolf regresó con un par de cafés.

—Sin azúcar y fuerte —dijo ella al pasarle un vaso.

Como ella, pensó Fosco cuando se lo dio.

Fuera de esos muros, la inspectora era una persona distinta a la que tenía que demostrar ser con su equipo.

Al primer sorbo Fosco se quemó.

—Ya te dije que los acababa de coger de la máquina —dijo ella.

Fosco cogió el vaso con las dos manos y se fue hacia el extremo de la sala, un cristal del techo al suelo sobre la ciudad. Las paredes no existían, el arquitecto de esa caja de cristal debió de pensar que un edificio construido de esa manera podía ser más intimidatorio.

Sin torreones ni catapultas, nada que ver con la Edad Media, solo cristal. Transparencia. Para que los que trabajaran allí pudiesen ver la ciudad desde sus asientos.

Quien pasara por esa calle, como ese hombre vestido de negro, al levantar la vista pensaría: ¿me estarán mirando?, pensó Fosco, fijándose en un simple transeúnte.

Cogió el vaso de plástico con las dos manos para calentarse. De vez en cuando, daba pequeños sorbos.

Las numerosas azoteas arrojaban altas columnas de vapor de las calefacciones que escalaban en las nubes bajas.

Akeron se perdía en el horizonte entre un amasijo de edificios y rascacielos grises, solo divididos por una línea imaginaria que era el río Caronte.

—Ya lo tenemos —dijo la policía—. Baltasar Album. Cuarenta y cinco años, originario de Canadá. Sin ingresos, sin pensión, sin antecedentes.

La inspectora y Fosco se acercaron al monitor.

La policía fue bajando datos y buscando más información sobre ese hombre.

—Sin multas, ni siquiera nada a su nombre —concluyó la agente.

—Sube, pon la foto, por favor —dijo Fosco.

La chica obedeció y regresó a la parte superior, hasta la última imagen que estaba en la base de datos.

—Es él —dijo Fosco reconociendo al hombre a quien la noche anterior había practicado la autopsia—. ¿Pero no hay nada por dónde tirar?

—Entra en el último domicilio —dijo Olivia.

La chica entró y aparecía un último alquiler declarado, pocos meses antes.

—Más o menos es la misma fecha de cuando fue a la mercería a comprar… ya sabes —dijo Fosco.

La chica lo miró, arrugando el ceño sin entender. Cuando fue a preguntar, Oliva le dijo:

—Mete esta dirección en el mapa de la ciudad, ¿dónde está? —ordenó.

La chica lo hizo y apareció un punto rojo en el distrito sur, una zona donde a la policía le costaba entrar.

—¿Qué hacemos? —dijo ella.

—Es lo único que tenemos, a lo mejor los vecinos saben algo —dijo Fosco—. Si nos quedamos aquí, el tiempo pasa y no hacemos nada.

Ella asintió y apuntó la dirección.

—Vamos —confirmó ella.

—Sí, pero iremos con mi coche, el tuyo se huele a kilómetros que es de la pasma.

13

´

Para llegar al distrito sur había que cruzar el río.

El Caronte dividía una ciudad dentro de otra. Las casas, solo por estar al otro lado, llegaban a valer la mitad. Alquilar un piso costaba la mitad que justo al otro lado. A pesar de eso, conseguir un alojamiento era tremendamente difícil. Pero, aunque estaba repleto de edificios, el distrito sur no era un buen lugar para vivir.

El Frontier Nomad pasó por el puente Reynolds, que conectaba las dos orillas. Fue bajando por la Avenida María Montessori hasta una calle paralela. Poner el nombre de una de las educadoras más famosas del siglo pasado a la arteria más importante del distrito, no significaba que la gente se educara sola.

La delincuencia se respiraba y se veía. Gente que buscaba dentro de los contenedores. Yonkis que buscaban a camellos para sus dosis diarias. Coches de la policía que pasaban con las sirenas encendidas adelantando el tráfico y ambulancias que iban en dirección contraria. Bandas de chicos que escuchaban música bajo cobertizos improvisados.

Las imágenes pasaban por la retina de Fosco mientras se acercaban en silencio al punto que marcaba el GPS.

Aparcaron en la misma calle paralela. Olivia caminaba bajo el enorme paraguas del forense. Entraron en una calle secundaria, un callejón entre dos edificios viejos de pocas plantas. Las aceras eran impracticables por la basura acumulada de un contenedor, rebosante de desechos en bolsas que impedían que se cerrara la tapa.

Fosco levantó la mirada hacia el cielo, que no quería dar tregua. Por el lado del edificio, había una vieja escalera contra incendios de metal que conectaba exteriormente todos los pisos.

Llegaron hasta la dirección del último domicilio del muerto del dedal, Baltasar Album.

El portón estaba cerrado.

Al lado, había unos timbres con varios nombres. El cinco D no tenía nombre. Olivia apretó el botón, pero no hubo respuesta.

A los pocos segundos, los dos policías se intercambiaron una ojeada rápida y la puerta se abrió. Una anciana salía y Fosco rápidamente impidió que se cerrara la puerta a su paso.

La señora, contrariada, esperó a ver qué hacían.

Fosco dejó entrar a la inspectora.

—Somos de la policía —dijo él a la inquilina.

—Todos dicen eso —le espetó de mala manera y se fue.

Siguieron el pasillo del entresuelo hasta la puerta cinco “D”. La puerta estaba cerrada. Del otro lado se escuchaban ruidos.

Olivia sacó de inmediato la pistola y quitó el seguro. Tocó el timbre nuevamente y apuntó a la puerta. Del interior se escucharon unos pasos acercarse. Los otros ruidos podían ser una televisión encendida. Fosco miró el timbre, en él aparecía un apellido que difería bastante de Mendoza.

Los pasos se detuvieron delante de la puerta. Se escuchó cómo la mirilla se abría.

—¿Quién demonios es ahora? —gritaron desde dentro.

—Policía. ¿Por favor, pueden abrir? —gritó la inspectora.

Fosco le hizo un gesto de guardar la pistola.

La puerta se abrió por el lado de Fosco, con el cerrojo puesto. Solo se veía una franja de la cara de la señora.

—¿Quién coño sois? —dijo la señora.

Fosco se encontró con la señora delante. Todo su pelo estaba enroscado en rulos. Iba con un chándal de estampado militar con varias tonalidades de rosa. En el fondo estaba la televisión a todo volumen y un niño saltaba en el sofá. Por el olor que desprendía el ambiente, él intuyó que estaba cocinando.

—Buenas tardes, señora, somos de la policía. Nos gustaría hablar con usted un momento, por favor —dijo Fosco con tono negociador.

—Otra vez la señora del primer piso, joder, cuantas veces tengo que decir que es una exagerada, tampoco está tan alta la televisión —gritó para que se oyera.

—¿Nos podría dejar entrar, señora? —suplicó casi.

—¿Y ella? —preguntó la mujer indicando a Olivia, con una expresión que rozaba más la envidia que la curiosidad.

—Es la inspectora Wolf. ¿Nos dejaría pasar? Es muy importante, por favor —insistió Fosco.

La señora gruñó y cerró la puerta, quitó el cerrojo y abrió.

—Pase —espetó.

Fosco decidió entrar primero. Al primer paso se dio cuenta de que una cierta razón tenía la señora del primer piso.

La inspectora entró y el ama de casa cerró la puerta.

—¿Qué quieren? —gritó.

—Necesitamos hablar con usted, ¿podría bajar la televisión?

—Ni hablar. Luego no hay quien soporte al pequeño Kevin —dijo la señora indicando al niño que saltaba en el sofá sin parar mirándolos con curiosidad.

—¿Podemos hablar en un lugar más tranquilo? —preguntó Olivia.

La señora gruñó otra vez y les hizo un gesto con la mano. Olivia la siguió mientras que Fosco daba un vistazo. Una casa sencilla, muebles destartalados sin ninguna coherencia entre ellos, con varios estilos. Una televisión pequeña estaba apoyada en una librería, girada en horizontal para servir de apoyo. Las paredes, de colores pastel desteñido, tenían manchas de humedad que seguramente venían de alguna gotera de los pisos superiores. La única ventana, que daba al callejón oscuro, tenía unos barrotes que parecían haberse reciclado de algún hospital psiquiátrico clausurado.

Fue caminando hacia la cocina, y el suelo era lo único que desentonaba en ese lugar. Un parquet viejo y oscuro, que tenía más valor que el resto de todos los otros muebles del piso.

Fosco entró en la cocina y un olor a frito lo arrolló. A su paso, la señora cerró la puerta.

—¿Se puede saber qué ha pasado ahora? —dijo la señora.

—¿Cuánto hace que vive aquí? —preguntó la inspectora.

—Pues yo qué sé, unas semanas. ¿Por qué? —ladró la señora.

—Estamos llevando a cabo una investigación y… —dijo la inspectora y fue cortada por el forense.

—Gracias por recibirnos señora, ¿son alitas de pollo empanadas? —dijo Fosco mientras indicaba la sartén con aceite burbujeante.

La señora se relajó un poco, aunque sin desactivar la modalidad “ceño fruncido”.

—¿Le gustan?

—Me apasionan.

—Pues siéntese, le haré probar el mejor pollo frito de esta maldita ciudad.

A Fosco cada bocado de ese tierno pollo con la empanada crujiente lo llevaba a su infancia.

—¿Seguro que no quieres más, Olivia? —preguntó Fosco indicando el plato con el tenedor que usaba para comer.

Ella sonrió y se limpió la boca.

—No gracias, con dos ya tengo bastante.

La señora se había sentado y, mientras comían, les explicaba todas las peripecias que tuvieron que hacer para encontrar una vivienda, desde que salieron de un pueblo del interior.

—Entonces hace solo… —dijo Fosco contando con los dedos—. Tres semanas y media que están aquí.

—Sí, antes estuvimos en un garaje, hasta que esto quedó libre. Un señor que trabaja con mi marido como conductor de autobuses vive al fondo de la casa. No es lo mejor, pero ya es un buen paso.

Fosco se limpió la boca y dejó la servilleta plegada y debajo del plato.

—¿Quiere más? —dijo la señora.

Fosco hizo un gesto que ya estaba saciado.

—¿Qué había en esta casa cuando llegaron? —preguntó el forense.

—Pues la verdad es que nada. Vacío y limpio como una patena —respondió la señora.

—¿Ni una sola caja? —preguntó la inspectora.

—Nada —confirmó tajante, ayudándose de un gesto.

—¿Y en la cocina? —preguntó Olivia.

—Ni un maldito tenedor. El tipo de la inmobiliaria nos dijo que el anterior inquilino se había llevado todo, hasta la última bombilla. No se llevaron los plomos porque se habrían electrocutado —confirmó y se puso a reír—. Maldita gentuza, hay cada persona en este mundo.

—¿Han cambiado algo de cuando entraron? Como, por ejemplo, ¿han pintado el techo o cambiado el suelo? —dijo Fosco mientras miraba a través del cristal de la puerta de la cocina. Desde allí se veía la puerta de entrada, algo le había llamado la atención.

—¿Usted cree que estamos en condiciones de pintar o cambiar suelos? Antes compraría un calentador nuevo, que el que hay es del tamaño para bañar a una Barbie —espetó la señora.

—Claro, entiendo. ¿Me dejaría un destornillador o un cuchillo? —dijo Fosco.

—¿Para qué lo necesita? —preguntó, se levantó y abrió el primer cajón—. No tengo destornilladores, solo cuchillos. ¿Lo quieres afilado o con punta? —dijo con dos en la mano.

Fosco se acercó y cogió el más sencillo del cajón, el más común. El más robusto de la escasa opción que le había propuesto.

Luego abrió la puerta y la inspectora lo siguió.

Al abrir la puerta regresó el sonido ensordecedor de la televisión.

Fosco caminó varias veces sobre una lámina de madera que, aunque los demás no lo veían o escuchaban, chirriaba.

El forense se agachó al suelo, mirando una lámina en concreto. De repente la televisión se silenció y el niño comenzó a llorar. Olivia la había apagado.

Fosco pasó los dedos por las láminas, una de ellas tenía unas señales extrañas.

Introdujo el cuchillo entre las láminas y comenzó a hacer palanca.

—¿Qué hace? Como lo vea mi marido se va a enfurecer —dijo la mujer.

Olivia se acercó y le hizo un gesto para que se tranquilizase.

Fosco apretó con todas sus fuerzas, hasta que consiguió levantar la lámina.

Al despegarse quitó el cuchillo y la desencajó de los pocos clavos que quedaban. Debajo había dedos de mugre y polvo.

Metió la linterna del móvil y se agachó.

—Maldito psicópata, que… —susurró Fosco.

En dirección a la puerta había algo reluciente. Se pasó un pañuelo por la cabeza, estaba sudando por los nervios.

Alargó la mano y sintió una caja. La agarró.

Al sacarla vio que era una vieja lata, de algún chocolate suizo.

La abrió con precaución y miró dentro.

En cuanto vio lo que había, se giró hacia Oliva sonriendo: habían encontrado la siguiente pista.

14

Cuando salieron del condominio ya casi era de noche.

Fosco no sabía si era su impresión, pero el callejón a esa hora le daba aún peor espina.

Cogió por la cintura a Olivia y se la acercó bajo el paraguas para llegar hasta el coche.

La lluvia no daba señales de querer cesar. Las gotas que caían alrededor de las farolas creaban el efecto de una cortina blanca.

Fueron zigzagueando entre los charcos y cruzándose con tipos cada cual más raro.

Fosco entendió el espesor de los barrotes de las ventanas del apartamento.

Bajaron por la acera de la avenida principal, pasando por tiendas de barrio y escaparates de neones multicolores que anunciaban comercios y servicios en las plantas bajas de los edificios. Las recomendaciones internas de la policía eran de no alargar demasiado la estancia por la noche en esos barrios del distrito sur.

Fosco lo tenía claro, no se habría quedado ni un minuto más de lo que fuese estrictamente necesario por esa zona.

Cuando llegaron al Nomad aparcado en la acera, alguien estaba rodeando el coche.

—¿Pasa algo? —dijo Fosco.

—Oye abuelo, ¿es tuyo este carro? —preguntó un chico que estaba bajo la lluvia mirando el viejo Nomad.

Tenía el pelo rasurado, como en el ejército. Vestía tejanos y una bomber, una cazadora militar.

—Depende.

—¿Depende de qué, abuelo?

—Depende de que te vayas a tomar por culo.

—Joder tío, no te pongas así. Te quería ofrecer un negocio, abuelo —dijo a la defensiva levantando las manos bajo el agua, como si mojarse no le importara.

Fosco abrió el coche y dejó subir a Olivia.

—Vete a decir abuelo a otra persona.

—Espera, espera, no te vengas arriba, por qué no hacemos *business*, por qué no me vendes tu buga, tío.

Fosco lo miró a los ojos y luego lo repasó de arriba a abajo.

—Déjate de negocios, chaval. Vete de nuevo a la escuela, que lo necesitas —dijo y se metió en el coche.

El joven cruzó los brazos y se quedó observándolo, moviendo la cabeza. La respuesta no le gustó, y menos cómo le había tratado.

Entraron en el viejo todoterreno. Al cerrarlo, dejaron la lluvia y la humedad atrás. El forense agradeció tener un lugar seco donde poder quedarse. Olivia, en cuanto se sentó, notó la humedad que la perseguía y se frotó las manos. Él arrancó el coche y puso la calefacción.

—En un ratito se calentará —dijo Fosco.

—¿Qué quería ese?

—Nada, un chaval que no sabe lo que dice… —contestó mientras veía cómo desaparecía detrás de un edificio.

—Gracias. Otro día que la humedad te entra en los huesos —dijo ella y se quedó mirándolo.

Entonces Fosco sacó la caja.

Era del tamaño de un paquete de cigarrillos, incluso algo más chata y ancha. Seguía con polvo encima, incrustado, a pesar de haberla sacudido en el piso de Baltasar. Fosco cogió un pañuelo limpio y abrió la ventanilla. Sacó el papel lo justo para que se humedeciera y, con el mismo cuidado que frotaría la lámpara de Aladino, lo pasó por la tapa, quitando el polvo fosilizado por el tiempo.

—¿Se puede saber qué has encontrado? —preguntó ella con tono impaciente.

Él apretó el botón del cierre centralizado y las puertas del coche se cerraron. Arrancó el motor y encendió en el salpicadero el aire caliente para que saliera rápidamente.

Luego, pasó la caja a la inspectora, confiándole el tesoro.

Ella la cogió y antes de acabar de abrir volvió a darle una mirada al forense. Este estaba controlando por los retrovisores, que todo estuviese en orden.

Olivia se sorprendió de lo ligera que era. Demasiado como para contener algo que pudiera satisfacer al forense.

“Clac”, hizo la tapa.

Al abrirla, la inspectora comprobó que estaba vacía, o casi. En la parte interior de la tapa, una llave estaba pegada con celo. El resto estaba vacío y oxidado por el paso del tiempo.

—El celo lleva huellas, las comprobaré, pero me imagino que no están ahí por casualidad, sino adrede —dijo él.

—¿Baltasar Album? —preguntó ella.

—Seguramente, si es que realmente se llama así… —dijo él y ella arrugó el ceño.

—¿Qué piensas? —preguntó ella.

Fosco se pasó la mano por la nuca y estiró la espalda. De las ranuras comenzaba a salir un poco de aire caliente. La lluvia picoteaba la chapa del coche.

—Puede que me equivoque, pero me temo que esto no es algo sencillo —dijo y sacó la caja de puros y se la mostró a la inspectora—. ¿Te importa?

Ella le hizo un gesto de que siguiera.

—Sabes que son malos para la… —dijo ella y él la interrumpió.

—Para la salud, claro. También Claire me lo decía continuamente, y mira qué le pasó —espetó mientras se llevaba uno a la boca y lo encendía con un mechero.

Bajó pocos milímetros la ventanilla, lo justo para que saliera el humo y no entrara la lluvia.

Fosco carraspeó la voz.

—Tengo una teoría —dijo y la mujer se acomodó en el asiento de piel—. Hay tres morgues en esta ciudad. ¿Cómo sabía Baltasar que iba a acabar en la mía? —preguntó Fosco y dio una calada al cigarrillo.

Ella subió las cejas, luego se rascó la cabeza.

—Esto es una pregunta, no una teoría —dijo la inspectora.

Él emitió un sonido gutural.

—Ya. Creo que es fácil, bueno, relativamente. Creo que quedaron en un punto de nuestro distrito. Pero esto no es lo más importante, la pregunta sería: ¿este hombre quedó con alguien que sabía que lo iba a matar? —preguntó el forense.

—¿Baltasar quedó con su asesino en el lugar donde lo encontramos muerto? —preguntó Olivia.

—Y sabía a lo que iba…

—¿Cómo lo sabes?

—El cuerpo de Baltasar no presentaba ningún tipo de livideces provocadas por peleas o enfrentamientos. El dedal no se lo hicieron tragar, se lo tragó él. Y, además, lo confirma la aspirina —dijo él.

—¿Aspirina? —preguntó ella.

—Esta tarde me llegaron las analíticas de sangre de nuestro amigo —dijo él y dio una calada, luego se giró y tiró el humo por la ventanilla que la fisura tragó como si fuera una campana de extracción.

—¿Y?

—No tenía ningún rastro toxicológico, niveles normales de adrenalina. Pero había un fármaco en su sangre: ácido acetilsalicílico, aspirina —dijo él.

—Puede que tuviera dolor de cabeza o jaquecas —dijo ella.

—Si tienes jaquecas tomas algo más fuerte, seguramente. Los antibióticos, los antiinflamatorios y la aspirina, afectan a los resultados de las analíticas de sangre. Es decir, su coagulación. No. Me refiero a que la aspirina hace que la sangre sea más fluida y que no cree coagulaciones. Tenía los índices de colesterol malo pasando los límites, a pesar de su complexión. Eso es genético, seguro.

—Espera, no te sigo Fosco. ¿Qué me estás queriendo decir con lo de la aspirina? —preguntó ella.

—El hombre tenía el colesterol alto y tomaba aspirina infantil, típico. Hasta aquí, ok. Pero a un individuo así, si yo lo cojo de un brazo y se lo aprieto con fuerza —dijo sin hacérselo pero sí mirándola directa a los ojos—, y eso le dejaría una marca evidente, inevitable.

—¿Por lo tanto? —preguntó ella.

—Por lo tanto, lo del dedal no te deja más opciones, se lo tragó —dijo y dio otra calada al tabaco—. Y quedó con alguien que sabía que iba a matarle, para hacerme encontrar el maldito dedal. Y te diré más, lo sabía desde hacía mucho tiempo porque si no, no habría ido a comprar este dedal desde hacía varios meses.

Ella se estiró en el asiento, con expresión perpleja. Se ajustó las cejas.

—¿Por qué? —preguntó ella.

—No lo sé, pero seguramente para que esta caja llegara a nuestras manos—dijo él.

—¿Qué abre esta llave? —dijo ella y sacó un móvil.

—Esa es la gran pregunta.

Olivia hizo una foto de la llave. En ella aparecía el nombre de una empresa y una numeración. Buscó en internet la marca y la foto de la llave.

—No aparece ninguna coincidencia —dijo ella.

—Bueno, mañana habrá que ir a visitar al fabricante. Con la numeración puede que sepan dónde instalaron esa cerradura —dijo y arrancó el coche—. Además, ha borrado los últimos dos

números, como si no hubiese sido ya suficientemente complicado.

—¿Dónde vamos? —dijo ella.

—A ti te dejo en la comisaría, yo iré a la morgue a comprobar esas huellas y despegar la llave, por si hay algo más —dijo y salió de la plaza de aparcamiento.

Ella cerró la caja y se puso el cinturón de seguridad. El coche dio la vuelta y se metió de nuevo por la avenida central del distrito sur. Los rótulos luminosos y los semáforos se reflejaban en el parabrisas mojado.

Se colocó detrás de un autobús de línea y miró la publicidad de unos candidatos a la alcaldía de Akeron. Cuando el semáforo cambió a verde, Fosco puso el intermitente y comenzó a circular por el carril central. La avenida María Montessori llevaba hasta el puente que cruzaba el río y acababa esa zona poco recomendable.

Cuando faltaban pocos semáforos para llegar al puente, la inspectora se percató de algo raro en su comportamiento.

—¿Qué pasa, Fosco? —le preguntó con tono preocupado.

Los ojos del forense estaban iluminados por los faros reflejados en el retrovisor. El efecto que hacían era como si llevara un antifaz que le iluminaba parte de la cara. Miró hacia atrás.

—Tenemos compañía. Desde hace un par de kilómetros, un todoterreno negro nos sigue —dijo él—. No te gires.

—¿Estás seguro? —dijo ella mirando por el retrovisor derecho—. Creo que estás paranoico.

—Por desgracia, te equivocas.

15

El Frontier Nomad iba acercándose al puente Reynolds.

En cada semáforo, de forma elegante y sin levantar sospecha, iba cambiando de carril y el coche negro les seguía los pasos, a dos o tres coches por detrás.

Fosco tamborileaba los dedos sobre el volante.

—Párate aquí —ordenó ella.

—¿Por qué? —preguntó él.

—Voy a salir y lo voy a detener —espetó ella.

—¿Qué dices? No llevas chaleco antibalas y está lloviendo. ¿Te has vuelto loca? ¿Sabes dónde estamos? Te pasará por encima, te pisará como a una cucaracha y desaparecerá —espetó él.

—Pero tendremos la matrícula —dijo ella.

—¿La matrícula? —dijo Fosco mofándose—. Mira, si la quieres la tienes allí, dijo indicando una cámara del semáforo—. María Montessori Avenue, 19:34 h. Buscas mañana en las grabaciones y la tendrás sin arriesgar tu vida —contestó Fosco—. Pero me parece bastante obvio; esa matrícula es falsa, y tú lo deberías saber.

Olivia se quedó observando al forense con una expresión que delataba que tenía razón.

—¿Y qué piensas hacer? —preguntó ella.

—Llevo un rato conduciendo más lento y él igual. ¿Piensas que quien está conduciendo es un abuelete…?

—¿Y qué piensas hacer? —volvió a preguntar inquieta.

—Nada, relájate —dijo él y le estiró el cinturón para que se quedara más ceñido.

El Frontier Nomad se quedó parado el primero en el último semáforo del distrito, antes del puente. Fosco miró el salpicadero. El reloj marcaba las 19:39 h.

—Ya casi estamos —dijo él.

El semáforo estaba en rojo y los coches cruzaban por una perpendicular de la avenida, una carretera que seguía el río Caronte, en la dirección del agua, hacia el océano.

En cuanto dieron las 19:40 h., Fosco accionó una pequeña palanca, conectando las cuatro ruedas motrices. Dejó pasar el último coche rezagado de la carretera de enfrente y apretó el acelerador hasta el fondo. El cuentarrevoluciones enloqueció, disparándose hacia arriba. Las cuatro ruedas, a pesar de arrancar a la vez, derraparon en el asfalto mojado. El tosco ruido del desproporcionado motor se enfureció, despertando todos sus caballos de potencia.

El coche del forense rozó el último coche que circulaba enfrente y siguió a pesar del semáforo rojo.

—¿Qué haces? —gritó Olivia agarrándose a la manilla del techo.

Fosco miró atrás por el retrovisor y vio cómo el todoterreno negro adelantaba a los coches que tenía delante, saliendo de la mordaza del tráfico. Comenzó a seguir al coche del forense.

Fosco sorteó las barreras que estaban bajando y fue directo hacia la mitad del puente, que se estaba abriendo.

—¡No me lo puedo creer! ¡Estás loco! ¿Qué piensas hacer? —gritó ella.

—Confía en mí —espetó él.

El Nomad atravesó a toda velocidad la mitad del puente basculante. Cuando llegó al centro, este ya se estaba empinando hacia arriba. Un barco, demasiado alto como para pasar por debajo del puente, estaba cruzando el río.

El coche subió la carretera empinada y cogió el vuelo.

Olivia se giró y observó el momento en que el coche dejaba de tener las ruedas encima de la carretera, mirando por la ventanilla. El río estaba debajo, negro, hambriento de cualquier cosa que entrara para no escupirla más.

El vuelo duró décimas de segundos, a pesar de que para los ocupantes fue eterno.

El todoterreno aterrizó en la otra parte del puente.

Las grandes ruedas y las duras suspensiones amortiguaron un salto que, de ser un coche normal, lo habría partido por la mitad. Fosco dejó que el coche se deslizara hasta el final de la otra mitad sin frenar. Cuando se detuvo, Fosco miró atrás: el coche que los perseguía no se había atrevido a saltar.

—Estás más loco de lo que pensaba —gritó Olivia.

—Sí, la verdad es que no ha estado nada mal —confesó el forense—. Por lo menos los hemos dejado atrás. Creo que empezaba por: 91L.

—¿El qué? —gritó la inspectora.

—La matrícula del SUV negro.

Ella le hizo un gesto de que se fuera a la porra.

Luego quitó la reductora y arrancó el coche. Cuando pasó por al lado de la garita del guardián del puente Reynolds, Fosco saludó y se metió enseguida en la carretera que costeaba el río. Al otro lado, el barco cruzaba un puente que estaba abierto. Detrás estaba el coche negro y un hombre que había bajado del mismo.

El forense dejó a Olivia en la comisaría. Habían quedado al día siguiente para ir a ver al fabricante de esa llave.

Fosco se fue a la morgue.

Margarita estaba en el aparcamiento exterior, a punto de marcharse. En cuanto lo vio llegar, arrancó el coche y se puso al lado. Los dos bajaron las ventanillas y ella le hizo un reporte de lo que había sucedido ese día en su ausencia.

Él le explicó que necesitaba unos días de descanso por asuntos personales y que había ido para coger unas cosas. Luego se saludaron y él entró.

La morgue estaba vacía.

Los otros forenses ya no estaban. Entró en su despacho y se puso una bata. Apoyo la caja bajo una lupa de su mesa de trabajo. Se giró hacia la cámara frigorífica donde estaba el cuerpo de Baltasar, como si aún le pudiera hablar.

Abrió la lata. Cogió las pinzas y sacó la cinta adhesiva transparente con cuidado. La llave se quedó pegada. La cogió con los guantes y la espolvoreó de grafene negro. Las huellas quedaron resaltadas. Hizo una foto y la introdujo en el sistema. No necesitó meterlas en el programa de la policía; las fotos eran calcadas. Las huellas eran de Baltasar, no había dudas.

Quitó el celo y lo aplicó en una hoja blanca.

Analizó la llave.

Rellenó un formulario de orden de análisis y le puso el sello de urgente.

La llave tenía una numeración grabada por el fabricante, SecurClavis, con sede en el centro de Akeron. Los últimos dos números habían sido limados.

¿Por qué los había eliminado?

El reloj marcaba las nueve de la noche y comenzaba a notar el cansancio. Se estiró en la silla y apagó la luz. Guardó la llave como oro en paño. Se la puso en el anorak y se fue al aparcamiento. Pero las sorpresas no habían acabado aún esa noche. Cuando llegó al Nomad, lo

encontró con los cuatro neumáticos pinchados. Las ruedas tocaban el suelo. Por las fisuras, parecía que la herramienta con que se habría hecho era una navaja.

Fosco se levantó y miró a su alrededor. El aparcamiento estaba vacío, o eso era lo que él veía.

Se giró hacia el edificio de la morgue; la cámara tenía que haber grabado al asaltante, pero habría perdido mucho tiempo para obtener una imagen de alguien encapuchado que no habría aportado nada a su búsqueda.

Pensó que lo habían seguido. Al fin y al cabo, Fosco era un hombre de rutinas y eso lo hacía predecible.

Aquello se estaba convirtiendo en algo peligroso. Cuanto menos supieran, menos riesgos para las personas implicadas.

En ese momento, ante lo que parecía una advertencia en toda regla. Se sintió un blanco demasiado fácil. Pero no tuvo miedo, porque quien tiene miedo es aquel que teme perder algo y él, de la vida, ya no tenía nada que perder. Al mismo tiempo eso le convertía en alguien peligroso.

Se planteó que tenía que seguir a toda costa, a pesar de todo.

A pesar de que le habían pinchado las ruedas, él quería seguir recorriendo la carretera hacia la verdad. Aunque estaba resultando más complicada y empinada de lo que creía en un principio.

La verdad tiene un precio y no todo el mundo quiere pagarlo.

Olivia era el único costo colateral que podía pagar esa investigación. La mujer tenía una vida por delante. La suya ya había sido marcada por un suceso que, en pocos días, cumpliría los cinco años y en consecuencia su definitiva prescripción. Si no hubiese sido por el maldito guante que le pidió, la inspectora nunca se habría percatado del dedal y ella no estaría involucrada en eso.

Llamó a la grúa; necesitaba que alguien le cambiara las ruedas esa misma noche. Al día siguiente tenía una cita con el pasado y no podía faltar.

16

Las oficinas de SecurClavis estaban ubicadas en la planta cincuenta y dos del rascacielos Sky Hill. El ascensor recorrió los casi cien metros en pocos segundos, en menos tiempo que las puertas se cerrasen y se volviesen a abrir.

“La tecnología es tu seguridad”, marcaba la placa detrás de la señorita que atendió a Olivia y a Fosco. Una recepción de muebles blancos y plantas. La mujer, joven, recién pasados los veinte años, llevaba una coleta y un uniforme blanco.

—SecurClavis, un momento por favor —dijo por el auricular del teléfono y apretó un botón —. SecurClavis, un momento por favor. SecurClavis, le pongo en espera, un momento por favor —repetía como si fuera un autómata.

Cuando acabó, levantó la cabeza con una sonrisa muy bien entrenada.

—El señor Fukuta les atenderá enseguida —dijo e indicó una puerta automática que se abría mientras la indicaba—. ¿Podrían esperar allí? ¡Gracias! —espetó y siguió con la frase con la que tenía que soñar por la noche—. SecurClavis, un momento por favor.

Los dos policías entraron en la sala. Olivia se sentó y Fosco se quedó mirando por la ventana.

—Otro día de lluvia —dijo él.

—¿Aún no te has acostumbrado? —respondió sorprendida.

—Nos va a salir el moho hasta en los calzoncillos —respondió con tono contrariado.

Fosco miraba por la ventana los rascacielos que estaban plantados en el centro de la urbe y que seguían el trayecto del río, como si la ciudad fuera un bosque y cada una de esas estructuras, árboles.

—¿Te asustaste anoche? —preguntó ella.

Él se giró.

—¿Cómo dices? —preguntó.

—Has venido en taxi, te pregunto si te llevaste un susto ayer por la noche —preguntó de nuevo.

Él hizo una mueca.

—Cuando salí de la morgue, las cuatro ruedas estaban pinchadas. Seguramente fue él —dijo y se volvió a girar hacia el bosque de edificios mojados—. Estás a tiempo de echarte atrás, esto no es una broma.

—¿Crees que estoy para bromas? —espetó la mujer.

—Tienes una carrera brillante por delante, no quiero que se te estropee por esta investigación —dijo él.

—¿Estropear? ¿De qué me hablas? ¿Es que no eres capaz de decirme que te estorbo? —espetó ella.

Él no se giró, la miró de soslayo y emitió un sonido gutural.

—No quiero que te pase nada, Olivia. Los tipos como el de ayer no bromean, esto tiene más capas de lo que pensaba. Creo que, si aquí hay un peón que sacrificar, soy yo. Tú no —respondió con tono convencido.

—Entonces no has entendido nada de mí —respondió ella.

—Temo por tu vida, Olivia —dijo y se giró—. Ya he perdido a dos personas en esta maldita ciudad, no quiero dejar a nadie más atrás. No quiero que mis chicos de la morgue tengan que hacerte una autopsia prematura. ¿Lo entiendes? —espetó el forense mientras sentía que su bello se estaba poniendo de punta.

—Entonces es cierto, no has entendido nada —replicó Olivia—. Cuando entré en este cuerpo, sabía que el precio era demasiado alto como para tener una familia. Por eso nunca la he querido —dijo y agachó la cabeza—. Incluso la evité. Cuando le pasó eso a mi padre, juré venganza, juré justicia, juré limpiar esta ciudad. Sin gente como nosotros que hurga hasta el fondo, no tendrá futuro. Lo dijiste tú en la gala. ¿Y ahora no quieres que te ayude precisamente con eso? —dijo y bufó—. No sería yo, no serías tú.

En cuanto acabó, la puerta automática en la parte opuesta a donde habían entrado, se abrió y apareció un hombre en traje. Tenía unos rasgos asiáticos y saludó inclinando el cuerpo.

—Buenos días. Soy el señor Fukuta, ¿serían tan amables de seguirme? —dijo e indicó la dirección.

Los dos policías siguieron al hombre. Su despacho era una mesa alta y larga con taburetes, compartida con muchas más personas. En ella había un portátil, una libreta y una taza. Era una

cafetería dentro del espacio de trabajo, donde los empleados la utilizaban como escritorio itinerante.

—¿Quieren un café? —dijo el hombre indicando una pared donde había una cafetera.

—Sí —dijo Fosco.

—No —dijo ella casi al unísono.

La mujer aún arrastraba el tono de voz enfadado después de la conversación con el forense.

El hombre sonrió. Llevaba un traje azul marino con camisa y corbata blancas.

—Espero poder ayudarles —dijo el hombre.

—¿No tendría un lugar más… privado? —preguntó ella.

Se giró y cogió una taza y la colocó debajo de la máquina.

—¿Corto o largo? —preguntó el hombre.

—Espresso —contestó Fosco.

El hombre sonrió. Luego quitó la taza y colocó en su lugar una tacita de bar. Cargó de café la manivela y apretó el botón.

—Una Faema del 1967. Directamente de Italia, tanto el café como la máquina. Es una joya, un clásico, un Ferrari de las cafeteras —dijo y esperó que salieran las primeras gotas de café. Cuando consideró que tenía la cantidad correcta, apagó la máquina.

—*Eccoliquà* —dijo el hombre dejando la taza de café delante del Fosco.

—Decía si tiene un lugar más discreto —insistió nuevamente la inspectora.

—Aquí nadie escucha nada, todos trabajan en lo suyo —dijo y abrió las manos—. ¿En qué puedo ayudar a la policía de nuestra estupenda ciudad? —dijo y acto seguido hizo una sonrisa corporativa.

Luego se sentó, juntó las manos cruzando los dedos y mantuvo la sonrisa, como si fuera una marca de la casa.

Fosco, igual que Olivia, no le quitaban ojo, estudiándole.

«Estupenda ciudad», dijo en sus adentros Fosco. Eso no lo acababa de entender.

—¿A qué se dedica su empresa? —preguntó la inspectora.

—SecurClavis es una de las empresas que ofrece seguridad y protección a nuestra ciudad. Cerraduras, puertas, alarmas, inteligencia artificial aplicada a la domótica, aplicaciones de seguridad, sistemas antiincendio, vigilancia de edificios, vigilancia cibernética, cajas fuertes, custodia de criptomonedas, guardia aérea con drones. A groso modo, esto es lo que hacemos —concluyó el hombre y volvió a esbozar esa sonrisa falsa, esperando la próxima pregunta.

—Esto ya lo podemos leer en vuestra web, queremos saber con quién trabajáis —dijo el forense.

El hombre movió ligeramente la cabeza, pensando.

—Pues de todo: hogares, empresas, industria. Por ejemplo, llevamos la fábrica Stark y, por supuesto, contrataciones públicas —contestó.

Al escuchar eso, Fosco le acercó una nota.

Fukuta la miró perplejo. La cogió y arrugó el ceño.

—¿Qué es esto? —preguntó.

En el papel estaba una silueta de la llave y el número de serie de la llave de Baltasar Album.

—Necesitamos saber qué abre esta llave —soltó Fosco.

El hombre la dejó y regresó a su sonrisa, que daba la sensación de ser una fortaleza tras la cual se protegía, igual que ese rascacielos.

—SecurClavis vigila por la seguridad de nuestra estupenda ciudad. No podemos conceder cierta información —replicó como un casete grabado.

«Estupenda ciudad», dijo en sus adentros Fosco. Entonces lo entendió; cuanta más delincuencia y más criminalidad e inseguridad había en la ciudad, más vendían. Esas instalaciones valían una fortuna. Cuanto más fuera Akeron una ciudad peligrosa, más se lucrarían ciertas organizaciones o empresas de las consecuencias de eso. Se acordó del alcalde y de las elecciones; un cambio de verdad habría comportado un cambio de las dinámicas y de los flujos de dinero, con consecuencias en esas empresas. SecurClavis era, seguramente, una de esas, según Fosco. Akeron no podía cambiar, no habría venido bien un cambio a las arcas del estado y de las empresas directamente afectadas por un cambio de consistorio.

—Escúcheme —dijo Olivia—. Tiene dos opciones, o nos lo dice ahora por las buenas, o…

—¿O? —preguntó Fukuta con tono desafiante.

—O por la vía oficial. Tardaremos unas horas en conseguir la orden de un juez que os obligue a darnos esa información.

—SecurClavis está para ayudar a la ciudadanía y defender el estado del bienestar de Akeron City. Defendemos la ley y los órganos oficiales —dijo en tono monótono—. Estaremos encantados de ayudarles cuando venga con ese papel —concluyó y cerró el portátil.

Para él la reunión había acabado.

—Mire, tenemos un asunto importante y no podemos esperar tantas horas, por favor, ¿puede proporcionarnos esta información? —suplicó Olivia.

El hombre se quedó inmóvil, mirándola.

Fosco, en varios momentos de la reunión, dudó si ese ser que tenía delante era un androide o un humano.

Olivia dio un manotazo en la mesa. El señor Fukuta saltó, demostrando a Fosco que era humano.

—Está bien —ladró Olivia apuntando al hombre con un dedo—. Volveremos con ese maldito papel.

Dicho eso, se levantó.

Fosco se quedó sentado en el taburete de esa cafetería del piso cincuenta y dos. Dio el último sorbo del café y al apoyar la tacita miró directamente a los ojos al empleado de esa empresa.

—Está claro que detrás de esa corbata limpia y una sonrisa entrenada hay una persona —dijo Fosco—. Hay un padre, un marido. A pesar de hacer más de doce horas aquí dentro, cuando vuelves a casa, tu mujer te hace sacar al perro, mañana y noche. Ella está demasiado cansada, ¿verdad? Luego, das de comer a tu hijo. ¿Cuánto tiene? ¿Dos, tres años? No tiene más de cuatro. Aunque te gustaría esconderte detrás de la pantalla del ordenador de tu trabajo, buscando fotos porno o de alguna excompañera de la universidad en bikini, fantaseando con cómo hubiese sido de no haberte casado a esa arpía de tu mujer. Esperas llegar con el último tren hasta casa y cuando estás delante de la puerta, das un respiro profundo antes de girar la llave. Tu mujer te espera, cada día más enfadada, el generalísimo de casa. Te obliga a hacer las tareas de casa, no solo la limpieza, bricolaje, sacar el perro, por supuesto y vete a saber cuántas tareas más —dijo y se quedó observando cómo se le iba apagando la sonrisa.

Olivia había vuelto a sentarse mientras el compañero estaba haciendo el análisis al señor Fukuta.

—Verá, no le voy a decir lo que pasará con su vida, pero le voy a decir lo que va a hacer en los próximos cinco minutos: nos va a ahorrar mucho tiempo inútil y nos dará esa información —dijo y le acercó la nota que le habían entregado minutos antes—. Nunca se sabe lo que le puede suceder a nuestros seres queridos, la vida da muchas vueltas. Y yo, de vueltas, he visto muchas.

Fukuta se quedó en silencio unos instantes y luego miró disimuladamente si alguien había oído eso.

—¿Cómo sabe todo eso? —preguntó casi susurrando.

—Eso da igual —dijo y acercó aún más el papel hacia él.

—Me cortarán los huevos —replicó susurrando el hombre.

—A mí ya me los cortaron matando a mi familia, y esa llave puede abrir el misterio —dijo Fosco y cambió de tono—. Si usted quiere a su hijo y en todo caso a su mujer, lo entenderá y me dará esa información. Por favor.

Fukuta abrió el ordenador y se mordió un labio. Tecleó la contraseña y entró en el programa de la compañía. Fosco lo había convencido.

17

Las puertas del ascensor se cerraron.

Olivia y Fosco bajaron de la planta cincuenta y dos del rascacielos en pocos segundos. Se abrieron las puertas y pasaron por el vestíbulo del edificio. El lugar era un entrar y salir de hombres trajeados con maletas y carteras de marca. Difería mucho del distrito sur, a pesar de estar a pocos kilómetros.

Cruzaron el espacio y salieron por las puertas giratorias de cristal.

Se quedaron bajo el techo de la entrada.

—¿Vamos con tu coche? —preguntó el forense.

—Claro, sígueme —respondió Olivia y se acercó a uno de los guardacoches.

Ella le indicó el coche y el chico buscó en su registro. Luego llamó a un compañero con una radio y le indicó que tenía que venir con el Frontier Titan gris.

—¿De qué iba eso? —dijo Olivia enfadada.

A Fosco le costó entenderlo.

—¿De qué me hablas?

—Pues de esa escena que has montado, Fosco, ¿de qué conoces a ese tío? —dijo Olivia desplazada—. ¿De qué va todo esto? ¿Me estás escondiendo información? ¡Joder! Estamos los dos en esto, ¿no?

—A ese tío no lo conocía de nada —respondió Fosco.

—¡Por todos los rayos, Fosco, el tío no quería soltar información y le has dicho todas esas cosas! ¿Cómo sabías que tenía una mujer, un hijo?… ¡Un perro! —espetó la inspectora.

—Cálmate Olivia, no grites —dijo Fosco—. ¿Es que nunca te has tirado un farol?

—¿Qué demonios dices?

—Escúchame —dijo y se detuvo cuando apareció el coche de la policía.

—Su coche, señora —dijo el aparcacoches.

—Un momento —respondió al chico.

—Vámonos, Olivia, te lo explico en el coche.

—No pienso moverme de aquí hasta que me lo expliques. Pensaba que te conocía y que confiabas en mí, pero creo que sabes más de lo que creo.

Fosco zarandeó la cabeza.

Se quedaron observándose, ella con los ojos abiertos de desconfianza, con la misma expresión que un perro de presa que apunta al faisán antes de correr hacia él.

—El tío tenía una mancha de perro en las zapatillas. Con eso deduje que tenía un perro y por la mañana, antes de venir al trabajo, lo sacaba deprisa para hacer sus necesidades. Pero lo hace a toda prisa, tanto que ni se dio cuenta de la mancha —contestó ya con tono calmado—. Lo del hijo fue porque tenía una pequeña mancha difuminada en la camisa de color amarillo, tenía que ser una papilla que el niño tuvo que comer por la mañana. No sé, con sabor a plátano o naranja, a lo mejor. Luego tenía el pulgar derecho con una fina línea blanca, yo creo que ha pintado el fin de semana alguna habitación de la casa. Obviamente, con una mujer así he deducido que no tiene tiempo de hacer ninguna escapada nocturna. Nada más, solo esto —dijo y se encogió de hombros.

—Señora, tiene que apartar el coche —insistió el aparcacoches.

Detrás del Frontier gris de la inspectora, se comenzaba a formar una fila de coches, el primero era un Mercedes que no paraba de hacer luces para que se apartase.

Olivia seguía mirando a los ojos a Fosco con una expresión entre asustada y desconfiada.

—¿Y eso de las mujeres, el porno y no sé qué más…? —replicó ella.

Él encogió los hombros.

—Eso es una deducción mía. Con una dictadora de esas proporciones, muchos hombres lo hacen. Sumé dos más dos y pensé que pudiera ser el caso. Y ya te digo que lo fue. Nada más, solo eso, te prometo que no te estoy ocultando nada —dijo suplicando—. Por favor, estamos perdiendo tiempo, tenemos que ir a la estación. Por favor.

Entonces Olivia asintió, cogió las llaves del aparcacoches y ella le alargó un billete verde.

Subieron al coche y se fueron hacia el punto donde el señor Fukuta les había indicado.

18

Olivia conducía entre el denso tráfico de una mañana de un día laboral.

El forense miraba por la ventanilla a los transeúntes y a los otros coches, absorto en sus pensamientos.

—SecurClavis vende al ayuntamiento sus servicios y supongo que ganó el contrato de las cerraduras y puertas de las instalaciones públicas —dijo Fosco.

—Bueno, eso es normal, alguien tiene que vender las cerraduras, ¿no? Y el ayuntamiento las tiene que comprar a alguien, ¿no? —respondió la inspectora.

Fosco asintió con un sonido gutural.

—Ya, alguien tiene que hacerlo… —replicó Fosco.

Olivia, que se había detenido en un semáforo, se giró hacia Fosco y se lo quedó mirando. Fosco se sintió observado, pero hizo como si no lo supiera. La rubia siguió haciéndolo, hasta que él se giró.

La expresión de Olivia era triste, con el ceño fruncido.

—¿Qué pasa? —preguntó el forense.

—Te pido disculpas. Disculpa por haberte dicho que me estabas ocultando información. Este caso se está haciendo complicado y, además, el comisario no sabe por qué le estoy dedicando tanto tiempo. En fin, estoy un poco hecha un lío —dijo ella sacudiendo la cabeza.

—No te preocupes, no pasa nada, todo arreglado —la tranquilizó el forense.

—Ya, pero somos un equipo, ¿verdad? —preguntó ella.

Él la observó, sus ojos no transmitían respeto o perdón. Eran diferentes. Hacía muchos años que no veía esa mirada en los ojos de una mujer. A Fosco le gustó. Se quedó unos instantes observándola; era una mujer decidida, con una belleza que la tragedia de su vida le había impedido ver.

—Sí, somos un equipo —dijo él.

En ese momento, una bocina comenzó a sonar detrás: el semáforo se había puesto verde y el coche de la policía obstruía el tráfico.

Cuando Olivia levantó la mirada saltó el ámbar y ella apretó el acelerador, dejando atrás la cola.

Llegaron a la estación central de trenes de Akeron City. Un bullicio de coches que llegaban y se iban. Furgonetas y transeúntes, bajo la lluvia constante, formaban ríos de paraguas de un lado al otro, arrastrando maletas y todo tipo de regalos o mascotas que se llevaban.

El edificio era una estructura de principios del siglo pasado, rehabilitada numerosas veces. Tenía un edificio central con tres bocas de entrada y un frontón triangular encima sujetado por columnas. Desde una cierta distancia parecía un templo griego. Detrás, unas galerías acristaladas en forma de bóvedas. Desde allí salían todos los trenes.

A diario pasaban millares de personas por allí, entrando y saliendo de la metrópolis.

Olivia aparcó el coche en una zona habilitada para las fuerzas de seguridad. Corrieron bajo el paraguas del forense y llegaron a la entrada.

—Bien, ahora tenemos que encontrar las taquillas —dijo ella.

Los dos policías se sintieron pequeños en medio del vestíbulo de la estación. Flujos de personas arrastrando maletas mojadas iban casi enloquecidas de un lado para el otro, como átomos o electrones atraídos por fuerzas invisibles.

Fosco miraba a su alrededor, casi apabullado por tanta grandeza. Nunca había entrado en esa estación.

La vista le cayó en una de las marcas de las ruedas mojadas de una maleta que, al pasar, dejaron unos raíles que se alejaban de Fosco. Se acordó de que sí había estado allí en una ocasión, pero había dejado a su mujer en la acera de enfrente. Siempre tenía una autopsia urgente, y nunca la acompañaba en sus viajes a ver a sus padres o parientes lejanos. Las urgencias y las guardias siempre pasaban por delante.

Fosco se preguntó cómo podía ser que los muertos siempre hubieran sido más importantes que los vivos. Solo cuando su mujer había muerto se había convertido en una prioridad. Se sintió deplorable, pero la única manera de poner fin a su ansiedad y dolor era descubrir la verdad.

—¡Fosco! —gritó la inspectora—. ¡Ven, por aquí! —dijo llamando su atención.

Él fue hacia ella.

—Ven, es por aquí —dijo Olivia y fueron caminando hacia la zona este de la estación—. Dice el personal de la estación que hace pocos años que han vuelto a poner las taquillas.

Los dos policías comenzaron a caminar en dirección a la parte este, donde salían los trenes bala y de alta velocidad.

En esa zona, de repente Fosco se dio cuenta de que los viajeros iban más aseados respecto a los de los trenes económicos, con menos bolsas y con maletas de marca.

—En la época de los atentados bomba, las quitaron todas. Así que solo hace unos años volvieron a ponerlas, después de instalar los controles —dijo ella.

—¿Controles? —preguntó Fosco mientras intentaba seguir las zancadas de la inspectora que, a pesar de caminar sobre unos tacones de infarto, avanzaba con decisión.

—Sí, los de los trenes rápidos —respondió y se giró hacia Fosco—. Venga, ¡vamos!

—Sí, voy, es que llevas un paso muy alegre —replicó.

Llegaron al control de entrada.

—¡Billete! —dijo la revisora.

La inspectora enseñó la placa e indicó al forense.

—Viene conmigo —dijo y los dejaron pasar.

En cuanto cruzaron el detector de metales, entraron a la derecha en una puerta. Allí había una habitación con cientos de taquillas.

—La seiscientos setenta… ¿y? —dijo el forense—. Fila seis, columna siete —dijo indicando la zona—. Y esas de allí —dijo mientras la inspectora fue siguiendo la mano del forense.

Los dos policías se acercaron a la zona de la taquilla que estaban buscando. Pero en ese instante, se dieron cuenta de que una persona estaba en esa misma zona.

El hombre hizo un movimiento repentino acompañado de un ruido brusco.

La inspectora entendió que estaba reventando las cerraduras con una barra de hierro

—¡Quieto, policía! —gritó al mismo tiempo que sacó la pistola.

El individuo se quedó quieto.

—¡Gírate! —gritó nuevamente.

Este permaneció inmóvil.

—¡He dicho que te gires! —gritó más alto.

El individuo en un movimiento casi inapreciable, se pasó el hierro a la otra mano y se giró a gran velocidad, lanzando el hierro contra los policías.

La barra rebotó contra el techo y una fila de taquillas.

La inspectora bajó la cabeza, esquivando el hierro. Cuando levantó la vista de nuevo, el hombre se había escapado.

—¡Fosco, quédate aquí! —gritó la mujer.

Olivia comenzó a correr detrás del hombre de negro y el forense se quedó allí dentro.

Se acercó a la puerta y vio cómo, después de quitarse los zapatos, comenzó a perseguir al hombre.

«La taquilla», pensó el forense.

Retrocedió hasta la fila seis, columna siete. Cinco cerraduras estaban reventadas y en las taquillas no había nada dentro.

Introdujo la llave en la cerradura de la taquilla seis y no funcionó. Luego en la siete, tampoco funcionó.

Pensó que se había equivocado, que no eran esas taquillas.

Pero si no eran esas, entonces qué hacía esa persona allí.

Introdujo en la ranura de la taquilla número ocho, y nada.

Solo le quedaba una, la nueve, ¿podía ser la número 679?

La metió e hizo fuerza para girar; le costó unos segundos darse cuenta de que realmente sí giraba, y habían encontrado la taquilla de Baltasar Album.

Miró a su alrededor para ver si había alguien. Estaba solo. Abrió y dentro no había nada.

Abrió del todo y no pudo creérselo, ¿había llegado hasta allí para nada?

¿Podía ser una taquilla con una cerradura gemela?

No se lo creyó. La taquilla y el dedal lo habían llevado hasta allí. No podía ser que no hubiera nada.

¿Se había equivocado?

¿Había pasado alguien antes que él?

¿Quién sabía que iban a ir ellos?

Fosco no se resignó.

Tocó la madera, las fisuras, pero no había nada.

Nada.

Nada no era una respuesta que Fosco aceptara.

Entonces encendió la linterna del móvil.

—Venga Baltasar, qué es lo que me quieres decir, maldita sea —susurró.

La ausencia de lo que buscaba gritaba descaradamente. No había hoja, la taquilla estaba vacía.

Se mordió un labio.

La inspectora aún no había regresado, se distanció de la taquilla, se dio la vuelta y miró las otras.

—¿Por qué diablos me has hecho llegar hasta aquí Baltasar? —dijo de nuevo mirando a su alrededor.

Entonces se dio cuenta de algo; un color. Al mirar las paredes internas de melamina roja, le pareció que la superior era de un tono diferente, más anaranjado. Puso el móvil, y efectivamente lo era.

Arrugó el ceño: como en una autopsia, había que mirar más allá.

Pasó el dedo por el borde y encontró una pequeña superficie que sobresalía.

Le dio con las yemas de los dedos hasta que se despegó. Siguió tirando; era una lámina de vinilo enganchada a la parte superior de la taquilla. Cuando la despegó toda encontró la sorpresa, lo que Baltasar Album quería que encontrara: un sobre.

Lo despegó y abrió la solapa: dentro había un papel doblado.

La sangre de Fosco se heló; había encontrado el siguiente indicio.

Lo abrió y era una carta, para él. Y comenzaba así: *Querido Forense…*

19

El hombre de negro se diluyó entre la gente y salió por una puerta del lado este, cerca del control de los trenes de alta velocidad.

Esa mañana, Olivia Wolf se había equivocado en la elección de su calzado. Los tacones le habían hecho perder unos instantes de reacción importantes. Ese día, la estética fue en detrimento de la practicidad.

Perseguirlo bajo la lluvia hubiese sido un despropósito.

Una vez aceptado el destino de haber perdido esa pista, regresó al local de las taquillas.

Recogió los zapatos que se había quitado por el camino y regresó a donde estaba Fosco. Lo encontró en el suelo, sentado, con la espalda contra las taquillas. Sus ojos estaban rojos y tenía los puños cerrados. En el rostro del forense se mezclaban rabia y tristeza.

Se apresuró a acercarse. ¿Qué habría encontrado el forense en la taquilla?

Se agachó.

—Fosco, ¿qué te pasa? —dijo con tono angustiado—. ¿Qué has encontrado?

El hombre alzó el papel y se lo dio.

Ella lo cogió y sin mirarlo le volvió a preguntar.

—¿Estás bien? —dijo acariciándole el rostro.

Él indicó con la cabeza el papel.

Olivia se lo acercó: era una carta escrita a mano.

Querido Forense:

Si recibes esta carta, estaré muerto. Tranquilo, me lo merezco. He matado a muchas personas en mi carrera y por lo tanto creo merecido este desenlace final.

Lo que me complacerá ver desde donde sea, es que hayas encontrado esta carta. Me imagino que no habrá sido una tarea fácil, Ellos te lo habrán puesto difícil. Te lo he puesto difícil.

No sabía cómo hacer para que llegaras hasta aquí, la verdad. Le di muchas vueltas, y estuve ideando planes rocambolescos: este era el menos.

Recordé que tu mujer cosía, lo había visto en tu casa. Sí, he entrado en tu casa, cuando tú no estabas. Descubrí la caja de coser y los tiques. Supongo que tú también. Tu mujer era una persona muy ordenada y lo conservaba todo, bueno, casi todo.

Busqué un objeto que solo pudieras reconocer tú. Sabía que me iban a matar, era ya solo cuestión de tiempo.

He cometido muchos errores en mi vida, y uno fue aceptar ese encargo de Ellos.

Ellos no fueron lo que me imaginaba. Ellos son mucho más de lo que creemos.

Cuando me enteré de que me querían aniquilar, sentí la necesidad de pedir perdón. Ya era demasiado tarde para hacerlo con todos, pero podía hacerlo al menos con algunos, como tú.

Sabía que darías con el dedal y no te limitarías a ponerlo en una bolsa.

Te preguntarás porqué te estoy escribiendo estas líneas y por qué te he hecho llegar hasta aquí.

Verás, Ellos no quieren que se sepa la verdad, y menos aún a pocos días de que se archive el caso.

Ellos dominan la ciudad. No la dominan las fuerzas del orden o el poder judicial: son Ellos.

Ellos habrán intentado interceptar este mensaje y, a partir de ahora, después de leer estas líneas, intentarán matarte.

No es ficción, Forense, es la verdad y es la realidad que nos ha tocado vivir en nuestra "Estimada ciudad", como dicen Ellos.

Querido Forense, uno de los encargos que Ellos me dieron fue el atentado que al Stark Arena.

Sí, maté a tu mujer.

Y sí, maté también a tu hija.

¿Cómo podía saber que debajo de ese paraguas de color lila estaba la hija del forense más importante de la ciudad?

El azar se encargó de eso, y tú tendrás que desvelar por qué en este momento estamos en contacto a través de un hilo llamado tiempo.

Te pido disculpas. Por ello y por todas las demás personas que llegaron a tu mesa de autopsias y que nunca sabrán que la bala salió de mi fusil o de mi pistola.

Perdona por tu mujer. Me imagino que Claire era una buena persona.

Pero esto no es todo…

Forense, tienes que saber por qué Ellos me encargaron esa estúpida e inútil matanza.

Ellos tenían un plan paralelo.

Olivia levantó la vista. Fosco ya estaba en pie. Sus ojos se veían diferentes y su postura hablaba de venganza.

—¿Y la otra parte? —preguntó la inspectora.

—La tenemos que buscar —dijo Fosco—. Pero ahora tenemos que hablar con el inspector Torino, nadie mejor que él sabe de este caso.

—¡Por todos los rayos, Fosco! Ese tío era un corrupto y ahora es un borracho —dijo ella.

Fosco le cogió la media carta y la metió en el sobre.

—Tendremos que ir allí, es nuestra mejor pista.

Olivia le tenía tirria a ese hombre, pero Fosco se había empeñado en hablar con él. Supuso que era normal, ya que ese hombre había llevado la inspección de la matanza del Stark Arena y Baltasar Album había apretado el gatillo desde la habitación del hotel.

20

Cruzaron Akeron City por el cinturón externo.

Al pasar por un puesto de perritos calientes, compraron un par y se los comieron en el coche. A Fosco le gustaban con mucha cebolla frita y mostaza; los que estaban requemados eran sus preferidos.

Olivia pidió primero una ensalada y el quiosquero se rio.

Solo pudo llevarse un perrito, así que lo pidió sin cebolla, sin pepinillos y sin salsas. Era mejor eso que ayunar un día entero.

La autovía de dos carriles que llevaba hacia el norte costeaba la playa. Siguieron en silencio hasta llegar a la salida que marcaba el GPS. Un cartel verde, enorme, la marcaba: Verde Val. Olivia puso el intermitente y tomó la salida. Las indicaciones señalaban hacia el mar. Verde Val era una urbanización que se había hecho cada vez más grande, comiendo terreno al bosque. Era ya una ciudad, un lugar donde los jubilados iban a vivir y los adinerados podían tener una segunda residencia para el verano o los fines de semana.

Sin embargo, la zona antes de llegar a Verde Val, y donde el inspector vivía, desde luego no era de adinerados. La mayoría de las casas eran de madera, de un solo piso y con la pintura que se desprendía. Los jardines parecían más bien vertederos llenos de trastos y decían mucho de los propietarios.

—¿Estás seguro de que quieres entrar? —dijo Olivia, ya con el coche aparcado delante de la casa del inspector.

Fosco la miró desde la ventanilla. El césped del jardín en torno a la casa había desaparecido. dejando paso a hierbas y plantas espontáneas. En los alrededores hacía más frío que en el centro

de la ciudad. La lluvia seguía cayendo con insistencia y el cielo, aún con nubarrones, no tenía intención de que dejara de llover.

—Sé lo que estás pensando, pero es la persona que más nos puede ayudar —dijo Fosco.

Olivia le cogió la mano derecha.

—Yo te acompaño. Estoy aquí para ayudarte —dijo la rubia mujer mirándolo directamente a los ojos.

Él intentó sonreír, pero no lo consiguió.

—Vamos —dijo y bajaron del coche.

Recorrieron un caminito de madera pelada que impedía que las hierbas dominaran también ese trozo de jardín.

Llegaron debajo de un porche que resguardaba la puerta. El timbre se oyó por toda la casa.

A los pocos segundos se oyó una botella caer en el interior.

—¡Ya voy! —gritó alguien desde dentro—. ¿Quién demonios es? No he pedido nada en Amazon.

Los dos policías se quedaron callados.

La puerta se abrió y el hombre apareció, delante de una tela antimosquitos.

—¿Quién demonios…? —dijo y se calló al verlos—. Vaya, vaya, mira a quién tenemos aquí.

—Hola, Jensen, ¿cómo estás? —dijo Fosco.

—¡Que me parta un rayo! Mira a quién tenemos aquí, al rey de las cloacas mortíferas, junto a la que me quitó el puesto —dijo lo último con desprecio.

—Hola, Jensen —dijo ella sin mirarlo.

—Vaya, vaya —añadió.

—¿Nos dejarías pasar, si no te importa? —dijo el forense.

—Claro, entrad —dijo y abrió la puerta exterior antimosquitos.

—Gracias Jensen —dijo el forense mientras entraba.

La casa del policía retirado era una pocilga absoluta. No, una pocilga habría estado más aseada. No solo faltaba limpiar, sino que además se acumulaban el desorden, los cubos de helado vacíos y las botellas de whisky abandonadas.

Jensen se sentó en el mismo sitio donde debía de estar antes de que llamaran a la puerta los dos policías. El sillón ya había adoptado la forma del pesado cuerpo del policía.

Fosco se sentó a su lado, en el sofá. Apartó a un gato y lo que pudo de los pelos que soltaba el bicho y se sentó.

Olivia prefirió quedarse de pie.

—Tranquilos, Cherry no hace nada, ¿verdad cariño? —dijo Jensen.

Fosco sonrió un segundo.

—¿Qué os trae por aquí a visitar a este dinosaurio de la policía? —dijo él.

—¿Por qué te has dejado tanto, amigo? —preguntó Fosco.

El hombre hizo un gesto con la mano.

—Para los cuatro días de mierda de vida que me quedan, los viviré como quiera —dijo y sacó una cajetilla de cigarrillos que llevaba en el bolsillo del batín.

Antes de guardarlo le ofreció uno al forense, que se había olvidado de fumar en muchas horas.

—Gracias —dijo y cogió uno.

El otro sonrió, encendió primero su cigarrillo y luego le pasó el mechero a Fosco.

—En fin, tú dirás —dijo después de exhalar la primera calada.

—Necesito saber de la investigación del atentado del Stark Arena —dijo Fosco.

Jensen se puso a reír.

—Qué curioso, la vida es muy divertida… —dijo con una ironía que a los dos invitados no les gustó ni pizca—. Ahora me vienen a pedir ayuda a mí… de locos. El departamento me echa y luego me piden ayuda.

—No te echaron, eras un poli corrupto —dijo Olivia.

—Igual que tu padre, pero nunca he podido demostrarlo —espetó el expolicía.

—¡No nombres a mi padre, saco de mierda! —gritó la inspectora dando un paso hacia él y apuntándole con el dedo índice.

—A tu padre lo mató la mafia porque ya no les servía —dijo Jensen con rabia—. Era el más corrupto, pero nunca se ha podido probar. ¡Joder! La mafia se encargó de cerrarle la boca antes del proceso.

Fosco se giró sorprendido, mirando a la inspectora.

—¡No es verdad, nunca hubo pruebas! ¡Mi padre era una persona honrada y nunca hizo nada en contra de la ley! —gritó con desprecio.

—Calma, calma —dijo Fosco levantándose—. Por favor, hoy no hemos venido por esto. Necesitamos su ayuda, no acusar a un expolicía, ¿verdad? —dijo con tono de moderador mientras se dirigía a la mujer.

Los dos se callaron y Fosco se volvió a sentar.

—Jensen, necesito tu ayuda. En unos días se va a archivar definitivamente el caso del atentado de Stark Arena y he descubierto algo importante —dijo él.

—¿Vosotros también habéis descubierto algo importante? —dijo el expolicía.

Fosco y Olivia se miraron como si hubieran recibido una ducha fría.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Fosco.

—Ayer vino un detective privado preguntando por lo mismo —dijo el expolicía, dio una calada generosa y tiró el humo hacia el techo, haciéndose el importante.

—¿Cómo se llama? —preguntó Fosco.

Jensen negó.

—No me acuerdo, creo que no me lo dijo ni yo se lo pregunté. Me daba igual —dijo.

—A mí no me da igual, Jensen, ¡joder! —espetó Fosco.

—¿Cómo iba a saber yo que te iba a interesar? —preguntó él.

Fosco dio una calada y se pasó la mano por la cabeza. En esa casa hacía calor y apestaba a sudor y a cerrado. El aire estaba tan cargado que parecía que las basuras estaban fermentando.

—¿Me lo puedes describir? —preguntó Fosco.

—No sé, unos cuarenta, cuarenta y cinco tacos. Pelo rubio, hacia un lado, nariz aquilina y llevaba un sombrero negro, uno de esos que estaban de moda en las películas de Humphrey Bogart, como Dick Tracy y todos esos. No sé.

—¿Un Borsalino? —preguntó la mujer.

—Sí, creo que sí, esos ridículos sombreros que solo los llevan los detectives privados para hacerse los importantes —dijo el expolicía.

—Dønato Vihëls. Rubio, con Borsalino; es Dønato Vihëls —dijo Olivia.

—¿Lo conoces? —dijo Fosco con la vista iluminada.

—Claro, era un pesado de la Academia Lombroso. Si es él, era de mi quinta —dijo y se estremeció como si hubiese tenido un escalofrío—. Un plasta.

—¿Qué le dijiste? —preguntó Fosco.

Jensen encogió los hombros.

—Nada, no sabía quién demonios era… ¿Crees que soy tonto? —respondió y dio una calada.

—Jensen, necesito repasar contigo, estamos en un callejón sin salida. Necesitamos saber cómo fue la investigación.

—¿Por qué no vais a la oficina de la policía y sacáis los archivos del caso? —preguntó Jensen.

—Lo acabamos de hacer, mis chicos fueron a buscarlo y no está, ha desaparecido —dijo Olivia de mala gana con el móvil en la mano.

—Por eso necesitamos doblemente tu ayuda —dijo Fosco—. Alguien no quiere que avancemos con esto.

—Vaya, vaya. Estáis en la mierda y yo soy vuestro salvavidas. Suerte que tengo una copia —dijo y dio una calada sin perder un detalle de la cara de Fosco, en busca de protagonismo.

—¿Cómo has dicho? —preguntó Fosco.

—Sí, lo has entendido bien, tengo una copia de todo el informe. ¿Qué quieres saber? —preguntó Jensen apagando el cigarrillo.

—No Jensen, no quiero saber, necesito ver el informe —concluyó Fosco.

21

Jensen encendió la luz del sótano. Con la izquierda sujetaba a su mejor amiga: una botella de whisky. Ese lugar estaba lleno de telarañas y trastos aún más viejos que los que había en la casa.

Bajaron por una escalera polvorienta. Encendió la luz: una bombilla enganchada en un cable que colgaba del techo. Ese sótano parecía sacado de una película de terror.

En el medio había una silla que parecía de tortura y una mesa con una lona encima.

—Bajad, cuidado con el penúltimo peldaño, está roto y no lo arreglé nunca.

Luego se fue a la mesa.

—Aquí era el único lugar donde me dejaban trabajar. Me encerraba aquí y repasaba los expedientes. Era mucho mejor que soportar a mi exmujer cuando estaba en racha de discusiones, y sabes… —dijo y rodó el dedo en círculo en la sien—. Échame una mano —añadió Jensen mientras indicaba al forense que cogiera las otras extremidades de la tela que cubría la mesa.

La apartaron sin levantar el polvo depositado y debajo aparecieron unos folios del caso del atentado.

Olivia, que miraba asombrada, se quedó en silencio.

—Bueno, aquí lo tienes —dijo el expolicía, se sacó otro cigarrillo y se lo encendió.

Fosco apartó el polvo de la silla con la mano y después con un pañuelo. Luego se sentó a leer los folios.

Se quedó absorto unos minutos.

—Recuérdame, Jensen, ¿qué se encontró en la habitación de hotel?

—Cuando entramos en la habitación, obviamente solo encontramos el agujero en el cristal. El asesino ya se había escapado. Evaporado. Perdido en la nada. No supimos cómo entró ni cómo salió —dijo Jensen.

—¿Cuando tú entraste? —dijo Fosco, perdido por un instante—. ¡Tú no estabas cuando la policía llegó a la habitación del asesino!

—Me refiero a cuando los agentes llegaron —confirmó Jensen—. Yo llegué después.

Fosco bajó la mirada hacia las fotocopias del informe rescatado. Olivia observaba al exinspector. Este, después de verter en un vaso un poco de whisky, lo levantó hacia ella como si ese trago fuera a su salud.

—¿Te han crecido las tetas, inspectora Wolf? —dijo Jensen indicando la camiseta ceñida bajo la blusa.

Ella se miró y se ajustó el escote.

—No, se te ha reducido a ti el cerebro —respondió ella.

Jensen levantó una ceja.

—Esa noche tuve un caso en la morgue. Había comprado tres entradas para ir a ese maldito concierto. Al final no pude ir —dijo Fosco y dio un puñetazo a la mesa que tambaleó—. Nunca me lo perdonaré.

Jensen rellenó el vaso y lo volvió a vaciar.

Olivia apoyó su mano en el hombro del forense.

—Aunque hubieras estado no habrías podido hacer nada —dijo Olivia—. Ya lo has leído, fue pura coincidencia que disparase a tu hija y a Clare.

—¡Joder! Justo ellas en medio de centenares de personas, ¿tela, no? —dijo el expolicía.

—Me pregunto por qué Ellos encargaron esa masacre justo allí —indicó Fosco—. ¿Por qué alguien querría hacer algo así, difundir el pánico de una forma tan vil, sin sentido…?

—Sin sentido aparente, Fosco —dijo Jensen.

—¿Qué quieres decir? —preguntó la inspectora.

—Que nosotros no lo hemos descubierto —explicó Jensen.

—¿Cómo puede tener sentido algo así? —dijo Olivia.

—Me refiero a… en fin, da igual, no sé por qué pierdo el tiempo contigo —dijo Jensen a la inspectora.

—¿Qué era esto? —preguntó Fosco señalando una foto que estaba en medio del informe. En ella aparecía la imagen de la estancia desde donde el asesino había disparado.

—¿Eso? A ver —dijo y se acercó—. Una mesa plegable, parecía.

Fosco arrugó el ceño.

—No es muy habitual que haya una de esas en una habitación de hotel.

—El hotel dijo que esa mesa no tenía que estar allí —afirmó Jensen.

—La llevó el asesino —dijo Olivia.

—No, en la revisión de las cámaras en ningún momento aparecía nadie que entrase esa mesa, ni un rifle, ni entrar ni salir. Nada de nada —dijo el expolicía.

—Alguien tuvo que meterla allí, a lo mejor el personal del hotel. Alguien infiltrado —propuso Olivia.

—¿Quién hizo la reserva de la habitación 2213? —preguntó Fosco.

—Un tal Gaspar Bianco —dijo Jensen.

Fosco se quedó en silencio unos segundos.

«Gaspar Bianco», pensó. Ese nombre le sonaba, pero no sabía de qué.

—¿Qué salió de la búsqueda? —preguntó Fosco.

—Nada, un testaferro, un fantasma —respondió el expolicía.

—¿Cómo se hizo la reserva?

—Por teléfono y con una tarjeta prepago. Ni rastro, ni pistas. El tío no se presentó; de hecho, la sorpresa fue que la habitación estuviera ocupada —respondió Jensen.

—¿Entonces cómo accedió a esa maldita habitación? Porque tuvo que entrar, ¡maldita sea!

—Te aseguro que las cámaras no indican actividad alguna, nada —contestó mientras se vertía más whisky.

Fosco zarandeó la cabeza.

—¡No puede ser! —gritó el forense.

—¡Joder! Que te digo que nadie sale de esa maldita habitación, como no sea el puto Spiderman, no había nadie —espetó el expolicía—. Las grabaciones no mienten. ¿No me crees? ¿Las quieres ver?

La inspectora y el forense se giraron al unísono.

—¿Cómo has dicho? —preguntó ella.

—Que tengo las grabaciones. Sí, ya lo sé, es ilegal, pero las miré y las remiré… Me obsesioné con esas putas grabaciones. ¡Joder! —gritó y se vertió más whisky.

Olivia se acercó y le arrancó la botella de cuajo.

Jensen bebió rápidamente lo poco que había vertido en el vaso, con miedo a que también se lo quitase.

Olivia se acercó hasta tener al expolicía a menos de un palmo.

—¿Dónde? —preguntó ella con firmeza.

Él se giró e indicó una repisa de la estantería.

Fosco se levantó y quitó el plástico del objeto indicado. Era una “combi”. Así llamaban en la jerga de los años noventa a los televisores que tenían un reproductor de casetes VHS o DVD.

Este era para DVD, era ya uno de los modernos. El pequeño televisor de quince pulgadas no era de pantalla plana, sino aún de tubo catódico.

El expolicía cogió el mando y lo encendió.

—Caramba, aún funciona.

—¿Dónde tienes las grabaciones? —preguntó Fosco.

—Pues deberían estar ya puestas —dijo y apretó el botón de play.

De repente la imagen pasó de gris a blanca y luego negra. Luego líneas grises pixeladas recorrieron verticalmente la pantalla.

En verde apareció el símbolo de play, con un triángulo hacia la derecha.

La imagen era la del pasillo de las habitaciones del hotel. A los segundos, aparecieron las patrullas de policía y sin miramiento reventaron la puerta de la habitación 2213 y entraron. Luego la grabación continuaba.

—¿Puedo? —preguntó Fosco al expolicía, pidiéndole el mando a distancia.

Jensen se lo dio.

—Las vi cientos de veces, pero tiene que haber algo que se nos escapa. Lo creo, lo percibo —dijo Fosco.

Fosco acercó la televisión. Avanzó la imagen; la sucesión de gente y fuerzas policiales que habían acudido era tremenda.

—Hey, mira, ese soy yo —dijo el expolicía.

Olivia lo observó con desprecio.

Pasaron los GEO, luego se fueron. Posteriormente los de la científica, y finalmente sellaron la puerta con cintas amarillas.

—¿Qué buscas? —preguntó Olivia.

—No lo sé, algo, tiene que haber entrado y salido de alguna forma. Uno no puede entrar sin más —dijo el forense.

Entonces hizo al revés. Apretó pausa y rebobinó.

Todo se volvió a ver en la pantalla, pero en sentido contrario hasta que todos desaparecieron y a los pocos minutos, antes que entrara la policía, detuvo la imagen.

—Hijo de perra —dijo Fosco.

—¿Qué pasa? —dijo Olivia.

—Ahí lo tenemos —dijo y apuntó en la pantalla—. Ahí está el asesino de mi familia.

22

Pausa.

Fosco detuvo la imagen que buscaba en el combi. Allí estaba el fotograma que lo explicaba todo. Seguramente habían visto esa misma imagen miles de veces, no como forense, como policía y como afectado de la masacre. Igual que todo el cuerpo de policía de Akeron City.

El detalle no era uno, sino una cadena de sucesos que habían llevado a identificar ese detalle, esa escena, ese individuo.

Al quitar el dedo del televisor quedó una circunferencia del tamaño de la huella, con una silueta de persona en medio. Una diana que apuntaba a la historia y, en medio, la silueta de una persona con una pieza de la historia: un sombrero de pescador.

Allí estaba.

Porque los hombres pueden olvidar, pero la historia no perdona.

—¿Tienes el plano de la planta del hotel, Jensen? —preguntó Fosco.

El hombre, que aún no había entendido bien lo que sucedía debido al alcohol en sangre, fue a buscar lo que le pedían.

—¿Es él? —preguntó Olivia.

—Es nuestro hombre, seguro.

Después de rebuscar unos instantes, el policía retirado sacó el folio correcto.

—Ahora dame la lista de los huéspedes de esa noche —preguntó Fosco estudiándolo—. Aquí está la habitación 2213, desde donde se disparó esa tarde.

—Aquí la tienes —dijo sacando el otro documento.

Fosco lo cogió y se lo pasó a Olivia.

—Busca el huésped de la 2213.

Olivia fue pasando las hojas hasta llegar a la planta 22.

—A ver… esta no, esta no, esta. Habitación 2213, Gaspar Bianco —contestó.

—Bien, ahora… —dijo Fosco e intercambió la mirada entre la pantalla y el mapa—. Dime el huésped de la 2215.

—Albert Firestone —respondió Olivia.

—¿2217?

—Hillary Blasco.

—¿2219?

—Ya lo tenemos —dijo Olivia—. 2219, Baltasar Album.

Y Fosco y Olivia se miraron. Un escalofrío les recorrió todo el cuerpo. Su vello se erizó como si hubiesen entrado en una cámara de congelación. Habían encontrado lo que no supo ver la policía años atrás.

¿Cómo podía ser? ¿Por qué ahora?, se preguntó Fosco.

Pero ese punto pasó a segundo término, eso era lo de menos, la clave era…

—Entró y salió desde otra habitación… por eso nunca se le pilló —dijo Fosco.

Olivia se quedó pestañeando, entristecida por el hombre que estaba vengando ese suceso y que después de tantos años había encontrado el camino perdido.

Por todo ese tiempo que había llorado a su familia y ahora había despertado el tema, convirtiéndolo en inesperada actualidad.

—¡Santo Cielo! ¡Es imposible! Esas habitaciones no están comunicadas. ¿Ese es el puto asesino? —preguntó Jensen.

Fosco asintió con las mandíbulas apretadas, como con rabia en los ojos y adrenalina chutada en vena.

—Lo habíamos tenido delante todo este tiempo… —dijo Jensen regresando a la pantalla.

—Digamos que tu equipo no hizo una buena investigación… —espetó Fosco.

El expolicía se giró con una expresión que no había tenido hasta entonces. Sus cejas enarcadas y los ojos demostraban lo que sentía dentro: una profunda amargura y una incomprensible impotencia.

—El cuerpo de policía quiso pasar página demasiado rápido, Fosco —dijo sincero y bastante borracho—. ¿Por qué crees que he tenido guardado todo esto aquí? ¿Crees que mi familia me dejó porque era un pasota? ¡No, joder! —gritó e hizo un gesto en el aire con el puño cerrado—. Mi vida giró alrededor de ese puto caso. Me desquició y no me dejó dormir muchas noches. Me he dejado la piel, Fosco. Yo, muchos días con sus noches, estuve en ese atentado. Mi familia

también estuvo, no físicamente, sino sufriendo las consecuencias de ese maldito francotirador —dijo jadeando y mirando fijamente al forense.

Se quedaron en silencio, sin dejar de mirarse.

—Tú estuviste en ese lugar, tu vida se quedó en esa plaza —dijo Jensen apretándole el dedo en su pecho—. Mi vida se quedó también en esa plaza, a pesar de que ni tú ni yo estábamos. El comisario dio por cerrado el caso demasiado pronto. “Inexplicable, Jensen, déjalo, tenemos más cosas pendientes” —dijo levantando las manos e imitando su voz ronca—. ¡Joder! —gritó.

Olivia y Fosco se quedaron en silencio contemplando lo que podía parecer una actuación del expolicía. Pero era mucho más: un desahogo, una incomprensión, una manera de sacar toda esa rabia e inconformismo que tenía dentro desde hacía demasiado tiempo.

Jensen se quedó en silencio.

—¿El comisario? —preguntó Fosco.

—Joder, el puto comisario, ¡sí! —dijo y dio la vuelta a la mesa—. Él quiso que acelerásemos la investigación y cerráramos todo rápidamente.

Fosco se giró hacia Olivia y ella levantó una ceja.

—¿Crees que me hubiera llevado todo esto a casa, Fosco? —dijo Jensen mostrando con las manos la mesa llena de papeles.

—La investigación —dijo apuntándole con un dedo— y tu equipo ha sido deficitario desde el principio. ¡Maldita sea! Es que no ves que no hacía falta llevarte trabajo a casa. ¡Joder, el sombrero Jensen, el maldito sombrero! Ese era el asesino y no lo pillaste. Cinco años sin nada y ahora estamos a punto de que el juez archive el caso —gritó.

Olivia se acercó y apoyó la palma de la mano en su pecho.

—Tranquilízate —dijo—. Todo esto me ha sorprendido hasta a mi. Jensen nunca ha sido un poli ejemplar, pero ha demostrado algo que no sabíamos y no le puedes echar la culpa a él. No es justo cargar sobre sus hombros el peso del mundo que hay allí afuera. Por lo menos, hoy no.

—Lo sé, lo sé, ¡maldita sea! No es fácil —espetó Fosco e hizo un gesto para alejarse de la mujer.

Ella lo sujetó de un brazo.

—No, espera. Hemos llegado a esto porque Jensen se hizo una copia, o sino el caso lo tendríamos cerrado de verdad, ¿de acuerdo? —dijo sin soltarlo.

Fosco gruñó.

—Necesito un puro.

—Nada de esa mierda —espetó Olivia—. Respira hondo.

Fosco respiró al compás de la mujer varias veces hasta que se calmó, al menos aparentemente. Sus miradas se fusionaron en una respiración única, igual que los latidos de sus corazones.

—¿Mejor? —preguntó ella.

Él asintió.

—Bien. Sigamos, nos tenemos que llevar la documentación del hotel —dijo Olivia al expolicía, que se había sentado en un taburete lleno de polvo—. Creo que deberíamos dar un vistazo a esa habitación. ¿Qué te parece, Fosco?

Él asintió.

—¡Venga!

Ella asintió.

Fosco fue a hablar cuando su móvil sonó.

—¿Es un móvil? —preguntó Jensen—. Qué raro, aquí abajo no suelen funcionar.

Fosco lo sacó de sus tejanos; el número estaba en sus contactos.

—Perdonadme. Es el taller, será por mi coche —dijo y se apartó hacia un lado de la habitación.

Olivia fue recomponiendo la enorme carpeta del caso. Guardó los papeles del hotel y los otros que habían sacado.

—¿Jensen, nos podemos llevar estos documentos? —dijo Jensen con tono irónico—. Claro, lleváoslo, sin problema, faltaría más. Estaban aquí sin nada que hacer, es más, estaban aquí esperándoos —dijo y giró la mirada hacia otro lado y luego poniendo voz de mujer, continuó—. Eres fenomenal Jensen, eres un crack, ¿cómo no me he dado cuenta antes? Es más, ¿cómo puedo agradecértelo? —concluyó mirando a la mujer.

—Ni se te ocurra pensar nada, somos policías y esto es un caso. Solo investigación, nada personal.

—Esa frase me recuerda a la revista Forbes, pero no era exactamente así… —dijo el expolicía y fue interrumpido por Fosco.

—Tenemos un problema con mi coche —dijo llamando la atención de Olivia.

—¿Qué puede haber pasado con tu taller?

—Han robado mi coche.

—¿Cómo?

—Acababan de cambiar las ruedas. Parece que alguien se coló en el taller, sacó las llaves del Nomad y se dio a la fuga.

—Maldita sea… —dijo la mujer—. ¿Y ahora?

—Hay una posibilidad de pillarles. Lo podemos encontrar —dijo y su mente se fue a su cumpleaños de hacía seis años.

23

Claire no era una mujer normal ni al uso.

La paciencia de una mujer es mucho más profunda comparada con la de un hombre, normalmente.

Pero la paciencia de una mujer que pueda vivir con un forense es aún más grande.

Noches en vela. Guardias. Dejar la comida del domingo para acudir al levantamiento de un cadáver.

No estar presente el día del nacimiento de su hija por tener que testificar en un juicio.

Una santa.

Claire, antes de morir, ya se había ganado un lugar en el cielo.

A ella le gustaban las telenovelas y el patchwork. La casa estaba llena de encajes, posavasos, llaveros, gorros y vestiditos para las muñecas hechos por ella.

Le relajaba, decía.

Pero del mismo modo que tenía esa manera de poner la mente en blanco y tejer por horas, le gustaba el rock. Era una gran fan de los Guns & Roses. Ya no llevaba una camiseta gris con pistolas y rosas porque no era de madre, según ella, pero en la sangre seguía llevando esas notas rebeldes e inconformistas.

Fosco y Lèa, su hija, no soportaban esa música.

Él era de ópera, justo lo contrario, y la hija de música pop.

Pero una noche se fueron al macroconcierto de los chicos de Los Ángeles. Claire arrastró a la familia con ella. Él fue por hacer feliz a la mujer, no por gusto.

Claire era una entusiasta de esa música y quiso compartirla con ellos.

—¡Venga! Vete a saber cuándo volveremos a tener otra ocasión. De verdad. Tenemos que ir los tres, juntos —dijo ella y les regaló las entradas.

—¿De verdad? Mamá… ¿hace falta que vaya? —dijo Lèa sacando su peor expresión de adolescente asqueada del mundo—. Vete con papá.

—No, quiero que vayamos todos. Venga, será guay, nos gustará, nos quedará para siempre ese recuerdo…

—No, por favor, id vosotros. ¿Papá? Venga, ayúdame…

Fosco se encogió de hombros.

—Hagamos un trato: si vienes con nosotros a este concierto, yo te llevaré al primer concierto en la ciudad de tu grupo, los tipos esos descafeinados que llevan los pelos como si se los hubiera lamido una vaca.

—¿Los Tequila Boys? —dijo ella, iluminándosele la cara.

—Sí, esos.

Así fue como Claire consiguió llevar a su hija y a su marido a ver a los Guns & Roses.

El concierto fue “estratosférico”, según la madre. Un aburrimiento para los otros dos, que intentaron disimularlo.

El suplicio musical duró poco más de dos horas. Casi trescientas mil personas evacuaron el viejo aeropuerto a las afueras de Akeron en varios ríos de gente.

La familia Merrell cruzó el aeródromo y, saliendo, pasó por delante de varios quioscos y food trucks que vendían bufandas y bocadillos.

Después de comprar algo para picar y unos refrescos fueron en dirección al coche. Fosco prefirió no pagar los diez City Credits en el descampado polvoriento, y llevar el coche a una orilla al lado del río, en medio de muchos más.

—Para eso tenemos un todoterreno —dijo justificándose.

Cruzaron el primer parking, luego el segundo.

—¿Por qué no podemos tener un coche normal como todos mis amigos? —dijo la hija mirando los vehículos que abandonaban el aparcamiento.

—El viejo Nomad es un súper coche, siempre nos ha acompañado, desde antes de que nacieras —dijo el padre buscándolo.

—Cariño, ¿sabes de verdad dónde está? —preguntó la madre.

—Claro que sí.

—Yo creo que nos hemos perdido —dijo la hija.

—No, no, es por aquí, un poco más.

Recorrieron dos kilómetros por la orilla del río Caronte, hasta llegar a la salida del viejo aeródromo.

Claire levantó las manos.

—Así que sabías dónde estaba, ¿verdad? —espetó la mujer y miró el reloj—. Hace más de una hora que ha acabado el concierto y aún estamos aquí. ¿Te das cuenta, Fosco?

El padre se rascó la cabeza.

—Creo que lo hemos perdido. Pero estaba aquí, nos lo tenemos que haber pasado, seguro —confirmó él.

Regresaron hacia atrás y efectivamente, se lo habían pasado. El viejo Nomad estaba donde tenía que estar, pero una furgoneta convertida en autocaravana lo tapó cuando pasaron por delante.

—Ves, la culpa es de esta furgoneta. Si no, lo habríamos encontrado enseguida —dijo Fosco.

Habían pasado casi tres horas desde el final del concierto y habían recorrido más de diez kilómetros ese día. El viejo coche no era solo un todoterreno, era un componente de la familia.

Pocos meses después, Lèa llevó a su padre a la tienda Echo de teléfonos móviles en el centro de la ciudad.

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó Fosco.

—Es tu cumpleaños y te voy a regalar algo —dijo la hija.

Lo arrastró hasta el mostrador.

El guapo dependiente le guiñó un ojo. Lèa pensó que era tan guapo como los jugadores de fútbol de su colegio.

—Aquí tenemos su pedido —dijo mientras sacaba el bulto—. Un EchoPhone y un EchoGPS. Son mil cincuenta City Credits.

Fosco subió las cejas.

—Bueno, gracias —dijo el padre.

—No, qué dices, yo pago el EchoGPS y tú el teléfono —dijo Lèa.

—¿Perdona? No entiendo.

—Papá, yo no tengo un trabajo. Y te regalo lo pequeño.

—Sigo sin entender.

—Mira, desde el concierto en el que perdiste el coche, he pensado que tienes que modernizarte —dijo enseñándole el EchoGPS—. Esto es un botón que escondes en el coche y lo podrás localizar siempre.

—Solo con un error de un metro —dijo el tío bueno responsable de la tienda de informática.

—Y este móvil te dirá siempre dónde puedes encontrarlo —insistió la hija—. Así tiras ese móvil de la era de los dinosaurios, que no tiene ni siquiera Apps.

—Pero yo no quiero jubilar a mi teléfono.

—Papá, venga, no seas viejo.

—¿Te parezco viejo? Tengo cuarenta años… —dijo Fosco al chico—. Ojo con lo que vayas a decir.

—Eh… —contestó el dependiente.

—Déjalo —contestó Fosco y se giró hacia su hija—. No es necesario todo esto, Lèa.

—Venga papá, ponte al día, no seas un viejuno, ¡jo!

Fosco bufó y se llevó el teléfono nuevo y el localizador. Todo el pack completo, sin saber si algún día le serviría. Hasta que le sirvió, el día menos pensado.

24

Jensen no se despidió.

Los dos policías entraron en el Frontier Titan gris corriendo, bajo la lluvia. Cuidaron de que la enorme carpeta que había sido rescatada del pasado no se mojara.

—¿Ahora qué hacemos? —dijo ella.

Fosco se sacudió las gotas de lluvia del abrigo y sacó el móvil, un viejo EchoPhone.

—¿Es Lèa?

Fosco sonrió. Fue una sonrisa amarga, como una flecha en un costado lanzada por un querubín del tiempo. En el fondo de pantalla del móvil aparecía una foto de ella. Era alta, rubia y con una vida por delante. Su sonrisa delataba picardía e inteligencia, ambas por igual.

Aparecía mirando hacia atrás y sonriendo. Delante había un espejo donde se entreveía a Fosco que sujetaba torpemente el aparato.

—Fue unos días antes de… ya sabes.

Olivia le cogió la mano.

—Se estaba probando unos pantalones y una sudadera del grupo de música que tocaba en el Stark Arena —dijo y se quedó pensando unos instantes, luego desbloqueó el móvil—. Hace unos años Lèa me regaló un chisme, con un nombre raro, Air no sé qué.

—EchoGPS.

—Eso. Lo tengo en el Nomad —dijo y entró en la aplicación comenzando a rastrearlo y lo encontró enseguida—. Está parado. Calle de los Crisantemos, número 192.

—Vamos —respondió ella, metió en el sistema de navegación la calle y arrancó el Titan.

La inspectora no necesitó ni un segundo; apretó el pedal del acelerador hasta el fondo. Conectó las sirenas luminosas y dejó atrás la casa del expolicía.

—Si se mueve, dímelo y cambiamos la dirección en el GPS. Pero, ¿quién robaría un viejo Nomad?

—¿Qué quieres decir?

—Nada, no te pongas a la defensiva, es solo una pregunta.

—Pues alguien con gusto, maldita sea.

Ella se limitó a hacer una cara de apreciación.

—Si tú lo dices.

—¿Algo que objetar sobre mi coche?

—No, pero los hechos hablan por sí solos. ¿Quién puede robar un viejo todoterreno? Solo alguien que vive en el distrito sur, solo digo eso.

Fosco fue a decir algo, pero al final se lo ahorró.

—Procura que lleguemos enteros y que con tu conducción de academia de policía, no tengamos más problemas de los que podemos ya tener.

—No confías en mis dotes de pilotaje —dijo mientras daba un volantazo para adelantar a un camión—. ¿Tú que saltaste un puente mientras se abría?

—En fin, sigue, tú sigue.

—¡Esta es buena! Llegarás perfectamente y en un tiempo récord.

Fosco no le hizo caso y se quedó enganchado a la maneta del techo.

Cruzaron la ciudad y llegaron al otro lado del río Caronte. Recorrieron la avenida María Montessori y al final tomaron a la izquierda por otra arteria que llevaba al extrarradio de la ciudad.

El barrio en el que acababan de entrar era uno de los peores. Calles con nombres de flores, plantas y animales.

Había coches abandonados y desguazados, hechos trizas para que sus expoliadores pudieran llevar el pan a la mesa. Esas hormigas urbanas desmontaban lo que fuera para venderlo a peso o cambiarlo por dosis de alguna droga química.

Edificios con ventanas rotas y semi abandonados.

—¿Quién puede haberme robado el coche y tener el mal gusto de pasearlo por aquí?

—Fosco, creo que tu viejo Nomad es ahora un esqueleto de chatarra, sin motor, sin ruedas y sin asientos. Lo siento.

Él no contestó. El teléfono le decía que el coche no se había movido aún.

Faltaban pocas calles para encontrarlo.

El forense comenzó a elucubrar posibilidades.

Su viejo compañero podía estar dentro de un garaje, en medio de una operación de desguace. Podían detener esa operación quirúrgica a motor abierto y salvar lo que pudieran. Al fin y al cabo, su coche ya era un coche clásico y sus piezas valían mucho dinero. Pero más aún valía para él. El viejo coche de tres puertas y ruedas con tacos era lo único que le quedaba de su familia.

Una calle, y al final de ella tendría la respuesta.

—Doscientos metros por avenida de las Margaritas y giramos por los Crisantemos —dijo marcando en el GPS—. Y luego hasta el final de la calle, ¿192?

—¡192! es hasta al final, no tiene pérdida. Solo nos falta esta.

El Frontier Titan giró por la calle de los Crisantemos. Faltaban unos cuatrocientos metros antes de llegar hasta el punto donde estaba el punto rojo del localizador.

Fosco sabía que Olivia no hablaba en general. La vida de la inspectora Wolf había sido un vía crucis, igual que la suya, igual que la de muchas personas en ese laberinto que llamaban Akeron City.

—Puede ser… —respondió él.

—Mira, allí hay un grupo de gente —indicó ella.

La carretera acababa en una rotonda y un aparcamiento grande. A pocos metros de la entrada, un grupo de personas estaban mirando un coche. Una mujer lloraba y otros tenían los brazos levantados, como si alguien los pudiera escuchar desde el cielo.

Olivia entró con su coche en el aparcamiento. Al ver la congregación de personas, encendió un par de segundos las sirenas acústicas.

De repente, las personas se giraron y unos corrieron hacia ellos.

Antes de bajar del coche, Olivia desenfundó la pistola. No sabía qué se iba a encontrar.

Al ver que sacaba un arma, se detuvieron a pocos metros. Apagó el coche y Fosco salió casi antes de que se detuviera.

—Fosco, no.

Él siguió.

—Apartaos —dijo ella apuntando a los hombres.

—Por favor, ayúdenos, le han matado, han matado a Santiago —gritó una señora llorando.

Fosco fue hacia el vehículo. Era él, su todoterreno, su Frontier Nomad. Verde botella y con la parte trasera de color vainilla.

Mientras se acercaba, la gente se separó para dejarle pasar. El coche tenía varios agujeros de bala en la chapa. La ventanilla del conductor había estallado en mil piezas.

En el asiento había un cuerpo con la cabeza agachada.

Cuando estuvo a pocos centímetros, lo vio con claridad. Habían matado a un joven en su coche.

25

Santiago era del barrio.

El distrito sur era un agujero negro que abducía a todo aquel que poseía carácter débil y escasas ambiciones.

Era más fácil vender drogas químicas, que trabajar al otro lado del río.

Santiago era un chaval de una generación perdida. Drogas, coches de lujo y armas.

Robaba coches para desmantelarlos y vender por internet las piezas valiosas.

Hasta encontrar ese Frontier Nomad, que era un caramelo, un bombón.

Se metió en el taller, robó las llaves cuando habían cambiado las ruedas, justo cuando iban a cerrar.

Un golpe de suerte.

El coche más adecuado, en el momento menos propicio.

Lo trágico es que a veces lo que parecen golpes de suerte, son problemas enmascarados.

De ahí a morir desangrado en el parking del barrio en medio de sus colegas.

Fosco se quedó congelado delante de la escena. Un chico joven y guapo, con la cabeza replegada hacia un lado, aún con la sangre que salía de los orificios.

Todavía olía a pólvora y a sangre; hacía poco que había sucedido.

—¿Qué ha pasado? —gritó el forense, aunque él ya se lo esperaba y se giró hacia la inspectora. Ella estaba abrazando a la madre, que no paraba de llorar.

Fosco se giró otra vez hacia el Nomad agujereado. Los amigos de Santiago hablaban todos para explicarle lo sucedido, sin que escuchara a nadie.

Se pasó la mano por la cabeza y marcó el número de la comisaría; necesitaban ayuda.

Poco después, la madre de Santiago fue trasladada al hospital por una crisis de ansiedad.

Los generadores de la policía suplían la falta de luz de las farolas rotas del aparcamiento.

El viejo asfalto y las carcasas de otros coches que el mundo había dejado a su destino, hacían de telón del escenario de lo que parecía una escena de una película de gánsters.

Habían vallado la zona con cintas policiales amarillas, alejando a curiosos y prensa.

La científica estaba analizando todo tipo de pistas, pelos, ADN o balas, mientras la investigativa interrogaba testigos y buscaba posibles grabaciones de cámaras que, en esa parte de la ciudad, brillaban por su ausencia.

—¿Qué opinas? —preguntó Olivia mientras le acercaba un café para llevar.

—¿Dónde lo has conseguido?

—Soy policía, consigo todo lo que quiero. Bueno, casi todo —respondió mirando al forense.

—Gracias.

Ella sonrió.

—He hablado con varios de ellos —dijo indicando a los amigos de Santiago que en ese momento estaban declarando con los policías uniformados.

—¿Y?

—Llegaron cuando el coche ya se iba y… ¡Adivina!

Ella encogió los hombros.

—Era un todoterreno negro.

—Con los cristales tintados —añadió ella.

—Ya. Seguramente un Chevrolet Escalade. Esas marcas de allí son de neumáticos especiales, como los que llevan esos coches. La científica lo corroborará.

—¿Cómo lo sabes?

—Me gustan los todoterrenos y sé reconocer un Escalade, un bisonte de esas proporciones, a través de un retrovisor.

—¿Quién se permite un Escalade en esta maldita ciudad?

Fosco pensó por unos instantes.

—Solo algunos. Como la mafia, por ejemplo.

Ella se quedó mirándolo perpleja, casi asustada.

—¿Los Corvino?

—O también podrían ser los Grieco…

—Aún peor…

Ella dio un trago al café amargo, y él hizo lo mismo.

—Tengo una teoría, Olivia.

—Ya me la imagino.

En ese momento se acercó a los dos policías un hombre trajeado. Fosco estaba sentado en la parte trasera de una furgoneta de la policía científica.

—Buenas noches —dijo a Olivia y a Fosco—. Forense, compañera.

—¿Usted es? —preguntó Fosco.

—Inspector Walter, de la comisaría del distrito sur.

Fosco subió las cejas.

—Me han dicho que han llegado antes que nadie. ¿Se puede saber por qué? ¿Sabían algo?

—¿Qué quieres decir, Walter? —ladró Olivia.

Fosco se levantó.

—Es muy sencillo, inspector —dijo y le explicó que el coche era suyo y cómo habían llegado gracias a la tecnología de su móvil.

—Eso lo tendrá que firmar después de la declaración.

—Ni soñarlo, no tenemos tiempo —dijo ella.

—Mañana pasaremos por su oficina, claro que sí —dijo Fosco y le lanzó una mirada a Olivia que sabía a reproche.

—Bueno, lo necesitamos, pero al final es bastante fácil —dijo el inspector.

—¿Qué es bastante fácil? —preguntó Fosco.

—A este tío, el tal Santiago, lo conocíamos. Era un bala perdida. Se tuvo que haber metido en algo que le iba demasiado grande y lo dejaron como un colador. Fácil. Es nuestro pan de cada día aquí en el distrito sur; es más, estos casos nos ayudan a mantener a raya a la población y a la delincuencia. Selección natural.

—¿Cómo dice?

—Selección natural. Ojalá hubiera más. Tendríamos menos trabajo —le susurró al forense.

—Yo creo… —Fosco fue interrumpido por un policía.

—Inspector, ¿puede venir?

—Discúlpeme, ahora vuelvo.

—Claro… —dijo Fosco.

—No hace falta, ya nos íbamos —respondió ella.

Walter sonrió y mientras se marchaba les hizo un gesto de que esperasen.

Los dos dieron un sorbo al brebaje.

—Menudo inútil, la ley del mínimo esfuerzo.

—Nos vendrá mejor esa teoría que otra —confesó Fosco.

—¿Tú crees?

—Lo lamento por Santiago, pero a quien querían matar era a mí…

Olivia se giró tosiendo, casi volcando el café.

—¿Qué dices?

—¿No te acuerdas del chico? Al principio no había caído, pero después de hablar con el inspector me he acordado perfectamente… cuando salimos de la casa de Baltasar. A ver; chico con pelo rapado al estilo cadete, chaqueta ceñida, una bomber militar. ¿Cómo dijo? —se preguntó Fosco recordando cómo había ido la escena con ese chico—. "¿Oye, me vendes este trasto?" O algo así, ¿te acuerdas ahora?

—¡Que me parta un rayo! Es verdad. ¿Crees que es él? —preguntó ella.

—Santiago, el chico del pelo rapado, nos tiene que haber seguido y alguien le dijo que mi coche estaba en el taller y lo robó. Con toda la mala suerte que no sabía que mi Nomad estaba vigilado por alguien que andaba removiendo aguas turbias y no me quería vivo.

—Sí, me acuerdo del chico, ahora que lo dices. Pero, ¿ahora a quién te refieres, Fosco?

—Al tío del Escalade negro. Es el mismo que nos siguió desde casa de Baltasar, así que creo que pensó que era yo quien salía del taller, siguió al Nomad hasta encontrarlo en este parquin y lo reventó a tiros. Me imagino que la sorpresa la tuvo cuando al acercarse vio que no era yo. Por eso se fue derrapando. ¿Ves las líneas negras que dejó el SUV? Eso lo hizo seguramente porque había fallado en el objetivo y yo no estaba en ese coche.

—Tiene sentido. Y además aquí, en el distrito sur, relacionado con el piso de Baltasar que está en la misma zona.

Fosco asintió.

—Efectivamente.

—¿Quieres ir a declarar mañana?

Fosco se lo pensó mientras daba un sorbo al café.

—Supongo que no habrá más remedio que ir, pero a este inspector no lo veo muy nervioso por cerrar el caso. Quizá nos podemos librar por un par de días.

—¿Sabes, Fosco? Creo que no es una buena idea que vayas a dormir a tu casa esta noche.

Él sonrió. Luego dio un vistazo a su EchoPhone con la foto de su hija de espaldas, con su larga melena rubia. Lo desbloqueó después de unos instantes y buscó en sus contactos.

—Tienes razón, dormiré en casa de Lucía.

Olivia tragó ruidosamente un sorbo de café.

—¿En serio? ¿En su casa? ¿Confías en ella? Escúchame, ¿no preferirías dormir en mi casa?

Fosco levantó la cabeza del teléfono, se quedó unos instantes contemplando a la inspectora Wolf y sonrió.

—Gracias por tu generosidad, pero creo que será mejor que vaya con Lucía, será más seguro, creo.

Ella no dijo nada.

—Bueno, si quieres te acompaño. Me viene de paso a la comisaría.

26

Lucía Erikson.

Eso ponía en el timbre del edificio que estaba a orillas del distrito norte.

Fosco lo apretó y se abrió la puerta.

No porque fuera de apertura automática, sino porque Lucía lo esperaba.

Saludó al conserje, que estaba en una mesa a la derecha ojeando un periódico que algún inquilino le habría dejado.

Se saludaron y Fosco cruzó la entrada de mármol negro hasta el ascensor. Apretó el botón del piso treinta y dos.

Lucía vivía justo al otro lado del río. Un apartamento con varias funciones y una vida turbulenta. Su historia venía desde lejos. Sus padres eran campesinos y tenían una granja de ganado en las montañas. Leche, queso y mucha mierda que sacar a palas.

A Lucía no solo no le gustaba esa vida, sino que tampoco le gustaba que su padre le pegara. El viejo señor Erikson no entendía que vinieran los amigos de su hijo a casa y que se encerrasen en su habitación.

“Solo jugamos a los médicos” se excusaba con su padre.

“Nada de mariconadas, lo que tienes que hacer es dejar esos amigos y venir a ayudarme, que para eso te he criado. ¿Te crees que has venido al mundo solo para estudiar y librarte de tus quehaceres?”, respondía siempre el padre.

Lucio, como lo bautizaron en la iglesia de las montañas, no estaba muy de acuerdo con los planes del padre. En cuanto tuvo dieciocho años y el dinero para el autobús hacia la tierra prometida, se escapó.

Una madrugada tiró una mochila por la ventana y se bajó por un tejadillo.

Tomó un autobús que no era tan solo un transporte público, era una esperanza con ruedas. En cuanto vio el cartel Akeron City, se sintió libre: era la tierra de las oportunidades y de la libertad

de género.

Pero pronto descubrió que la realidad difería de las noticias que llegaban a sus oídos. Sobre todo, estando a centenares de kilómetros de distancia.

Solo encontró droga y precariedad en las primeras personas que se encontró en la ciudad.

Su visión idílica de la metrópolis se la remató Raphael, un chulo que lo obligaba a prostituirse por una comida y un techo.

El ascensor se detuvo en la planta que Fosco había seleccionado en la consola digital. Se abrieron las puertas. Un vestíbulo lujoso, con solo cuatro puertas por piso. Una planta verde decoraba una esquina y un ambientador silvestre daba una bienvenida diferente.

Se colocó delante de la puerta, inconfundible, con un felpudo color arcoíris.

Fosco siguió recordando la historia de Lucía: la actual Lucía y el anterior Lucio.

Las palizas y los abusos de su chulo fueron el motor que la hizo salir de ese círculo vicioso. Empezó a limpiar escaleras sin contrato. En Akeron nadie hacía un contrato de trabajo a una pueblerina transgénero con moratones de malas noches. Hasta que una mañana que no funcionaba el ascensor, se cruzó por la escalera del edificio donde trabajaba con una señora y se quedaron hablando.

Le preguntó sobre sus marcas hasta conseguir sacar la verdad: eran fruto de maltratos.

La señora la quiso ayudar y se la llevó a su casa. Le dio cobijo hasta que consiguió un trabajo digno. Después se independizó de la familia y se operó. Sin la ayuda de la familia de esa señora que bajaba las escaleras, nunca habría llegado a vivir en ese piso de lujo.

Lucía vio a Fosco y recordó la misma escena, pero al revés, cuando Fosco abrió la puerta de su casa para acoger a Lucía.

La señora que le dio cobijo fue Claire Merrell.

—Fosco, estás hecho una mierda…

—Yo también me alegro de verte, Lucía.

—Pasa, ¿qué haces ahí?

La mujer lo dejó pasar. Llevaba un albornoz blanco con un arcoíris en el pecho. Una melena larga de pelo muy fino y liso, maquillaje y carmín desteñido. Sus prominentes senos se sostenían firmes a pesar de no llevar sujetador.

—Estás guapísima.

—Gracias, querido.

—Siento presentarme aquí así, casi sin preaviso.

—¡Fosco! Ni una palabra, mi casa es tu casa, aunque antes nunca te habías dignado venir. Me he enfadado mucho contigo por eso, pero es agua pasada. Ahora me alegro de que estés aquí.

—Tenías… —dijo Fosco y dio un golpe de tos—. ¿Compromisos?

—¿Te refieres a clientes? —dijo ella sonriendo—. Puedes decirlo perfectamente. Sí, clientes, honrada y feliz. Pago mis tasas y me permito este piso —dijo indicando a su alrededor con un tono de orgullo—. He anulado todos los clientes hasta mañana.

Fosco sonrió y se acercó a la ventana, que ocupaba una pared entera, del techo al suelo. Sus vistas de infarto daban sobre el río Caronte. La noche había bajado, dando protagonismo a las zanjas de luces que eran las calles vistas desde lo alto. Los neones de colores marcaban la ciudad en retículas luminosas.

—Claire hacía lo mismo, se ponía a ver la ciudad desde ese mismo punto, ¿sabes?

—Ya, me lo imagino. Le gustaba venir a tu casa y hablar contigo, me lo decía siempre. Para ella, verte y tomar una copa de vino era terapéutico.

—No solo para ella —respondió Lucía y se acercó a una barra de bar que tenía a un lado de la estancia—. ¿Bourbon?

—¿Cómo lo sabes?

—Sé muchas más cosas de las que crees, Fosco.

El forense se acercó a la barra y cogió el vaso con el licor y el hielo.

No consiguió retener un sonido gutural de apreciación después del primer sorbo.

—¿Qué ha pasado tan grave que Fosco Merrell me pide dormir en mi casa?

—Creo que he descubierto qué pasó esa noche, Lucía.

Ella bajó el vaso que estaba bebiendo, vodka de importación, y se puso una mano en el pecho.

—Sí, digamos que hay gente a quien no le hace gracia que en estos días esté husmeando en esos asuntos. No quieren que en la semana del aniversario del atentado se descubra nada y que se cierre todo para siempre.

—Cuatro años, trescientos sesenta y cuatro días han pasado ya —dijo ella acercándose a un sofá de piel roja y sentándose.

—Veo que lo tienes controlado.

—Tengo buena memoria —dijo y dio un sorbo al vaso—. Puedes estar aquí todo el tiempo que quieras.

Él sonrió.

—Serán solo un par de días, nada más. Gracias, Lucía.

Se quedaron en silencio unos instantes.

—¿Me vas a explicar qué has descubierto? ¿Qué pasó con esos dos ángeles?

Lucía, desde que conoció a la familia Merrell, siempre los llamó los ángeles de Akeron. Y, en consecuencia, Lèa y Claire eran los dos ángeles.

—Es mejor que no te lo cuente, si no sabes no tendrás que mentir. Ya es bastante peligroso que venga aquí.

—¡Exagerado! Siempre has sido tan escrupuloso. No te puedes imaginar la seguridad que hay en este edificio.

—Hay cierta gente a quienes les da igual; si quieren robar, entran hasta la mismísima caja fuerte del banco de esta ciudad.

Ella se quedó en silencio.

—He conocido a mucha gente mala, Fosco. Más de la que te imaginas y peor de la crees. Y mucha se merecería morir…

—¿Por qué dices eso?

—Porque Lèa y Claire eran las últimas de esta ciudad en merecer morir.

Fosco dejó el vaso y abrazó a Lucía.

—Lo sé. Por eso tengo que llegar hasta el fondo de esto, por ellas dos. Pase lo que pase.

—¿Qué quieres decir? —preguntó entre sollozos.

—Nada, Lucía, nada —respondió y la abrazó aún más fuerte.

Ese momento no podía ser más dulce. El amor por esas personas que ya no estaban brotaba a pesar del tiempo que había pasado. A pesar de que el tiempo cura y hace olvidar, los sentimientos quedan y cuando son evocados los recuerdos, las emociones afloran de nuevo.

—¿Has comido?

—Déjalo, no hace falta.

—No te he preguntado eso. Ven, vamos a preparar algo. Creo que tengo algo en la nevera, además de yogures y cervezas.

Esa noche se quedaron despiertos recordando y hablando de épocas más felices. Cenaron y Lucía le preparó una habitación para él. Le costó dormirse, lejos de su cama.

Por la mañana se preparó un café y se duchó. A las ocho estaba en el vestíbulo. Olivia lo pasó a buscar, iban al hotel desde donde casi cinco años antes se desató la masacre.

Cuando Lucía se despertó mandó un mensaje a Fosco, dándole las gracias por pasar una noche de recuerdos. Al final añadió una frase con rencor y rabia:

«Descubre quién fue el hijo de perra que mató a los dos ángeles y escúpele a la cara por mí».

27

La escultura de bronce era de un artista colombiano.

Botero, el famoso escultor, había recibido el encargo del ayuntamiento de Akeron para hacer una estatua conmemorativa de la masacre del Stark Arena.

Cada vez que Fosco veía esa escultura le daba un sablazo al corazón. No era tanto por la memoria de la tragedia, sino por cómo el artista quiso representarla.

Fosco siempre había pensado que, con todas las posibilidades casi infinitas de poderlo hacer, el artista español lo hizo pensando en su hija.

La estatua, con su estilo, era una chica que caía hacia delante. El cuerpo estaba inclinado a cuarenta y cinco grados. La mano izquierda la abría hacia un costado. La derecha, hacia atrás, sujetaba un paraguas que representaba la lluvia de Akeron; ese día estaba diluviando.

Nadie se enteraría de que esa figura era su hija y lo que siempre se preguntó Fosco fue: ¿cómo sabía el artista que Lèa era zurda?

Entraron en el Hotel Plutón, de cinco estrellas. Uno de los mejores de la ciudad.

Estaba en el meollo de la zona financiera y entre el congreso y el estadio cubierto.

En el Stark Arena jugaba el equipo de básquet de la ciudad dos domingos al mes.

Olivia y Fosco se acercaron a la recepción y una mujer con traje y pelo engominado hacia atrás les atendió. Pidieron ver al director, su cita era una placa metálica brillante con la insignia de la policía de Akeron.

Mientras esperaban al director, los dos policías contemplaban botones que iban y venían con carros llenos de maletas y cargando coches de lujo que paraban delante del hotel. Los periódicos y telediarios siempre usaban en noticias de economía palabras como crisis, recesión y otros

términos alarmantes. Pero eso era el distrito central, allí la crisis no salpicaba, eso era cosa de la zona al otro lado del río, el distrito sur.

—Buenos días —dijo desde detrás de los dos policías, que se giraron—. Soy el director del hotel. ¿En qué puedo ayudarles? —concluyó ofreciendo la mano a la mujer para estrechársela.

—Inspectora Wolf, este es mi compañero. Estamos en medio de una investigación, necesitaríamos hablar con usted… en privado.

—Lo siento, pero no tengo mucho tiempo, ¿de qué naturaleza es esta visita?

El hombre era joven, no pasaba de los treinta. Traje caro, afeitado, perfume soberbio y barbilla alta.

Olivia fue a hablar, pero fue interrumpida por el forense.

—Queremos hablar de la masacre del Stark Arena. ¿Nos puede ayudar?

La cabeza del director se contrajo haciendo desaparecer el cuello.

—Shhh —dijo mirando alrededor por si los huéspedes lo habían oído.

—¿Qué cree, que la gente no ve el monumento que hay allí afuera? —espetó el forense.

—Síganme —susurró el director y se los llevó.

Fueron hasta una zona más tranquila, una habitación con moqueta negra y espesas cortinas de terciopelo rojo. En un lado, había una barra de bar con un camarero con pajarita y chaleco negro que parecía más bien un pingüino.

—¿Qué quieren saber? —espetó el director.

—Necesitamos su colaboración, queremos revisar la habitación del atentado.

El hombre se mordisqueó un labio.

—No me lo puedo creer. Miren, no quiero tener problemas con la policía, pero tengo órdenes desde arriba de que no puedo enseñar esa habitación.

—¿Cómo dice? —preguntó ella.

—Maldita sea, pensaba que una inspectora de policía sería más inteligente…

—Escúchame bien, —le espetó Fosco y lo agarró por las solapas de su traje caro y planchado.

Al agarrarle, un mechón de su pelo engominado se desprendió hacia adelante.

—No venimos a suplicar, venimos a exigir que nos ayudes.

—Fosco, por favor —dijo ella cogiéndole del brazo para que soltara al director.

En ese momento, el hombre de seguridad con un auricular que le rodeaba la cabeza, se acercó con el mismo ímpetu de un tren de carga sin frenos.

—Quieto, somos de la policía —gritó la inspectora poniendo una mano en el pecho del hombre.

Este se detuvo mirando a la cara del director, y Fosco ni se giró.

—Eres demasiado joven para estar aquí desde la masacre, ¿verdad? Te han colocado aquí para tapar toda esta mierda. No me importa ni por qué, ni para qué. Solo quiero una cosa: ver un momento esa maldita habitación.

Las pupilas del director iban alternando la cara del segurata y la del forense.

—¿Y por qué debería ayudarte cuando vosotros mismos la habéis precintado?

Fosco arrugó el ceño.

—¿Cómo?

—¿Esto no lo sabías? Deberías informarte mejor. Menudos polis… —continuó con un tono que rozaba el desprecio—. La inteligente y el informado. Así de bien va esta ciudad.

Fosco apretó los dientes, esas palabras le dolían más que un cuchillo en un costado. Apretó aún más la mandíbula.

—Escúchame bien, director de las narices. ¿Sabes quién estaba allí en el suelo ese día, sin vida? ¿Lo sabes? —gritó y Olivia le apoyó un brazo en su hombro para que se calmase, él ni lo notó—. Estaba mi familia, mi mujer y mi hija. ¿Sabes qué quiere decir eso? ¿Sabes qué significa practicar la autopsia a tu propia hija? ¡Eh, saco de mierda! ¿Lo sabes? No lo sabrás nunca y ojalá nunca lo sepas. Voy a entrar en esa habitación y en todas las que consideremos, aunque sea la última cosa que haga. Con tu aprobación o sin ella. Y pasaré por encima de tu cuerpo si hace falta, del alcalde, o del mismo cardenal de esta maldita ciudad.

El director tragó saliva. Los ojos endemoniados del forense eran una bomba de relojería que había explotado desde hacía tiempo y la metralla que le había llegado al director solo era un adelanto de lo que podía hacer un hombre desesperado y con nada que perder. Y el director lo había visto en su iris.

Fosco soltó las solapas del traje caro del director, sin dejarlo de mirar.

El segurata era un muelle a punto de saltar encima del forense, a la mínima señal del director.

—Está usted equivocado, no sabe bien cuánto —le espetó el director a Fosco.

28

El joven director cerró la puerta de su despacho en la planta dos del hotel.

Fosco y Olivia le siguieron.

—¿Quieren sentarse? —preguntó el director.

Los dos policías negaron.

En la mesa había una placa: Alfred Schwartz.

—No tenemos tiempo. ¿Por qué nos ha traído aquí? —preguntó Fosco.

—No podía explicárselo en medio de mis trabajadores. Soy el hijo de uno de los socios del fondo de inversión que compró este hotel, después de… ya saben. Estamos intentando reflotarlo. Cuando la policía cerró la habitación, esto se fue a pique.

—¿Qué nos interesa esto? Deberían haber cerrado este lugar para siempre —respondió Fosco.

—Sí, estoy de acuerdo contigo —dijo el director y se acercó a la ventana que daba a la fatídica plaza—. Pero es una pena que se pierda la historia de este hotel.

—¿Solo por eso? —preguntó ella.

El joven sonrió, un matiz amargo cruzó su cara, pero los policías no lo pudieron ver, solo sentir.

—Una de esas personas era de nuestra familia —confesó el joven—. Intentamos alejar a policías y periodistas curiosos de estas instalaciones. Las cuidamos con recelo y precaución, como un mausoleo familiar.

—Ahora sé dónde te vi antes. Jersey negro de cuello alto y abrigo negro. Al lado del hombre que cortó la cinta, claro.

—¿De qué hablas, Fosco? —preguntó ella.

—El día de la inauguración. Estabas allí, eres de la familia Schwartz que ha pagado el Botero de la plaza, ¿verdad? No fue con dinero público, era vuestro.

El joven se giró, asintiendo.

—En esa plaza murió una prima, tenía un paraguas con forma de mariquita, de color rojo con topos blancos.

—Vaya. Lo siento.

—Fernando Botero quiso saber todas las historias y cuando escuchó la de Lèa se quedó con esa, la historia de la chica del paraguas lila. Podía haber elegido cualquiera, pero la eligió a ella, a tu hija.

Fosco se quedó en silencio, con las cejas arrugadas. Olivia se giró hacia él y le cogió la mano.

Luego, el director se fue hacia el forense.

—Tomad esta —dijo y le alargó una tarjeta.

—¿Qué es?

—Mi tarjeta maestra, abre todas las puertas. Si queréis entrar en alguna que no sea la 2213, haced sonar el timbre antes. Sobre todo, discreción. ¿De acuerdo? —dijo y se alejó, se sentó en su escritorio y concluyó—. Cuando hayáis acabado, la dejáis en recepción, yo la recogeré. Si quitáis el sello policial, tendréis que volver a ponerlo lo mejor posible.

Fosco torció la boca y repicó con los dedos la tarjeta.

—No sé qué decir, supongo que gracias.

—Tengo solo una petición.

A Fosco le extrañó.

—A mi familia nos gustaría saber… ya me entiendes. Antes de que salga en la prensa, nos gustaría saber.

Fosco asintió.

—Solo una pregunta, ¿supiste cómo llegó la mesa plegable al armario?

La expresión del director era de no saber de qué diablos hablaba el forense.

—No sé…

—Déjalo, es igual, nosotros nos vamos.

—Sí, bien, tengo trabajo —concluyó el director—. Buena suerte, policías.

29

Habitación 2213.

Piso veintidós, habitación trece.

Olivia y Fosco estaban delante de la puerta.

—¿Estás seguro?

Fosco asintió.

Olivia miró a su alrededor, no venía nadie.

—Esto es tan surrealista —dijo él mientras se sacaba una pequeña navaja del pantalón.

—¿Qué, Fosco?

—Que pongan algo tan simple para sellar una puerta. Cinta adhesiva y una etiqueta —dijo y colocó el filo del cuchillo debajo de la pegatina.

Con tan solo pasarla con cuidado, la levantó despegando el precario adhesivo.

Luego pasó la tarjeta magnética y se abrió la puerta.

—Vamos a ver… —dijo Fosco al abrir la puerta.

Delante se mostró una habitación cerrada desde hacía casi cinco años. La estancia estaba oscura, con las cortinas echadas y silenciosa. Olía a cerrado y a polvo en suspensión.

Fosco se puso los guantes de látex y le pasó a ella dos más. Encendieron la luz y Fosco se acercó a la ventana. Retiró las cortinas y entró un rayo de luz, hambriento de volver a esa habitación olvidada en el tiempo.

Las motas de polvo bailaban en el aire, en el reflejo del sol. El cristal estaba limpio, impoluto, Aún aparecía la mancha de cola de la etiqueta del cristal nuevo, sustituido después de la masacre.

—¿Cómo estás? —preguntó ella.

—He tenido días mejores.

—¿La recordabas así?

—Nunca entré aquí. Solo vi fotos.

Olivia subió las cejas.

—¿Y quieres seguir?

—Inspectora Olivia Wolf, ¿crees que hemos llegado hasta aquí para irnos ahora?

Ella sonrió.

—¿Qué ves?

—Aquí —dijo Fosco indicando con la mano el suelo. En la moqueta azul, había cuatro circunferencias de moqueta aplastada—. Aquí debía estar la mesa plegable, la del armario —dijo y fue a abrir el armario y sacó la mesa plegable.

—¿Cómo puede ser que el director no sepa de la mesa plegable?

—Eso sería interesante saberlo. Quizá comprobando las cámaras sabríamos quién fue el topo o solo veríamos como el asesino entra disfrazado y coloca la mesa plegable. No creo que sea importante.

Los dos policías abrieron la mesa y la apoyaron en el suelo. Las marcas coincidían.

Repasaron las fotos de la carpeta que Jensen le había dado.

En la cama seguían en el mismo lugar las dos láminas de cristal cortado con diamante. Pero a diferencia de las fotos, estaban llenas de polvo negro, grafene, usado por los de la científica para buscar las huellas.

Fosco contrastó lo que tenía delante con las fotos: la habitación seguía intacta, impoluta, sin ningún tipo de alteración.

—Todo está igual, el tiempo en esta habitación no ha pasado. Esa puerta ha impedido que las agujas del reloj siguieran su curso natural —dijo Fosco, en medio de un momento reflexivo—. El resto del mundo ha cambiado menos esto. Ojalá pudiera regresar a ese momento, dar mi vida por esa gente —dijo.

Imaginó a ese hombre que había aparecido en su camilla para la autopsia.

Su sombrero de pescador, estirado allí encima. Apuntando a lo que más valía en su vida. Alargó las manos como si pudiera unir su visión junto a lo que podía haber visto en el pasado Baltasar. Con su rifle de precisión y las manos de Fosco que rodeaban el imaginario cuello del asesino, a la altura de la mesa plegable.

—Ojalá hubiera estado aquí.

Sus ojos llenos de rencor se cruzaron con los de la inspectora.

—No puedes hacer nada, solo podemos hacer justicia, Fosco, ya es demasiado tarde —dijo y al instante él bajó las manos.

—Perdona —susurró—. Se me va la pinza y el odio toma el mando de la maquinaria. Lo siento.

—Es normal, y más en este lugar, donde todo empezó.

Luego fueron al lavabo. Las toallas estaban con un dedo de polvo. Los jabones líquidos estaban vacíos, evaporados, y el resto de objetos perfectamente ubicados, como si nunca hubiera pasado por allí.

—Olivia, la pregunta en la que llevo pensando todos estos días, es: ¿cómo disparó desde aquí y salió por la puerta de la habitación 2219?

—Esa es la madre de todas las preguntas —dijo mientras regresaban del lavabo.

Se fue a la parte del muro y comenzó a tocar la pared con los nudillos. Primero desde la parte de la ventana, luego hacia la pared. A cada golpecito, el sonido que la pared devolvía, era el mismo.

—Si buscas un paso secreto, es difícil que lo encuentres. Lo dudo mucho. Debería haber cruzado dos habitaciones, y eso sería muy extraño.

Entonces sacó el móvil, con las grabaciones de las cámaras del hotel que Jensen conservaba aún.

Baltasar aparecía en la habitación de tres puertas más hacia el final del edificio.

«¿Cómo has pasado hasta allí, maldito bastardo?», pensó Fosco.

Miró la pared desde la distancia.

Entonces, un detalle que había dicho Jensen le encendió una idea. Una chispa color azul, que encendió una llamada que cada vez cobraba más sentido.

—Tenemos que mirar la habitación 2219 —dijo Fosco—. Ven.

Salió con el mismo ímpetu de un tsunami. Olivia lo siguió. El forense ya estaba a mitad del pasillo y se detuvo delante de la puerta por la cual salió Baltasar en las grabaciones.

—No te quites todavía los guantes —dijo él y tocó la puerta.

Un huésped, que cruzaba el pasillo, se extrañó de la escena, más habitual de una película del CSI que de un hotel de ese calibre.

Fosco insistió, tocando la puerta aún más fuerte.

Al cabo de unos minutos, de la puerta de la escancia salió una señora asiática.

—¿Hola? —preguntó la señora con un ojo entreabierto y en el otro el antifaz, con el que estaba seguramente curando un jetlag monumental.

—Somos de la policía, tenemos que averiguar una cosa, señora —dijo Fosco y ya estaba dentro.

Al pasar encendió la luz y descubrió al que podía ser el marido, también durmiendo. Este comenzó a enfurecerse y gritar en una lengua de la que no se entendía nada. No hacía falta un intérprete para entender que le había molestado la incursión del forense.

—Somos de la policía, señores, es un momento, se lo aseguro —dijo Olivia intentando tranquilizarlos y enseñando la placa.

Encaró al muro que estaba orientado hacia la habitación número trece del mismo piso.

Cuando lo tuvo claro, asintió e hizo una foto en el techo y salió de la habitación. Los huéspedes seguían imprecando.

—Ven —dijo Fosco ya fuera de la estancia.

Olivia hizo una inclinación, cerró la puerta y siguió por el pasillo.

—Esto sí que es discreción, Fosco. Es justo lo que dijo el director, exacto. Bravo —reprochó la inspectora.

—Lo he descubierto. Ven —dijo Fosco y entró de nuevo en la habitación precintada.

Entraron hasta la pared orientada hacia la habitación que acababan de salir.

—Mira —dijo enseñando la foto en su EchoPhone—. ¿Qué notas de diferente?

Olivia, antes de decir nada, lo miró un par de veces. Cogió el móvil y subió las cejas, luego abrió los ojos como platos.

—¡Que me parta un rayo! ¿Por aquí?

—Sí, por el aire acondicionado. Esta reja no tiene tornillos como la otra. Esta tiene unos tacos que se cierran a presión, como tacos de pared.

—Alguien le dejó la mesa y desatornilló la reja. Baltasar nunca entró por esa puerta, siempre por la de la habitación 13. Se fue arrastrando la reja y clavándola con estos tacos. Y aquí nunca entró nadie por la puerta.

Olivia, con el móvil en la mano y la boca abierta, se sentó en la cama.

—¿Quién investigó este caso? —preguntó ella.

—Jensen, pero no creo que sea responsabilidad suya, no le dieron tiempo. Pregunta al comisario por qué cerró el caso tan rápidamente —concluyó con una expresión que iba con segundas.

La inspectora le devolvió el teléfono, no había explicación a eso y tampoco se lo imaginaba. Conocía al comisario, pero a veces las personas no son como parecen.

El estómago de la inspectora comenzaba a dar signos de hambre.

—Fosco, tengo hambre…

Él se giró como si le acabaran de devolver a la Tierra y se dio cuenta de que era mediodía pasado.

En esa estancia no había ni un reloj.

Ella miró su teléfono para ver la hora, pero no fue la hora lo que la dejó en shock, fue el mensaje que recibió.

—Mierda.

—¿Qué pasa?

Olivia se levantó de la cama y miró a los ojos a Fosco, a un palmo de su cara.

—Acaban de encontrar a Fukuta.

—¿Y? Ya lo encontramos nosotros antes, ¿no?

—Ya, unos controladores del tren lo han encontrado muerto —dijo con tono casi desquiciado —. Estamos dejando muertos a nuestro paso, Fosco.

—Eso solo quiere decir una cosa —dijo y cogió los dos brazos de la inspectora—. Que nos estamos acercando demasiado. Tenemos que vigilar por dónde pisamos.

30

Fosco fue a salir de la habitación 2213, pero en ese momento se dio la vuelta.

Las cortinas estaban echadas otra vez y la oscuridad se había adueñado de nuevo de la estancia. El recuerdo de lo que Baltasar había hecho allí volvió a ser encerrado en la caja presurizada del tiempo y del espacio; allí, donde el pasado y el presente se juntaban sin máquina del tiempo y se mezclaban con los tremendos recuerdos de Fosco.

—¿Estás bien? —preguntó Olivia al ver que no salía.

El forense sintió cómo la carga de la verdad se hacía aún más pesada sobre sus hombros. En muchas ocasiones había pensado en esa redención, en ir a ver ese lugar para depurar pensamientos, digerir situaciones y pasar página.

Pero la verdad era mucho más indigesta: la verdad es una carga y una responsabilidad que lleva tiempo y búsqueda. Y esa búsqueda acababa de comenzar.

—Sí, bueno, más o menos bien —dijo mientras regresaba con la mente a la planta veintidós, con Olivia.

—Tienes la mirada perdida, aunque no es para menos.

Fosco dio un par de golpecitos con la tarjeta magnética del director sobre sus nudillos.

—Espera, ¿cómo sabes lo de Fukuta? No, quiero decir, ¿cómo te han informado de la muerte de ese tío y no de otras muertes de esta ciudad?

Ella tragó saliva, no se esperaba esa pregunta.

—Voy informando a dos personas de mi equipo de lo que vamos haciendo. Pido información, tengo que dejar constancia. ¿Por qué?

Fosco miraba fijamente a la inspectora, tanto que habían pasado unos minutos sin pestañear. La expresión del forense era la misma que la de un felino que la observaba, quieto, inmóvil y pensativo. Dudando si saltar.

—Porque tienes un topo entre tu equipo. No puede ser que nos esté pasando esto. ¿Por qué Fukuta ahora?

—Fosco, entiendo que entrar en este lugar te pueda trastornar, pero de eso a decir que uno de mis chicos es un soplón, eso no te lo permito.

—¿Entonces cómo puedes justificar que haya muerto la persona que nos dijo eso?

—¿En toda Akeron no puede haber más gente que nos esté siguiendo? ¿En serio me vienes con estas?

—Demasiadas coincidencias.

—Con más de diez millones de habitantes en esta ciudad, ¿y tienen que ser los de mi equipo? —gritó Olivia apoyando el índice en su anorak.

—Demasiadas coincidencias.

—Lo que pasa es que tú no trabajas con nadie y no confías en nadie ya. Te cierras en ese maldito búnker de bisturís y sierras y no sales a la realidad. —Fosco sacudió la cabeza; lo que escuchaba le dolía—. Pues que sepas que esta es la verdad, la vida es mucho más. Son variables, son escuchas telefónicas, son deducciones y errores. Pero yo confió en quien trabaja conmigo, por lo menos en aquellos a quienes les cuento las cosas, ¿ok?

—Maldita sea, Olivia, que las coincidencias no existen, joder —gritó y le alargó la palma de la mano.

—Espera —dijo ella levantando las manos—. ¿Cómo puede ser que antes de nosotros llegara el tío encapuchado a las taquillas? Eso no se lo dije a nadie, no podía saberlo mi equipo, así que… —concluyó encogiendo los hombros.

—Maldita sea Olivia, me agarro a las evidencias que brillan por sí solas, ¿cómo puede ser?

—Seguro que hay otra explicación y la vamos a encontrar, Fosco. Pero no en mi equipo.

Él no supo ya qué decir.

—Y no quiero oír una palabra más sobre esto, ¿ok? —dijo y se ajustó la americana de su traje—. Tenemos que irnos, nos esperan para hacer el levantamiento y hay que cruzar la ciudad.

Fosco respiró y volvió a pestañear. Lo que había dicho Jensen en parte podía ser verdad, y se había dejado influenciar. El pasado del padre de la inspectora la podía haber contaminado. Cuando un caso así ocurre en una familia, puede salpicar a todas las generaciones.

—¿Qué te pasa ahora? —preguntó ella.

Fosco sacó una media sonrisa, algo excepcional en él.

—Cuando te enfadas, eres muy…

Ella bajó la mirada. Sonrió dulcemente y no consiguió ocultar sus mofletes que se tornaron rosáceos.

—Anda, vamos, tenemos mucho trabajo —dijo ella desviando el cumplido.

31

A veces Fosco se quedaba absorto en sus pensamientos.

En el asiento del copiloto del coche de la inspectora Wolf, el Frontier Titan gris, se quedó quieto en el semáforo, mientras los limpias iban quitando la lluvia del parabrisas.

Fluck, fluck, fluck, fluck.

Un movimiento continuo. Un ruido habitual en el día a día de la ciudad, solo interrumpido por algún mensaje distorsionado de la radio de la policía que había en el salpicadero.

Fosco pensaba y analizaba como un ordenador procesando información. Era un disco duro en hiperventilación, intentando recomponer un puzzle al que le faltaban piezas y llenarlo con la experiencia e imaginación.

Fluck, fluck, fluck, fluck.

Verde. Olivia aceleró. Siguió las indicaciones del GPS, se estaban acercando al distrito oeste, donde estaba la central del metro y el depósito de los trenes de la ciudad.

Durante el trayecto, se habían detenido a comer unos sándwiches en un antro famoso entre los policías. Sándwich de pollo con mayonesa, Donuts y garrafas de café. Luego siguieron.

El coche siguió unos raíles que circulaban en una carretera elevada.

Estación 26: Apóstol Santiago, la última estación de la línea amarilla de los ferrocarriles urbanos, antes del depósito.

—Allí están —dijo ella, advirtiendo al forense para que regresara con la mente al coche.

Se acercó al cordón policial. Un agente en traje impermeable vio llegar el coche: el Titan era inconfundible, sobre todo por la luz auxiliar al lado del espejo izquierdo y la sirena apagada en el salpicadero.

El hombre hizo el saludo del cuerpo y levantó la cinta.

Olivia aparcó detrás de la ambulancia y un par de patrullas.

Dejaron el paraguas en el coche; eran dos pasos hasta las escaleras que llevaban a la estación, a unos siete metros de altura.

Cogieron las escaleras mecánicas: dos rampas cubiertas, un detalle del último alcalde. Al subir se encontraron un tren parado con las puertas abiertas. Había agentes que inspeccionaban.

Fosco se detuvo, y mientras ella siguió.

La estación estaba a la altura del segundo piso de los edificios colindantes. Una zona popular, de edificios construidos para ubicar familias obreras con recursos limitados.

Desde alguna ventana de los edificios se asomaba algún curioso para ver qué demonios estaba pasando de nuevo en esa estación.

El tren, o lo que el ayuntamiento denominaba como tal, era una caja de sardinas de chapa plateada con grafitis. Las ventanas y la forma cuadrada daban a entender que no era una caravana plateada Airstream abandonada. La estructura estaba detenida debajo de una marquesina que protegía al gusano metálico de la intemperie.

Fosco se fue acercando a la zona donde había más policías. Cruzó las puertas del último vagón, y la imagen del asiático apareció. Estaba reclinado hacia la chapa lateral del tren. El espacio iluminado por filas de fluorescentes en el techo, y parecía la escena de una serie de la tele.

Pero era realidad. El empleado de SecurClavis estaba allí, sin vida, con la cabeza apoyada contra la pared que daba al maquinista.

Parecía que dormía, si no fuera por un orificio en su sien.

—Gracias por esperarnos.

—De nada, inspectora… —dijo el agente al mando de ese levantamiento.

—Wolf, inspectora Wolf.

El agente asintió.

—Bueno, esto no tiene misterio: un robo o un desequilibrado. Vayamos rápido, por favor, que acabé el turno hace un par de horas.

Olivia arrugó el ceño y se quedó con su número de placa; ya había catalogado al hombre.

—¿Cómo no se han dado cuenta antes? —preguntó la inspectora a un agente.

—Dicen que no se han enterado. Habrá usado un silenciador. Tenía esto encima —dijo levantando un gorro empapado de sangre.

—¿Quién se lo ha quitado?

—El maquinista, que antes de abandonar la estación tiene que comprobar que no haya nadie más. Controló por las cámaras y lo vio. Lo llamó por los altavoces y como no contestaba bajó y se encontró el muerto.

—Ya, nunca mejor dicho —replicó seria la inspectora.

—Bueno, uno más, este es el tercero de mi servicio de hoy —replicó el agente sin dar mucha importancia a esa vida perdida.

La inspectora fue a hablar, pero se calló.

Fosco se puso un guante de látex y se acercó.

Le puso una mano en el cuello al cadáver.

—¿Qué pasa? —preguntó ella.

—Tiene aún la temperatura alta, a pesar de estar en estas condiciones. Así que creo que hace unas tres horas de esto —dijo Fosco levantando la mirada.

Luego cogió un brazo y aún se le podía mover perfectamente, a pesar del peso del mismo.

Fosco se acercó a su rostro. Era el mismo hombre del día anterior, cuando en sus oficinas lo había puesto contra las cuerdas para que le diera la ubicación de la llave.

«¿Quién te ha matado? ¿Quién te ha hecho esto?», le susurró al cadáver.

—El *rigor mortis* aún no ha empezado.

—Ajá —dijo el policía y los dos otros se giraron a verle.

—En fin, el tío que le ha disparado sabía la ruta que hacía y, sobre todo, no es muy común disparar en medio de la gente y que nadie se entere.

—¿Qué quieres decir?

—Que esto es obra de un profesional. Mira el agujero por donde ha entrado la bala, estaba muy cerca, por las quemaduras en los bordes. Nadie se ha enterado, este tío ha aprovechado que se cerraban las puertas, un ruido fuerte, un cambio de rumbo, algo. Sabía que haría ruido y con el cúmulo de gente nadie se ha enterado.

—¿Qué más ves? —preguntó ella.

Fosco se quedó unos instantes en silencio.

— Olivia, ¿te acuerdas de que este hombre vivía en el distrito oeste? Habitualmente cogería la línea amarilla hasta la estación de intercambio y luego la línea roja, pero ha acabado aquí. El

asesino sabía muy bien su recorrido. Lo mató hace tres horas, porque si no habría hecho transbordo y cogido otro tren. ¿Me sigues?

—Me temo que sí.

—Desde SecurClavis hasta su casa, este es su recorrido. Y te voy a decir más; tienes razón en lo que hemos hablado en la 2213, no han sido ellos. Ahora me acuerdo —dijo y se puso una mano en la frente.

—¿Qué? ¿De qué te acuerdas? —preguntó la inspectora.

—¿Recuerdas la cafetería donde nos atendió, en las instalaciones de SecurClavis? Detrás había una cámara, y me apuesto lo que sea a que escuchan a los trabajadores y vieron que nos dio esa info.

—Pero tiene miles de trabajadores, ¿cómo pueden haber escuchado nuestra conversación?

Fosco levantó los hombros.

—¿Un programa de control interno del personal con inteligencia artificial? ¿Para controlar qué miran en las páginas web, qué dicen, qué ven, qué comentan? Solo falta que sepan qué pensamos.

—Eres paranoico, pero las evidencias son aplastantes.

—¿Aplastantes? Es lo que te digo, Oliva. SecurClavis es la empresa más importante de seguridad del país. Seguro que nos está escuchando ahora por nuestros móviles, por algún micro que tiene puesto por aquí —dijo indicando el techo del vagón—. Vete a saber… esta gente seguro que sabe hasta cuánto papel higiénico consumimos de media para limpiarnos el culo —concluyó mirando la cámara pegada al techo, como si fuera la mirilla de una puerta, pero al revés.

—Agente —dijo Fosco—. Necesitamos las grabaciones de esta cámara.

El agente asintió y confirmó que se las enviaría al día siguiente.

—Escucharon y lo han matado —concluyó Fosco—. Y yo he sido el culpable.

Olivia le agarró de un brazo y lo giró hacia ella.

—¿Qué? No, no, nada de eso. Si esta historia…

—Shhh —hizo Fosco para que bajara la voz.

La inspectora habló más bajo.

—Si toda esta historia no estuviera llena de mierda, ahora no estaríamos aquí, ¿me entiendes? Tú no has hecho nada para que este hombre esté muerto, solo estamos buscando la puta verdad.

Fosco arrugó el ceño.

—Nunca te había oído hablar así, con esas palabras.

Ella carraspeó.

—Lo siento, a veces no consigo ser la inspectora que debería ser.

Fosco sonrió.

—Eres mucho más de lo crees.

El agente dio un golpe de tos.

—Perdón, pero tenemos que desalojar esto.

—Sí, claro. Quiero que lo lleven a la morgue del distrito norte.

—Pero, eso está…

—Pero un pimiento, órdenes mías, firmo yo —concluyó Fosco.

El agente no opuso resistencia, solo quería irse a casa y dejar esa estación fría y húmeda.

Fosco y Oliva bajaron las escaleras y entraron al coche.

—Bien, ¿te dejo en casa de Lucía?

Fosco torció la boca.

—¿Qué pasa?

—Me ha dicho que esta noche tiene un cliente importante y acabará tarde. ¿Te importa dejarme en una cafetería cerca?

—¿Perdona, qué dices? No te voy a dejar en ninguna cafetería, te vienes a mi casa a dormir. Tengo una habitación de más —dijo y sin esperar una respuesta, arrancó el Titan e hizo maniobra para salir de allí.

—No creo que sea una buena decisión.

—Fosco, no era una pregunta… —dijo ella sin mirarle—. No te voy a dejar solo esta noche.

32

La inspectora Wolf vivía en el distrito oeste, cerca de la estación donde encontraron el cadáver de Fukuta.

Un pisito sin pretensiones, pero con alma. Plantas, litografías de cuadros que había visto por exposiciones y muebles cálidos. Un hogar en toda regla.

Al poner el primer pie en ese lugar, Fosco sintió una enorme paz, un calor, un refugio que hacía tiempo que no sentía.

El lugar desprendía aroma a incienso; Fosco pensó que podía ser por algún ritual de meditación o yoga.

El recibidor, la cocina y el comedor ocupaban el mismo espacio.

—Entra, no te quedes en la puerta. Bienvenido en mi humilde demora —dijo ella desde la sala de estar.

Fosco cerró la puerta. Lo invadió el temor, un golpe de timidez aguda. Se encontraba en casa extraña, y ese era un deporte de riesgo que no practicaba desde hacía décadas.

La cocina estaba ordenada. En la pila, ni un plato. Botellas de vino sin descorchar y miles de especias al lado del aceite.

Pasando una puerta acristalada estaba el salón: pequeño, pero cuidado. Muebles de los que se compran en caja, pero cuidados y cálidos.

—Bueno, no es una mansión, pero hace su función. Nada más —dijo Olivia.

En ese momento, Olivia abrió las cortinas de las ventanas. Al otro lado de los cristales mojados había otro edificio. Estaba tan cerca, que se podía ver lo que estaban cenando la familia de enfrente.

—Ven, ven a ver.

Fosco fue y ella le enseñó la pequeña terracita.

—Ahí, por la mañana cuando hace sol, desayunas con el rostro caliente, tomando vitamina D.

—Es precioso —confesó él mientras miraba un pequeño parque que se veía justo al lado del edificio.

—No es precioso, pero es suficiente —dijo ella casi sorprendida—. Ponte cómodo, voy a darme una ducha y si luego quieres puedes darte una tú. Y luego cenamos. ¿Sí?

Él sonrió.

—Siéntate en el sofá y enciende la tele. Estás en tu casa —dijo ella ya en el pasillo, de camino hacia su habitación.

—Gracias —contestó Fosco, y se sentó en el sofá.

Cogió el mando, pero no apretó el botón para encender el televisor. Se quedó así, como si la energía de ese lugar fuera una caricia para su alma. Sentía un placer extraño e inesperado.

Ese hogar, simple pero cuidado, era el mejor antídoto contra el estrés de la ciudad. Se preguntó si ella también lo sentía, si era consciente de lo que había allí dentro. Se atrevió a contestarse que no, que uno se acostumbra a lo bueno. Del mismo modo que él se acostumbró a la soledad, a abrazarla, a quererla, a resignarse.

Eso era diferente. Eso que sentía era un oasis en su vida.

Dormir en casa de Lucía era como dormir con un amigo de toda la vida.

Pero con Olivia era diferente.

No tenía que pasar nada, por supuesto, pero le pareció que estando allí faltaba al respeto a su mujer, a la que fue su compañera de vida. Pero también estaba allí por ella, para encontrar al que mandó que Baltasar apretara el gatillo.

El tiempo para Fosco se escurrió como una gota de vaho en el espejo de Olivia. Apareció con su melena aún mojada, en medio de un albornoz blanco limpio, como esa casa. Sus ojos grandes resaltaban en medio de los flecos mojados y el flequillo que cubría una frente amplia.

—¿Te importa? —dijo ella indicando su atuendo—. Cuando llego a casa me gusta estar cómoda. No soporto tacones ni trajes.

Fosco no supo qué contestar. Solo levantó las manos.

—Claro, es tu casa.

—¿Quieres ducharte?

Él se olió.

—No porque huelas mal, para que estés más cómodo. Ven —dijo ella y le indicó que la siguiera.

Le enseñó la habitación donde dormiría él. Encima había un pijama, plegado. Le dijo que era un regalo de un amigo invisible y que seguramente era reciclado. Nunca se lo había puesto y le podía servir.

Le enseñó el lavabo, aún con tanto vaho que parecía que había entrado niebla de la ciudad.

Le indicó todo lo necesario y se fue a preparar la cena.

Fosco tardó en ducharse. Se quedó un rato en el inodoro, sentado, esperando, ni él sabía qué.

Después de que ella le preguntara si estaba bien, al no escuchar la ducha, se decidió.

Una vez duchado y puesto el pijama, se fue al comedor.

—¿A ver cómo te queda? —preguntó ella.

El separó los brazos y dio una vuelta sobre sí mismo.

—Parece que sea para ti. ¿Estás cómodo?

—Perfecto —mintió Fosco sintiendo vergüenza.

Ella rio.

—Huele muy bien.

—Pollo al curry y un poco de arroz basmati.

—Mucho más de lo que me esperaba.

—¿Y qué era lo que te esperabas?

Él dio un par de golpes de tos.

—Pues no sé, huevos rotos, bacón, no sé…

Fosco dio la vuelta a la cocina y se sentó en la barra con taburetes, al otro lado de la cocina.

—Eso ya lo comemos cada día, hay que cenar bien, o mañana no rendimos.

Él sonrió.

Ella se veía muy desenvuelta en ese ambiente. El albornoz seguía inmaculado. Cogió una botella de vino y vertió en una copa un poco del néctar de los dioses.

—Chin —dijo ella.

—¿Por qué brindamos?

—Porque estamos más cerca de la verdad.

Él subió las cejas.

—Esperemos.

—Lo presiento.

Las copas tintinearon y bebieron.

Luego hablaron de futilidades mientras ella acababa y servía el manjar en el plato.

Se sentaron a la mesa.

—¿No comemos en la barra?

—Allí como cada noche sola, hoy es como un día de fiesta, tenemos un invitado.

Comenzaron a comer y las palabras, como el vino, comenzaron a fluir.

—Dicen que a los hombres se les enamora por el paladar —dijo el vino por boca de Fosco.

Ella sonrió.

—Así dicen, pero hace mucho que no sé de eso…

Los dos se quedaron mirando y rieron.

33

El vino se había acabado, pero dio paso a las risas.

No parecían las mismas dos personas que durante el día. La noche, como el vino, confunde y altera.

Esa noche era un paréntesis en la investigación que estaban llevando a cabo.

Siguió el postre y más risas.

Él explicaba anécdotas divertidas de algún levantamiento y ella lo escuchaba, riendo, sin dar crédito a esa escena.

—Hace un mes o así, en una autopsia, ¿sabes lo que pasó? —comenzó el forense, intentando contener una risa—. Estoy allí, concentrado, y de repente el cadáver hace un ruido. Como un… ¡pfft!

Olivia, con una sonrisa curiosa, inclinó la cabeza, esperando el remate.

—¡Lucas y yo nos miramos! —continuó él, ya no pudiendo contener la risa—. Miraba el cuerpo del difunto, que parecía haber soltado una pedorreta.

Ella soltó una carcajada, apoyándose en él para no caerse de la risa.

—¡Imagínate! —dijo él entre risas—. ¡Lucas diciendo que había sido el muerto y yo riéndome por las lentejas que se acababa de comer!

Los dos rieron y acabaron el poco vino que quedaba en las copas.

—¿Recuerdas el levantamiento en el Parque Strol? —dijo el forense, balanceándose ligeramente con una sonrisa traviesa—. Bueno no, porque tú no estabas.

La inspectora asintió intrigada por dónde iría esa historia.

—Estamos allí, serios, cuando de repente una ardilla salta sobre el cuerpo. Todos helados, mirando. Y la ardilla… ¡se pone a buscar en los bolsillos del difunto!

La inspectora soltó una carcajada.

—¿Y qué buscaba? ¿Un testamento para las nueces? —bromeó ella, aún riendo.

—Exactamente —respondió él uniéndose a la risa—. ¡Esa ardilla se adelantó a los herederos!

Fosco, entre risas, se dio cuenta que eso no era normal en él y que hacía mucho tiempo que no hablaba de esa forma; ni se acordaba. A lo mejor le había pasado alguna vez en un bar, pasado de bourbon, hablando con un desconocido de tonterías.

Echó de menos en su vida las risas auténticas, la carcajada libre, llorar de risa, el dolor de abdominales. Eso había sido barrido desde hacía cinco años. Desde que Baltasar derribó el paraguas de color lila.

Se detuvo mirando a Olivia, que reía al otro lado de la mesa. Movía de un lado al otro la corta melena que, como un telón, mostraba el espectáculo de una preciosa mujer.

Eso no estaba en su vida, ni por asomo.

Eso… eso era diferente.

Sus ojos se endulzaron al mirarla.

Al otro lado de ese hogar se quedaba la inspectora dura y temible, mostrando su lado más tierno, casero y despreocupado.

No era el vino, que también tenía un papel importante, eran las ganas de vivir que, como un ave fénix, salían de las cenizas del tiempo.

Se levantaron de la mesa. Eran ya las doce de la noche pasadas. Dejaron los platos en la pila, algo inusual para ella, pero había bebido demasiado vino para lavarlos. Era todo demasiado perfecto como para estropearlo con una esponja llena de Fairy.

Se fueron al pasillo.

Ella encogió los brazos ante de la puerta del dormitorio de él.

—Buenas noches, entonces.

—Me lo he pasado muy bien, Olivia —dijo Fosco y se quedó en blanco.

Eso era mucho más complicado de lo que recordaba o se imaginaba.

¿Qué se suponía que tenía que decir?

Se sintió tan patoso como la primera vez que fue al cine con una chica. Nunca había sido bueno con las relaciones interpersonales. La vida entre los vivos era más difícil que con los muertos. Ellos nunca se quejaban, siempre aceptaban lo que le hacía y estaba seguro que nunca se equivocaba.

El margen de error era casi nulo.

A los muertos los entendía; sus cadáveres le hablaban.

Lo de ahora era más difícil.

Comenzó a sudar y a sentir un calor repentino e inexplicable.

Sintió sus mejillas arder.

Gestionar las relaciones entre los vivos era una complejidad superior.

Pero algo tenía que decir o hacer, tenía que pensar algo rápido.

Aunque fuera lo primero que se le ocurriese.

—Gracias. Yo…

—Shhh —dijo Olivia apoyando el dedo encima de sus labios e impidiendo que siguiera—. No sigas, no lo estropees.

El forense se calló, casi agradeciendo ese gesto.

Luego la mujer quitó el dedo y mientras miraba sus labios se mordisqueó los suyos. Y le dio un beso encima de sus labios.

Rápido, veloz, como una pincelada de un pintor impresionista.

—Buenas noches —concluyó ella, acto seguido se giró, entró en su dormitorio y desapareció detrás de la puerta.

Fosco se tocó los labios. Sintió que entre sus piernas algo comenzaba a revivir. Eso le había gustado. Entró en su habitación, trastornado por el vino y por el primer beso en años.

Se metió en las sábanas. Afuera aún se oía cómo la lluvia repicaba en la persiana de la habitación.

Tardó unos minutos en dormirse. Antes, su mente divagó a la habitación del hotel, la 2213. Luego pensó en Fukuta y en Santiago, el chico muerto a tiros en su viejo Nomad.

¿Cómo los habían encontrado?

¿Estarían ellos también en peligro?

¿Sabrían dónde vivía la inspectora?

Eso era seguro, pero las consideraciones se fueron apagando y cayó dormido.

Fosco durmió profundamente hasta que una franja de luz tenue entró por la puerta. Recayó en la almohada y en la cabeza de Fosco. La franja se fue haciendo cada vez más grande.

En cuanto fue lo suficiente para tener una visión completa de la habitación, la luz despertó el sueño ligero del forense.

Estaba girado mirando la ventana, contra la pared. En esta se dibujó una silueta, alguien estaba abriendo la puerta.

Fosco no se movió. Justo antes de dormirse se había imaginado su mayor temor; que lo encontrasen.

No había sido el vino, había sido un presentimiento. Dormir en casa de la inspectora definitivamente había sido un error imperdonable.

Ahora era un blanco fácil, como supuso desde siempre.

Un animal de costumbres; podían saber en todo momento dónde estaba.

El individuo se fue acercando.

Fosco cerró los ojos, rezó para que fuera un golpe bien dado y en la cabeza, de los que no se sienten, o así creía.

Pero entonces dejaría todo al azar. Dos días faltaban para cerrar el caso y después de cinco años se dejaría matar dos días antes, ¿en serio?

Por Lèa, por Claire.

Abrió los ojos.

La sombra ya estaba encima, aún podía tener algún segundo de tiempo y se giró de golpe.

Saltó sin saber de dónde le salió tanta agilidad.

Se echó encima del individuo, tirándolo al suelo. En el movimiento, la luz del pasillo le impidió ver quién era y si le había clavado un cuchillo.

Aún no había escuchado un disparo, había sido justo a tiempo.

Sujetó las muñecas y casi como una presa sin fuerzas.

Cuando los ojos se acostumbraron a la luz, vio una melena y un flequillo rubios.

No era un asesino, era una mujer. Era Olivia.

34

—¿Qué demonios haces aquí? —gritó Fosco casi en shock.

—Lo siento Fosco, no quería asustarte —dijo ella en lencería fina.

Ella se incorporó mientras él se apartaba.

—No pensaba que ya estarías durmiendo —dijo sentada—. Lo siento, no quería asustarte.

Fosco, que aún estaba jadeando, se quedó mirando a la mujer. Llevaba un camisón de encaje color turquesa y, transparentando, un conjunto del mismo color debajo.

No hacía falta ser un gran don Juan para entender eso.

Bajó la cabeza, más perdido que una cabra en una morgue.

Los dos se quedaron en silencio por unos instantes, hasta que Fosco respiró hondo, apartó los miedos y el pasado y levantó la mirada.

Se acercó y besó a Olivia.

Después del primer beso, ella se echó encima de él. Pasó las piernas por su cintura y comenzó a besarlo tan apasionadamente que a Fosco le pareció ser el protagonista de una historia que no podía sucederle a él.

Ella no se conformó con besarle la boca y comenzó a bajar por el cuello. Luego le subió la camiseta del pijama. A pesar de tener unos años más que ella, encontró un hombre que se conservaba. Debajo de una alfombrilla de preciosos pelos grises seguía un hombre más fuerte de lo que se esperaba.

Le quitó la camiseta a él y ella se quitó el camisón.

Sus senos estaban cubiertos por un sujetador de encaje de alguna marca prestigiosa, guardado para alguna ocasión importante.

Fosco intentó desabrocharle el sujetador con una mano, pero la práctica era algo que faltaba.

Ella se lo quitó sola, quedando desnuda encima de él.

Él se puso encima y comenzó a besarle los pechos, mientras comenzaba a sentir un tercer miembro inferior hinchándose y tomando protagonismo.

Fosco seguía jadeando, pero ya no de susto, de gozo y júbilo.

Agarró a la mujer y la metió en la cama.

Comenzó a besarle el cuello justo debajo de la oreja, donde le provocaba entre placer y cosquillas.

Fue bajando, pasando por sus pezones, luego el ombligo y por último quitándole las braguitas.

Metió la cabeza entre sus piernas. Ya no se acordaba de cómo era eso, pero se dejó llevar por el recuerdo y por el instinto.

Ella estaba tan excitada, con él tocando los puntos adecuados, que acabó llegando con su cara entre las piernas.

Apretó las piernas tan fuerte que él se detuvo.

—Lo siento, hacía mucho —dijo ella pero no perdió ni un segundo y le quitó los pantalones y los calzoncillos con un solo gesto.

Fosco introdujo el enorme miembro dentro de ella, con ganas, con libido, enseñándole el camino.

Él comenzó con un movimiento suave. Luego fue subiendo y cuando más fuerte lo hacía, más gritaba Olivia de placer. Acabó dándole tan fuerte que la pintura de la pared saltó por el repicar de la cómoda.

Olivia le palpaba los glúteos y lo empujaba todo lo que podía, hasta que los dos llegaron juntos.

Ella gritó por segunda vez y él consiguió contenerse, por vergüenza, por timidez.

Olivia lo miraba allí, encima de ella, como una visión, un deseo cumplido.

Los dos rieron y se volvieron a besar.

Él se estiró a su lado.

—¿Me has cansado, sabes? —dijo ella.

—Yo también, hacía mucho que no… —dijo él con tono divertido e incrédulo cubriéndose la cara con las manos.

Luego abrió entre dos dedos y la miró de reojo.

Ella lo miraba divertida, mordiéndose un labio.

—Bueno, creo que a estas alturas ya puedes dormir conmigo, ¿no?

—¿En tu habitación?

Ella miró alrededor.

—¿Quieres que durmamos aquí? Si esta es una cama individual.

—De acuerdo —dijo Fosco y se levantó—. Primero tú —añadió mientras la ayudaba a incorporarse.

Se desplazaron a la estancia de ella y se abrazaron bajo las sábanas.

Las confesiones entre sábanas duraron poco; el cansancio pudo con él.

Fosco se durmió en sus brazos y a ella le costó un rato más. Lo miraba perpleja, con una expresión incrédula, pensando si era un sueño o bien de verdad Fosco, esa noche, estaba en sus brazos.

El desayuno fue rápido: unas tostadas con mermelada, café con leche en la barra y algún silencio incómodo.

Ella no conseguía aguantar la sonrisa pícara.

—¿Qué te pasa? —preguntó él a esa expresión.

—Nada, nunca me imaginé tenerte aquí, solo eso.

—No estaba en tus planes.

—Ni en los tuyos, que una autopsia reabriera el caso.

Él sacudió la cabeza.

—Es todo tan raro —confesó ella.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —dijo Fosco de repente.

Ella apartó la taza del café con leche y arrugó las cejas.

—Dios. Regla número dos de una mujer. Cuando un hombre te entra por la mañana con algo así, tiembla… —dijo Olivia mirando hacia otro lado—. Venga, dispara.

Él suspiró.

—El detective…

—¿Dønati Vihëls?

—Sí. En la academia, tú y él… ya sabes.

A ella le costó un momento entender, pero luego lo pilló.

—¿Con Dønati? —dijo y bajó la mirada—. Tuvimos una historia corta. ¿Por qué lo dices, Fosco?

—Cuando estuvimos con Jensen, lo conocías. En una promoción hay cientos de personas, conocer a un detective en particular es algo poco habitual.

—Es que yo no soy habitual.

—Ya… —dijo levantando las cejas.

—¡Oye! ¿Qué quieres decir? —replicó dándole en el brazo con la servilleta.

—Nada, que no eres habitual para nada.

—Eso ha sonado despectivo.

—Para nada. Para nada lo es —dijo y se miraron fijamente.

Se quedaron unos segundos en silencio.

—No podías no conocer a Dønati. ¿Sabes que hay personas que pasan desapercibidas y ciertas que destacan, son misteriosas, incluso enigmáticas? Pues él era así. Excéntrico, fanfarrón, pero luego rascabas y era un auténtico cabrón.

—¿Un cabrón?

—Es una larga historia. Venía de una familia de detectives. No tenía noticias suyas desde hacía mucho tiempo.

—¿Y el sombrero?

Ella bufó.

—Era como su marca personal. Lo llevó desde los principios; ese dichoso sombrero que lo hacía más especial. Se creía que con venir de familia y llevar el Borsalino ya era bastante para ser un buen detective.

Fosco asintió.

—Es interesante. Sería interesante hablar con él.

—Le perdí la pista hace tiempo, puedo ver si consigo un contacto y le hacemos una visita —dijo ella y acabó la tostada con mermelada de cereza, su preferida—. ¿Qué plan tienes para hoy?

—Nos queda un día antes de que prescriba todo. Anoche, antes de dormirme, estuve pensando en esto, ¿y si el que mató a Fukuta fuera el mismo que mató a Santiago, el chico que robó mi Nomad?

Ella se acomodó en el taburete hacia atrás.

—¡Podría ser!

—Podría ser, pero con las ideas no se convence a los jueces, necesitamos pruebas irrefutables y aún…

—Y si…

—¿Y si? —preguntó Olivia.

—Encontráramos esa maldita bala de Baltasar y pudiéramos demostrar que proviene de la misma arma que mató a Fukuta y a Santiago… Esa sería una prueba irrefutable para un juez y lo habríamos conseguido, por lo menos tendríamos unos años más para investigar quién demonios encargó la masacre del Stark Arena.

—Fosco, mis hombres la buscaron por casi un día entero bajo la lluvia y no la encontraron.

—Lo sé, también pensé en eso.

Ella negó.

—¿Te acuerdas de que te pusiste las botas de agua y te dije que te quedaban muy bien? Pues creo que eso precisamente es lo que ha pasado.

—¿Por culpa de mis botas?

—No, quiero decir que había maleza, hierbajos y además estaba todo mojado. Todos esos factores no ayudan a que el detector de metales sea más preciso.

—Estás llamando incompetentes a mis hombres, envié a los mejores.

—No, no estoy diciendo eso. Si yo lo hubiera hecho, lo más seguro es que tampoco lo hubiéramos encontrado, incluso los mejores expertos en esas condiciones no lo habrían conseguido. Además, hay otro factor, el calibre. Si no calibras bien el bicho ese, puede pasar de largo por las hierbas, o por mil cosas.

—No te sigo.

—Hoy tienes que volver allí.

—¿Otra vez?

—¡Otra vez! Pero primero vas con un jardinero. Tiene que pasar un cortacésped y cortar todas las hierbas. Y luego darle otra vez con el detector de metales. Es la única manera.

—¿Y si el asesino se la llevó, simplemente?

—¿Y si la ha encontrado él en otro momento? También puede ser. Pero esa bala es la clave de todo. Si no conseguimos esa maldita bala… —dijo y se calló negando.

—Cuenta con ello —dijo y apoyó su mano encima de la del hombre—. Vámonos, te dejaré en la morgue y luego iré a la central a organizar todo eso.

Fosco sonrió y recogió los platos. Comenzaba un día importante para la investigación. Las siguientes veinticuatro horas serían las más cruciales de los cinco años anteriores. Veinticuatro de las cuarenta mil trescientas veinte horas que componen cinco años.

Salieron del apartamento dejando atrás una noche de pasión. Antes de abrir la puerta de su apartamento, Olivia le dio un beso en los labios. Al cerrar la puerta, volverían a ser la inspectora Wolf y el forense Merrell.

35

Margarita siempre tenía unas palabras amables para él.

Salió de la escuela de gestión empresarial y, al sacarse las oposiciones, solo quedaba la opción de secretaria de la morgue central.

Un trabajo para erizar el vello.

Se dijo que sería un trabajo temporal, que lo cambiaría en cuanto pudiese. Pero se quedó e hizo de todo para no irse.

A pesar de que los amigos y parientes le tomaban el pelo con frases del tipo; «la secretaria de la muerte», «gestionar los muertos es más fácil que los vivos», o de las peores: «No te quieres ir porque trabajáis poco y seguro que hacéis muchas fiestas en la morgue, total, vuestros pacientes no van a decir nada».

A pesar de los pitorreos generales, ella estaba a gusto. Después de la tragedia del Stark Arena, Fosco se quería retirar; entonces fue cuando ella se planteó si seguir allí o no, sin el forense jefe.

Todo era diferente cuando estaba él.

No era amor; Margarita tenía su familia y estaba felizmente casada, pero era aprecio, cariño, y respeto.

Fosco bajó del Frontier Titan y subió las escaleras bajo su enorme paraguas. Antes de entrar se giró y vio cómo se iba el coche de la inspectora, desapareciendo de nuevo en el tráfico de la ciudad.

Entró en el vestíbulo.

En cuanto la imagen del hombre apareció a los ojos de la secretaria, ella se levantó.

—¿Fosco, qué haces aquí? ¿No te habías tomado unos días de vacaciones? —dijo sorprendida.

Él sacudió el paraguas y lo dejó en un paragüero para que se escurriese.

—Buenos días, Margarita. No he resistido… —dijo y se preguntó si decirle o no lo que tenía entre manos—. Necesito ver unos cuerpos. Un tal Fukuta, que lo tienen que haber traído ayer antes del cierre, y un tal Santiago no sé qué.

Ella se ajustó las gafas y se volvió a sentar. Comenzó a teclear a una velocidad prodigiosa y apretó el intro.

—Larry Fukuta, aquí lo tenemos. La tiene en programa uno de los nuevos.

—En absoluto, la voy a hacer yo. ¿Y Santiago?

—También, lo llevamos hace dos días a la sala 1 y creo que John está comenzando la autopsia.

—¿John? Ese chico es un inútil —dijo y se fue hacia los laboratorios.

—¡Pero Fosco!

—Luego te explico —dijo ya del otro lado de la habitación.

Ella se reclinó triste, se volvió a ajustar las gafas y a mirar la pantalla.

—¿Cómo estás, Margarita? ¿Estás bien? ¿No? ¿Qué tal tus hijos? ¿Tomamos un café? —susurró ella desconsolada por no haber tenido su dosis de atención diaria.

Fosco cruzó el pasillo prácticamente corriendo. Cuando abrió la puerta de la sala 1 que dividía el laboratorio, encontró el cadáver de Santiago encima de la camilla central.

En el ambiente sonaba una ensordecedora música de reguetón.

En su época, los coches pasaban por las calles con las ventanillas bajadas con Frank Sinatra o Julio Iglesias a todo volumen; ahora salía solo ese estropicio de acordes desacompasados.

Encima de la barriga del joven había una hoja de aluminio y un sándwich con una punta mordisqueada.

John estaba preparando el material al ritmo de la música.

La instantánea que se encontró era nefasta.

Sin decir nada se fue directo al reproductor de audio; era un chisme nuevo, con una pantalla y muchos botones. Cogió el cable y lo desenchufó, y al acto dejó de emitirse esa música infernal.

John se giró de inmediato.

—¿Fosco? —dijo y tragó saliva—. ¿Qué haces aquí? —continuó con una sonrisa nerviosa.

—¿Crees que esto es respetuoso? —espetó Fosco—. Este es un lugar donde profanamos un cuerpo para entender y saber. ¿Crees que esto le gustaría al muerto? ¿Crees que te gustaría a ti, que te abrieran con una música espantosa y con un bocadillo en la barriga? ¿Eh?

John cogió el bocadillo y se lo metió en el bolsillo.

—La verdad es que…

—John, es igual. Déjame con este chico, vete a la sala 2 a por otras autopsias.

—Pero Fosco, yo…

El veterano levantó una mano para que se ahorrara comentarios y se fuera.

John, cabizbajo, se fue de la estancia.

Fosco se quedó unos momentos en silencio, como si tuviera que devolver a su espacio de trabajo, orden, sigilo, concentración. Esperó a que desapareciera la energía de esa música del diablo.

Luego se fue a su mesa, cogió un disco de ópera y las cuatro estaciones de Vivaldi, y puso uno en su tocadiscos.

Se puso su bata y regresó hasta el cadáver del joven.

Miró a Santiago. El cuerpo ya presentaba un color grisáceo tirando a azul.

El *rigor mortis* ya estaba presente desde hacía un día, uno más del día de la defunción.

—¿Quién te ha matado, Santiago? —dijo Fosco sin esperar respuesta—. ¿Por qué robaste mi coche? —preguntó sin resentimiento.

Procedió a abrir el tórax del hombre; todos los órganos estaban bien. Solo el corazón había sido perforado por una bala y había creado una hemorragia interna.

Sacó la bala y la guardó en una pequeña bandeja de metal.

Cerró el torso y procedió a abrir el cráneo.

El ruido de la sierra eléctrica ofuscó el precioso sonido de la primavera del compositor italiano.

Quitó el cráneo e inspeccionó el cerebro hasta encontrar la bala que había entrado.

La puso en la misma bandeja que la otra.

Poco más se podía hacer por ese joven, la muerte estaba clara, solo cerrarlo y escribir un informe.

Cuando se sentó en el escritorio para redactar el informe, encontró un mensaje de Olivia.

«Voy con el jardinero hacia la escena del delito. Beso».

«Beso», pensó.

Una sonrisa furtiva se dibujó en su rostro y enseguida comenzó a escribir el informe. Tenía otra autopsia por hacer, la de Larry Fukuta.

36

A pesar de la lluvia, el jardinero comenzó a cortar la hierba.

Olivia se quedó un rato en el coche, esperando una respuesta del forense a su mensaje. Un «ok, beso» o incluso un solo «ok».

Pero no llegaba nada.

Lo había visto, pero no contestaba. La no respuesta podían ser muchas respuestas.

Mientras lo pensaba, iba levantando la cabeza para vigilar. El jardinero, a pesar de estar lloviendo, había aceptado cortar la hierba de la escena del delito. Una tarea complicada con mal tiempo. Pero alguien lo tenía que hacer.

—¿Todo bien, inspectora? —preguntó un agente de su equipo que la había acompañado.

Ella regresó al presente.

—Sí, ¿por qué?

—No sé jefa, pero lleva desde que hemos salido en silencio y mirando todo el rato el móvil.

Ella lo guardó por inercia, sin pensarlo.

—Todo bien, sí.

—A ver si acaba de llover —dijo el agente mirando por el parabrisas.

—No creo, en cuanto haya acabado el jardinero con eso, te toca a ti.

El agente asintió y se acomodó en el asiento, esperando los últimos momentos en el habitáculo, con calefacción y en seco.

El jardinero acabó de cortar las hierbas. Lo hizo en un radio de diez metros del lugar donde habían encontrado el cuerpo, alrededor del pilón de la autovía de Akeron City.

Dejó en la furgoneta el cortacésped de mano y cogió un rastrillo, con el que comenzó a hacer pequeños montones de hierba.

Los policías bajaron del coche.

El agente conectó el detector de metales y comenzó otra vez a rastrear toda la zona.

Olivia iba mirando, bajo un paraguas, a ver si ella también podía encontrarlo ahora que el lugar estaba despejado.

«La bala tímida», la bautizó Olivia: la que no quería aparecer.

El chisme que tenía que encontrar el pequeño elemento metálico no quería sonar. Incluso durante el transcurso de la búsqueda, Olivia lo detuvo y fue haciendo pruebas, para ver si el artilugio funcionaba.

Llamaron de nuevo al jardinero y fueron ampliando la zona de búsqueda en función de lo que iba aumentando la frustración de no encontrarla.

La búsqueda duró más de dos horas, hasta que, mojados como polluelos, desistieron de nuevo.

Olivia arrancó el motor del Titan y encendió la calefacción al máximo.

Dio un puñetazo encima del volante.

—¡Maldita sea! —gritó la inspectora.

—Nada, jefa, si no la hemos encontrado así, ya no sé qué decirle. Lo único que queda es el río, pero… vete a saber.

Olivia no contestó. La segunda búsqueda fue un auténtico fracaso. Pero justo cuando pensaba que esa situación no podía empeorar, empeoró de repente: en el móvil apareció una notificación de alguien del que nunca quería recibir mensajes:

«Wolf, en diez minutos en mi despacho», decía simplemente.

El número era del comisario de la central del distrito norte y cuando los mensajes eran tan cortos, algo pasaba.

37

Cuando Olivia conoció al comisario, todo era diferente.

Entrar en su despacho era como lanzar un dado: el abanico de las probabilidades de lo que te podía tocar eran muchas.

Últimamente la cosa había cambiado, y en el comisario se habían bipolarizado las situaciones: o estaba de un humor de perros o estaba normal. Nada más, sin más matices.

El problema residía en eso, que últimamente la moneda casi siempre caía sobre el lado del humor de perros. Y ese día era uno de esos.

Tocó a la puerta y al cabo de un rato Olivia tuvo el permiso de entrar.

Al comisario le gustaba ejercer su poder: hacer esperar, remarcar con rotulador fluorescente amarillo su cargo y su fuerza.

—Me ha dicho que viniera, jefe.

Él levantó la mirada.

—Siéntate, Wolf.

Ella tragó saliva y se sentó en la silla que el jefe le había indicado.

—Tengo mucho trabajo.

Él se quedó un momento perplejo, afinando los ojos. Seguramente buscando las palabras o estudiando a su subordinada.

—¿Me puede explicar por qué uno de mis mejores inspectores está malgastando su tiempo en un caso cerrado? —espetó el jefe.

Ella arrugó el ceño.

«¿Cómo se ha enterado?», pensó.

—Señor, creo que el caso no está cerrado. Verá, hemos encontrado pruebas…

—¿Hemos encontrado? —ladró el hombre—. ¿Cómo que hemos encontrado?

—Verá, con Fosco Merrell, estamos convencidos de que el caso no se cerró adecuadamente y estoy segura de que podremos aportar nuevas pruebas para…

—¿Fosco Merrell? ¿El forense? Ese hombre está acabado, Wolf, ¿quiere tener el mismo final que él?

—Pero, jefe…

—¡Pero jefe, nada! —gritó y después de respirar cambió de tono; más comprensivo, como el de un padre a una hija traviesa que hace trastadas y trata de hacerle entender que no debe desviarse del camino marcado.

El comisario casi le podía doblar la edad, él la veía como una posible hija, ella como un viejo verde baboso.

—Escúcheme, Wolf, no estropee su brillante carrera. Ya sabemos lo que le pasó a su padre y todos lo lamentamos, pero queremos ayudarle y que su carrera sea la que su padre se habría merecido. ¿Me entiende? —dijo y esas palabras le sentaron a Olivia como ácido de batería bajando por el esófago.

Ella no contestó en seguida. Consideró que no era el momento de sacar el ego y el orgullo. Esa partida era para jugar con otras cartas.

—Entiendo que usted me quiera proteger, pero… ¿de qué? Tenemos nuevos indicios, ¿entiende?

—¿Ah, sí? ¿Cuáles?

Ella se vio acorralada, la situación en la que se había metido era un callejón sin salida. Un presentimiento le recorrió todo el cuerpo, un sexto sentido.

Si mentía, la apartarían. Si le decía la verdad, podía comprometer la investigación de Fosco.

Todo estaba pasando en décimas de segundo en la densa red de neuronas del cerebro de la inspectora.

Luego se acordó de que la habitación del hotel, la 2213, fue cerrada y sellada por la misma persona que tenía delante.

Eso no era un detalle, era una alarma del tamaño del ego del hombre que estaba al otro lado de la mesa.

—Nada, jefe. Nada importante.

—Bien, así me gusta —dijo y se reclinó hacia delante—. Escúcheme, inspectora, ¿por qué no hacemos una cosa? Tómese unos días libres, de vacaciones. Mire, conozco un hotel de unos amigos que hacen unos masajes en su SPA para olvidarse de todo. Tenga —dijo y apuntó un nombre y un número de teléfono en él—, diga que va de mi parte y se queda unos días.

Ella cogió el papel.

—¿Me harán descuento? —contestó siguiéndole el rollo.

—¡No! Es mi invitada.

Ella subió las cejas.

—¿En serio?

—Se lo merece —contestó y le guiñó un ojo.

Olivia no consiguió retener una firme expresión de incredulidad.

—¿Irá?

—Eh… sí, creo que sí, no sé.

—Váyase unos días. Nos vemos la semana que viene. Venga, se puede marchar ahora, porque tengo mucho trabajo, como puede ver.

Ella se levantó y cuando estaba a medio camino entre la silla y la puerta el jefe la volvió a llamar.

—Wolf.

—¿Sí?

—Nos conocemos, déjeme la placa.

Ella se quedó sin aliento, con los ojos abiertos de par en par. Luego cerró la boca y dejó la placa en su mesa, seria, sin añadir nada más, y se fue.

Al cerrar la puerta, dio un tremendo portazo que casi hizo caer los cuadros del despacho del comisario.

Luego la abrió y asomó la cabeza.

—Disculpe jefe, hace mucho viento.

38

Fosco guardó el cuerpo de Santiago.

Sacó el de Fukuta y lo dejó en la mesa de autopsias.

Se cambió de bata y de utensilios para la autopsia. Luego, quitó el vinilo que sonaba y puso otro, lo cogió al azar, dejando la elección en manos del destino. Sacó el vinilo de la banda sonora de El último emperador, del compositor japonés Ryūichi Sakamoto.

Hizo una mueca y pensó que era apropiado para Fukuta, considerando sus orígenes.

Una vez todo organizado, procedió a realizar la misma operación. Fukuta había recibido un solo balazo, nada más. Un individuo se le tenía que haber acercado en el tren y lo dejó frito con un solo disparo.

Abrió el cráneo y sacó enseguida la bala.

El resto sobraba, pero la praxis lo requería.

Al cabo de una hora, después de haber inspeccionado el torso y los órganos, el diagnóstico era el mismo: esa bala había fulminado la vida del trabajador de SecurClavis.

Lo volvió a meter en la celda frigorífica y procedió a hacer el informe. Una vez sentado, le pudo la curiosidad. Con dos pinzas comparó los dos proyectiles de los dos cuerpos. A contraluz coincidían en tamaño y en diámetro. En la base del cartucho aparecía el mismo fabricante.

Los dejó en sus correspondientes contenedores y regresó al escritorio para realizar el informe.

En ese momento llegaba otro mensaje de Olivia.

«Nada. No hemos encontrado la bala. Te acabo de enviar las grabaciones. Entro en reunión con el comisario, deséame suerte».

Fosco contestó.

«No la necesitas. Beso». Y abrió el fichero que seguía.

Eran las grabaciones de Fukuta. La imagen era la del mismo tren, hora punta, gente sentada y de pie. Fukuta estaba leyendo en un dispositivo electrónico. Dudó si era él, porque no llevaba gorro.

El tren se detuvo en una parada y entraron unas treinta personas.

La imagen provenía del ángulo superior izquierdo. En el fondo a la derecha estaba Fukuta, sentado.

Un señor de negro, de pie, se fue acercando sin levantar sospecha. Iba mirando a un lado y al otro, en medio de la gente. Después el vagón sufrió un movimiento repentino y se desplazó hacia un lado; vino una curva y todos se movieron al lado contrario.

Fukuta se llevó la peor parte.

El hombre con el abrigo negro se le cayó encima. Cuando el hombre se separó, pareció que Larry estaba durmiendo, con un gorro puesto.

El asesino, con un movimiento repentino, lo mató y le colocó un gorro, para que no apareciera a la vista el orificio que le había acabado de causar.

La sangre bajaría, seguramente, pero a él le daría tiempo de que se perdiera su pista. Estaba claro, Fosco lo intuyó.

Efectivamente, el hombre, sin mostrar el rostro a la cámara, bajó a la siguiente parada, dejando a su objetivo sin ninguna posibilidad de que siguiera dando información confidencial a la policía.

El sueño aparente de Fukuta perduraría para siempre. Igual que su postura apoyada en la pared, en un sueño que duraría hasta que el maquinista lo encontró y entendió que no dormía.

Fosco pensó que buscar en las cámaras de seguridad de la estación donde había bajado el asesino sería perder tiempo.

Miró el reloj; la mañana se había esfumado tan solo con dos autopsias y dos noticias, una buena y una mala.

La buena era que las dos balas de Santiago y Fukuta parecían iguales, a falta de la siguiente confirmación. La mala era que no tenían la bala que mató a Baltasar.

No perdió ni un minuto más. Lavó las dos balas y se las llevó.

Cogió el ascensor y bajó a la planta tres del edificio. Siguió el pasillo hasta una puerta donde ponía: *Balística*.

Tocó la puerta.

Del otro lado nadie respondió.

Fosco empujó la puerta, estaba abierta.

—¿Qué pasa, que no sabes leer? —dijo una voz masculina desde el interior.

Fosco se detuvo.

—No me toques los cataplines, Goldon —dijo mosqueado el forense—. ¿O tengo que llamarte como te llaman los demás?

—Vaya, vaya, pero si tenemos al hombre del año de la academia Lombroso —respondió Goldon desde dentro.

—Es urgente, amigo, necesito tu ayuda —confesó Fosco.

—Desde luego, que hasta que no se pasa por tu mesa de la morgue, uno ve cosas increíbles —dijo asomando la cabeza desde atrás de un biombo.

—¿Puedes hablar? —dijo Fosco—. Necesito tu ayuda urgentemente.

El hombre de balística arrugó el ceño.

—Pues sí que es urgente, amigo, si vienes en persona —contestó y dejó lo que tenía en la mano en una mesa, provocando unos ruiditos metálicos—. ¿Qué pasa?

Fosco suspiró y esperó que se acercara.

—¿Qué se te ha perdido por aquí?

—¿Qué haces con esto? —preguntó el forense mirando el objeto que estaba encima de una mesa.

—Como podrás ver, es una ballesta.

El forense no consiguió aguantar la risa.

—Sí, tú ríete, pero una mujer ha matado a su marido con esto, presuntamente.

—Vaya, ¿y por qué presuntamente?

—Porque la mujer dice que ha sido un accidente y el juez quiere que haga una pericia de esta vieja arma.

—¿Y lo guardas cargado?

—Mañana lo tengo que probar y evaluar si dispara tan “fácilmente” como dice la mujer —respondió molesto, dando a entender que no quería perder el tiempo dando explicaciones—. Fosco, ¿qué quieres?

—Necesito que me digas si estas balas han sido disparadas por la misma pistola. No te puedo dar muchos detalles y es mejor así, te lo juro. Aunque eres muy curioso, no puedo. Pero necesito que me lo digas.

Goldon no dijo nada.

Fosco puso sobre la mesa dos bolsas, la A y la B, con dos balas diferentes.

—¿De dónde las has sacado?

—Te he dicho que no puedo decirte nada.

El de balística resopló.

—¿En serio me vas a dejar así, sin más? No es divertido sin saber.

—Esto no va de diversión, Goldon, va de un asesino y de algo más —dijo Fosco y, al decirlo, se arrepintió de haber pronunciado las últimas tres palabras.

—¿Cómo puedes decirme esto a mí? —respondió con las bolsas en la mano y con tono sarcástico.

Fosco lo miró; lo que en otra ocasión le habría parecido divertido, ese día le resultó más molesto que un sarpullido provocado por una pulga.

—Goldon, esto va de vida o de muerte. Míramelo o tendré que buscarme la vida, pero no voy a perder tiempo, porque no tengo —espetó serio.

—No te pongas así, claro que te lo miro… —dijo casi ofendido.

Cogió las bolsas y se las llevó detrás del biombo.

Fosco lo siguió: quería ver el procedimiento y cerciorarse de que no cambiaría las balas de bolsa.

Goldon cogió una, la miró por el microscopio y le hizo una foto. La reveló, la selló y la firmó.

Guardó la primera bala y cogió la siguiente. Repitió el proceso y luego, al lado de Fosco, puso las fotos en una máquina que las agrandaba.

—Te confirmo que, al noventa y cinco de probabilidad, estas dos balas han salido de la misma pistola.

—¿Estás seguro?

El de balística lo miró con mala cara.

—¿Estás cuestionando mi trabajo o mis competencias?

—No te ofendas, es solo para confirmarlo. Si enseño esto a un juez, ¿qué puede pasar?

—Que es probable que no entienda nada.

Fosco se pasó la mano por la cabeza y se metió un chicle de nicotina en la boca.

—Explícate.

—A ver, un juez no mira estas fotos. Lo que hace es leer un informe de un policía de la científica de la sección de balística que le dice lo que te he dicho antes. Que según los estudios y bla, bla, bla, las dos balas han salido de la misma pistola, etc.

—Sí, sé cómo funciona, pero la pregunta es, ¿se lo suelen creer?

—Claro. Bueno, en los juicios es lo que pasa. Igual que tú vas a testificar, yo también… tú vas y dices que según tu experiencia ha pasado esto y lo otro y crees que tal cosa. Yo voy y le ratifico con pruebas que, según lo que se sabe, las balas han sido disparadas con la misma arma.

—Con el 95% de probabilidad…

—A ver, eso es lo que marca nuestro manual, pero es como una huella, no existe una igual de dos personas diferentes. Del mismo modo, dos armas tienen dos cañones diferentes y dejan a su paso unas estrías diferentes en la bala.

Fosco se quedó en silencio, pensando en su caso.

—¿De dónde son estas balas? —preguntó el de balística.

—Ya te lo he dicho, no puedo —dijo y cogió las fotos, las pruebas y se fue hacia la puerta—. Gracias, Goldon, te debo una.

—Pensaba que me lo dirías, que éramos amigos.

Fosco se detuvo y se giró hacia él.

—Precisamente porque somos amigos no te lo voy a decir, ha muerto demasiada gente.

39

—¡Me han suspendido! —dijo Olivia dando un puñetazo en la mesa.

Todos los comensales de la cafetería se giraron.

—No te han suspendido, no seas exagerada —respondió Fosco.

—¿Y qué significa eso para ti?

—Pues… te han invitado a hacer unas vacaciones forzadas.

A Olivia eso le sentó como una patada en los ovarios.

—¿Vacaciones? Cuando tú te vas…

—Me iba.

—Bueno, te ibas de vacaciones, ¿acaso te pedían que dejaras en la morgue tu diploma de médico forense o tu placa?

—Olivia, tranquila, incluso es mejor —dijo para tranquilizarla.

—Es mejor, ¡un cuerno! Mi equipo me preguntaba si me pasaba algo, si tenía que hacerme pruebas médicas, o si estoy embarazada. Vacaciones, así, de golpe y porrazo.

Olivia hablaba tan alto que hasta el cocinero, del otro lado de la barra en la cocina, se asomó a ver quién gritaba.

—Eso está bien, Olivia, tenemos dos días para investigar sin tener que dar explicaciones.

—Eso será para ti.

—Tranquilízate, de verdad. Venga, respira conmigo.

Los dos hicieron varias inspiraciones para rebajar la tensión.

—¿Mejor?

Ella asintió.

El camarero se acercó a la mesa y dejó las comidas: unas hamburguesas, de pollo para ella y normal para él, con tantas patatas fritas que rebosaban del plato.

—Lo que te ha sucedido, aunque creas que es un problema, es perfecto, porque está corroborando que vamos por buen camino.

—¿De qué nos sirve que vayamos por buen camino, si luego no tenemos a quién nos pueda ayudar a respaldar el caso?

Fosco tenía la boca llena de patatas y no pudo contestar enseguida.

—Lo he estado pensando.

—¿Qué?

—Tenemos que hablar con el fiscal del distrito norte.

Olivia se atragantó. Mientras estaba bebiendo su agua con gas, se le fueron las burbujas por la nariz. Comenzó a toser y su rostro cambió de color, tomando una tonalidad casi violácea.

Fosco le dio un par de golpecitos en la espalda y al cabo de un par de minutos recuperó el aliento.

—Fosco, ¿estás seguro?

—Llevo desde ayer sin tocar un purito, solo chicles —dijo y sacó del bolsillo del anorak la caja que casi estaba vacía.

—¿Lo dices en serio?

—¿Prefieres hablar con el juez?

Ella asintió.

—¡Claro, llamemos al fiscal general del distrito norte! ¿Cómo no? No se me había ocurrido —dijo ella con un tono que iba entre el sarcástico y el “te estoy tomando el pelo por la idiotez que es esta idea”—. Un tío que está en la cima de la ciudad, siempre en primera página y muy accesible, claro. El caballero blanco de Akeron y la persona más inaccesible y blindada que tenemos. Claro, llamamos y pedimos cita, qué estúpida he sido. Es que a veces no sé cómo no llego a pensar en ciertas cosas —concluyó mirándole y basculando la cabeza.

—¿No tienes su número?

—Claro. O sea, tener solo el teléfono del fiscal es de pardillo. Yo tengo el número del móvil personal del alcalde, el del juez, del presidente, del comisario, ¿cómo no si me invita a ir de vacaciones? Somos todos colegas, estamos todos en un grupo de Telegram para las vacaciones de los niños que llevamos al mismo colegio, claro —dijo ella haciéndose la esnob, con una patata frita en la mano—. A ver, ¿cuál quieres?

Si no fuera porque la investigación era por su familia fallecida en la masacre, Fosco se hubiera reído de la inspectora, pero no era ni el caso ni el momento. Sin embargo, sin ni siquiera admitírselo a sí mismo, esa mujer le estaba gustando cada vez más.

El forense siguió comiendo, y hasta que no acabó su hamburguesa no volvió a entrar en el tema.

La cafetería que estaba justo entrando en el distrito norte, estaba en una carretera concurrida. Los transeúntes pasaban por delante con paraguas, iban y venían.

Antes del último bocado pasó una mujer con una niña; esta tenía un paraguas de color lila, Como el de su hija. Paró de masticar. Le pareció que eran ellas, Lèa y Claire. Las vio pasar, como fantasmas.

Si no hubiese practicado él personalmente las autopsias, habría saltado de pie y las habría perseguido.

El vivo dolor seguía en su pecho. Tenía que concluir esa etapa de su vida, dar fin a una culpabilidad que no había aún entendido ni resuelto.

Cerrar un capítulo de su vida, para después seguir con uno nuevo y, a lo mejor, con la mujer que tenía delante.

Acabaron de comer y antes de pedir la cuenta, Fosco sacó el móvil.

Buscó un contacto en internet y marcó llamar.

Le pasó el EchoPhone a Olivia.

—Toma, habla tú.

Ella no sabía de qué estaba hablando.

—¿Qué es? —dijo mirando la pantalla; en ella aparecía un teléfono fijo de Akeron.

—Dile quién eres y por qué lo llamas —dijo Fosco con un gesto de coraje.

—Despacho del fiscal Quentin Roter. Soy Giselle, ¿en qué puedo ayudarle? —Se escuchó del otro lado del teléfono.

Olivia se quedó en blanco.

—Dígame, ¿hola?

—Venga, habla —insistió Fosco.

—Esta me la pagas… —dijo Olivia con cara de pocos amigos—. Eh, sí, sí, estoy aquí.

—Despacho del fiscal Quentin Roter. ¿Me oye bien? —replicó la mujer con una voz amable.

—Hola Giselle, soy la inspectora Wolf de la comisaría del distrito norte.

—Ponlo en altavoz —dijo él.

Ella lo puso y dejó el teléfono en la mesa, a pesar del ruido del ambiente, se escuchaba bien.

—¿Me oye bien?

—Sí, dígame señora, ¿en qué puedo ayudarle?

—Verá, tengo un tema importante que explicarle al fiscal.

—Claro, el fiscal siempre tiene tiempo para la policía. Vamos a mirar cuándo tiene un momento.

Fosco aplaudió con las manos como signo de victoria. Su cara era una clara expresión de la frase conocida como: *"ves, te lo había dicho"*.

—Vamos a ver, ¿qué le parece para el seis de junio, a las 11:35h?

A la inspectora se le quedaron unos ojos como naranjas.

—¿Cómo dice?

La secretaria del fiscal se lo repitió, atribuyendo el problema a la conexión o al ruido.

—Pero es dentro de muchos meses.

—Sí, es que el fiscal tiene muchos temas abiertos y la primera hora que tiene libre es esa. ¿Se la reservo? —insistió la secretaria.

La secretaria no pudo ver las caras desencajadas de los dos policías.

—Eh. Sí, sí, la cogemos.

Fosco se pasó una mano por la cabeza sin creerlo. Necesitaba hablar con él ese mismo día, no dentro de varios meses.

—Muy bien, le mandamos un localizador con un recordatorio en formato de SMS a este teléfono. Si no tiene nada más, le deseo un feliz día. Adiós —dijo la secretaria y colgó.

Al acto le llegó un mensaje al móvil.

Olivia se acomodó en el asiento. Su rostro había cambiado de sorprendida a tomar la misma expresión de antes de Fosco: *"ves, te lo había dicho"*.

Él miraba fuera de la ventana, donde la lluvia seguía cayendo a cántaros. Luego miró en su plato y comió la última punta de patata frita que quedaba. Sus esperanzas seguían firmes: cinco años esperando ese momento y estaba a punto de tocar con las manos la justicia.

Miró el reloj; faltaban unas veinte horas para que se cumplieran los cinco años.

Levantó la mano y el camarero se acercó.

—¿Postres? —dijo mientras recogía los platos.

—La cuenta, nos tenemos que ir urgentemente.

Olivia lo miró sin entender nada.

—Creo que tenemos una carta oculta que aún no hemos usado y que nos puede abrir una puerta —dijo Fosco con una ceja subida.

40

El forense llamó a la puerta.

Del otro lado no hubo respuesta.

El despacho estaba cerrado, pero le habían indicado que seguramente estaba allí dentro la persona que buscaban.

Esperaron un poco e insistió.

Nada, sin respuesta.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Olivia.

—Pues esperar, ¿qué quieres hacer? —replicó él.

—¡Mira quién hay aquí! —dijo alguien que se estaba acercando por el pasillo—. Mis policías preferidos.

Los dos se giraron hacia el lugar de donde venía la voz.

Alfred Schwartz se acercaba con soltura. Llevaba el mismo traje del otro día, o eso parecía, aunque ese hombre seguramente no usaba el mismo más de un día. Debía de tener una colección de trajes del mismo color y tejido.

—¿En qué les puedo ayudar? —dijo parándose delante de la puerta de su despacho y cruzando los brazos.

—Necesitamos explicarle algo —dijo Fosco al mismo tiempo que hacía un gesto con la cabeza hacia el interior—. Pero necesitamos privacidad.

Él asintió, sacó su tarjeta magnética y abrió la puerta.

Entraron y les ofreció un licor. Fosco aceptó un dedo de Bourbon. El que tenía el director en su mueble bar no era uno normal: era una súper reserva de edición limitada, difícil de encontrar y más aún que alguien te lo ofreciera.

—Gracias —contestó al recibir el líquido color ámbar.

Lo olió con los ojos cerrados y luego, como si fuera oro líquido, lo sorbió. Notó vainilla, fruta y especias. Tenía matices de la mejor miel que había probado. Por último, y no menos

importante, se notaba el roble de las barricas en las cuales había reposado por vete a saber cuánto tiempo.

Fosco nunca había probado algo semejante; estuvo tentado de preguntarle si podía visitarlo más a menudo para ayudarlo a acabar esa espléndida botella.

—¿A qué debo esta visita de hoy? —preguntó Alfred.

Los dos se miraron a ver quién empezaba.

Fosco se acomodó en la silla.

—Verá, director…

—Por cierto, espere un momento, la incursión que hicieron el otro día en la habitación 2219 fue todo menos "discreta", tal y cómo les había indicado… ¿verdad?

Fosco se rascó una ceja y echó de menos sus puros.

—Era necesario… —dijo Fosco.

—Necesario… Me costó una habitación superior gratis casi una semana y una disculpa oficial a la embajada de Japón.

—Un efecto colateral —replicó Fosco—. Nada más. Necesitamos su ayuda.

—¿Otra vez?

—Sí.

Alfred estiró el cuello para escuchar la propuesta.

—Hemos descubierto que Baltasar Album salió por la puerta de la habitación 2219.

—¿La 2219?

—Sí, entró por el conducto del aire acondicionado de la 19 y salió por la reja de la 13. Tenía un cómplice, eso es indudable, alguien del hotel.

—Siga.

—Bien. Entró y salió. Si mira la rendija, verá que lleva unos tacos de autocierre. Eso quiere decir que la arrastró y la cerró a su paso, cuando ya estaba en el conducto. Por eso no se encontró nada en las cámaras, porque nadie entró y salió de la habitación 2213.

—Ya…

Fosco dio otro sorbo al oro líquido.

—Luego, esto huele a quemado, Alfred: esa habitación fue sellada por el comisario y la investigación fue acelerada o tapada también por él.

—Ya, esto se lo confirmo yo.

—Correcto. Olivia ha sido enviada de vacaciones por el comisario. Vacaciones pagadas, ¿entiende? ¿Por qué debería hacer esto en cuanto ha sabido que nos estábamos acercando? A un

día justo de que este caso pase a ser inapelable—dijo Fosco.

—Muy bien, pero me pregunto por qué me cuentan esto a mí… Les he ayudado en lo que he podido.

Fosco tragó un sorbo más. Le quedaba medio dedo de ese elixir en el vaso y lo estaba dosificando.

—Su familia es dueña de este hotel y otros más y tiene mucha influencia en esta ciudad. No todo el mundo consigue colocar un Botero en medio de una plaza pública: hablo de permisos, dinero, pero sobre todo, de contactos.

—¿A qué se refiere? —respondió a la defensiva.

—Me refiero a sus contactos: tendrá una agenda repleta, pero solo necesitamos uno…

El joven director levantó una ceja y se preparó para la solicitud del forense.

—Necesitamos el contacto del fiscal general del distrito norte.

—¿Y no han probado a llamarle? —dijo indicando a la mujer.

—Sí, pero nos ha dado una cita para dentro de meses —respondió Olivia.

Alfred se pasó la mano por el pelo y se mordió un labio.

—Es nuestra única oportunidad, si es que nos queda alguna, y tenemos que jugárnosla. Si no encontramos a alguien que presente una alegación para ampliar el caso de la masacre del Stark Arena, lo perdemos para siempre —dijo tratando de convencerle—. ¿Me entiende?

Alfred se levantó y se fue hacia la ventana que daba a la plaza, a la escultura y al polideportivo.

—Creo que todos recordamos dónde estábamos el día de la masacre. No te acuerdas lo que comiste el domingo pasado, ni dónde estabas en las vacaciones del año anterior o que hiciste el día anterior. No. Ni dentro de cinco años recordarás qué comiste ayer. Pero todos los ciudadanos de Akeron sabemos qué hacíamos en el momento en que nos enteramos de esa barbarie. Del mismo modo que cuando cayeron las torres gemelas. En ese instante en que viste las noticias, te acuerdas de lo que sucedió y dónde estabas. Más aún si tenías un familiar involucrado —dijo y se paró para dar un sorbo al bourbon—. Yo estaba de prácticas en el extranjero. En un resort de la playa. Me llamaron, no me olvidaré nunca de esa llamada. Mi prima era como una hermana para mí. Cogí el primer avión de vuelta. No viví el caos de la ciudad en ese momento, pero vi la frustración y el miedo en los ojos de la gente. En caras de desconocidos, en las conversaciones de los que conocía. Entonces me pregunté si esta ciudad tiene remedio o el Dios Dólar tiene más futuro que nosotros como ciudadanos.

Fosco se quedó perplejo escuchando el discurso del joven director. Impoluto, con las ideas alineadas y un futuro brillante, si no fuera por la ciudad que tenían.

—Luego apareció esta oportunidad y mi familia hizo el resto —finalizó y se giró.

Detrás de él la ventana daba a la estatua de la plaza, en medio del temporal.

—Vamos a probarlo, el fiscal no es cualquier persona… Si fuera el juez, ya le diría de entrada que no. Pero… el fiscal —dijo mientras hacía un gesto con la boca—. ¿Por qué no?

Entonces dio el último sorbo al vaso. Lo dejó en una bandeja vacía, bajó la mano al primer estante y cogió dos vasos limpios, cuatro cubitos de hielo, dos para cada vaso. Echó una ración más generosa de bourbon que la anterior y le pasó un vaso al forense.

Este se sorprendió y le devolvió el vaso terminado.

—¿Seguro que no quiere nada? —le preguntó a la inspectora—. Esto llevará tiempo.

Ella negó con la cabeza.

Alfred se sentó en su escritorio, dejó el bourbon en un posavasos y se crujió los dedos de las manos.

Cogió de un primer cajón una libretita de color oro y la abrió por la una página concreta. Era una de esas agendas telefónicas que ya no se usan. Páginas a rayas, los extremos de la derecha recortados con las letras y todos los contactos por orden alfabético.

Buscó un contacto y lo compuso en el teléfono fijo del escritorio.

Se echó hacia atrás en el respaldo de su sillón y esperó a que al otro lado le respondieran.

—Hombre, ¿cómo estás, John? ¿Qué tal tu familia? Hace demasiado tiempo que no hablamos —dijo y fue escuchando lo que decía el hombre al otro lado del teléfono.

Era ya la tarde avanzada y faltaban unas dieciocho horas. No tenían mucho tiempo, pero rezó para que esa bifurcación que habían tomado fuese la correcta.

Nadie aseguraba que una dirección u otra fuera la buena, pero si no hacían nada, seguro que no lo conseguirían.

—Sí, claro que sí, a ver si vamos a comer un día. Por cierto, ¿sigues yendo a jugar al golf? —dijo Alfred y esperó respuesta—. ¿Sí? tiene que ser horrible con este tiempo —preguntó y siguió escuchando la respuesta.

Fosco se levantó y miró por la ventana.

—Por cierto, quería preguntarte…

Fosco entendió que allí estaba el porqué de la llamada.

—¿Tienes el teléfono de Víctor? Hace tiempo que no le doy un toque, ¿me lo puedes pasar? —dijo y se apoyó en el escritorio para apuntarlo.

El hombre al otro lado del teléfono se lo dio y a los pocos minutos colgó.

—Bueno, esto está siendo más difícil de lo que pensaba —dijo Alfred mientras marcaba el siguiente número—. Víctor, ¿cómo estás? Soy Alfred Schwartz, nos conocimos en la comida del alcalde del año pasado y al final, entre una cosa y otra, se nos olvidó intercambiarnos el teléfono.

Los minutos pasaban y las llamadas siguieron, igual que las horas, y Fosco y Olivia comenzaron a desesperarse.

Alfred volvió a colgar la llamada y dejó en el aparato fijo el auricular.

—Lo tenemos —dijo despertando la presencia de los dos policías en su despacho—. Ocho personas diferentes, en dos estados y dos horas y veinticinco minutos, pero lo hemos conseguido.

—¿Has conseguido el teléfono del fiscal general? —preguntó sorprendida Olivia.

Él dio un sorbo a una botellita de agua y luego otro al bourbon, ya aguado.

—No, no tenemos el teléfono, se ve que este tío no da su número a nadie. ¡Nadie! He tenido que hacer volteretas mortales hacia atrás, pero al final he conseguido algo…

—¿Qué has conseguido? —preguntó Fosco con las cejas arrugadas.

—Restaurante Le Mont Michel, hoy a las 21:30.

Fosco sacudió la cabeza.

—No entiendo. ¿Qué tiene que ver el mejor restaurante de la ciudad con el fiscal general?

—Tiene una mesa reservada allí, para esa hora, para dos personas. Mi contacto cree que con su novia —aclaró el director.

—¿Y qué vamos a hacer? ¿Hay un plan?

—El dueño del restaurante es un amigo. Tendréis cinco minutos en un vestíbulo privado, él os lo llevará allí —dijo y se echó hacia adelante—. Es nuestra única y última baza, forense. Las cartas están echadas, ahora depende de usted.

41

La cola de limusinas daba la vuelta a la manzana.

Los transeúntes tenían que cruzar la calle para seguir, porque el cúmulo de paparazzi en el acceso al restaurante interrumpía la calle.

Daba igual que lloviese, nevase o hiciera un sol del quince de agosto: los periodistas acechaban la entrada a la espera de una noticia, un fotograma o una nueva relación de algún VIP de la ciudad.

Lo que se decía del mejor restaurante de Akeron era verdad, pensó Fosco.

En Le Mont Michel, el único establecimiento con tres estrellas Michelin de Akeron, era una travesía del desierto conseguir mesa e imposible pagar la cuenta. Pero claro, eso visto desde el sueldo del forense, y no por esos millonarios en limusinas o Ferrari que esperaban en la cola delante de él.

A Olivia y a Fosco les costó entrar en el restaurante. Habría sido más fácil mover a un paquidermo en un zoológico, que apartar a un paparazzi en pleno caos.

Dejaron el paraguas y se acercaron a una empleada de rostro hombruno o de rasgos masculinos. Los miró con una expresión extrañada, arrugando la nariz, como si acabase de oler un montón de excrementos.

—¿Sí? —dijo a secas.

Fosco presentó a la inspectora Wolf y luego a sí mismo.

La empleada, que vestía un traje negro con camiseta negra, delgada hasta los huesos y que seguramente seguía oliendo el mismo olor nauseabundo, dijo algo por el pinganillo que colgaba de su oreja derecha.

—Esperen un momento aquí, por favor.

Les indicó con un gesto de la mano que se apartasen y dejaran paso a los comensales.

En cuanto la chica tuvo la visión de los que venían detrás, su rostro cambió como si acabase de ver a su mejor amiga recién llegada de Australia después de un viaje de dos años.

A los pocos minutos apareció un hombre, igualmente delgado y en traje y corbata.

—¿Señora Wolf, señor Merrell? —dijo, mostrando una sonrisa Colgate de sesenta y cuatro dientes—. ¡Bienvenidos! Por aquí, por favor —dijo mientras se giraba, indicando la dirección como un bailarín.

—Gracias, ¿señor…? —preguntó Fosco.

—Jean Pierre, metre y director del restaurante, a su servicio. Los dejaré solos unos cinco minutos con el fiscal. Espero que acepte. No les aseguro nada, pero intentaré hacerles este favor.

El hombre, que hablaba con un marcadísimo acento francés, los acompañó con una delicadeza y elegancia exquisita.

Fosco pensó que no sabía, y seguramente nunca sabría, cómo se comía en ese lugar; pero solo por el servicio de ese hombre, ya valía la pena entrar.

Cruzaron el vestíbulo y entraron en lo que parecía la primera sala del restaurante.

El techo estaba cubierto de enormes rosas rojas de plástico, que colgaban hacia abajo. De ellas sobresalían lámparas de cristal de Murano hechas a mano.

Las paredes y el suelo estaban cubiertas de tapices oscuros. En el fondo había un altillo con un cuarteto de cuerda que tocaba música clásica.

Pasaron de largo y el hombre abrió la puerta.

—Por aquí —dijo indicando el espacio.

Al cerrar la puerta, la estancia quedó insonorizada. Un ambientador encima de una mesilla con palitos de madera desprendía olor a bergamota.

También había un sofá y dos butacas de terciopelo de color burdeos.

—Esperad aquí —dijo frotándose las manos y mirando a los dos—. Ya veréis, todo irá bien.

Dicho eso, desapareció corriendo.

Los dos policías suspiraron y miraron a su alrededor.

Fosco consideró que faltaba más de media hora para que se presentara el fiscal a cenar. Esos treinta minutos se harían eternos.

Se quedaron en silencio, esperando la hora precisa.

Dieron las nueve treinta y cinco y no sucedió nada; la puerta no se abría.

Nueve y cuarenta, nada.

Fosco pensó que estaba todo perdido por esa noche, y quizá tendría que ir por otro camino. Sí, ¿pero cuál?

—¿Has pensado qué hacer si no viene? —le preguntó ella.

Fosco zarandeó la cabeza.

—¿Y si no viene?

Fosco se acercó, la cogió por los brazos y mirándola fijamente se lo repitió.

—Si no viene, iremos a esperarle a su casa.

Olivia no contestó, pero en sus ojos se veía indecisión. Por un lado le habría encantado, pero por el otro, pesaba más la responsabilidad.

Se quedaron más rato de pie, esperando. Fosco iba de un lado al otro de la estancia.

Se oyó un ruido y a las nueve y cincuenta y cinco, la puerta se abrió.

Apareció Jean Pierre y detrás, la figura del fiscal.

—Aquí están, te aseguro que son cinco minutos —dijo y le indicó que pasara—. El forense Fosco Merrell y la inspectora Wolf. Os dejo solos.

El metre salió.

Los tres se miraron: fue una ojeada rápida, un análisis como el de las primeras citas o las entrevistas.

—¿Forense? —dijo primero el fiscal y le estrechó la mano. Luego se acercó a ella y también se la estrechó—. Inspectora. ¿En qué puedo ayudarles?

Fosco tragó saliva.

—Bueno, muchas gracias por su tiempo, la verdad es que…

—Fosco, ¿le puedo tutear? —preguntó el hombre y el forense asintió—. Déjate de rodeos, ¿qué necesitáis?

Escuchar esas palabras, más propias de un hombre de negocios que de un funcionario, dejó descuadrado a Fosco.

—Necesitamos su ayuda.

—Me lo imagino, si no, no estaríais aquí. No quiero pensar en la cantidad de gente a quienes habréis incomodado.

—Soy el padre de la niña del paraguas lila, de la masacre del Stark Arena.

Al escuchar esas palabras, el rostro festivo del fiscal cambió.

—Sé quién eres. Tus informes, los más competentes del estado a parecer mío, me han ayudado en muchos juicios. Pero eso no lo sabía —dijo y dio un vistazo detrás de ellos—. ¿Nos

sentamos cinco minutos?

Los dos policías lo hicieron en el sofá y él en una butaca.

—Decidme.

—Mañana por la mañana se cumplirán cinco años desde que el juez abrió el caso…

—Y prescribirá. Lo sé. ¿Y?

—Tenemos pruebas para que el juez no lo cierre, pero necesitamos su ayuda.

—No soy el fiscal de ese juicio.

Fosco se giró hacia la inspectora.

—Necesitamos presentar un escrito alegando pruebas nuevas y evitar que se cierre el caso.

—Eso es muy complicado, y no creo que yo sea vuestro hombre.

—Espere. Déjeme explicar.

El fiscal torció la boca y suspiró.

—Dime, ¿qué has descubierto?

El fiscal del distrito era un hombre alto, más alto que Fosco. Traje azul, camisa blanca y corbata azul con puntitos blancos. Tenía el pelo rubio con un tupé natural y unas facciones angulosas que le daban aspecto de tener una personalidad dura y fuerte.

Fosco le explicó toda la historia intentando resumir. Explicó lo de la autopsia, cuando encontró el dedal. También lo de la caja de lata y la nota. Luego se la dio para que la leyera. También le habló de las muertes de Fukuta y Santiago, y la coincidencia de balística. Explicó el problema con el comisario, que apartó a la inspectora y cerró la habitación número 2213. Todo eso, condensado en pocos minutos.

—¿Usted ha llamado esta tarde al despacho, no? —preguntó el fiscal a la inspectora.

—Sí, fui yo —dijo a ese hombre que la intimidaba y al que no le habría gustado tener en su contra en un juicio.

—Bueno, desde luego habéis movido más agua para estos cinco minutos que la que corre por el río Caronte en una semana —dijo levantando las manos.

—Fiscal Quentin Roter…

—Llámame Quentin.

Fosco tragó saliva.

—Quentin, ¿nos puedes ayudar?

La cara del fiscal dejó claro que no iba a poder hacerlo.

42

-No creo que pueda ayudaros -dijo el fiscal.

Esa respuesta le sentó como una ducha helada a Fosco.

—¿Cómo dices? —preguntó, incrédulo.

—Creo que no podemos hacer nada, no hay tiempo, no soy el fiscal de ese caso y no hay margen de maniobra —dijo y se pasó la mano por el tupé rubio—. Pero lo más importante es que no tienes pruebas, solo conjeturas. No sé, no se puede coger por ningún lado —dijo mientras los rostros de los dos policías se iban apagando por segundos—. Esto está bien —dijo mirando la carta que tenía en la mano—. Pero necesitaríamos la otra parte y una firma, un análisis grafológico y determinar que es de verdad de Baltasar. Luego, seguramente, la bala que dices que no se encuentra y que ha matado al asesino, será de la misma arma que las otras dos. La verdad es que, si me pongo en la piel del juez y me presentan esto, no sabría qué decir; sería más un acto de fe que de base judicial. No creo que con esto podamos hacer nada.

Fosco lo sabía, pero lo que lo había llevado allí eran las ganas de resolver el caso, no el hecho de tener pistas inamovibles.

Tragó saliva.

—¿Entonces estamos perdidos?

—Necesitarías un milagro. Si por lo menos tuvieras la bala del asesinato de Baltasar, pero ni eso… señores, lo siento —confirmó negando con la cabeza y luego miró el reloj—. Lo siento, os he dedicado más de diez minutos, me están esperando —concluyó mientras se levantaba.

Los dos policías también se levantaron.

El fiscal les estrechó la mano y abrió la puerta para invitarlos a salir y entró la música de cámara que sonaba en el comedor.

—Gracias por su tiempo —concluyó el forense.

—Fosco —dijo el fiscal—. Llámame si tienes novedades —dijo y le alargó una tarjeta de visita.

El forense la cogió y le dio las gracias. En ella estaba el número de su oficina, y el móvil de su secretaria.

Las puertas se cerraron y el fiscal se quedó unos segundos en silencio. Se miró sus zapatos de confección italiana. Levantó las puntas y se basculó en los talones.

El fiscal se acercó a un espejo de la pared, se arregló el nudo de la corbata y el tupé. Luego cogió el móvil y marcó un número.

—Giselle, lo siento por la hora, pero necesito hablar con Él. Llámalo y pásamelo, por favor.

43

A pesar de ser uno de los paraguas más grandes que Olivia había visto, se estaba mojando. La lluvia bajaba en oblicuo por culpa del viento que se había levantado.

Salir del restaurante pasadas las diez de la noche fue más difícil que entrar. A los paparazzi se habían añadido curiosos y adolescentes que buscaban un selfie, un autógrafo o simplemente una sonrisa de alguna celebridad.

Olivia y Fosco recorrieron un par de calles en silencio, caminando hacia el coche de ella.

—No me acordaba de haberlo aparcado tan lejos —dijo ella.

Él no contestó, simplemente le siguió sujetando el paraguas.

—¿A dónde vamos?

Él sacó un puro y se lo encendió.

—¿Vuelves a fumar?

—Psss —dijo mientras encogía los hombros—. Total, está todo perdido.

Ella se detuvo.

Fosco miró a su alrededor pensando que habían llegado al coche.

—¿Pero qué te pasa? —espetó ella.

Fosco se giró. La inspectora se estaba empapando un metro detrás de él. El forense dio una zancada para volver a meterla debajo del paraguas de golf.

—¿Qué haces? —preguntó él—. ¿Quieres pillar un catarro o qué?

—No has dicho nada desde que hemos salido del restaurante. ¿Y ahora piensas tirar la toalla?

Él miró al suelo.

—Una toalla es lo que necesitas tú para secarte el pelo —dijo y sacó un pañuelo para secarle por lo menos el rostro.

Ella le apartó la mano.

—¿Qué quieres decir con que ya está todo perdido? ¿Se puede saber?

—Pues que faltan pocas horas y en realidad, ¿has oído?, No tenemos nada serio. Un puñado de moscas que no cuentan nada.

—No te reconozco, Fosco. ¿Has esperado cinco años para encontrar una pista válida, un hilo por el que tirar y lo vas a desaprovechar? ¿En serio?

—¿Es que no lo has oído? El fiscal dice que ni siquiera puede presentar una alegación. No tenemos la maldita bala de Baltasar, ¿es que no estabas con el fiscal o qué?

Olivia no contestó enseguida; necesitaba unos segundos. Lo estuvo observando con el ceño arrugado y una expresión de incredulidad, parpadeando.

—Tenemos una posibilidad. Por Lèa, por Claire. Es la oportunidad que has esperado y la vas a tirar. ¿En serio? ¿Por pocas horas más? Deberías agarrarte a lo que nos ha dicho ese tío como un clavo ardiendo, y no desperdiciar estos minutos en una inútil discusión.

—Es que no sé por dónde empezar de nuevo. La bala no la encontraste esta mañana, has ido con un maldito jardinero y no hay bala. Para un juez, hasta se puede haber suicidado. ¡Maldita sea! —gritó jadeando.

Fosco apartó la vista de la inspectora, dio una calada al puro, lo miró y lo tiró en una papelera.

—No, no me lo puedo creer. No quiero creerlo —dijo ella.

—Pues sí, créetelo, Olivia, esta es nuestra maldita ciudad, ¿es que no lo has entendido? Somos los peones de un sistema contra el que no podemos luchar. Estamos esclavizados, oprimidos por barreras que se han inventado los de arriba. ¡Nada de esto tiene futuro! Bienvenida a la realidad y si no lo habías entendido, yo estoy para decírtelo.

—¡Argh! —gritó ella, desahogando toda esa energía negativa que estaba acumulando y que no podía sacar de la cabeza del forense—. ¿Pero qué tengo que hacer para que reacciones? ¿Es lo que Claire querría que hicieras? ¿Crees que si te está mirando en este momento, allá donde esté, estará orgullosa? ¿Eh?

Aquella bella y elegante policía cuando sacaba las garras se convertía en una temible felina, como una pantera urbana.

Del otro lado de la calle céntrica, los transeúntes alzaban el paraguas para ver la calurosa discusión de los dos policías.

Se quedaron quietos, mirándose sin saber ni el uno ni el otro qué decir, mientras el tiempo pasaba y las gotas bajaban de la tela en forma de cúpula.

—¿Qué se supone que debería hacer? —dijo él en un tono que ella no supo interpretar y que aún no había escuchado, pero al ver sus ojos entendió en seguida.

—No lo sé, Fosco.

Olivia lo abrazó y le cogió la nuca con la mano, para que le llegara toda su energía.

—No sé qué hacer, estoy desubicado. Lo siento. Perdona, Lèa. Perdona, Claire.

Olivia, al escuchar esas palabras, consideró que podía hacerle reaccionar de dos maneras: darle cobijo y lamerle las heridas o intentar sacudir la situación.

—¿Y si nos vamos a tomar un café caliente y repasamos todo? Seguro que se nos ocurre algo.

Él negó con la cabeza.

—Vámonos a casa. Llévame a casa.

Olivia se apartó un par de palmos.

—Fosco, hay cosas que te deberían rebotar —dijo.

—¿Qué quieres decir con rebotar?

—Pues que deberían darte igual, maldita sea. Parece mentira que aún te afecten después de tanto tiempo. Estas cosas deberían rebotar contra la armadura que has creado durante todos estos años. No porque el fiscal te haya dicho eso tenemos que tirar la toalla. Deberías ser impermeable. Por favor, eres un maldito forense que escudriñas en las entrañas de las personas y dentro de los cerebros, joder. Deberías ser más frío, ¡reacciona!

Fosco arrugó el ceño al instante.

—Espera un momento.

Ella se sorprendió.

—¿Y ahora qué?

—Has dicho algo de rebotar —dijo y se quedó pensando.

—Sí, maldita sea, eso —repitió remarcándolo con un gesto con las manos.

Fosco se dio la vuelta y dio unos pasos, estiró los brazos hacia afuera mientras rotaba el paraguas, quedándose descubierto a la intemperie.

—Eres un genio Olivia, un genio. ¿Cómo no lo pensé? —dijo mientras se estaba mojando y la mujer también.

Cuando el cerebro se le conectó de nuevo y la vio que se estaba mojando, regresó hacia ella para cobijarla con el paraguas.

Las caras se acercaron tanto que él pudo sentir su aliento.

—Eres un genio.

—¿Pero qué he dicho?

Él le dio un ligero beso de felicidad en los labios.

Ella no se apartó; al contrario, le devolvió otro.

Cuando sus labios se separaron, él se acercó a su oreja derecha.

—¿Dónde tienes el coche?

44

El Frontier Titan gris corría entre el tráfico nocturno.

Olivia conocía muy bien ese viejo y voluminoso trasto sobre ruedas. Era un coche pensado para viajar y llevar muchas maletas, no para sortear furgonetas, camiones y coches en una autovía mojada y llena de charcos.

A pesar de eso, Olivia era una buena conductora, incluso sin haber hecho muchas prácticas de conducción de emergencia, y sabía pisar el acelerador con mucha cabeza.

Los faros del Titan iluminaban la cortina de agua que tenía delante y se mezclaba con una niebla que a esa hora ya pronosticaba una noche de poca visibilidad.

—Me gustaría llegar a la morgue vivo, Olivia, no muerto —espetó Fosco enganchado a la maneta del techo.

—Tranquilo, Fosco, llegaremos en tiempo récord.

—¿Cómo era, norte, sur, oeste y este? ¿La señal de la cruz? —dijo mientras lo estaba haciendo.

—No, norte, sur, este y oeste —dijo y Fosco lo hizo—. ¿Qué se te ha ocurrido?

—Cuando has dicho eso de rebotar, ¿cómo era exactamente?

—Que todo esto debería darte igual, rebotarte…

—Eso.

—Sigo sin entender.

—No encontramos la bala en la escena del delito, así que solo hay dos opciones.

—¿Cuáles?

—Que salió, rebotó contra el pilar de hormigón y la cogió el asesino. ¿Pero entonces, por qué nos siguió y mató a Santiago y Fukuta?

—¿Y la otra?

Fosco dejó de mirar hacia delante el rally suicida de la inspectora para contestar.

—La otra es que quedó dentro del cuerpo.

—Pero eso es imposible, Fosco. Ya lo examinaste dos veces.

—Es verdad, pero es la última posibilidad, y sin esa bala no podemos conseguir nada —dijo y sacó el móvil del anorak—. Debería hacer una llamada, ¿te importa no hacerme vomitar en los próximos dos minutos?

Ella respondió con un saludo militar, sin mover la vista de la carretera, y luego dio un volantazo suave para esquivar un coche que se incorporaba a la autovía.

—Exacto, veo que has entendido a la perfección.

—Perdón…

Fosco desbloqueó el EchoPhone y se quedó unos segundos mirando la foto de su hija.

Sonrió.

«A lo mejor lo conseguimos, cariño», pensó mientras miraba la foto.

Entró en contactos y buscó el número que necesitaba.

—Margarita, perdona la hora.

—Nada, Fosco, estaba viendo un poco la tele. ¿Estás bien?

—Sí. Necesito un favor.

Desde el otro lado del aparato se oyó la piel del sofá que crujía al incorporarse.

—¿Qué necesitas?

—A tu amiga, la del hospital.

—¿Sí? ¿Para qué?

—Pues le tenemos que pedir un favor.

Hubo silencio del otro lado.

—Margarita, ¿estás ahí?

—¡Sí, Fosco, estoy aquí! No me puedo creer que me pidas lo que me imagino que me vas a pedir que haga.

—Lo sé, es una locura. Pero ya sabes; para temas extremos, soluciones extremas.

—Si nos pillan, nos crujen, y yo tengo una hipoteca y dos hijos que comen como caimanes. Si me quedo en la calle, ¿qué voy a hacer?

—Nada, quien se la juega soy yo —dijo Fosco, y mientras se giró y observó cómo Olivia se giraba también.

«Bueno, yo y la inspectora», pensó.

—Por favor, Margarita, nunca te he pedido nada. Necesito esto, esta noche, ahora… o nunca.

La conversación siguió unos minutos, el tiempo justo para llegar a la morgue central del distrito norte de Akeron.

Aparcaron delante de la puerta principal, según las indicaciones de Fosco.

—No he entendido nada de tu conversación —dijo Olivia.

—De hecho, no tienes que entender nada, solo ayudarme y confiar en mí.

—Es lo que más me inquieta en este momento, que confíe en ti, precisamente porque es tan arriesgado lo que tienes en mente que ni siquiera me lo dices.

—Vamos. El tiempo pasa —dijo y bajó del coche.

Entraron en la morgue y fueron hasta el depósito de cadáveres.

—¿No hay nadie de tu equipo a esta hora?

—Si no hay emergencias, no hay nadie. Y creo que hoy estamos solos aquí.

Llegaron delante de la cámara frigorífica donde estaba el cuerpo de Baltasar.

Fosco abrió la compuerta de la nevera de la morgue.

El cuerpo salió, gélido, y una bruma que se fue deslizando por el suelo en dirección a la puerta, como si supiera el camino para escaparse.

Luego sacó la mesa en la que estaba apoyado el cadáver. Abrió la cremallera y apareció el cadáver de Baltasar, el asesino de la masacre del Stark Arena.

—¿Y ahora? —preguntó ella.

—Ahora vengo —dijo Fosco y fue a buscar algo.

Regresó por la puerta con una silla de ruedas.

—¿Estás de broma?

Él se pasó la mano por la calva y la miró de soslayo.

—Solo confía en mí.

45

—¿Qué pretendes hacer con esa silla, Fosco?

—Nos lo llevamos al hospital.

—¿Qué? —gritó Olivia.

—Sí, has entendido bien. Tenemos que llevarnos a Baltasar al hospital.

Olivia se apartó, riendo, porque creía que Fosco bromeaba. Luego se rascó la nariz y apuntándole con un dedo, le preguntó:

—¿Qué quieres hacer?

Fosco dejó la silla de ruedas y se acercó.

—La idea fue tuya, Olivia. Rebotar fue la palabra clave que despertó en mí la respuesta. Nunca he visto algo así, pero… ¿y si…?

—¿Y si qué?

—¿Y si estuviera aún en su cuerpo?

—¿Y tenemos que llevarnos el cuerpo al hospital? Se te ha ido la olla, Fosco. ¿Cómo?

Fosco se rascó la nuca.

—Necesito un poco de tu colorete.

—¿Colorete?

—Sí, y tus gafas.

—¿Gafas?

—De sol.

—Estás completamente loco, yo no pienso hacer lo que me imagino que quieres hacer. Ahora entiendo lo que decía Margarita.

Fosco se la quedó mirando. Mientras tanto, él calculaba en su mente una infinidad de posibilidades, y valoraba la más adecuada. Al final optó por la más directa.

—Tu neceser.

—No lo llevo encima.

—Eres una mujer que se cuida y siempre vas aseada, seguro que tienes uno, no me lo creo.

—En el coche —susurró.

—¿Puedes ir a buscarlo?

Ella desapareció por la puerta.

Fosco se giró y se acercó al cadáver.

—¿Qué, Baltasar? ¿Nos vamos de excursión? —preguntó sabiendo que no le respondería.

Se acercó al muerto para coger el mando a distancia de la polea, ató al cadáver y con un motor lo subió y lo dejó en la silla de ruedas.

Los brazos y las piernas ya se movían con soltura, al cabo de cuatro días de la muerte el *rigor mortis* había pasado y el efecto de la rigidez de las extremidades había desaparecido. Mientras lo sujetaba con la polea le puso unos tejanos y lo bajó con cuidado.

Cuando lo dejó sentado, apareció la mujer.

—Ten. Mi neceser.

—Bien. Perfecto. ¿Y las gafas? —preguntó y ella se las dio.

Fosco abrió el pequeño tapón y fue aplicando colorete, tapando la piel grisácea del cadáver con un color que parecía salido de una película de terror. Era una mezcla entre beige y terracota. Pasó el algodón por la nariz, por la frente y por el cuello.

Luego le puso una camisa.

—Es horrible. Nos pillarán seguro.

—Espera, no he acabado.

Sacó carmín y le colocó las gafas.

—Ahora sí.

—Te estás dejando algo, Fosco —dijo ella y él se giró con el ceño fruncido.

—Has tapado el gris cadavérico con el colorete, con el carmín el lila de los labios y con las gafas los ojos de bacalao y uno que está reventado. Pero te dejas algo.

—¿El qué?

Ella le indicó el balazo en la sien.

—Cierto —respondió poco sorprendido.

Se fue al primer cajón de su escritorio y sacó una bolsa transparente. Cogió el sombrero de pescador y se lo puso de tal manera que ya no se le veía. Fosco dio la vuelta y se puso delante del cuerpo.

—Perfecto.

—Perfecto sí, ¿y ahora? —dijo ella con un tono cínico.

—¿Ahora? Ahora comienza la función.

46

Fosco empujó la silla de ruedas hasta la entrada de la morgue. Bajaron por la rampa y se colocaron al lado del coche de la inspectora.

Olivia abrió la puerta del pasajero detrás del copiloto y dio la vuelta al coche.

Fosco lo levantó por un lado y ella lo tiró dentro del habitáculo.

Y luego Fosco le puso el cinturón de seguridad.

—¿En serio? ¿También el cinturón?

—Nunca se sabe —dijo Fosco encogiendo los hombros.

—Que sepas que es la peor idea que he escuchado en mi vida —dijo ella indicando con la llave del coche al pasajero sentado detrás—. Y seguro que nos pillarán.

—Arranca, vamos —espetó él—. Y no, no nos pillarán. Mi plan es perfecto.

Ella bufó mientras arrancaba el Titan.

—¿Perfecto? Eso parece una tomadura de pelo.

—Confía en…

—Sí, confía en mí…

Después de media hora, llegaron al hospital central de Akeron City. El Titan entró por el acceso principal.

—Ve allí —dijo el forense indicando la entrada a urgencias.

El coche se detuvo debajo del techo de emergencias, después de las ambulancias, pasando casi desapercibido, si no fuese porque era un modelo que delataba ser un coche de policía camuflado. Eliminando ese pequeño detalle de la ecuación, podían pasar perfectamente inadvertidos.

—¿Ahora?

—Espérame aquí.

Fosco bajó del coche y, después de unos minutos en las instalaciones del hospital, regresó con una silla de ruedas para hacer la misma operación, pero a la inversa. Con gran esfuerzo, volvieron a sentar el cuerpo sin vida, con gafas de sol y sombrero, en la silla.

Fosco se dio cuenta de que no era vistoso, solo hortera y algo extraño en una noche de lluvia.

—Mira, Olivia, hasta parece que sonría.

Ella le respondió con una ojeada perpleja.

—Estás fatal, Fosco —dijo e indicó el parquin—. ¿Qué hacemos con mi coche?

—Déjalo allí, si revisan la matrícula o el modelo nadie llamará una grúa para quitar un coche de un inspector de policía.

Entonces cogieron la silla y entraron por la puerta de urgencias.

Los enfermeros no hicieron caso de la pareja que empujaba al hombre, absorbidos por las urgencias y por sus labores frenéticas.

—Disimula, no pasa nada —dijo Fosco con la boca torcida, sonriendo—. ¿Baltasar, qué te dije? No podías beber toda esa cerveza, luego mira lo que pasa…

Llegaron al ascensor y apretaron el botón del segundo piso. Las puertas se abrieron y entraron. Se colocaron en un lado. En el otro, una enfermera llevaba material del almacén y estaba consultando el móvil; ni se dio cuenta de su presencia.

El tiempo que tardaron en volverse a abrir las puertas fue eterno.

Cuando estaban por llegar a la planta dos, la enfermera olisqueó el ambiente: un olor extraño le había despertado el olfato, quitando su atención de la red social.

Olió el aire y recayó su mirada sobre Baltasar.

—Mi cuñado. Viene de una fiesta y no se ha lavado en un par de días —dijo Fosco y le hizo el gesto de haberse pasado con la bebida.

La mujer asintió y regresó a consultar su móvil.

Bajaron en la segunda planta. Enfrente estaban las grandiosas escaleras de mármol que nadie ya usaba. Justo al lado, una pared con unas láminas de metal color azul claro describía todas las especialidades.

Fosco buscó la que necesitaba y reanudó la misión yendo hacia la derecha.

—Casi nos pilla —dijo Olivia.

—Cállate, es culpa de ese perfume barato que guardas en el coche.

Ella le dio un manotazo en el brazo.

—Sigo sin entender nada.

—Ya casi, Olivia, falta poco.

Llegaron hasta el final de ese mismo pasillo, oscuro y sin gente. Una tenue luz brillaba al otro lado de la puerta acristalada. En ella se veía un adhesivo de peligro de radiación, en modo preventivo, casi disuasorio.

—Zona de radiografías… —dijo ella.

—¿Puedes abrirme la puerta?

Ella obedeció y le dejó pasar.

El departamento estaba vacío, aunque Fosco sabía por qué. Los dos policías siguieron la luz, hasta que una mujer asomó la cabeza por detrás de un mostrador.

—¿Fosco? —dijo una mujer.

Los dos policías se detuvieron.

—¿Nancy? —preguntó el forense.

La mujer apareció con un gorro blanco en la cabeza; tenía unos cincuenta años y ojos alegres.

—Por fin te conozco en persona —dijo la mujer alargándole la mano—. Es un honor conocer al forense más famoso de la ciudad.

—No es para tanto.

—No, no, Margarita siempre me habla maravillas de ti, y cómo se trabaja allí, y cómo eres de atento y generoso, y lo que tienes que haber pasado —dijo la mujer poniéndose una mano en el pecho y con el mismo tono que emplearía una tía anciana que hace años que no ves—. Sí, porque lo tuyo no se supera así como así, lo siento muchísimo.

El forense, con una sonrisa cínica, lanzó una ojeada de auxilio a Olivia.

—Inspectora Wolf —dijo Olivia alargándole la mano.

La enfermera se la estrechó, sin mirarle la cara, sin darle importancia.

—Madre mía Fosco, por fin te conozco, para mí es un honor poderte ayudar. Verás —continuó hablándole a Fosco como si estuvieran los dos solos—, he desalojado a todos los del departamento precisamente porque venías con una emergencia —dijo y acabó susurrando—. No se lo diré a nadie.

Luego la enfermera se rio sola.

—Bien, Nancy, gracias, pero tenemos un poco de prisa, podríamos…

—Ah, sí, claro, por favor. Seguidme.

La enfermera dio la vuelta al mostrador indicando la dirección.

—¿Dónde está todo el mundo?

—Les he dicho que se fueran. En este hospital las enfermeras mandamos más que el director, aunque no lo parezca.

Entró en la primera puerta, donde ponía “peligro, rayos X”.

Acercaron la silla de ruedas a la camilla y, después de mucho esfuerzo, consiguieron poner el cuerpo de Baltasar en posición decúbito supino.

—Bien, ¿qué necesitas, Fosco? —dijo la enfermera.

El forense le quitó las gafas de sol y el sombrero.

—Necesito que me hagas una radiografía de la cabeza, quiero saber si hay una bala y no la he sabido ver.

—De acuerdo, por cierto, ¿cuánto lleva así?

—¿Así?

—Muerto.

—Más de cuatro días, casi cinco. ¿Por?

—No sé, parece como si se estuviera riendo, ¿no te parece?

Fosco se giró hacia Olivia.

—La verdad es que sí. ¿Procedemos?

Los dos policías salieron de la estancia y dejaron que la enfermera se encargara de todo.

Se sentaron en el pasillo.

La luz roja de los rayos X se encendió por pocos segundos.

—¿Y si está ahí? —preguntó Olivia.

—Bueno, será el primer paso —respondió Fosco y se sacó de su anorak una caja de chicles de nicotina. Se puso dos en la boca y se los ofreció a la inspectora—. ¿Quieres?

—¿Te parece que los necesito?

—Solo preguntaba. ¿Tienes hambre?

—No, aún tengo las patatas fritas de ese garito que rondan en mi estómago en busca de redención.

—Será un problema de digestión…

—Eso es imposible de digerir, seguro que hace años que no cambian el aceite.

—Eres muy fina de estómago.

—Sí, desde luego no podría hacer lo que haces tú.

—Qué va, todos lo podrían hacer. Es mucho más fácil trabajar con muertos que con vivos…

—A veces pienso que tienes razón, sobre todo si tienes un jefe como el comisario.

La puerta se abrió y la enfermera los llamó.

Los dos pasaron al fondo de la habitación, donde estaba el cuarto de mandos.

—Perdonad la espera, pero estaba revelando la radiografía.

—Está bien, Nancy —dijo y se acercó al negatoscopio retroiluminado—. ¿Qué tenemos aquí…?

—Nada, no hay ningún cuerpo extraño —respondió ella.

—Bueno, me lo temía —contestó él y salió de la estancia—. A ver, os explico.

Las dos mujeres lo siguieron.

El forense se puso a un lado del cadáver, que estaba estirado en la camilla, justo debajo del brazo que sujetaba el tubo de rayos X.

Se sacó un bolígrafo del pantalón y señaló la sien, donde aparecía el orificio.

—La bala entró por aquí —indicó con el bolígrafo—. Debería haber hecho esta trayectoria —dijo señalando por la cara y llegando a la otra parte del cráneo—. Luego rebotó y yo creía que había salido por el ojo, ¿veis que está como explotado y los párpados están lacerados hacia afuera? Pero quizá estas heridas han sido producidas solo por el cambio de presión intracraneal. No porque saliera por ahí la bala. ¿Me explico? Yo pensé que, a lo mejor, contra todo pronóstico, seguía dentro… O bien ha salido y la han recogido, o sigue dentro. No se puede haber esfumado.

—Pero dentro del cráneo no está —confirmó la enfermera.

—Cierto, lo revisé centímetro a centímetro, pero pude equivocarme. Por eso necesitaba esta radiografía, para confirmar que ahí no estaba.

—¿Y ahora? —preguntó la enfermera.

—Se me ocurre algo, ¿y si el cráneo hubiera hecho rebotar la bala en otra dirección? Baltasar estaba de rodillas, en posición de ser ejecutado. El asesino desde arriba —dijo Fosco orientando la mano desde arriba, simulando la escena—. Disparó y rebotó. Nancy, ¿podemos hacer una radio del cuerpo?

Ella lo miró perpleja y asintió.

Repitieron la escena, salieron de la estancia y esperaron a que volviese a llamarlos.

Fosco caminaba de una punta a la otra del pasillo. Masticaba el chicle con fuerza. Tenía las manos detrás de la espalda, unidas.

Pasó más de media hora caminando, hasta que se abrió la puerta.

La expresión de la enfermera era diferente.

Sonrió.

—La tenemos. La hemos encontrado.

47

Fosco Merrell había comenzado estudiando pediatría, pero acabó con medicina legal.

Siempre fue firme defensor de que los extremos se acercan y acaban siendo similares.

Bajo cierto punto de vista, Fosco consideraba que la vida y la muerte tenían ciertos paralelismos.

El forense entró en la estancia y se lanzó a ver la radiografía.

—Aquí, Fosco, aquí la tienes —dijo Nancy indicando que la bala se había clavado en el hueso de la clavícula.

Él se echó hacia atrás y se pasó la mano por la cabeza.

—Maldita bala de las narices, ¡te encontré! —espetó el hombre—. Nancy, necesito una radiografía más y nos vamos.

Ella asintió.

—Necesito una de costado. El torso tendrá unos treinta centímetros. Si no tenemos la radiografía lateral, se convertirá en la búsqueda del tesoro. Con una que nos enfoque de lado, sabremos en qué punto exacto está. Ya sabes, es como buscar un objeto en un mapa, necesitas las coordenadas de los dos ejes. ¿Me explico?

La enfermera asintió y media hora más tarde se presentó con la segunda radiografía.

—Aquí la tienes, ahora puedes saber exactamente dónde está —dijo la enfermera.

—Gracias, Nancy, de veras.

—Un placer —respondió ella.

—¿Y ahora? —preguntó Olivia.

—Ahora hay que sacarla.

—¿Aquí? —preguntó Nancy.

—No, en la morgue —dijo y apoyó una mano en su hombro—. Gracias, nos has ayudado muchísimo. Sin ti… en fin, un día te explicaré por qué encontrar esa bala era tan importante…

La enfermera lo abrazó, halagada.

—Tenemos que irnos —dijo Olivia.

Cargaron de nuevo el cuerpo con su disfraz en el asiento trasero del Titan y regresaron a la morgue.

Lo habían conseguido, tenían la posición de la bala en el cuerpo del asesino y solo faltaba un paso: rezar que hubiese sido disparada por la misma arma que los otros dos cadáveres, Fukuta y Santiago.

Mientras Fosco enviaba un mensaje de agradecimiento a Margarita, el Frontier Titan redujo la velocidad inesperadamente.

—No me lo puedo creer —masculló la inspectora.

—¿Qué pasa? —dijo Fosco.

Delante había una cola de coches que les impedía avanzar.

—Olivia, ¿qué es?

La inspectora dio un manotazo en el volante.

—¡No me lo puedo creer!

—¿Qué pasa, Olivia?

—No lo sé, pero allí delante hay policía, joder.

Fosco se incorporó en el asiento. Se giró hacia atrás; el cadáver llevaba el cinturón y tenía la cabeza apoyada en el cristal.

—Tranquila, no pasará nada.

Ella suspiró y en menos de un minuto ya tenía la linterna del agente en la cara.

—Buenas noches, control rutinario de alcoholemia. ¿De dónde vienen?

Ella tragó saliva.

—Soy compañera, agente, quíteme esa luz de encima.

El agente la pasó a la cara del acompañante.

—¿Puede enseñarme su documentación? —dijo el agente mientras apoyaba su mano derecha encima de la funda de la pistola y, con un movimiento muy entrenado, quitaba el seguro del arma.

Olivia conocía esa postura: la había estudiado en la academia Lombroso. Al agente algo no le encajaba, o algo lo había alarmado.

Seguramente hizo una suma que no daba el resultado que él esperaba. Un coche de la policía camuflado, un hombre vestido de paisano en el asiento del copiloto y otro en el asiento de atrás

con gafas y un ridículo sombrero de pescador. Para esa ecuación, no se necesitaba una calculadora.

—¿La documentación del coche?

—La suya, por favor.

Fosco pensó que solo faltaba eso. Estaba acariciando la victoria, la resolución del caso y evitar la prescripción de la masacre. En todo eso había dos obstáculos que en ese momento parecieron aún mayores; ese joven agente y, sobre todo, que el comisario le había requisado la placa de policía a Olivia.

—Agente, por favor, soy la inspectora Wolf, ¿nos puedes dejar pasar?

—Señora, si lo es, necesito ver su documentación, ¿la tiene? Si no, tendrá que bajar, usted y los

dos hombres que la acompañan —dijo y lanzó una mirada al compañero con un ligero movimiento de cabeza para que se acercara al coche por el otro lado.

—Déjanos pasar, agente, tenemos prisa. Vas a quedar como un idiota ante la comisaría si me paras. Te lo advierto.

Eso se había convertido en un pulso entre compañeros y ese tipo de duelos nunca solían terminar bien.

—Levanten las manos y salgan —dijo el agente desenfundando la pistola.

—Estamos en misión especial y no voy a salir —dijo Olivia sin levantar las manos, aunque Fosco las había levantado.

El otro agente estaba apuntando inútilmente al cadáver que estaba detrás.

Olivia hizo un gesto hacia la guantera.

—¡Quieta!

—¿Quiere la documentación?

—Lentamente.

Ella alargó la mano a la guantera y después de buscar en medio de documentos y un pequeño botiquín de primeros auxilios, sacó una pequeña cartera y se la entregó.

Era del tamaño de un pasaporte, plegada como un libro.

—Ábrala.

Ella lo hizo y apareció su acreditación con su foto, su nombre y la descripción. Por la parte inferior había una insignia de hierro del cuerpo de policía de Akeron City.

La expresión del agente que la apuntaba pasó por tres fases:

La primera, de emergencia: *“Como me la juegues, te dejo tiesa”*.

La segunda, de perplejidad: *"A ver qué me enseña esta tía, ¿será la cartilla del supermercado?"*

La tercera, de sorpresa: *"¡Dios, he metido la pata hasta el fondo!"*.

Luego bajó el arma y le dijo al otro compañero que hiciera lo mismo.

—Agente, te había dicho que estoy en misión especial, pero no me has escuchado. Si hubieras comprobado la matrícula, nos habríamos ahorrado este espectáculo y la cola que estás generando.

—Lo siento, inspectora, lo siento mucho, le ruego que me disculpe y que no informe a nadie del suceso.

—¿Cómo te llamas?

—Adrian Lockter, señora —dijo el agente y seguido cantó el número de placa—. Lo siento, solo pensaba que estaría usted en peligro con un hombre así —concluyó indicando al "pasajero" del asiento trasero.

—Oh. Déjalo. Es un informador, no te preocupes por ese. Estamos bien. Ahora me tengo que ir.

El agente le hizo el saludo militar y el coche arrancó.

Cuando el coche estuvo a unos metros, suspiraron.

—He estado a punto de tener un infarto —dijo Olivia.

—Pero el comisario te había quitado la placa, ¿qué demonios es eso?

—¿Esto? —dijo ella alzándolo—. Esto es el original. Esto me lo explicó mi padre. Denuncias que la has perdido y te hacen una copia, y el original lo guardas por si acaso. Si pasa algo, nadie sabe si es la original o la copia, o qué ha pasado.

El forense rio.

—Acelera, tenemos una "misión especial" que concluir… anda —espetó el forense sacudiendo la cabeza.

48

Colocaron el cadáver en la mesa central de la morgue.

Fosco siguió las indicaciones de la radiografía que se había llevado. Abrió con el bisturí el hombro opuesto al del orificio de entrada de la bala, metió unas pinzas hasta la clavícula y desenredó el laberinto de tejidos y músculos hasta encontrar aquel objeto tan codiciado.

Después de un buen rato, lo encontró.

El metal de aleación alargó la situación, llevándola hasta el extremo.

Lo consiguió sacar con decisión, ya que por la fuerza con la que había rebotado en el cráneo, se había incrustado en el hueso.

La puso a contraluz.

—La tenemos —dijo Fosco y acabó susurrando al objeto—. Ya te tengo, por fin.

Luego la dejó en una bandeja de metal y se giró hacia Baltasar.

—Ya podías haberme dicho que estaba ahí —le susurró al cadáver.

Lavó el proyectil y lo metió en una bolsa transparente.

—¿Y ahora? —preguntó Olivia.

—¿Ahora? —repitió él suspirando—. Ahora es cuestión de balística.

—¿Hay alguien en balística a esta hora de la noche?

—No.

—¿Entonces?

—Bueno, digamos que tengo buenos amigos y vamos a hacer lo que haría uno de ellos —dijo.

Cogió todo el material, la tomó de la mano y subieron hasta la segunda planta. En la oficina no había nadie, pero Fosco sabía el camino.

Encendió las luces y se fue moviendo tal y como había visto el día anterior.

Cogió la bala, la puso en el microscopio y le hizo una foto.

Luego la reveló y la puso al lado de las otras dos.

En la primera estaba el nombre de Fukuta. En la segunda, el de Santiago. En la tercera ninguno. Cogió un rotulador y añadió el nombre de Baltasar Album.

Las posicionó debajo de la lupa y encendió la luz. Las tres fotos mostraban las estrías que la bala tenía en el lateral, provocadas por la caña de la pistola.

Las balas, del calibre veintidós, eran iguales. Para eso Fosco no tenía necesidad de una pericia de la científica de balística. Pero la pregunta que del juez hubiera sido: "¿Las tres balas habían salido de la misma pistola?"

—¿Tú qué opinas, Olivia?

Ella no respondió, pero se emocionó. Fosco supuso que era culpa de la mala combinación del estrés y adrenalina de los últimos días. Se le escaparon unas lágrimas de emoción y liberadoras.

—Ya, también creo que son de la misma pistola —respondió Fosco.

—Sí, de la misma pistola y la misma carta —dijo una voz desde atrás de los dos policías.

El silencio se rompió como una jarra de cristal al caer de un décimo piso.

Los dos se miraron, asustados.

El laboratorio de balística estaba iluminado solo por los monitores, la luz de la lupa y una lámpara de mesa. La pared contraria era negra, engullida por la misma oscuridad que escondía el umbral de la puerta.

Se giraron lentamente, con miedo a ver quién demonios era.

No debería haber habido nadie en el edificio, pero la voz venía de detrás de ellos, desde fuera del laboratorio.

Un hombre estaba al acecho. Alguien los había seguido, había entrado en el edificio y estaba mirándolos desde la oscuridad, desde donde no podían verle.

¿Quién era? ¿Quién los había seguido?

Pero la pregunta más importante, que pasó por la mente de Fosco como un rayo, era:

¿Quién más conocía la existencia de la carta?

En la penumbra apareció el cañón de una pistola. Salió de la oscuridad como un fantasma, pero más que real.

Seguidamente, apareció la punta de un sombrero negro como la noche.

No quiso enseñar su rostro.

—¿Quién eres?

—Manos arriba, polis.

Los dos obedecieron.

—Eso no importa, Fosco Merrell —dijo el hombre y lanzó dentro la estancia una caja de lata —. Mete dentro las balas, las pruebas… y la carta.

—Ni hablar.

—Maldito forense del carajo —dijo con voz oscura.

Olivia bajó las manos y dio un paso hacia adelante.

—¿Dønati? —dijo la mujer—. ¡Eres tú, Dønati! ¡Maldito cabrón!

49

El hombre en la penumbra dio un paso adelante, haciendo una entrada triunfal.

La sombra que generaba el Borsalino negro impedía que se viera la cicatriz de su rostro. Pero no tenía equivocación; era él, Olivia lo conocía muy bien.

—Quieta, cariño. Ya que me has reconocido, ahora mi tajada acaba de subir, quiero la carta… y un beso.

Fosco se giró hacia la mujer.

Ella lo miró con desdén, apretando la mandíbula. La visión del detective Dønati le sentó como un rodillazo en el costado.

—¡Tú! ¿Qué haces aquí?

—Cariño, todo habría ido mucho mejor si no me hubieras reconocido, pero siempre lo tienes que estropear todo.

—No me llames querida, solo verte me provoca sarpullidos.

—Pues mira, nuestros caminos se han vuelto a juntar…

—¿Por qué quieres eso? ¿En qué estás metido, maldito cerdo?

—No me llames así… Olivia, soy detective y hago trabajos e investigaciones —dijo rotando la pistola y encogiendo los hombros— que pagan las facturas. Tú no tienes este problema, eres una funcionaria —acabó con voz grave.

—Haber elegido la carrera de policía y no la de detective —dijo ella, e hizo un gesto como si fuera a vomitar.

—¿Qué te pasa, Olivia? —preguntó Fosco.

—Nada, cuando oigo las palabras “detective” o “Dønati”, me vienen arcadas.

—Es verdad, mirad —dijo Dønati—: un forense, una inspectora y un detective, las tres especializaciones de la academia Lombroso. Qué coincidencia, ¿no? Hasta parecería un chiste si

no fuera una situación al límite en la que solo hay una pistola y estoy a punto de cogeros todo lo que tenéis.

—Maldito hijo de perra —le espetó ella.

—Venga, Olivia, que hacía mucho tiempo que no nos veíamos. Podría haber sido peor, y habernos encontrado en la planta principal, en una mesa de la morgue.

—Allí te mandaré el día que te coja. Además, estás apuntando a dos miembros del departamento de la policía. Te van a caer por lo menos cinco años.

—¡Qué dices! ¿Estás loca? Un forense que no debería estar aquí, sino de vacaciones con asuntos propios y que acaba de sacar ilegalmente un cuerpo de la morgue para llevarlo a un hospital. Luego, ¿a quién más tenemos aquí? A su cómplice: la inspectora Wolf sin placa y alejada del cuerpo por unos días por el comisario, enseñando una placa que no sé de dónde la habrá sacado y que pasa como por arte de magia un control con un cadáver en el asiento de atrás y en un coche oficial. Vaya, aquí tenemos a *la crème de la crème* de la academia Lombroso. Los mejores se reúnen por fin —dijo con el mismo tono que usaría un presentador televisivo.

—¿Cómo sabes todo eso? —preguntó Fosco.

—¿Qué dices, no ves que este es un tío que juega al farol? —espetó Olivia.

El detective levantó las cejas.

—Tú misma, querida, te vas a enterar mañana. Llegará un sobre anónimo con la historia y las fotos a la prensa y a nuestro querido amigo el comisario de policía —dijo jactándose—. ¿Con quién crees que hablas? Soy el mejor detective de la ciudad, lo que pasa es que no he tenido buenas oportunidades de demostrarlo, pero esta va a ser una, por fin.

—Maldito cerdo…

—Los halagos después, querida —dijo y cambió el tono de presentador a serio—. Venga, metedlo todo en la caja.

Fosco y Olivia se miraron; luego él cogió la caja y puso dentro lo que el detective le había indicado.

Dønati seguía apuntando con su pistola: un revólver de caña corta, como los de las películas de los años treinta.

Cerró la caja y alargó la mano.

—Ahora lánzame la caja —dijo Dønati.

Ella la cogió de las manos del forense.

—Ten, Dønati —dijo Olivia y se fue hacia él.

Olivia fue la mejor de su clase en la Lombroso, y la mejor de su promoción. Y eso no fue por enchufe o por otras variables de la vida. Eso fue por astuta.

Fue avanzando con seguridad, pero lentamente, transmitiendo que el detective tenía el control de la situación y dándole confianza.

—¿Cuánto hacía que no nos veíamos? —dijo ella a un metro de distancia.

—Mucho, demasiado, Olivia. No has cambiado.

—Tú tampoco.

—Bueno, si me quito el Borsalino, mi pelo me delata: comienzan a escasear los cabellos negros.

—Los hombres con canas son interesantes.

Ella avanzó unos treinta centímetros más.

Detrás, Fosco no entendía qué quería hacer la mujer. Pero lo que veía, la relación, el coqueteo y el juego que se llevaban, le provocaba solo irritación. La garganta le comenzaba a quemar por el reflujo de su estómago, que hervía como una olla a presión. Cerró los puños; le habría saltado encima a ese hombre. Estaba a punto de perder todo por lo que había luchado en esos cinco años, ya que el contenido de esa caja era la única solución para reabrir el caso de la masacre.

—Tú sí que estás igual.

—Bueno, me cuido.

La mujer avanzó otros treinta centímetros, hasta estar a poco más de un palmo de su cara.

—Olivia, te quiero mucho, pero esto me lo llevo yo —dijo él, y cogió la caja de lata con todo lo que contenía.

—Claro, tuyo —afirmó ella.

La escena fue como un hierro abrasador que atravesó a Fosco.

El rostro del detective se relajó, casi imperceptiblemente, pero Olivia lo percibió.

—¿Ya tienes lo que querías?

—Sí. No, quiero decir, en parte.

—¿Y qué te falta?

El detective, que seguía apuntando, bajó un poco la pistola y se acercó a la mujer.

Ella le miró a los labios y él se pasó la lengua por los suyos, ya saboreando a la mujer después de tanto tiempo.

Se fueron acercando y el mundo se detuvo: los labios de dos amantes de antaño en un punto del presente. Olivia se quedó con los ojos abiertos, y él los cerró.

Las décimas de segundo eran una eternidad para Fosco. Primero pensó que lo que más le dolía de esa situación era perder las pruebas, pero, en ese momento, era ver cómo Olivia besaba a otra persona. Aunque esa sensación acabó enseguida.

Dønati intentó convertir aquel beso rápido en un beso apasionado con lengua, como en los viejos tiempos. Entonces Olivia decidió que era el momento y, con toda su fuerza, le dio un rodillazo en plena pelvis.

El grito fue desesperado y tremendo. Dønati, con los ojos desencajados y la boca abierta, cayó de rodillas.

—Esto lo cojo yo —dijo Olivia, agarrando la caja—. Y esto también —añadió agarrando la pistola.

Fosco suspiró ruidosamente de alivio.

—Momentos como estos me confirman que ir al gimnasio vale la pena —espetó Olivia con alegría—. ¡Dios! ¡Qué gustazo que me acabo de dar! No te puedes hacer idea, Dønati.

Ella se giró, levantó la caja como un trofeo y se la devolvió a Fosco.

Fosco le sonrió, aunque la sonrisa duró poco.

La caja con las pruebas volvió a las manos del forense.

—¿Cómo conocías la existencia de una carta? —espetó el forense.

50

—¿Para quién trabajas, miserable? —preguntó Olivia.

—No lo sé —masculló él en cuclillas, aún aullando por el dolor.

—¿No sabes qué? —dijo Olivia agachándose hacia él y apuntándole con su misma pistola.

—No sé quién me ha encargado este trabajo.

—Menuda decepción, Dønati, te has pasado al lado oscuro por el Dios dinero. ¡Cómo has cambiado! —acabó Olivia con un tono que rozaba el desprecio.

—Ser detective no es solo lo que explican en la Lombroso, las facturas hay que pagarlas y en Akeron hay que hacer de todo.

—¿Cómo te ha contactado? —preguntó Fosco.

—Por un contacto común.

—¿Un contacto común? ¿Quién?

—Maldita sea, no lo conocéis.

—¿Qué misión te ha encomendado?

El detective, aún contorsionándose, intentaba evitar la mirada de la mujer.

Ella le levantó el rostro con la punta de su pistola y lo giró hacia ella.

—¿Quieres contestarme? ¡No tengo toda la noche!

—Maldita sea, solo le tenía que llevar la otra parte de la carta —dijo y se miraron los dos policías—. Me ha ofrecido un puñado de miles de City Credits que me vienen muy bien. Llevo meses sin trabajo.

—¿Qué te dijo de la carta? ¿Qué sabes de la carta? ¿Te refieres a la de Baltasar? ¡Habla, cabrón! —gritó Fosco.

—Sí, la suya. La carta del tío ese.

—¿Tenías que robármela?

—No, no tenía que robártela, tenía que conseguirla antes que tú. Maldita sea, Olivia, qué daño, podrías haberlo hecho con más delicadeza.

—Para lo que haces con eso, tampoco encontrarás mucha diferencia si los tienes inutilizados unos días.

—Sigue con lo de la carta —ordenó Fosco.

—Nada, joder, me dio una parte y me dijo que tenía que conseguir la otra.

En la estancia se creó un silencio de incredulidad. El detective había sido contratado por alguien que no quería que saliera a la luz la carta al completo.

¿Por qué?, pensó Fosco.

Precisamente porque no interesaba que ocurriese lo que quería hacer Fosco; reabrir un caso que estaba a punto de ser enterrado para siempre.

—¿Te dio una copia?

—Sí.

La respuesta resonó como fuegos artificiales en la estancia.

«Sí.»

Entonces solo faltaba saber una cosa.

—¿No la llevarás encima? —preguntó Fosco con recelo.

El detective fue a meterse la mano en el bolsillo del abrigo.

—¡Quieto! —gritó Olivia que seguía agachada.

El detective se detuvo.

—Poco a poco —dijo ella y luego cambió de idea—. Mejor quieto, no hagas nada. Dime dónde está.

Dønati indicó el bolsillo.

Ella fue entrando con la mano, lentamente. Sacó un puñado de cosas, esparciéndolas por el suelo del laboratorio de balística.

Unas monedas, unas llaves con el símbolo de Chevrolet. Unos auriculares de cable para un móvil. Unos tiques y un trozo de papel plegado.

—Míralo, abre eso, Olivia.

Ella lo cogió y se lo pasó directamente a Fosco, para no dejar de apuntar al detective.

El forense lo fue abriendo, con movimientos lentos, deseando que fuera justamente lo que necesitaban.

Al desplegar la hoja, apareció la segunda mitad de la carta.

Me explicaron el plan, pero después me enteré de que había otro. Yo no lo sabía. A mí me explicaron solo una parte. Entendí que obviamente había más, pero nunca imaginé que se trataba de atacar a la mismísima Banca Daffert, la de la Mafia.

¿Quién es más ladrón: el ladrón o quien roba a otro ladrón?

No es un trabalenguas, Forense, es lo que pasó ese día.

Tienes pocos días para hacerte con la verdad y demostrar que esas muertes no las provocó un psicópata, sino un asesino a sueldo con un encargo muy específico.

Si te preguntas cómo, eso es cosa tuya. Ahí no te puedo ayudar.

A mí me contactaban a través de una web, un sistema encriptado por servidores en paraísos fiscales. Nunca he podido demostrar la relación de Ellos con esa web; en ese caso, te habría dejado las pruebas.

Mi casa ya estará limpia, solo habrás encontrado la caja de lata. Sé que eres un tipo inteligente.

La web se llama La Paloma Mensajera. La encontrarás en el dark web. Mi usuario era El pescador aunque, obviamente, lo habrán borrado.

Además, he partido en dos la carta para que, si Ellos la encuentran, no puedan nunca relacionarte con este caso.

Tras leer el final de la carta, Fosco seguía sin entender una cosa: ¿por qué Baltasar le había hecho llegar esa información justo ahora, y no antes?

¿Por qué partirla en dos?

¿Por qué daba ahora con esa confesión, y no antes? ¿Era solo por la prescripción del caso?

Todo ese asunto tenía unos enormes agujeros negros que no le permitían ver el puzle entero.

—¿Qué dice, Fosco? ¿Es suficiente? —preguntó ella.

—¿Suficiente para qué? —preguntó el detective, aún dolorido.

Ella no contestó y se acercó a leerla.

—Espera, Olivia, aquí hay algo que no me convence.

Fosco cogió la caja de lata y la abrió en la mesa de trabajo del laboratorio. Esparció las pistas, entre ellas la carta.

Estiró el folio con la fotocopia que tenía el detective y puso encima el fragmento que había encontrado en la taquilla de la estación central.

El corte, que Baltasar había rasgado de forma abrupta y sin tijeras, para sorpresa de Fosco coincidía.

—Mira Olivia, encajan perfectamente.

Olivia sonrió y le pasó la mano por el hombro.

—Pero falta un trozo más —dijo Fosco.

—¿Qué dices? Está bien, ¿ves? Aquí la parte rota y aquí acaba bien.

—No, falta algo, la carta está interrumpida sin más. Está incompleta… —se interrumpió al hablar y llamó la atención de la inspectora.

—¿Qué?

Fosco se giró hacia el escritorio de Goldon y cogió un folio de la impresora. Lo cortó por la mitad y lo puso al lado. Luego cogió la fotocopia de Dønati y añadió el retazo que habían encontrado ellos.

—Ves, falta un trozo —dijo mientras indicaba la reconstrucción—. El tío ese no le dio la última parte, son un par de líneas, pero seguramente la parte más importante de la carta.

—¿Por qué?

—Por previsor.

—¿Por previsor?

—Sea quien sea el tío que te ha encargado esto, seguramente porque pensó que, si todo iba mal, si el Dønati este no conseguía terminar el encargo, por lo menos no sabría toda la historia. Si das a personas diferentes información sesgada, nunca se podrá saber la verdad —afirmó Fosco.

Hubo silencio en la estancia. El detective seguía en el suelo. Se había conseguido sentar, aún dolorido y sujetándose las joyas de la familia para aliviar el dolor.

Los dos policías estaban al otro lado de la estancia intentando descifrar el problema de la carta, cuando de la penumbra apareció otra punta de pistola.

El hombre se quedó en la oscuridad del pasillo, sin mostrar su rostro.

—Me encantan los finales felices —dijo desde la penumbra—. No tan rápido forence, usted es mucho más inteligente de lo que *penzaba*.

51

La penumbra escondía al hombre que apuntaba con su pistola a los policías.

De nuevo los habían pillado por sorpresa.

La presencia de ese hombre los volvía a arrastrar hacia atrás en la escalada hacia la verdad.

—Quietos, *ezo* es mío —dijo dando un paso adelante—. Baja el arma, inspectora Wolf. Pon el seguro y tírala hacia mí con una patada. No como la que diste a este inútil —dijo el hombre de negro mientras daba una patada a una pierna de Dønati.

La mujer miró al forense y este asintió, como diciendo, *"haz lo que te dice"*.

Ella obedeció.

—No vas a poder salir de este edificio.

—Esa, inspectora, es una desventurada predicción que no tiene mucho recorrido ni mucha *vizión* de futuro. En cambio, a usted le hacía más inteligente y más sensato.

—¿Qué sabe de nosotros?

—¡Oh! Sé muchas cosas, como que compartís cama, no hoy, porque estamos metidos en este sórdido lugar, pero bueno… ya *zabéis* lo que quiero decir.

El hombre iba vestido con un abrigo verde oscuro impermeable y un sombrero de cazador. Tenía la nariz aquilina y bajo el abrigo llevaba un traje a rayas diplomáticas. Al verlo, Fosco se preguntó cómo no podía haber escuchado llegar a ese individuo con los zapatos de cuero negro que llevaba.

—Qué previsible, un revólver del calibre 22 corto.

—Vaya, vaya, Fosco Merrell. No te hacía también experto en armas.

—De hecho, no lo soy. Ni me gustan ni tocaría nunca una, pero es muy fácil reconocer el arma que ha matado Baltasar…

El hombre de negro levantó las manos y apartó por un segundo su revólver hacia el techo.

—Así es. Muy perspicaz, forenze.

—¿Quién eres? —preguntó Fosco.

—A ti no te importa quién soy. No te intereza porque en cinco minutos estarás muerto —dijo el hombre.

—Me imagino que habrás hecho lo mismo con todos los que se acercaban a la verdad o hablaban más de la cuenta…

El hombre de la nariz aquilina sonrió.

—Digamos que he enviado más gente a tu mesa de la morgue de la que te puedes imaginar.

Fosco asintió.

—Baltasar, Fukuta y Santiago.

El hombre sonrió cínicamente.

—…Entre otros.

—¿Por qué Baltasar?

—No te importa.

—Si me matas, no vas a tener muchos problemas conmigo, total, estaré muerto, puedes decírmelo, ¿no?

El hombre torció la boca.

—¿Qué quieres saber, forenze?

Fosco lo estuvo mirando por unos segundos, el tiempo justo para calibrar la pregunta y seleccionar en su mente la más adecuada y poner en orden las siguientes.

—¿Por qué has matado a tu hermano, Gaspar?

El hombre arqueó las cejas.

—Vaya, Fosco Merrell, ¿cómo lo has entendido?

—No hay que ser un genio: Baltasar Album y Gaspar Bianco. Nombres diferentes y apellidos iguales.

El asesino rio.

—¿Iguales? —preguntó Olivia.

—“Album”, es el color blanco en latín y “Bianco”, en italiano —le contestó a la inspectora.

—Ya, ahora entiendo. No podía zer de otra manera, viste las grabaciones del hotel e hiciste dos más dos…

—¿Por qué?

—Maldito Jensen. Estaba a punto de disfrutar de su vida de jubilado y tuvo que meter la pata. Zuerte que se ha ocupado uno de mis chicos.

—¿Qué quieres decir?

—Ah, no lo sabéis, claro, es que te han zuspendido. Es verdad, no lo podías saber. Jensen ha pasado a mejor vida. Y como su casa está bajo otra jurisdicción, no te han informado porque le toca otra morgue. ¡Claro!

—Maldito hijo de perra —dijo Olivia y dio un paso hacia adelante.

—Quieto —dijo el hombre y cargó el revólver retrocediendo el martillo.

Fosco apretó las mandíbulas con fuerza. Ese hombre y esa historia se le habían escapado de las manos hacía mucho tiempo.

Gaspar representaba un tsunami que se repetía en su vida, llevándose por delante a todos los posibles testigos para que la historia se archivara. Carpetazo y a otra cosa. Otro encargo de vete saber quién era que lo había contratado.

—Gaspar, dime por qué.

—¿Aún no lo has entendido? —respondió el asesino con tono arrogante—. Fosco, despierta, mi hermano se equivocó con un encargo y había que liquidarlo. Para nuestra organización no hay posibles fallos, *zolo* misiones conseguidas.

—Claro, cuando tu hermano menor se equivocó al matar a un objetivo ya no servía para vuestra organización.

—No podemos fallar. En esta vida no te dan dos oportunidades. Fosco, tú eres un tío leal, lo entiendes —dijo Gaspar.

—Sí, porque Baltasar se arrepintió y ya no quiso formar parte de vuestra organización. Como un hijo pródigo —dijo Fosco. —Claro, Gaspar. Ahora entiendo, qué contradictorio, dos asesinos en una casa de religiosos.

El hombre se rio.

—Sí, en efecto, nuestro padre era más religioso que el cura mismo. Un fanático, vaya.

—Es providencial que vuestro padre os haya puesto el nombre de los Reyes Magos, como si supiera que en vuestra vida iríais repartiendo regalos.

—Es lo que más gracia le hizo a Él. «Mis reyes magos».

—¿Quién es Él?

—Nunca lo sabrás, forense.

—Erais tres. Tres hermanos, tres mellizos, y un negocio —dijo la inspectora con tono de haber descubierto una fórmula.

—Exacto. Tres gemelos —confirmó Fosco.

—No tengo tiempo que perder, pasadme la caja y todo eso.

Fosco sintió la presión: se le estaba acabando el tiempo y no podía hacer nada.

Comenzó a pensar en todas las posibles opciones que estaban a su alcance.

Gaspar dio un paso adelante.

Dønati seguía en el suelo, magullado, inservible.

Fosco pensó que, si hubiese estado en su mundo de los muertos, hubiera tenido alguna posibilidad. Pero allí, en el laboratorio de balística, no tenía ninguna. Hasta que arrugó las cejas y se acordó del detalle de la ballesta.

Fosco intentó que no se viera que su rostro se iluminaba con una idea que podía salir mal. Era arriesgada, pero en cualquier caso, pronto estaría muerto y había que jugársela.

—Inspectora, dame eso.

—¡No! —gritó Fosco—. Déjala fuera. Sálvala, por favor.

Gaspar se puso a reír.

—Menudos tortolitos, ¿prefieres morir tú antes o ella? Mejor tú, así no la verás morir a ella, ¿no?

Fosco se giró, recogió las cosas y las metió en la caja.

Se volvió a dar la vuelta.

—Ya que me vas a matar —dijo Fosco con la caja del detective en la mano, que contenía todo lo que quería Gaspar—. Dime quién es Él.

—Ni lo sueñes. Que te lo diga mi hermano en el otro barrio —contestó él viendo que Fosco se acercaba unos pasos—. ¿No vienes?

Fosco se detuvo delante de la mesa central del laboratorio.

—¿Quién es Él? —insistió Fosco muy serio.

Gaspar sonrió, saboreando la situación con sadismo.

—Él es el poder de esta maldita ciudad, es el titiritero detrás del telón, es el más poderoso de Akeron. Puede que incluso sepas quién es, pero nunca sabrás hasta dónde están metidos sus tentáculos en nuestra *zociedad*. Ni lo sabes, ni nunca lo sabrás —dijo y enfocó a Fosco.

Entonces, Fosco accionó su plan desesperado y suicida. Rápidamente, se tiró hacia adelante y usando la caja de metal, golpeó con fuerza la palanca de la ballesta que estaba en la mesa. Le habían dicho que la ballesta era peligrosa, o así decía la viuda del hombre muerto accidentalmente.

Cuando se arrojó sobre la palanca, se escuchó un elegante y contundente sonido sibilino. Un elemento rapidísimo había cruzado la estancia, acabando clavada contra la pared, cerca de Dønati. Este la oyó pasar muy cerca, demasiado cerca para su gusto.

La flecha se había clavado con una fuerza inaudita en la pared. El plan de Fosco se había esfumado.

La flecha de madera se había clavado en la pared, pero antes había cruzado el cuerpo de Gaspar. La sangre le salía por la boca, mientras sentía el mismo dolor que había hecho sufrir a muchas de sus víctimas.

Alzó la vista hacia Fosco y luego se desplomó en el suelo.

Gaspar Bianco había muerto.

52

Olivia jadeaba. El asesino había estado a punto de matarla, pero ahora las tripas se le salían por el agujero de ballesta y la pared estaba llena de gotas de sangre.

El rostro de Dønati también estaba salpicado de rojo. Entre el dolor de la patada y lo que acababa de ver, estaba en shock.

Los primeros rayos de sol comenzaban a vislumbrarse por la ventana. La noche había pasado demasiado rápido.

—Desde luego, no podemos fingir que esto no ha pasado —dijo Olivia.

Fosco suspiró.

—Ya, será un poco engorroso limpiar todo esto. Te lo digo por experiencia —dijo Fosco para quitar hierro al asunto.

—¿No me digas?

A Fosco le costó centrarse y considerar qué día y qué hora era. Amanecía un nuevo día y una nueva oportunidad.

Miró el reloj. Luego pensó en la carta, en las pruebas, en las balas que coincidían y en la pistola.

—Haz fotos —dijo Fosco a Olivia.

—¿Por?

—¡Hazlas! No, espera.

—¿Qué pasa?

—Creo o espero que este tío puede que tenga… —dijo Fosco y se acercó al cadáver.

Sacó unos guantes de látex y comenzó a buscar en sus bolsillos. Sacó un móvil y una cartera. Fosco miró dentro y ponía el nombre del que había reservado la habitación de hotel: Gaspar Bianco.

En otro bolsillo del abrigo había unas llaves, y en el centro, una llave negra con el logotipo de Chevrolet. Seguramente de un SUV, el mismo que los había seguido hasta el puente

Reynolds.

En otro bolsillo, finalmente apareció un sobre, y en su interior estaba justo lo que buscaba.

El tercer trozo de la carta.

No sé qué es tener un hijo y perderlo, pero vi tu dolor en el funeral. Lo siento. Espero que te pueda dar mi pésame algún día, en alguna otra reencarnación o directamente en el infierno.

Suerte, Forense, y cuidado, no confíes en nadie. En Akeron, las personas no son lo que aparentan.

Baltasar Album.

P.D. Ellos son la mafia.

Ahora todo tenía sentido, pensó Fosco Merrell con los tres trozos en la mano.

Querido Forense:

Si recibes esta carta, estaré muerto. Tranquilo, me lo merezco. He matado a muchas personas en mi carrera y por lo tanto creo merecido este desenlace final.

Lo que me complacerá ver desde donde sea, es que hayas encontrado esta carta. Me imagino que no habrá sido una tarea fácil, Ellos te lo habrán puesto difícil. Te lo he puesto difícil.

No sabía cómo hacer para que llegaras hasta aquí, la verdad. Le di muchas vueltas, y estuve ideando planes rocambolescos: este era el menos.

Recordé que tu mujer cosía, lo había visto en tu casa. Sí, he entrado en tu casa, cuando tú no estabas. Descubrí la caja de coser y los tiques. Supongo que tú también. Tu mujer era una persona muy ordenada y lo conservaba todo, bueno, casi todo.

Busqué un objeto que solo pudieras reconocer tú. Sabía que me iban a matar, era ya solo cuestión de tiempo.

He cometido muchos errores en mi vida, y uno fue aceptar ese encargo de Ellos.

Ellos no fueron lo que me imaginaba. Ellos son mucho más de lo que creemos.

Cuando me enteré de que me querían aniquilar, sentí la necesidad de pedir perdón. Ya era demasiado tarde para hacerlo con todos, pero podía hacerlo al menos con algunos, como tú.

Sabía que darías con el dedal y no te limitarías a ponerlo en una bolsa.

Te preguntarás porqué te estoy escribiendo estas líneas y por qué te he hecho llegar hasta aquí.

Verás, Ellos no quieren que se sepa la verdad, y menos aún a pocos días de que se archive el caso.

Ellos dominan la ciudad. No la dominan las fuerzas del orden o el poder judicial: son Ellos.

Ellos habrán intentado interceptar este mensaje y, a partir de ahora, después de leer estas líneas, intentarán matarte.

No es ficción, Forense, es la verdad y es la realidad que nos ha tocado vivir en nuestra "Estupenda ciudad", como dicen Ellos.

Querido Forense, uno de los encargos que Ellos me dieron fue el atentado que al Stark Arena.

Sí, maté a tu mujer.

Y sí, maté también a tu hija.

¿Cómo podía saber que debajo de ese paraguas de color lila estaba la hija del forense más importante de la ciudad?

El azar se encargó de eso, y tú tendrás que desvelar por qué en este momento estamos en contacto a través de un hilo llamado tiempo.

Te pido disculpas. Por ello y por todas las demás personas que llegaron a tu mesa de autopsias y que nunca sabrán que la bala salió de mi fusil o de mi pistola.

Perdona por tu mujer. Me imagino que Claire era una buena persona.

Pero esto no es todo…

Forense, tienes que saber por qué Ellos me encargaron esa estúpida e inútil matanza.

Ellos tenían un plan paralelo.

* * *

Me explicaron el plan, pero después me enteré de que había otro. Yo no lo sabía. A mí me explicaron solo una parte. Entendí que obviamente había más, pero nunca imaginé que se trataba de atacar a la mismísima Banca Daffert, la de la Mafia.

¿Quién es más ladrón: el ladrón o quien roba a otro ladrón?

No es un trabalenguas, Forense, es lo que pasó ese día.

Tienes pocos días para hacerte con la verdad y demostrar que esas muertes no las provocó un psicópata, sino un asesino a sueldo con un encargo muy específico.

Si te preguntas cómo, eso es cosa tuya. Ahí no te puedo ayudar.

A mí me contactaban a través de una web, un sistema encriptado por servidores en paraísos fiscales. Nunca he podido demostrar la relación de Ellos con esa web; en ese caso, te habría dejado las pruebas.

Mi casa ya estará limpia, solo habrás encontrado la caja de lata. Sé que eres un tipo inteligente.

La web se llama La Paloma Mensajera. La encontrarás en el dark web. Mi usuario era El pescador aunque, obviamente, lo habrán borrado.

Además, he partido en dos la carta para que, si Ellos la encuentran, no puedan nunca relacionarte con este caso.

No sé qué es tener un hijo y perderlo, pero vi tu dolor en el funeral. Lo siento. Espero que te pueda dar mi pésame algún día, en alguna otra reencarnación o directamente en el infierno.

Suerte, Forense, y cuidado, no confíes en nadie. En Akeron, las personas no son lo que aparentan.

Baltasar Album.

P.D. Ellos son la mafia.

Mientras Olivia hacía las fotos, el forense leyó la carta completa.

—¿Las tienes? —preguntó el forense.

—Sí —respondió.

Entonces Fosco cogió una bolsa de plástico de la mesa del compañero de balística e introdujo la pistola.

—Nos vamos.

—¿A dónde?

—Al único lugar a donde merece la pena ir con todo esto —dijo con las pruebas en la mano.

El Frontier Titan de la inspectora corrió por las calles de la ciudad, dejando atrás la morgue y la central de la policía científica.

Circulaba a toda velocidad; en los últimos días era ya una costumbre. Derrapar, frenar al límite, pasar semáforos en rojo y adelantar en línea continua: todo era poco para esa última

carrera que faltaba.

Tenían que interceptar el futuro y atrapar a la justicia antes de que fuese demasiado tarde.

El coche de la inspectora llevaba la sirena azul encendida y los indicadores acústicos a todo lo que daban, igual que el motor.

—Cuando hemos salido, he visto los dos Chevrolet Escalade aparcados.

—Sí, los he visto de refilón —respondió ella.

—Uno llevaba la matrícula 91LZ 4DL.

—¿Y qué narices era? ¿Debería conocerla?

—¿No te acuerdas? Querías detenerle… —aclaró Fosco.

—Sí, antes de que hicieras el kamikaze con tu coche por el puente Reynolds cuando estaba a punto de abrirse en dos.

—Veo que te acuerdas del coche que nos siguió fuera de la casa de Baltasar hasta el puente.

—¿Dos coches iguales? ¿Y eso?

—¿Sabes quién usa esos Chevrolet Escalade negros?

Ella no quitó los ojos de la carretera, mientras negaba.

—¿Gente de pasta?

—Sí, pero de los que podemos relacionar con esta historia… —dijo Fosco y dejó unos segundos de silencio—. Los Corvino.

Entonces se giró, como si tuviera un muelle en el cuello.

—¿Estás seguro?

Él asintió.

—Conduce, tenemos que llegar antes de que las malas noticias se propaguen o será demasiado tarde.

El Titan clavó las cuatro ruedas delante del edificio acristalado. Era la dirección anotada en la tarjeta de visita. Bajaron del coche, dejándolo mal aparcado.

Pasaron la puerta giratoria del edificio y se apresuraron a entrar en el ascensor.

—¿Piso cuarenta y tres? —preguntó ella delante de la pantalla del ascensor de última generación.

—¡Piso cuarenta y tres! —confirmó Fosco dando una vista a la tarjeta de visita.

En un suspiro se volvieron a abrir las puertas: era justo después del alba. Los dos policías no habían querido confesar sus temores, pero era demasiado pronto para encontrar a nadie

trabajando en ese edificio.

Cruzaron el pasillo siguiendo las flechas que indicaban la ubicación del despacho.

Llegaron a la puerta de madera maciza, que parecía salida de una fortaleza de la profunda Toscana.

Al abrir la puerta, Fosco, se lo encontró sentado. Un pie daba vueltas en el aire, ansioso.

Entonces miró el reloj y dijo:

—Forense, ha llegado usted antes de lo que pensaba.

53

Fosco Merrell se quedó boquiabierto.

Delante de él estaba el fiscal, con una silla enfrente. ¿Esperándolo? No lo acababa de entender.

Eso no le acabó de gustar. Aquello olía a algo más.

Al detenerse, Olivia se acercó.

Los policías se miraron con una preocupación que no pudieron evitar demostrar.

—Tranquilos. Estáis a salvo —dijo el fiscal.

Se volvieron a mirar y ella encogió los hombros.

Fosco pensó que era todo a una carta: o confiaba en ese hombre, o todo habría sido en vano.

Fosco dio el primer paso y Olivia lo siguió.

——Pasad, por favor —indicó el fiscal—. Siento no haber podido hablar con confianza anoche, pero esta ciudad está llena de escuchas.

—Siento no haber podido hablar con confianza anoche, pero esta ciudad está llena de escuchas —dijo y guiñó el ojo.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Fosco mientras se abría la puerta.

Delante de ellos se abrió una oficina diáfana atiborrada de mesas con personas tecleando sin parar.

Fosco no era bueno en contar personas, pero si hubiesen sido cadáveres habría contado fácilmente con un vistazo rápido a más de una treintena de personas.

—Quiero decir que esta ciudad tiene oídos por todos sitios. ¿Me entiende?

—¿Y aquí, entonces? —preguntó Olivia.

El fiscal se detuvo.

—¿Aquí? Aquí tenemos un informático que controla cada día las infraestructuras para que no haya micros, ni ningún emisor que vaya al exterior. Además, todos mis abogados dejan los

teléfonos personales en unas taquillas en la entrada, bajo llave. Aquí tratamos los casos más importantes de la ciudad, no nos podemos permitir el lujo de la duda, aquí los casos solo se ganan —dijo el fiscal y cuando se detuvo le indicó en la americana de la mujer con el dedo índice—. ¿Son gotas de sangre?

Ella se miró en seguida, sorprendida.

—No contestes. No quiero saberlo. Venid —concluyó el fiscal y abrió paso a un despacho que quedaba a la derecha.

—Giselle, mi secretaria… —dijo señalándola, y los policías la saludaron.

Ella se levantó y les indicó que dejaran los móviles en una caja de metal. Ellos los dejaron.

—Gracias. Es por precaución, sin más. Pasad ahora, por favor.

El fiscal cerró la puerta de su despacho.

—¿Los tiene explotados? —dijo Fosco después de mirar el reloj.

—¿Se refiere a mis abogados? Son los mejores de Akeron y saben que cuando hay que presentar algo urgente, hay que trabajar día y noche —dijo y se acercó a su escritorio.

Su despacho no estaba decorado, parecía un castillo de hielo: ventanas detrás sobre la ciudad que despertaba, moqueta azul y un escritorio de vidrio.

Sacó de un cajón un puro y le ofreció otro a Fosco. No dudó en coger uno: ya solo con ver la presentación, en una caja de madera bruta, daba la sensación de que sería el mejor de su vida.

Luego, con un mechero de soplete, los encendió: primero el de Fosco y luego el suyo.

—Son maravillosos, habanos hechos a mano, me cuestan una fortuna. Los guardaba para ocasiones especiales.

—¿Ocasiones especiales? —preguntó Fosco, maravillado de la paleta de aromas y tonalidades que iban apareciendo en su paladar.

—¿Veis a todos mis chicos? Están trabajando para ti, Fosco. Cuando salisteis del privado del restaurante, hice una llamada y luego los convoqué a todos de forma extraordinaria. Teníamos que presentar un escrito de alegación para no cerrar el caso de la masacre del Stark Arena.

—Pero fiscal, me dijiste que no podíamos hacer nada, porque teníamos pocas pruebas.

—Cierto. Lo que hice fue creer en ti y en la reputación que te has ganado en esta ciudad. Confié en que vendrías esta mañana con más pruebas —dijo el fiscal y luego dio una secuencia de pequeñas caladas al puro para que la combustión fuera homogénea.

Fosco se quedó anonadado delante de todas esas personas que trabajaban para su causa.

Se emocionó.

Fue el primer momento que tocaba con la mano una esperanza que arrastraba y con la que había convivido durante cinco años: a lo mejor no estaba todo perdido.

Una sensación de alivio comenzó a desbancar el cansancio acumulado de no haber dormido y de haber luchado contra medio Akeron para llegar hasta allí.

—¿A qué hora se cumplen los cinco años? —preguntó Olivia.

—En una hora —dijo el fiscal y dio otra calada—. Siéntese, inspectora.

—¿En una hora? —gritó Olivia.

—Inspectora Wolf, siéntese, el juez está aparcando en mi parking personal, en breve aparecerá por esa puerta.

Fosco no creyó a sus oídos.

—Ahora entiendo por qué le llaman El Caballero Blanco de Akeron.

—No se deje encandilar por la prensa o por la mala prensa. Solo hago mi trabajo y creo que la jueza es el último baluarte de esperanza de Akeron City. Aún hay esperanza para la salvación de esta ciudad —dijo—. Sentaos, ahora viene lo bueno.

54

Un gorila de dos metros abrió la puerta.

Después, hizo una señal a la jueza de que podía entrar.

Detrás de ella, otro hombre de la misma proporción, vestido de pingüino con gafas y pinganillo, miraba las estancias como si fuera el radar de un barco militar.

—Jessica —dijo el fiscal y se levantó.

Fue a recibirla y se abrazaron.

Él le preguntó por su perro, su único familiar en vida, y ella por su novia. La ley, a esos niveles, era tan exigente que la familia era un apéndice prescindible y peligroso.

—Te presento a la inspectora Wolf y al forense Fos…

—Fosco Merrell, cómo no, usted ha sido la aguja de la báscula en muchos casos —dijo la jueza.

—Siéntense, por favor —dijo el fiscal señalando la mesa de cristal alargada, para reuniones.

—Fosco, por favor, explícale a la jueza qué ha pasado en estos días.

El forense miró el reloj.

—Señor Merrell, no se preocupe por el tiempo. Valoraremos las pruebas, pero el caso se va a congelar, de eso puede estar seguro, estoy aquí para esto.

Esas palabras fueron un bálsamo para Fosco y al instante le hicieron sentir más ligero. Se giró hacia la inspectora a su lado y se sonrieron.

—Todo empezó hace unos días, con la autopsia a una persona, aparentemente como muchas que llegan a mi mesa de la morgue —dijo Fosco y siguió.

La jueza se sacó un bolígrafo negro de un bolsillo interno de su chaqueta de sastrería.

Fosco siguió explicando lo del dedal, de ahí la coincidencia con el que usaba su mujer. La carta, las persecuciones, las pistas, las balas y la pistola.

Las horas pasaban y Fosco, con la ayuda de Olivia, entraba en detalles para convencer a la jueza de que todo eso no era parte de un final, sino que esa historia acababa de empezar. Era

simplemente la punta de un iceberg.

—Efectivamente, Fosco, Quentin y yo llevamos mucho tiempo detrás de este caso. No sabíamos para qué fin se había perpetrado esa masacre infame y sin sentido en la que, por cierto, usted perdió a su hija y a su mujer. ¡Esta carta! —dijo la jueza—. Esta carta ratifica lo que hemos intuido durante todo este tiempo. Los Grieco querían distraer la atención de algo más que no sabíamos. Y aquí está la respuesta —continuó la jueza con la carta en la mano—. Robar el banco de los Corvino.

—¿Cómo? —preguntó Fosco.

—Sí —dijo Olivia y miró a la jueza, preguntándole mudamente si podía intervenir, y esta le dio el consentimiento—. La ciudad está dividida en tres poderes, el legislativo y el de dos mafias: los Grieco y los Corvino.

—Exacto. Akeron tiene que lidiar con estas dos gangrenas sociales, no sabemos ni dónde ni cómo, pero están metidas entre nuestra sociedad, tienen a gente infiltrada en todas nuestras redes de personas.

—En la policía, en el ayuntamiento, en las contrataciones públicas, en la justicia, en todos los estamentos de esta ciudad hay sobornados, hay mafiosos de un lado y del otro. Es un gobierno paralelo, dentro la ciudad, con sus leyes y sus reglas —concluyó el fiscal.

—Gaspar dijo que Baltasar había fallado un encargo y que se merecía morir.

El fiscal asintió.

—En estas organizaciones, a la mínima te quedas fuera y te pagan con la misma moneda, sin mirarte a la cara, sin mirar todo lo que hiciste por ellas —dijo la jueza.

—Otra persona de la que estamos detrás y no sabemos cómo cogerla —dijo el fiscal mirando a la jueza y luego se giró hacia Olivia—, es tu jefe, el comisario.

Olivia asintió.

—Él no quería que siguiéramos con la investigación —respondió ella.

—Claro, él está con la mierda hasta el cuello, algún día cometerá un error. Akeron olvida, pero no perdona.

—Por eso cerró la habitación 2213 del hotel, no quería que se avanzara con la investigación.

—Los Grieco quisieron que todo esto se fuera olvidando.

—¿Y Él? ¿Quién es Él? —preguntó Olivia.

El juez y el fiscal se volvieron a mirar.

—Tranquila, aquí no hay micros.

—No lo sabemos, pero creemos que es el jefe de los Grieco. —La jueza tomó aire—. Se dice que se llama John Grieco, más conocido como JoJo Vendetta.

Se hizo el silencio en el despacho.

—¿Él es JoJo Vendetta? —preguntó la inspectora.

La jueza se acercó a la policía con los ojos casi salidos y apuntándole con su bolígrafo Montblanc con el que jugueteaba para disipar su nerviosismo.

—Es sumamente importante que no digas nada a nadie. No tenéis esta información, es más, si se pudiera autodestruir sería mejor para vosotros. No tener en vuestra mente este nombre os daría más oportunidades de supervivencia allí afuera —dijo y se reclinó nuevamente en la silla.

—La pregunta entonces es: ¿cuánto dinero robaron de la banca de los Corvino? —dijo el forense.

La jueza, de raíces asiáticas, mirada justa y rozando los sesenta, negó con la cabeza.

—No, Fosco, el problema no es ese, la pregunta es: ¿Para qué necesitan tanto dinero? Esa es la pregunta que me está comenzando a atormentar.

Hubo silencio en la sala de reuniones.

Las pruebas que habían llevado los dos policías estaban esparcidas sobre la mesa de cristal. El silencio se había apoderado de la situación, hasta que Fosco lo rompió.

—¿Entonces? ¿Qué vamos a hacer ahora?

—¿Ahora? —preguntó la jueza e indicó todas las pistas que estaban encima de la mesa—. Esto abre de nuevo el panorama, hoy Akeron City tiene una nueva oportunidad de limpiar sus calles.

—¿Y qué hacemos ahora? —preguntó el forense.

La jueza lo miró como si mirase a un hijo recién vuelto de un largo viaje.

—El asesino de su familia ha sido encontrado, pero ahora nos toca a nosotros encontrar, no al autor material, sino al intelectual, al cerebro de la trama. Con ese nos las tendremos que ver el fiscal y yo.

El fiscal se levantó.

—Fosco Merrell, Olivia Wolf. Gracias por vuestra ayuda en esta ciudad. Esto sigue —dijo y alargó la mano—. Nos mantendremos informados y en contacto.

Los dos policías les estrecharon la mano, primero a la jueza y luego al fiscal. Después, este los acompañó hasta la puerta. Recogieron los móviles que guardaba la secretaria y siguieron hacia la puerta.

Al cruzar el despacho, los abogados del fiscal seguían trabajando, cabizbajos sobre sus teclados.

Tomaron el ascensor y apretaron el botón de la planta baja.

Al cerrarse las puertas, Olivia y Fosco se miraron.

—¿Qué piensas? —preguntó ella.

Él bufó.

—Bien y mal.

—Explícate.

—Bien, porque hemos conseguido que esta investigación no se cierre —dijo Fosco y se mordió un labio—. Mal, porque estamos fuera de esta investigación, solo somos unos peones sacrificables.

Ella asintió y le dio un beso en la boca.

—No somos ningunos peones. Quédate con lo bueno: lo hemos conseguido. Hemos reabierto el caso que causó la muerte de tu familia. Lèa y Claire estarían muy orgullosas de ti.

Él sonrió.

—Gracias —dijo—. Esto es curioso —añadió.

—¿Qué es curioso? —preguntó ella.

Entonces las puertas del ascensor se abrieron y apareció el vestíbulo del edificio, concurrido por gente trajeada de un lado al otro con maletines y cafés para llevar en vasos de cartón de una cafetería de una franquicia de cafés en los bajos del edificio.

—Es la primera vez que me pasa.

—¿A qué te refieres?

—Que una autopsia sea un principio y no un final —dijo él mirando el puesto de café—. Ven, Olivia, creo que nos hemos merecido un desayuno tranquilo.

Los dos se fueron hacia la cafetería y el forense se detuvo. La mujer lo vio y lo imitó.

—¿Te lo has pensado mejor?

—No, pero, ¿qué decías de Dønati? ¿Que nunca habíais estado juntos?

¡ADELANTO GRATIS!

La serie del Forense continúa con:

UN THRILLER DEL FORENSE FOSCO MERRELL

LOS MUERTOS TAMBIÉN DISPARAN



RICCARDO BRACCAIOLI

A continuación puedes leer en EXCLUSIVA el **primer capítulo** de la segunda entrega del Forense Fosco Merrell, un pequeño adelanto antes de su lanzamiento:

PRIMER CAPÍTULO GRATIS

Unas semanas después.

Fosco levantó la copa.

En ella había un chianti reserva y muchas esperanzas.

El restaurante estaba abarrotado de gente. Era un viernes noche cualquiera para los demás, pero no para Olivia y Fosco.

La copa en el aire le recordó al dedal, que todo había cambiado y que todo lo había abierto.

Le había brindado a Fosco una segunda oportunidad para volver a comenzar una nueva vida. Una etapa cerrada, una redención y un final del odio hacia el que había apretado el gatillo; Baltasar.

No fue fácil, pero Olivia lo ayudó. Ella representaba eso y en ese momento, se sentía como un ave fénix que comienza a vivir de nuevo.

En lugar de salir del polvo y la ceniza, había resurgido de un cadáver y de una autopsia; la del asesino a sueldo.

—¿Por qué brindamos? —preguntó ella.

Él levantó la copa.

—No lo sé, ¿qué opinas por veintiún días sin fumar? —dijo él.

Ella puso los ojos en blanco.

—Venga, algo serio.

Él bajó la copa.

—Perdona, ¿tú sabes lo que cuesta dejar de fumar? —contestó con retintín.

—Vale, lo digo yo, aunque seas un poco seco y no quieras decirlo… —dijo ella y entonces fue él quien puso los ojos en blanco—. Por una nueva etapa de la vida, una nueva oportunidad de felicidad, ¿y?

—¿Y?

—¡Venga! ¿Lo tengo que hacer todo yo? —contestó ella con tono coqueto—. Una nueva oportunidad juntos.

Él le regaló una sonrisa, perdido en sus iris profundos como un iceberg.

Brindaron con las copas y bebieron.

Los primeros platos fueron servidos y comenzaron a saborear las especialidades.

—¿Sabes qué dicen en la morgue de este sitio? —dijo él.

Ella negó.

—Que luego tienes que pasar por una hamburguesería para saciarte, porque los platos son todos así, muy finolis. Con cuatro cositas —susurró.

—¿Fosco? —preguntó ella.

Él detuvo el tenedor antes de introducir el primer bocado en la boca y contestó.

—¿Qué?

—Creo que tengo que sacarte más a menudo de tu morgue —dijo ella zarandeando la cabeza.

Comenzaron a comer. El restaurante, unos de los más bonitos y accesibles para dos sueldos como los de los dos policías, estaba repleto de comensales. Necesitaron un enchufe de Alfred Schwartz para conseguir una mesa.

—¿Has pensado en vender el Nomad? ¿Te comprarás un coche como Dios manda?

Fosco paró de comer y ella se rio por la tontería que acababa de decir.

—¡Jamás! —respondió Fosco con la boca llena y siguió después de haber tragado—. Mi Nomad y yo seguiremos juntos por mucho tiempo. Ese coche lo usaré hasta que diga basta. Un motor así, construido por la vieja escuela, puede recorrer un millón de kilómetros. Más de los que jamás haré en mi vida.

—Perdona, era solo una pregunta.

—Claro, a ti te lo cambia el departamento, a mí no me lo cambia nadie.

Ella se rio.

—Y del fiscal, ¿has tenido más noticias? —dijo ella.

—No, solo lo que puedes leer en la prensa. Desde esa mañana no he sabido nada más —contestó Fosco algo desconsolado.

Ella le cogió la mano con una sonrisa tenue.

—Ya verás, es porque no ha avanzado nada. Confía en el Caballero Blanco.

Él asintió

—Claro, claro que sí, Olivia —confirmó.

Ella suspiró y se detuvo mirándolo directamente a los ojos, con un matiz felino, casi de depredador.

—¿Y tú y yo?

Fosco sonrió.

—Olivia, me encanta estar contigo y vamos por buen camino, pero aún estoy tratando de superar muchas cosas. El tiempo cura, es verdad. Necesito un poco más de tiempo, confía en mí…

Ella sonrió.

La cena pasó, con una sucesión de platos, cada uno más refinado que el otro. La velada transcurrió más rápido que la botella de vino italiano.

Él pagó y se fueron. Pasaron por el guardarropa y, cogidos del brazo, salieron hacia el coche.

El aparcacoches les llevó el Frontier Titan de la inspectora.

—¿Seguro que no quieres venir a mi casa esta noche? —dijo la mujer. Luego se acercó al oído del hombre y le susurró—: ¿Para quemar el vino y el postre?

Él rio. Luego se acercó y le regaló un beso en los labios, corto, sensual, sentido.

—Mañana por la noche mejor, hoy quiero ir a dormir pronto, porque mañana tengo guardia y mi turno comienza temprano.

—Claro —dijo ella y cogió las llaves del coche—. Escríbeme cuando llegues.

—Y tú también.

Olivia subió en su coche y desapareció detrás de una nube de vaho provocado por la combustión en la noche fría.

A los pocos segundos apareció su Nomad.

Dio un billete verde al chico y subió.

Agarró el volante. No le gustaba nada dejar que su coche lo condujeran extraños. Encima, los restaurantes caros obligaban a los empleados a inundarse de perfume y dejaban el olor incrustado en los coches y en los asientos.

Apretó el volante de piel y salió de la entrada del restaurante.

Cogió la carretera de casa y al primer semáforo se detuvo. Las ganas de meterse un purito en la boca eran grandes, pero le había hecho una promesa a Olivia, la misma que tenía que haberle hecho a Claire hacía años y que nunca supo mantener.

Miró por la ventanilla: el coche se reflejaba en un escaparate de una tienda cara de la manzana de oro del distrito norte.

La carretera a esa hora estaba desierta. Una zona concurrida en días laborables y desierta por las noches y no festivos.

El semáforo se puso en verde y Fosco fue a acelerar el viejo todoterreno, pero todo se volvió oscuro. El olor, que había atribuido al aparcacoches, resultó ser de alguien que estaba sentado en los asientos traseros.

—Hombre, no te preocupes. Todo va a ir bien. Duérmete —dijo la voz de un muchacho después de ponerle una capucha en la cabeza.

Fosco durmió, por un tiempo no definido. Un minuto, una hora o un año.

Supuso que fue cloroformo, por el sabor a almendras amargas que le quedó en la boca. Lo conocía bien: en la Lombroso, entre los alumnos se hacían bromas pesadas con el arsénico.

Cuando se despertó estaba sentado en un sillón.

Primero la luz le hizo sentirse ciego. Solo vio un aura blanca que lo envolvía todo.

No estaba atado, ni siquiera los pies.

¿Cuánto tiempo había pasado? ¿Dónde estaba? ¿Y el Nomad?

Acabado de arreglar y ya volvía a estar en manos de extraños.

Claire le reñiría. Pensó antes en su coche que en su seguridad.

Mientras comenzaban a aparecer sombras que cogían cada vez más forma, pensó que hubiese sido mejor haberse ido a dormir con Olivia.

A lo mejor ella estaba también allí.

O no, si hubiesen estado juntos la habrían cogido a ella también.

Una figura se componía delante de él, lo suficientemente lejos como para no verla del todo bien y no del todo nítida.

Era una habitación. Las paredes tenían madera. Delante de él había dos ventanas con cortinas de láminas que impedían ver bien a la persona que Fosco tenía delante.

Cuando los ojos le permitieron enfocar a la persona y su cuerpo estaba lo suficientemente despierto para saber que no tenía nada roto o magullado, dio un suspiro, no de alivio sino de incertidumbre.

—Hola, Fosco —dijo el hombre con un timbre de voz grave y ronca.

El forense no respondió.

El hombre no lo miraba, acariciaba un gato que ronroneaba en su regazo y que, a pesar de estar excitado por las caricias, no arañaba el pantalón de traje del hombre.

—Lamento que hayas venido aquí de esta manera, pero, verás, al final eres policía y no puedes saber dónde está mi casa. O de lo contrario podrías tener problemas.

—¿Problemas? —dijo Fosco con un tono que intentaba esconder el miedo en su voz—. ¿Quién es usted?

—No tengo miedo de ti, Fosco. Sé que eres un hombre de honor. Y los hombres de honor no tienen problemas entre ellos. Pero hay un tema, ¿qué pasaría si Él supiera que tú lo sabes? Te torturaría hasta que escupieras dónde está este lugar. Claro, quisiera sacarte hasta la última palabra. Y sé que es capaz de hacerlo, lo es, Fosco, lo es. Y una vez que supiera dónde está mi escondrijo, me vendría a buscar, habría guerra y esto no lo queremos para Akeron. ¿Verdad?

—¿Quién es usted? —dijo Fosco, ya imaginándose la respuesta.

El hombre trajeado dejó de acariciar al gato y levantó la cabeza. Esa mirada imponía. La sangre de Fosco se heló.

—Sí, soy Michael Corvo lo Santo. Sé que lo sabías, Fosco, pero tu cabeza necesita una respuesta, un orden, una manera de pensar. Sí, soy el capo de los Corvino.

Fosco tragó saliva ruidosamente.

—¿Y qué hago yo aquí? —preguntó Fosco.

El hombre volvió a acariciar al gato que se quejó que las caricias se habían detenido.

—Me tenéis que ayudar.

—¿Yo? Yo soy de la poli —dijo Fosco y se giró en la estancia.

Era un despacho oscuro, con muebles viejos, un sofá Chester y un hombre que tenía pinta de ir armado hasta los dientes, mirándoles.

—Los Grieco robaron mi banco y tu amiguito el fiscal me tiene que ayudar.

—¿Quentin Roter? ¿Qué tengo que ver yo en eso?

—Tú lo conoces y puedes llegar a él y hasta su castillo de cristal sin levantar sospecha —dijo y se detuvo otra vez con las caricias al gato y le miró—. Llega la guerra a Akeron City. El fiscal aún no lo sabe, pero necesita ayuda. Y yo se la puedo proporcionar.

¿Te ha gustado?

Descubre “Los Muertos También Disparan”, la siguiente entrega del Forense Fosco Merrell.

IR AL LIBRO

A veces, despertar en un lugar desconocido es solo el comienzo de una nueva pesadilla.

Un secuestro inesperado despierta el instinto de supervivencia en Fosco Merrell. Lo que parecía ser una velada de redención, se transforma en un siniestro juego de poder y traición.

Un capo de la mafia pide ayuda.

El forense más tenaz de Akeron City se encuentra atrapado entre dos fuegos: la temible familia Corvo y la justicia implacable. Mientras Fosco lucha por mantener su integridad, descubre que los secretos enterrados pueden ser más peligrosos que los cadáveres en la morgue.

Una guerra de mafias está en el horizonte.

Acompañado nuevamente por la perspicaz inspectora Olivia Wolf y el enigmático detective Dønato Vihëls, Fosco se adentra en un laberinto de intrigas y venganzas. Cada decisión puede desencadenar una batalla sangrienta en las calles de Akeron City, donde la corrupción y la violencia son ley.

¿Hasta dónde llegarán para evitar una catástrofe inminente?

En esta segunda entrega, la vida de Fosco pende de un hilo, y cada movimiento es crucial para desenmascarar una conspiración que amenaza con devorar la ciudad entera.

En Akeron City, la verdad es un lujo que pocos pueden permitirse.

Sumérgete en “*Los Muertos También Disparan*”, una novela que te llevará al borde del abismo con un suspense inigualable y una red de traiciones que te mantendrá enganchado hasta la última página.

Haz clic y descubre el siguiente capítulo de esta saga electrizante.

Si disfrutaste los thrillers llenos de suspense, investigaciones y de misterio, como Reina Roja de Juan Gómez-Jurado, Joël Dicker, Roberto Martínez Guzmán, Carmen Mola, Michael Connelly, no podrás dejar de leer El Forense.

Si disfrutaste de los anteriores thrillers policíacos llenos de suspense e investigación de este autor, no podrás dejar de leer El Forense.

¡CONSÍGUELO AHORA antes de que cambie el precio!

IR AL LIBRO

NOVELA GRATIS

Descarga gratis la primera novela de mi saga Álex Cortés, ***El Sastre del Diablo,*** El primer thriller del inspector de la policía investigativa, ambientado en Barcelona.



Conoce la historia de lo que realmente ocurrió en la **primera investigación** del inspector Alex Cortés en Barcelona.

Una **PRECUELA EXCLUSIVA**, ¡completamente gratis para todos los que se unan al Club de Lectores de Álex Cortés!

¡ÚNETE AQUÍ!

Entre su obra destaca:

Serie Bruno Malatesta

La Muerte del Mentor (Gratis en este link)

Asesinato en el Rally Costa Brava

El Plan Mónaco

Los Secretos del Coleccionista

Malatesta Contra Malatesta

El Secuestro Ferrari

Festival de Muerte

Última Salida

Serie Álex Cortés

El Sastre del Diablo (Gratis en este link)

El Hedor de la Verdad

Asesino a Bordo

El Diablo Nunca Duerme

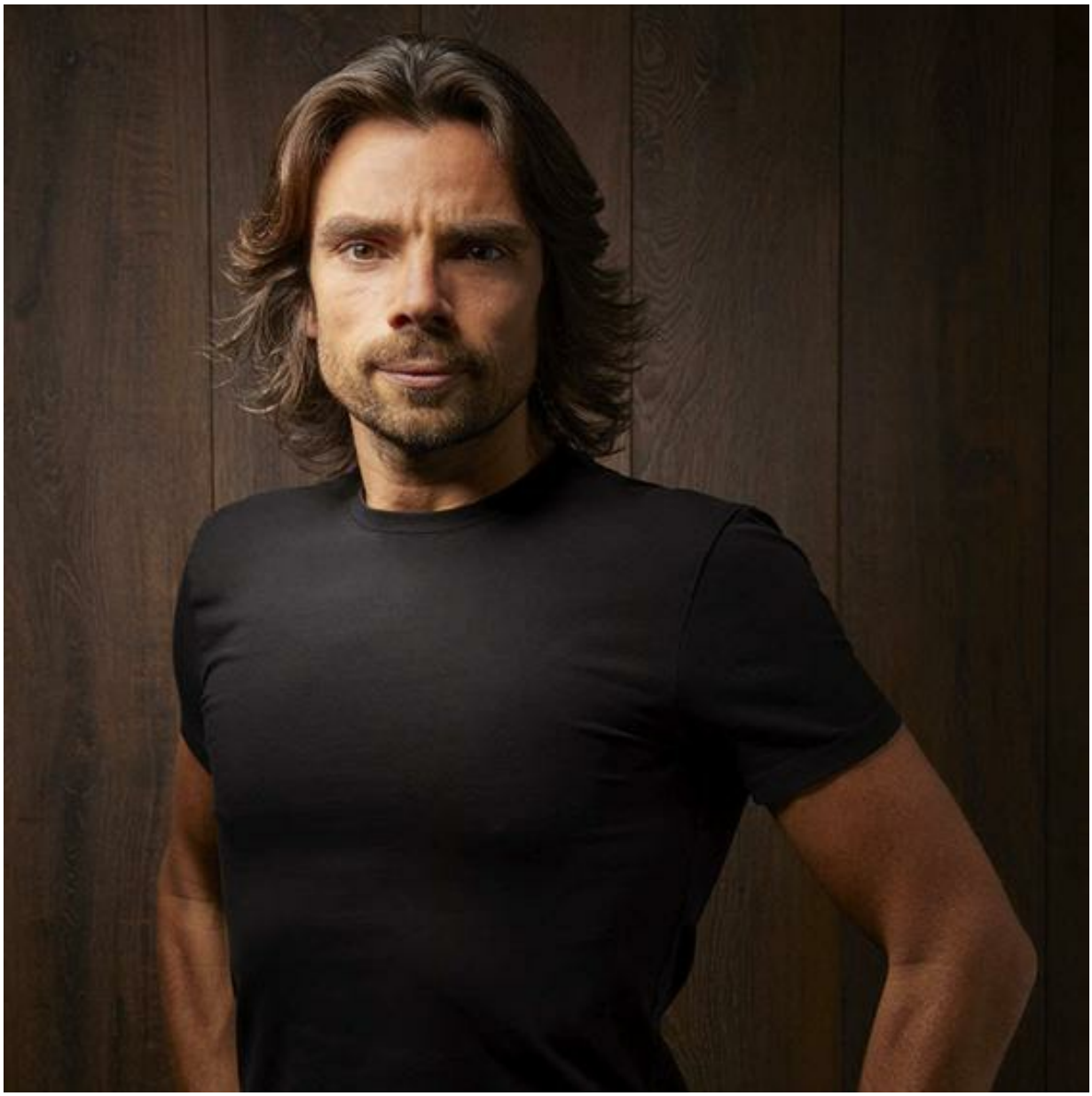
Cuando Barcelona Perdió la Cordura

El Vampiro de Barcelona

El Último Criptograma

Un Cadáver en Llamas

SOBRE EL AUTOR



Riccardo Braccaioli (Italia, 1982) es escritor, conferenciante y emprendedor digital.

Ha escrito varios Best Sellers autobiográficos y de crecimiento personal como **DIARIO de una QUIEBRA**, **El PODER del FRACASO**, entre otros.

Con la **Serie Malatesta** y con la **Serie Álex Cortés** se ha consolidado como escritor de thriller policíaco.

En **junio** de **2023**, crea una editorial propia con todos sus libros y un **proyecto literario global**: escribir una novela al mes y traducirla a las 7 lenguas de mayor venta en el planeta. Además de publicarlas en varias **plataformas digitales** las vende en **librerías**.

Este proyecto se llama **Escritor Tokenizado**.

Esta editorial ha sido creada gracias la tecnología Blockchain, que funciona como un notario digital, de modo que los lectores de sus novelas puedan **ser partícipes de su carrera profesional como escritor.**

Tienes más información en la web ESCRITOR TOKENIZADO. Puedes convertirte en SOCIO EDITOR y copropietario de esta novela.

Además, si te ha gustado este libro, te agradecería que dejaras una reseña en Amazon. Para nosotros, los autores que nos autopublicamos, es sumamente importante tener reseñas en la plataforma. Estas mantienen vivas las novelas.

Entre su obra destaca:

Serie Bruno Malatesta

La Muerte del Mentor (Gratis en este link)

Asesinato en el Rally Costa Brava

El Plan Mónaco

Los Secretos del Coleccionista

Malatesta Contra Malatesta

El Secuestro Ferrari

Festival de Muerte

Última Salida

Serie Álex Cortés

El Sastre del Diablo (Gratis en este link)

El Hedor de la Verdad

Asesino a Bordo

El Diablo Nunca Duerme

Cuando Barcelona Perdió la Cordura

El Vampiro de Barcelona

Además, si seleccionas el botón "+ SEGUIR", Amazon te enviará mis novedades cuando las publique:

